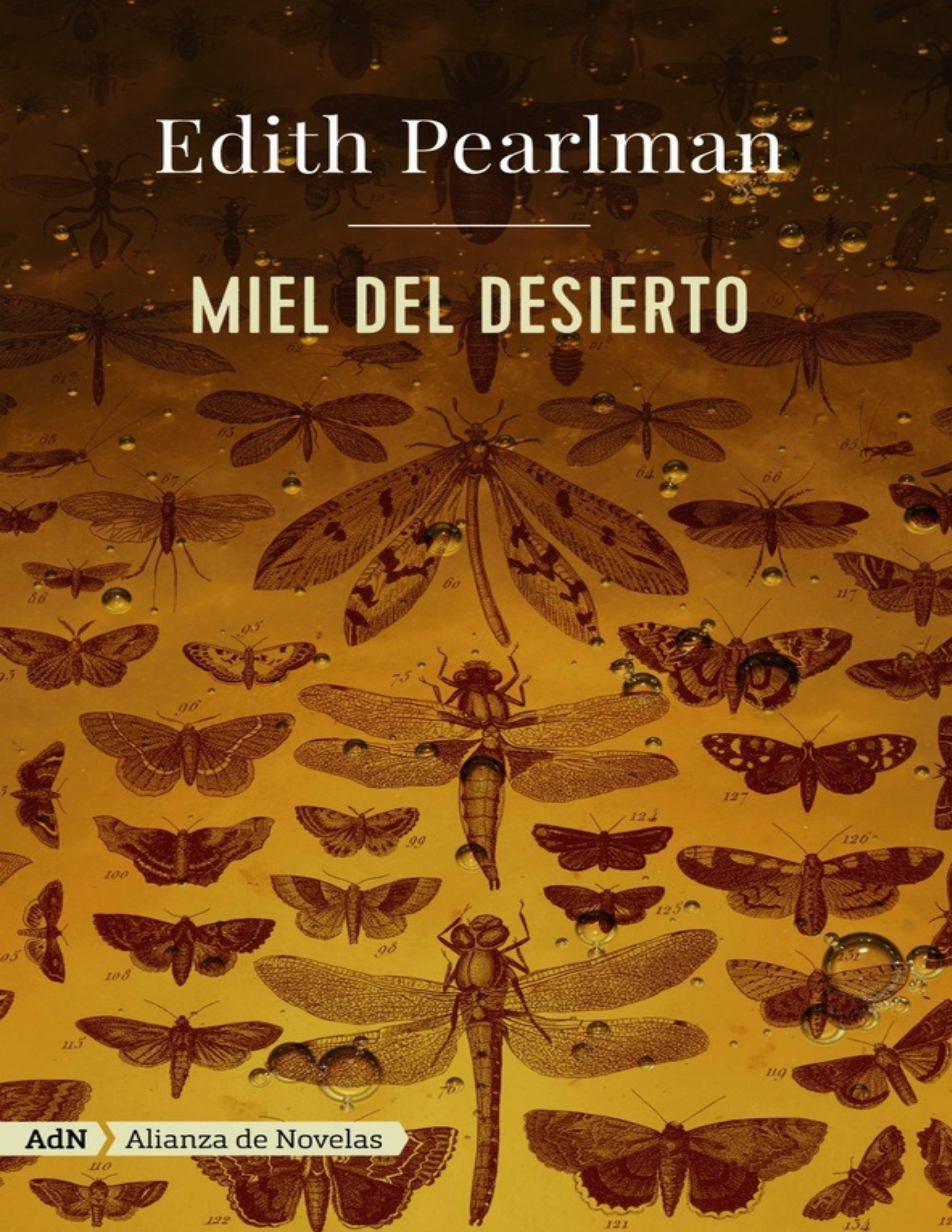


Edith Pearlman

MIEL DEL DESIERTO

AdN Alianza de Novelas



Edith
Pearlman

MIEL DEL DESIERTO

Traducido del inglés por Ramón Buenaventura

Índice

Tenderfoot
Niños soñados
Castillo 4
Piedra
Su prima Jamie
Bendito Harry
Puck
Vida asistida
El árbol recuerda lo que el hacha olvida
El Golden Swan
Calle sin salida
Liberación
Agua con peces
Espera a ver
Flores
Comodidades
El truco del sombrero
Sonny
El linaje de la felicidad
Miel del desierto
Créditos

Para Sandy Siler

Tenderfoot

Tenderfoot era un salón de pedicura situado en la calle Mayor, en la zona de Channing. Dos sillones reclinables —solo uno solía estar ocupado—, situados de cara a la calle, visibles en el escaparate de cristal cilindrado. De manera que los clientes, a solas con Paige, eran objeto de una especie de privacidad pública: estaban a la vista de todo el mundo, pero solo Paige los oía. Paige era muy experta escuchando: rara vez comentaba lo que oía, nunca lo repetía.

Era viuda, sin hijos, cuarenta y nueve años. Vivía entre la trastienda y el piso de arriba de su establecimiento. Jugaba al póquer con otras cinco mujeres todos los sábados por la noche. Se hablaban de tú y fumaban puros. Paige había perdido a su marido —un buen mecánico— durante la guerra. Carl estaba a favor de la guerra, más o menos, pero se había alistado, más que nada, por mejorar su formación profesional a costa del Ejército. A ella no le pareció bien ese modo de poner en peligro su vida en común y su felicidad, pero no quiso discutir. Los marines lo aceptaron a pesar de su edad. Y luego, cuando llevaba tres días en el desierto, el carro de combate en el que iba se encontró con una mina. Cada parte de su cuerpo quedó arrancada de las demás, y el conjunto —todo su ser— quedó arrancado de Paige.

La clientela de Paige fue en aumento. Siempre había tenido muy buen cartel entre las mujeres de los profesores y los abogados y los dentistas de la localidad, a quienes les parecía que un buen pediluvio, administrado por una profesional discreta, achaparrada en un taburete, podía convertirse en una especie de confesionario seglar. Ahora, quizá por su reciente luto, estaba dándose a conocer entre las librerías, las profesoras de instituto y las enfermeras. Todas ellas iban descubriendo lo fácil que resultaba hablar con Paige. Los médicos le enviaban pacientes, mujeres de cierta edad que ya no se alcanzaban los pies para lavárselos ni para cortarse las uñas. También señores mayores con las articulaciones tan rígidas como las de sus mujeres.

Aquel otoño —el otoño en que Bobby Farraday se incorporó al colegio como profesor de Historia— empezaron a llegarle clientes masculinos no enviados por los médicos. El primero fue un profesor emérito de Física. Luego

otro profesor, aunque no emérito. El director del instituto llevó su osadía hasta el extremo de hacerse pintar las uñas de color sorbete de frambuesa, sin dejar ni por un momento de parlotear.

Las habitaciones que Bobby tenía alquiladas eran ideales para cualquier recién separado sin ganas de cambios. Colgó los grabados que habían sido suyos, no de Renée, en la sala y en el reducido dormitorio de una sola cama. En la diminuta cocina apenas cabían al mismo tiempo él y el invisible ratón allí domiciliado. Tanto las habitaciones como la cocina estaban en la segunda planta de una casa victoriana, y el cuarto de baño ocupaba todo el tercer piso de la torrecilla. La casa se hallaba en la calle Channing, cerca del cruce con la calle Mayor, lo cual la situaba más o menos en diagonal a la entrada de Tenderfoot. Bobby y Paige coincidían frecuentemente a última hora de la tarde: en el mercado vegetariano, en el quiosco de prensa y en el de tabaco, en la librería. A veces hablaban, como suele ocurrir entre vecinos.

Él, en secreto, se consideraba algo más que vecino suyo. Era su coinquilino invisible, como el ratón de la cocina. Su elevado cuarto de baño tenía una ventana muy ancha y sin cortinas cerca del váter. La ventana le ofrecía una visión en ángulo del espacio laboral del salón de pedicura y de una pequeña parte de la vivienda de Paige. Bobby sacaba partido de la coyuntura. A veces permanecía en pie para observar las pedicuras, pero casi siempre se sentaba en el váter, con la tapa bajada, como todo un experto en *peep shows*. Le encantaba ver a los clientes relajarse en sus asientos, como si aquella experiencia casi bíblica los elevara a algún cielo jabonoso; como si, muertos por un rato, pudiesen dar por perdonados todos sus pecados. O quizá fuese que los hacía felices aquella oportunidad de quitarse los zapatos y hablar de sus problemas.

Daba sus clases, proyectaba sus diapositivas, atendía a los alumnos durante las horas de tutoría. La enseñanza y los alumnos le resultaban una distracción. Una de las jovencitas rubias le recordaba a Renée: muy informada por fuera, muy insegura por dentro. Pero incluso invitar al cine a una alumna estaba prohibido; y lo que él hacía, por tanto, era acabar cuanto antes con las tutorías y volverse a casa a contemplar a solas las impecables secuencias de la calle Mayor.

Los días iban acortándose. Los últimos clientes de Paige se acercaban a la tienda bajo el tenue alumbrado público y entraban en un local resplandeciente

de luz. Una tarde oscura Bobby vio al profesor de Química, el de las mejillas rosadas, y a su esposa, codo con codo, cada uno en su asiento, como si estuvieran acercándose al cine en coche. Paige, desplazando con suavidad su taburete, iba alternando entre ambos.

Allá en lo alto de su estudio, Bobby se quitó los zapatos y luego el calcetín derecho. Había dejado de cuidarse los pies a raíz del accidente. Ahora tenía unas bochornosas pelotillas entre los dedos callosos, y las uñas sin cortar ofrecían un aspecto desastroso. No era sorprendente que tuviese todos los calcetines agujereados. Se quitó el calcetín izquierdo y apoyó el pie en la rodilla derecha. Tenía líneas en el talón como para leerle la fortuna en ellas. Aún descalzo, volvió a su torrecilla no iluminada y miró por la ventana. Inclined sobre los dedos del pie del profesor de Química, Paige era la personificación del arduo trabajo, igual que Renée inclinada sobre sus informes. En Nueva York, Renée había ido avanzando inflexiblemente hacia su objetivo —quería que la hiciesen asociada—, mientras Bobby practicaba la indiferencia y la desatención, escribiendo reseñas negligentes para revistas de arte de corta vida, improvisando evaluaciones para las galerías de que era consultor. Esta diferencia en las actitudes había dado lugar a discusiones.

Cuando se iba el último cliente, Paige solía salir a la puerta del establecimiento y sentarse en el escalón único de la entrada, bastante ancho, a fumarse un purito. Bobby utilizaba el váter, alumbrándose con una linterna para leer. Apagaba la linterna y miraba fumar a Paige, que se metía en la cama a eso de la medianoche. Él también.

Esto se prolongó cierto tiempo. Bobby pensó en comprarse unos prismáticos, pero Paige no era un pájaro. Pensó en recurrir a sus gemelos de teatro, pero Paige no era una soprano. Pensó en utilizar su lupa, pero Paige no era una obra de arte y si lo hubiera sido estaba demasiado lejos para poder apreciar las pinceladas. Tras la primera nevada, ella empezó a ponerse una parka para salir, y un sombrero que no se distinguía bien. Le hacía falta un abrigo de pieles —de nutria quizá, como el de Renée—, pero los defensores de los derechos animales que había entre los alumnos la habrían puesto en el disparadero. Y además no era probable que pudiera pagarse un abrigo de piel. ¿Qué pensión deja un marine muerto? Y la pedicura, por bien que fuera, no podía dar grandes beneficios. Siempre podría trabajar en la farmacia de la localidad, suponía Bobby. Paige le dijo una vez que había estudiado farmacia, pero que prefería este trabajo: era su propia jefa y tenía trato directo con la gente.

La primavera había humedecido el pueblo. Brotaron hojas de color pastoso en sustitución de los brotes color pastel. Bobby pensó en mejorar. Podía hacerse vegano. Que se comiera su queso el ratón. «O sea que ¿cuánto cuesta?», soltó una tarde. Habían coincidido en la tienda de dietética: él tenía en la mano un tarro de extracto de ciruela que acababa de coger de la estantería a toda prisa, ella examinaba algo embotellado.

—Esto sale a dólar la onza. Pero para mayor eficacia hay que mezclarlo con...

—No el aceite de serpiente. La pedicura.

Ella levantó la vista. Sus ojos, en su rostro levemente arrugado, eran igual de azules que un cielo de Veronese:

—Cincuenta dólares. Diez más por sacar brillo. No se admiten propinas.

—Ah. ¿Puedo apuntarme?

—Sí, claro.

—¿Cuándo?

—El viernes a las ocho.

—¿A las ocho? Tengo seminario de cubismo a las ocho y media.

Ella sonrió:

—A las ocho de la noche.

—Ah. ¿Nos vemos entonces?

—Nos vemos —le confirmó ella.

El viernes por la noche se restregó a fondo los pies. Se puso calcetines limpios. Agarró un libro que no estaba leyendo, *The Later Roman Empire*, «El imperio romano tardío».

Eligió el sillón de la izquierda. Ladeando la cabeza hacia arriba y levantando la vista, alcanzaba a ver la ventana de su cuarto de baño, que había dejado con la luz encendida, por descuido, derrochando electricidad a costa de su casera.

Mientras Paige llenaba con agua del grifo una tina oblonga de madera, añadiendo un toque de una pasta blanca y densa, Bobby se quitó los zapatos. La propia Paige le retiró los calcetines y los dejó doblados encima de la mesa que había entre los dos sillones. En otros tiempos, Renée los recogía del suelo y le sacaba la lengua.

—¿Blanco, rojo o té? —preguntó Paige.

—Blanco...

Paige pasó a la parte trasera del salón y se la oyó abrir y cerrar la puerta de un frigorífico. Puso una copa de vino en la mesa, al lado de los calcetines.

—Puede usted echarse un poco más para atrás. Solo tiene que apretar el botón que hay en el brazo del sillón.

Él se echó un poco más para atrás. El reposapiés se alzó con los pies descalzos de Bobby encima. Ella se acercó el taburete y se sentó. Él se tapó la erección con *The Later Roman Empire*. Ella le subió ambas perneras del vaquero hasta media pantorrilla.

A continuación pasó revista a sus nuevos clientes.

—¿Estos dedos han pasado por alguna pedicura?

—No. Son vírgenes los diez.

—Hay hombres a quienes este proceso les parece cosa de mujeres.

—Bueno... Sin pintura, por favor.

—Ni gota. Y a otros les parece decadente, como a los romanos de su libro. Ya veremos qué le parece a usted.

Con los guantes quirúrgicos puestos, procedió a examinarle los espantosos pies: los callos, las uñas desiguales, la decoloración, un principio de juanete, los talones como de cuerno. Luego echó mano de la tina de madera. Sujetándole los tobillos con un brazo, apartó el reposapiés del sillón y acercó la tina un poco, para a continuación introducirle los pies en el líquido caliente.

Lo que le había parecido crema fresca resultó ser una ligera espuma de jabón, bajo la cual se barruntaba un agua de color gris humo. Bobby cerró los ojos, imaginando un futuro de cuidados principescos.

Al cabo de un rato los abrió. Vio que Paige continuaba sentada en su taburete, con una gruesa toalla en el regazo, y que sus pies, ya limpios pero aún muy poco presentables, estaban sobre la toalla. Parecían desprendidos de su cuerpo, de sus vaqueros enrollados; venían a ser como un par de notas a pie de página, prescindibles.

—*Ibidem y sic* —los nombró en voz alta.

—Ahora viene la exfoliación —le dijo ella.

—¿Exfoliación? —Bobby sabía lo que era, pero la voz de ella era una lira.

—Exfoliar es desprender o separar en escamas, tiras o capas. Le saldrán escamas de los pies.

Empezó a rasparle las plantas y los talones con un pequeño escalpelo. Bobby la miraba hacer. Tenía la oscura cabeza inclinada y no le daba conversación. De manera que volvió a cerrar los ojos, pensando en su madre y en baños cariñosos. Pero se le impuso un recuerdo diferente.

Iban en coche bajo una tormenta de nieve. Querían llegar a casa. No había en la autopista, ni en una ni en otra dirección, nadie que no quisiera llegar a casa. Se esperaban treinta centímetros de nieve. La tormenta no permitía ir de prisa. Su medio ambiente se fue haciendo cada vez más blanco, y en su interior todos los coches eran de un blanco pastoso, como si los hubieran untado con un cuchillo. De pronto, en el otro carril, un trozo de púrpura giboso dio un brinco de bailarín, se alzó como un animal, pataleó en el aire con sus cuatro pies redondos y cayó sobre su propio techo. Quedó volcado en la autopista. Los demás automóviles lo evitaron con mucho cuidado.

—¿Has visto eso? —logró decir Renée.

—Sí.

—Vuelve.

—No.

—Tiene que haber algún cambio de sentido. *Debemos volver.*

—¿Y dar nosotros también la vuelta de campana? Para eso está la policía estatal. Hay otros que van en la misma dirección que ese Volkswagen.

—¿Otros? Nadie se para. Solo nosotros.

—Nosotros no, cariño.

Bobby oyó el clic del cinturón de seguridad y a continuación Renée se lanzó sobre él, tratando de apartarle la bota del acelerador.

—Estate quieta, Renée. Voy a tener que darte un golpe.

—Dámelo.

No le dio un golpe; levantó el empuje con fuerza y le apartó las manos. La hebilla de su bota tropezó con la cara de Renée, haciéndole una herida, pero eso no lo supo hasta más adelante. Ella entonces se dio por vencida y se acurrucó en su asiento, llorando a todo llorar.

—Vuelve a ponerte el cinturón.

Clic. Dejó de llorar, dejó de hablar. Tardaron unas cuantas horas más, muy peligrosas, en llegar a casa. Renée durmió en el sofá. Y al día siguiente, con una tirita en la mejilla y una manchita rosada emprendiendo su infeccioso camino hacia el mentón, se fue a trabajar sin decir palabra.

Y luego convirtió el episodio en una discusión sobre la responsabilidad moral. Era lo que mejor se le daba, y lo hizo: noche tras noche, luego una vez a la semana, luego una vez al mes. Él le daba la réplica para mostrar que le importaba la conducta moral, aunque era la visión lo que lo atormentaba. Se le representaban una y otra vez el giro y la vuelta de campana. Luego añadía detalles: de un fondo blanco y fruncido surgía una salpicadura púrpura;

volcaba; unas figuras como muñecos de palitos, rotas, se deslizaban por la puerta entreabierta. O bien veía en el interior del vehículo volcado unas esculturas blandas que se hundían en sus propias cabezas aplastadas. O bien veía romperse las ventanas y cómo se salpicaba y manchaba de rojo, de rosa crudo, de gris —sangre, carne, sesos— el entorno blanco. Trozos de porcelana aterrizaban en el lienzo: huesos y dientes.

Cuando llegó la carta del colegio universitario ofreciéndole un puesto de profesor, se la enseñó a Renée. Y ella dijo que no.

Él contestó *sí*; y envió sus grabados por correo; y se subió a un avión.

«Exfoliación completada», dijo la suave voz de Paige. Bobby abrió los ojos. Ella sostenía en alto la toalla doblada. Le mostraba una montaña de escamas cutáneas translúcidas de la que emergían aquí y allá trozos de uña; y en lo alto de la montaña, un callo grande que le había extirpado sin que él se enterase. Le maravillaron sus exudaciones, como a un niño pequeño orgulloso de su caca. «Y ahora otro baño», dijo ella, y trajo agua limpia y caliente.

Él sumergió los pies sin ayuda.

Paige se sentó a su lado. Suspiró: un sonido más bien feliz. Bobby pensó que quizá se la hubiera deparado el destino, operando por mediación del agente inmobiliario que le había enseñado su piso. Paige podía aprender a apreciar la pintura, incluso a moderarse con el póquer. Suspiró él también; y con la mano más cercana asió el vino de encima de la mesa que había entre ellos y se lo trasladó a la otra mano. Ella puso la mano sobre sus calcetines doblados. Él le tocó los dedos con los dedos.

Juntos vieron cómo se acercaba un taxi por la calle Channing, par de ojos brillantes. Se detuvo ante la casa de Bobby. De él se bajó una rubia que llevaba un impermeable con cinturón. El deshielo de abril era demasiado cálido para la nutria. Llevaba el pelo más revuelto de lo que Bobby le había visto nunca fuera del dormitorio. La taxista, bajita y fornida, extrajo una maleta grande con ruedas.

—Es el taxi de Finnegan —dijo Paige—. Una amiga mía del póquer.

Finnegan recibió su dinero y se alejó, a pesar de que la casa estaba a oscuras, salvo la torrecilla. Renée dejó la maleta en la acera y subió la escalinata frontal. Bobby la veía, la sentía, apretando el timbre.

Renée permaneció un rato ante la puerta, luego, con la cabeza gacha, bajó la escalinata y arrastró la maleta por la calle Channing, en dirección a la calle

Mayor. Bobby observaba su guapa cara y la expresión de ansiedad que nunca perdía del todo. Fue la cara lo que le llamó la atención mientras Renée recorría el pasillo. Vio, o creyó ver, la cicatriz por él creada. Pudo suponer que por fin lo había perdonado por no dar media vuelta y extraer los cadáveres del Volkswagen. Él hacía tiempo que le había perdonado a ella esos reproches santurriones. Renée cruzó Channing y se detuvo delante de Tenderfoot, mirando al interior.

Bobby se preguntó si debía dejarla pasar. La presencia o no presencia de ella, su perdón o su desaliento, la ocasional indulgencia de él ante la exfoliación, o el psicoanálisis, la meditación, las drogas, los enemas de café... nada borraría de la mente de Bobby la máquina de color púrpura saltando en el aire dentro de la nevada y reintegrándose al asfalto cabeza abajo. Tenía que vivir con ese recuerdo. Existía la posibilidad de vivir con Renée, también.

Pero siguió sentado.

Y Renée siguió mirando.

Con un gesto de irritación, Paige se acercó a la puerta, la abrió, saludó con una inclinación de cabeza a la visita tardía y la hizo pasar.

—Es Renée, mi mujer, mi exmujer —dijo Bobby—. Y ella es Paige, mi pedi... Mi estetóloga.

—Encantada.

—Encantada.

—¿Podemos tomar un poco de vino? —dijo Bobby.

—Lo que puede usted hacer es secarse los pies —dijo Paige— y llevar a esta señora a su casa.

Se demoró secándose los pies, atándose los zapatos, buscando en vano el libro sobre Roma, pagando. Se olvidó de no dar propina; Paige aceptó el dinero extra. Al final se marcharon, con Renée arrastrando aún la maleta. Paige se entregó con alivio a la tarea de arrojar toallas al interior de la lavadora y hervir instrumentos. Luego apagó la iluminación del establecimiento.

En la torrecilla seguía habiendo luz. Paige sabía que Bobby la había estado espionando desde su práctica ventana. Lo había visto tal cual, haciéndolo durante el crepúsculo; lo había visto de noche, cuando la tenue luz del alumbrado público penetraba en la torrecilla y resultaba modestamente reforzada por la porcelana y el espejo, creando un complicado fondo de claroscuro contra el

que destacaba el opaco perfil de Bobby allí sentado. Quizá fuera que las entradas y salidas de Tenderfoot le levantaban el ánimo; quizá fuera que el hombre tenía que superar momentos difíciles en el cuarto de baño. A Paige le había resultado simpática la soledad de Bobby; le había parecido prometedora. Ahora —porque había hablado sin darse cuenta durante su ensoñación, como suele pasarle a la gente— Paige sabía que no estaba solo, que vivía con el aplastante abrazo de un incidente imposible de olvidar.

Ni siquiera durante los peores momentos tras la muerte de Carl había padecido ella tamaña obsesión. Cuando pensaba en Carl, recordaba con placer sus cejas marrones, suaves y espesas, y el modo pensativo en que examinaba los aparatos averiados antes de decidirse a repararlos, y el fútbol de los domingos, y el hecho frustrante de su esterilidad, algo que le había molestado a él más que a ella: ella jugaba con las cartas que le repartían. Y, bueno, no era impotente. Ah, los pies. Le gustaba que Paige le lavara los pies y le cortara las uñas, y a ella le gustaba hacerlo, y siempre hacían el amor a continuación, bajando primero las persianas del local, tendiéndose luego en el suelo, con las plantas de los pies en contacto. Deslizándose hacia delante, él le rozaba el interior de los muslos con los talones y luego le ponía el dedo gordo en la cerradura y la soliviantaba durante un rato, y eso era todo lo que ella necesitaba. Tras el éxtasis de Paige, pasaban a posiciones más convencionales y a una segunda vuelta de placer.

Se sentó en el sillón de Bobby y se desprendió de los zuecos. Tomó *The Later Roman Empire*, que había quedado oculto bajo una toalla. Deslizó los pies desnudos hasta introducirlos en el agua de Bobby, fría ya. Percibió la tranquila desinhibición que le proporcionaba el líquido. Pensó: Bobby y su mujer, su ex, habían sido elegidos para asistir a un desastre y no habían hecho nada al respecto. Otro pensamiento, más pesado y aplastante que un carro de combate, se le aproximó rodando; desde él la contemplaba Carl, decepcionado. Tampoco ella había hecho nada al respecto. No se había negado a que Carl se enrolara. Podría habérselo impedido. *Podría* haberlo retenido en casa. «¿Cómo estar seguro de que no hubiera un niño en ese coche?», se había preguntado Bobby, media hora antes, con los ojos cerrados, *ibidem* y *sic* en su regazo, sin saber ni importarle que estaba hablando en voz alta, sin saber ni importarle que sus nada conmovedores pies habían abierto un agujero en la suave inocencia de ella. «Un niño pequeño, quizá.»

Un niño pequeño, un anciano, un marine maduro... daba lo mismo. Quienesquiera que fuesen se habían visto expulsados de la vida y habían

abandonado el futuro. Habían vuelto la espalda a los sobrevivientes, condenados ahora a guardarles luto hasta el fin de sus días.

Niños soñados

Willa encontró el primer retrato una tarde de julio, mientras ordenaba su cuarto. Había invitado a los dos chicos mayores a jugar allí antes de irse a la cama, y el suelo estaba sembrado de piezas de ajedrez y de fichas de Othello. Recogió esos fragmentos y los colocó en su sitio: en el segundo cajón, empezando por abajo, de una cómoda muy maltratada, con los tiradores de marfil —una cómoda de arquitecto, le había dicho la madre—, situada al pie de la ventana. Las blusas y la ropa interior de Willa estaban en los cajones de arriba, menos profundos. La cómoda y una lámpara y la cama —una cama demasiado corta; muchas veces dormía en el suelo— eran los únicos muebles de aquella estrecha habitación de detrás de la cocina. Pero las demás habitaciones tampoco contenían gran cosa. En su país había un televisor en todos los bares de pueblo, y en la capital de la isla hasta las familias más pobres lo tenían. Pero en este apartamento de Nueva York... nada de tele.

—No nos gusta a nosotros y no nos gusta que la vean los niños —dijo la madre el primer día, mirando con inquietud a Willa, que era muy alta—. Pero si usted quiere...

—No, señora.

—No señora, por favor —exclamó la madre.

—No, señora, por favor —repitió Willa.

—No, no, quiero decir que nos llame por nuestros nombres: Sylvie...

—Sí, señora —dijo Willa.

—... y Jack.

El cajón más bajo de la cómoda de arquitecto estaba atascado. Willa acariciaba los tiradores todas las noches, como para engañarlos, como para tranquilizarlos con sus dedos oscuros, y luego daba un súbito tirón. Esta noche se abrió por fin. En el cajón había unas cuantas hojas de dibujo, grandes y enmarcadas, boca abajo. Le dio la vuelta a la de más arriba.

Era un retrato a lápiz y acuarela de un muchachito. El lado izquierdo de su rostro sobresalía como una patata azul y morada. No estaba hinchado porque alguien le hubiera dado un golpe, tampoco era ninguna clase de lesión —ni el

peor de los golpes podría haber causado algo así—, era de nacimiento. Por encima de la mejilla abultada, el ojo parecía estar bien. El lado derecho de la cara era normal. El labio inferior era un saliente gomoso, con el lado izquierdo más grande que el derecho. El labio superior casi se confundía con el inferior en el lado abultado de la cara, pero no llegaba a tocarlo en el otro lado. La baba sí que se veía, unas cuantas líneas rizadas.

El niño iba vestido igual que Pinocho: pantalón corto, chaleco color miel, camisa, calcetines altos. Tenía el pelo negro, muy espeso, con la raya bien hecha. Alguien se ocupaba de él. Tenía un barco de juguete en la mano. Había un perro cariñoso a sus pies, exactamente del mismo color que el chaleco.

El retrato estaba firmado con las iniciales *J. L.* y llevaba fecha de hacía cinco años. Figuración del padre, pues.

Willa volvió a guardar al niño en el cajón. Acudió al salón. Les gustaba que estuviese allí con ellos, y también que comiese con ellos. Se interesaban en todo: el tráfico, los venenos que hay en los alimentos, los mosquitos, si Willa estaba contenta.

Estaba hablando la doctora Gurevich, que vivía enfrente y tenía unos ojos enormes en un rostro cuadrado:

—Echaré el candado a la puerta —dijo en tono áspero—. Me tumbaré en el suelo frente al buldócer.

Se inclinó hacia delante.

—Voy a trepanarles el maldito cráneo.

Luego recuperó la postura, como escapando de sus propios ojos saltones. Quizá tuviera bocio. Llevaba el pelo gris en moño.

El padre dijo:

—Me han hablado de un grupo de prácticas, tres hombres, en la calle Doce Este. Están buscando un cuarto, y preferirían una mujer.

—¿Calle Doce Este? —La doctora Gurevich volvió a enderezarse en su asiento—. Mi sitio está aquí, en la calle Ochenta y Cuatro Oeste. El ayuntamiento no me ha dado ninguna satisfacción —añadió.

—La compañía propietaria de tu casa no ha quebrantado ninguna ley —dijo el padre—. Lo comprobé en su momento, ¿te acuerdas?

A la doctora Gurevich la estaban expulsando de su estrecho edificio de la acera de enfrente. Era dentista y vivía y trabajaba en su apartamento del segundo piso. A Willa la había llevado a verlo un día de junio el chico de diez años, que quería ser dentista de mayor. Los pacientes se sentaban en un sillón delante del ventanal.

—Lo ves, Willa, esto sería el comedor para cualquier otra persona —le explicó el chico. Luego se aupó al sillón—. La doctora Gurevich no necesita comedor —dijo, abriendo la boca y mostrando los dientes; luego añadió—: Abra un poco más, por favor. Cena donde más le gusta cada vez. Hasta en la salida de incendios, a veces. Escupa, por favor.

Una compañía había comprado la casa de la doctora Gurevich y también la contigua, y a continuación había dado aviso de que iban a construir bloques de apartamentos. Los actuales ocupantes debían dejar sus casas el primero de julio.

Willa había visto acercarse el primero de julio. Y lo había visto pasar. Los demás ocupantes se fueron. La dentista siguió allí, y también el portero, que vivía en el sótano. Como no tenía mucho que hacer en la casa, se dedicaba a cultivar hortalizas y fruta en el jardín trasero, ya desierto. Ahora estaban saliendo las frambuesas.

—Podría plantar calabacines —le dijo Willa.

—No vamos a estar aquí para la próxima cosecha —le contestó él.

Pero esta noche la doctora Gurevich, rabiando ahí en el salón, daba la impresión de que aguantaría para siempre.

Llegó un *chip* desde el fondo del vestíbulo. Y otro *chip*; y otro; luego un rápido gorjeo de ruidos.

Willa se puso en pie y recorrió el largo pasillo y entró en el dormitorio, que tenía la luz apagada. El de cinco años dormía despatarrado en la cama de sus padres. Willa le tocó la espalda con la mano, brevemente. El rostro huesudo del niño descansaba de perfil contra la almohada. Los tres mayores se parecían a la madre —rasgos marcados, boca ancha, ojos pequeños e inteligentes—. El cuarto y último, el gordito, se parecía al padre.

—Todos empiezan pareciéndose a Jack —le explicó la madre; y el padre, riéndose, dijo:

—Todos los bebés se me parecen.

Willa se inclinó sobre la cuna y deslizó ambas manos bajo el más pequeño de todos. Sus dedos localizaron un lugar en la parte de debajo de la cabeza, y utilizando los pulgares levantó al niño por las axilas húmedas, para colocárselo contra el hombro. Eso siempre lo dejaba contento un rato; se volvió a dormir, con la nariz contra el cuello de Willa, presionándole el pulso, vida contra vida.

Lo llevó al cambiador, que estaba encajado entre el lavabo y la bañera en el cuarto de baño del apartamento. Las baldosas del suelo tenían mellas, pero

había una ventana de vitral con una figura alta, envuelta en una túnica, pelirroja. «Inspirada en Burne-Jones», le había dicho la madre, sorprendentísimamente, cuando le estaba enseñando la casa. La madre era profesora a tiempo parcial. El padre era ingeniero.

Willa cambió al crío. Este abrió los ojos y se quedó mirándola. Willa lo llevó al salón y se lo pasó primero a la dentista, que lo abrazó contra su vestido; y luego al padre, que se colocó al niño en el amplio regazo y se quedó mirándolo como para aprenderse de memoria sus párpados, sus labios, los pliegues húmedos del cuello; y luego a la madre, que dijo: «Gracias, Willa». La madre se sacó un pecho pequeño y firme de la camisa; estaba ya brotándole la leche.

—Qué calor hace esta noche —dijo la dentista.

—Calor —dijo el padre serenamente—. ¿Calor? —repitió con una sacudida nerviosa de la mejilla, como percibiendo un huracán.

—Calor, señor —dijo Willa. Aquel niño de pesadilla en el fondo del cajón: era como haber entrado en posesión de un secreto familiar.

El bebé mamaba. El padre y la dentista y Willa lo miraban en silencio. Podrían haber estado debajo del agua; podrían haber estado flotando en la superficie de un estanque; podrían haber estado sentados en cojines de lirios, como en las ilustraciones del libro favorito del segundo hijo, el de ocho años: un libro de texto sobre las ranas.

La madre le dio el otro pecho al niño. «Buenas noches», dijo la doctora Gurevich. Fue ella sola a la puerta y bajó los tres pisos y cruzó la calle.

Una semana después, a las cinco de la tarde, Willa abrió el cajón y miró otro retrato.

Esta vez parecía tratarse de una figura femenina: llevaba un vestido en forma de blusón. Había adornos en las mangas jamón; por los ligeros circulitos, Willa dedujo que eran de encaje. Unas líneas muy delgadas, en las finas manos, representaban pelo ensortijado; otras líneas más anchas, en las mejillas y en el mentón, también eran pelo. El cráneo tan poblado que parecía animal. La criatura tenía los ojos sin brillo. Su nariz era toda fosas. El labio superior era largo, y la boca se ensanchaba ampliamente en una sonrisa sin felicidad.

El retrato de la Mona databa de hacía ocho años, y en el papel se veían las dos iniciales del padre. Si fuera mía, pensó Willa, insistiría mucho en que se

purgara las tripas con cortezas, por lo menos una vez a la semana, si hiciera falta.

Al salir de su cuarto, Willa se encontró con la doctora Gurevich en la cocina, calentándose la sopa.

—Me han cortado la luz —dijo la dentista—. El portero está conectándola a la línea de alguien, no me preguntes cómo.

—Muy bien —dijo Willa.

—Ay, Willa, Willa, ¿qué va a ser de mí?

En su tierra, esta anciana mujer habría sido respetada. No se habría visto obligada a trabajar. La gente le habría llevado comida y cerveza y tabaco, y ella estaría sentada en el porche mirando el mar.

—Tengo... una hoja —dijo Willa.

La doctora Gurevich guardó silencio. Luego:

—¿Algo que se pueda liar?

Willa asintió.

—Yo te enseño.

La mujer olisqueó.

—¿Y esto me ayudará a encontrar una casa y una consulta nuevas?

—Te levantará el ánimo.

Intercambiaron una larga mirada.

—Por favor —dijo la doctora Gurevich.

Todas las hierbas de Willa estaban en el tercer cajón empezando desde abajo, encima de las piezas de ajedrez. El liado llevó unos minutos. Dejó a la doctora Gurevich fumando en la cocina. Tomó en brazos al bebé sin despertarlo y bajó a la acera a esperar el autobús del campamento de día. Qué morenos se habían puesto. El de cinco años hundió el rostro en su estómago: había sido un día muy largo para él. El de diez años caminó fatigosamente hasta la casa, con el de ocho años pisándole los talones.

Una vez arriba, los chicos se amontonaron en la cocina para ayudar en la preparación del arroz al horno y la ensalada. La doctora Gurevich se trasladó con su hierba al salón. Allí, oscurecida y sin rasgos contra la ventana, parecía la tía Leona, la que leía el futuro. «Serás útil para la familia esa de Nueva York —le había prometido Leona a Willa—. Serán buenos contigo, a su manera.»

El padre llegó a casa. La madre volvió a casa. El portero tocó el timbre y utilizó el interfono para comunicar que la doctora Gurevich ya tenía electricidad otra vez. La doctora Gurevich, lanzándole a Willa una tierna

mirada, abandonó el apartamento para volver con el portero.

A la doctora Gurevich le cortaron el agua a primera hora de una mañana de agosto. El portero —que ya no tenía sueldo, pero que seguía ocupando una habitación del sótano— dijo que podía conectar las cañerías a otra entrada, pero no antes de que anocheciera. La dentista canceló todas las citas del día. Ahora tenía menos pacientes que antes, y los que venían la instaban a que buscara un nuevo local. «Se creen que es muy fácil arrancarse las raíces — dijo—. Tú comprendes muy bien lo difícil que resulta, Willa.»

Willa asintió. Tenía en el regazo al de cinco años. El niño había implorado que lo dejaran en casa hoy, sin ir al campamento. Así que la dentista, la madre, el bebé, Willa y el de cinco años estaban todos sentados en el pórtico de la casa donde vivía la familia, mirando cómo demolían el edificio de piedra caliza contiguo al de la doctora Gurevich, ya vacío. Los niños del vecindario que no habían ido hoy al campamento de día también miraban, y varias de sus madres. La bola de demolición se balanceaba de un lado a otro, atacando la fachada como un boxeador. Piedra y cristal y madera y yeso se derrumbaban al contacto. Se apilaban los escombros. Mientras, una excavadora recogía los restos y los depositaba en un enorme contenedor. Había unos cuantos saqueadores merodeando por ahí.

A Willa le entró de pronto la nostalgia, se acordó de la casita sobre pilotes de su tía, y del mar espumoso, y de sus tres hijas con sus uniformes escolares, allí sin ella.

El edificio fue cayendo poco a poco. Los escombros lo iban sustituyendo. A media tarde ya se había marchado el equipo de demolición, dejándole el resto de la tarea a la excavadora. La camioneta de los helados bajó la calle cascabeleando.

La madre subió a bañar al bebé. El de cinco años se quedó traspuesto en el regazo de Willa. La calle se fue llenando: coches, adolescentes en sus patines, el afilador, una bicicleta cuya ancha cesta iba cargada de canotíes de paja. «¡Sombreros, sombreros!», gritaba el ciclista. Llegó el autobús del campamento y no pudo aparcar en la acera derecha y aparcó en la izquierda. Willa vio que los niños iban a tener que bajar directamente a la calzada. El autobús tenía los intermitentes puestos, pero nunca se sabe. «Tenlo tú, por favor», le dijo Willa a la doctora Gurevich, pasándole el de cinco años a la dentista. Willa se situó en mitad de la calle y se mantuvo junto al autobús,

desafiando con la mirada a los automovilistas impacientes. Oyó que los niños pasaban por detrás de ella, cruzando la calle, los dos suyos y otros del mismo edificio. El padre asomó por la esquina, procedente del metro, y echó a correr, lo cual no tuvo que resultarle fácil, porque estaba muy gordo. «¡Dónde está Paul, no veo a Paul!», gritó desaforadamente, y Willa le indicó con un gesto que el niño estaba en brazos de la dentista, y el padre dejó de correr y se quitó la chaqueta de algodón y se enjugó la cara con ella, aunque ayer mismo le había planchado Willa todos los pañuelos.

Aquella noche miró el tercer retrato. Este era de un niño que solo llevaba el pañal, un niño más o menos de un año, la edad de dar los primeros pasos. Este niño nunca daría sus primeros pasos. En vez de piernas, tenía aletas; en vez de brazos, aletas. Sus ojos no tenían pupilas. Su pecho desnudo era como el de cualquier otro bebé blanco: rosado, con las tetillas sugeridas por manchitas rosas, tan tierno que daban ganas de besarlo.

El niño Foca llevaba fecha de hacía diez años. No había más dibujos: solo esos tres.

Cuando el más pequeño empezó a tener fiebre, la madre le dio un medicamento líquido, no aspirina.

—No les damos aspirina a los bebés, Willa.

—Tampoco nosotros se la damos, señora.

—Otra vez *señora*. Ay, ay, ay.

—Sylvie —logró articular Willa.

Cuando siguió la fiebre —bajando por la mañana, subiendo otra vez por la tarde, subiendo más todavía por la noche—, los padres llevaron al niño a la consulta del pediatra. Willa y los chicos se quedaron en casa haciendo puzles. El pediatra dijo que era un virus, no una bacteria; seguiría su curso.

—Pero ¿cómo de largo es su curso? —se quejó el padre al cuarto día—. *Tú* nunca habías tenido una fiebre tan alta —le dijo al de ocho años, como acusándolo de algo, y el niño se echó a llorar—. Perdona, perdona —dijo el padre, abrazando a su hijo.

Durante la noche los adultos se turnaron en el cuidado del bebé, sentados en la mecedora del salón. Mientras la madre lo mecía, Willa se metió en la cocina. Llevaba en la mano el paquete de polvo rojizo que la tía Leona le había preparado con diversos frutos secos. Hirvió agua y dejó el polvo en infusión. Cuando le llegó el turno de mecer a la criatura, el té ya se había enfriado. Lo vertió en un biberón y escondió el biberón en el bolsillo del delantal. Cogió al niño y se sentó en la mecedora. Cansado de tanta agitación,

el bebé se quedó dormido en su hombro. Willa oyó a la madre moverse por el dormitorio. El padre salió; lo oyó en la cocina, abriendo algún aparato, quizá plegando una silla... Había luna llena. Por la ventana del salón Willa vio a la doctora Gurevich y al portero caminando calle abajo, del bracete.

Willa sacó el biberón del delantal. Se colocó al bebé en el regazo y lo acunó y le acarició antes la mejilla izquierda y luego la derecha, hasta que primero abrió los ojos y luego la boca, y le introdujo la tetina. Sin apartar la vista de ella, el bebé se tomó más o menos dos tercios del biberón. Willa notó cómo se le iba el calor del cuerpo, notó que respiraba más lentamente, notó que se le quitaba la flema del pecho. Volvió a dormirse. Sonreía en su tranquilo sueño. Willa se puso en pie y lo llevó a la cocina. Lo que había oído antes era un caballete. El padre trabajaba en un dibujo, utilizando aplicadamente un lado del lápiz para crear las sombras...

—Jack.

Él se volvió.

—Qué, qué pasa.

—Ya no tiene fiebre.

Cogió él al niño. No le dio vergüenza llorar. Pero cuando Willa miró el dibujo —solo la cabeza, esta vez, con las orejas puntiagudas y faltándole un ojo y con la boca abierta, sin labios—, Jack soltó un resoplido inquieto.

—Es como un amuleto; es para evitar la catás...

Willa le tocó el hombro para hacerle ver que comprendía. Luego se acercó al fregadero, sacó el biberón del bolsillo, le quitó la tetina e inclinó el recipiente y lo que quedaba de la poción color ámbar se fue derramando ante sus ojos y los de él.

Castillo 4

El hospital —un edificio del alto gótico victoriano, estilo universitario— lo construyeron en la cima de una colina baja, recién terminada la guerra civil. Le pusieron Hospital Conmemorativo, pero la gente en seguida empezó a llamarlo el Castillo. La estructura la modernizaron muchas veces, por dentro, pero las balaustradas y las torretas y las altas ventanas estrechas desde las que disparar saetas contras los enemigos... todo eso siguió igual.

Y, como buena fortaleza medieval, proyectaba una sombra formidable sobre el entorno. Todo el que trabajaba allí u ocupaba una de sus habitaciones percibía el espíritu: benigno quizá, maligno quizá, ni una cosa ni otra quizá, al menos por ahora. El lugar albergaba secretos —información electrónica, taimadas bacterias— y lo poblaban criaturas que habían ido a parar allí o que quizá vivían allí desde su nacimiento, como los bebés con sida, los bebés con síndrome de intestino corto, los bebés carentes de tallo cerebral: todos abandonados en el Castillo por sus horrorizados padres, que a veces llegaban a huir del estado. Había muy hermosas camareras —haciendo antecámara para morir—; y arpías cuyo futuro no era mucho más feliz; y trémulos caballeros; y panaderos con sobres llenos de especias mágicas. Había un guardián muy feo y de muy buen corazón.

* * *

Zeph Finn llevaba un año y medio viviendo en el entorno del Castillo, primero en los pabellones para residentes y ahora en el piso alto de uno de los edificios de tres plantas que había en las cercanías. Rara vez iba a ningún sitio: del Castillo a su casa y de su casa al Castillo. Esta noche, sin embargo, se había aventurado a asistir a una fiesta improvisada. Y ahora acababa de preguntarle algo una chica guapa, pero qué, por Dios, no la había oído... bueno, tal vez lo que preguntan siempre...

—Hago anestesia local —dijo por si acaso.

—Ah, eso. ¿Dónde? ¿En la zona de Boston? ¿Vas moviéndote de hospital

en hospital?

Sin decir nada, Zeph pasó de esta persona a otra. Casi todos los invitados eran médicos y sabían que la especialidad de los anestelistas locales era bloquear las sensaciones de dolor en una parte del cuerpo. Muchos de ellos conocían a Zeph. Esta familiaridad había dado lugar a que se presentase allí con una caja de palitos de queso debajo del brazo. El que invitaba era el jefe de urgencias, y era uno de sus pocos amigos: sus paseaperros, los llamaba; eran quienes lo sacaban a rastras cada vez que se daban cuenta de que llevaba un tiempo sin reaccionar a nada.

En este momento no tenía novia. Nunca le duraban mucho las novias. Pero había mujeres que veían algo aprovechable en su silencio atónito, en su resistencia a mirar a los ojos. Tenían la esperanza de rescatarlo. ¡Rescatar al rescatador, sí! Empresa condenada al fracaso.

—Está casado con su especialidad —alguien le dijo a alguien, cierta vez.

—No, no —dijo el otro alguien—: está enviado con su carrito.

Esa broma la había oído Zeph, y no le había molestado. Cómo no estar prendado de ese carrito, con sus gavetas escrupulosamente ordenadas y con su contenedor de desechos añadido a un costado. Agujas, jeringas, etiquetas adhesivas y catéteres intravenosos en la gaveta de arriba. Más agujas y ampollas en la segunda. Equipos para bloqueo nervioso continuado en la tercera. Material de emergencia en la cuarta, junto con medicamentos cuyos nombres resonaban a poesía, según una supuesta novia que se los había aprendido de memoria como método añadido de seducción. «Lidocaína, efedrina, fenilefrina, epinefrina», empezaba, pero luego se quedaba atascada en *atropina*, pobre chiquita.

Al salir de la fiesta volvió a su casa recorriendo la mitad del perímetro del recinto hospitalario, levantando la cabeza de vez en cuando para mirar el edificio. Un enorme aparcamiento flotaba detrás. Entre los veteranos —es decir: médicos que fueron jóvenes cuando la segunda guerra mundial— los había que recordaban la expansión del parquin, año tras año.

Pero ya mucho antes de la brutal deforestación se habían empezado a formar barriadas, más allá del borde. A principios del siglo pasado construyeron una estación de metro cerca del Castillo y levantaron los edificios de tres plantas. Se convirtieron —como estaba previsto— en casas para pobres. Fueron naciendo todas juntas como basurales, bloque tras bloque, y eran de tablas, y cada planta tenía su porche. En la parte trasera de cada una de ellas había un terreno que compartir entre las tres familias alojadas;

irlandeses entonces, luego gentes de sitios más lejanos: había bloques filipinos, un área venezolana, el Pequeño Brasil... Muchos de los residentes adultos trabajaban en el Castillo; otros tomaban el metro para ir a trabajar a la ciudad. Cada barrio tenía unos pocos restaurantes, un bar, una tienda de comestibles, un par de guarderías.

La zona poseía una característica inesperada, descubierta cuando levantaron las casas de tres pisos. Era un arroyo, subterráneo en casi todo su recorrido, pero durante un trecho fluía por un bosquecillo. La tierra era más un pantano que otra cosa; crecían en ella extraños matorrales y unos árboles muy dispersos y cenceños; su blandura impedía toda construcción, no servía ni para esconderse. El municipio aceptó que aquel terreno no podía ser rentable y quizá pudiera haberlo mejorado un poco, poniendo carteles identificativos de la vegetación y convirtiéndolo en santuario de personas y aves. Pero el municipio lo dejó de lado. Ambos colegios públicos de los barrios cercanos al Castillo tenían zona de recreo y cancha de baloncesto, y uno de ellos tenía un campo de béisbol. O sea que los chicos ignoraron el bosquecillo. Los únicos que lo visitaban durante el día eran los chicos más raros, quizá los que rehuían a sus compañeros más bulliciosos o preferían aislarse. Zeph iba allí de vez en cuando a fumar, y muy de vez en cuando a esnifar.

Este verano había dos miembros de la comunidad filipina, dos chicos de sexto grado, explorando el bosque; se llamaban Joe y Acelle, Joe iba porque le gustaban las plantas y los insectos, y Acelle porque le gustaba Joe. Joe toleraba todas las tardes la casi muda presencia de Acelle, cuya principal ocupación, cuando no había colegio, era ayudar a su única hermana —su madre había muerto—. Cuando no estaba ocupada en eso, se dedicaba a seguir a Joe, obedeciéndolo, adoptando sus ideas. A veces, sin embargo, se limitaba a tumbarse en el suelo y escuchar a los pájaros.

—Mi casa es demasiado silenciosa —explicaba.

—La mía no.

En el piso de Acelle vivían, en los momentos de máxima ocupación, tres personas; el de Joe lo ocupaba un festival de parientes. Hasta el sótano estaba ocupado. El único silencio auténtico era el del médico de la tercera planta, donde Joe podía entrar en cualquier momento, incluso cuando no había nadie; y cuando estaba Zeph era como si no hubiera nadie.

Durante unas cuantas horas al día, ambos chicos caminaban por el agua, se subían a los árboles, perseguían conejos, diseccionaban gusanos; y construyeron una especie de tipi, que llamaron Castillo 2.

Al Castillo 1 se accedía por tres puertas. La ancha, pensada para carros de caballos, era la que ahora utilizaban las ambulancias. Otra llevaba al aparcamiento y se había convertido, quiérase o no, en la entrada principal. La antigua entrada principal, con sus cuatro arcos —cuatro ventanas y una puerta—, acogía a quienes llegaban a pie o en autobús, subiendo la elevada escalinata que conducía a la puerta, ya por sus propios medios, ya en silla de ruedas por las serpenteantes rampas, empujados por algún pariente pobre o, si su llegada coincidía con la suya, por Zeph.

Esa era la entrada preferida de Zeph. Al alba del día después de la fiesta, subió las escaleras llevando un bastón nudoso, herencia —única herencia— de su padre. Entró por la puerta grande en el zaguán con techo de vigas y luego se metió en un ascensor muy anticuado, una especie de jaula, en el que bajó a las salas de cirugía, muy bien equipadas y modernas. Inició el ritual de quitarse la ropa de calle y ponerse los pijamas clínicos. Zeph poseía un limitado vestuario —aún estaba pagando sus deudas del colegio universitario y de la Facultad de Medicina, y seguiría haciéndolo durante años—, pero siempre iba al trabajo con chaqueta y corbata. Con esas prendas, lo lógico habría sido que tuviera buena pinta, pero el caso era que lo hacían aún más desastrado y extraño: un tipo alto y de movimientos ágiles, que llevaba bastón con no se sabía qué propósito.

—Ese bastón... Lo mismo llevas una espada dentro —llegó a decirle un residente.

—Nunca he mirado —dijo él por decir algo.

Lucía una excesiva abundancia de pelo castaño y andaba escaso de nariz y barbilla, y tenía la costumbre, cuando conversaba con alguien, de fijar la mirada en uno u otro lado del cuello del interlocutor. «Establece contacto», le habían aconsejado sus preceptores. «Mírame», le pedían las mujeres de todo tipo. ¿Contacto? ¿Mirar? No entraban en su repertorio. Se había bastado a sí mismo durante toda su vida. Había superado la Facultad de Medicina en virtud de su buena memoria y de sus hábiles dedos.

Y a pesar de ese continuo interés en los lados del cuello de sus pacientes, nunca perdía los buenos modales; la suave voz y las meditadas respuestas a sus preguntas indicaban a los pacientes que Zeph estaba de su lado, aunque no los mirara a los ojos. Puede incluso que algunos pacientes prefirieran la mirada esquiva.

Los ojos de Zeph, si conseguía uno barruntarlos, eran de color azul oscuro. Cuando aplicaba anestesia general —a veces le encomendaban tareas no

locales—, se inclinaba sobre el paciente y le pedía que contase de diez para abajo, y justo antes del siete surgía una especie de resplandor cobalto. Pero las tareas de Zeph eran casi siempre locales, consistentes en aplicar de modo continuo la cantidad exacta de medicamentos bloqueantes a los nervios exactos, añadiendo un poco de sedación. Cuanto menor fuera la dosis, mejor era, pero tenía que ser suficiente para mantener a distancia el dolor. Zeph consideraba que todos los dolores eran enemigos mortales suyos, todos los pacientes, de cualquier sexo, eran su adolorida madre, y todos los cirujanos eran dragones indiferentes a las crueldades que infligían. La conversación de los pacientes durante esos estados parciales de sedación incluía prolongadas pausas soñolientas entre frase y frase e incluso a veces entre palabra y palabra, pero la charla rara vez derivaba en galimatazo¹. El diálogo se iniciaba de modo confidencial y pronto adquiría un tono de intimidad, aunque los temas no fueran nada románticos. Observación de aves. Jazz. Inmigrantes, puñeteros inmigrantes, demasiados. Las respuestas de Zeph eran invitaciones a decir más, manteniendo el parloteo sin descuidar lo que hacían sus manos y sus ojos. ¿De qué color es el pájaro charlatán? ¿Te gusta más Bird que Coltrane? Sí, aquí hay mucha gente de otros sitios, ¿ha viajado usted mucho? Una respuesta destinada a emborronar el insulto, por si alguien lo había oído; a veces, el equipo quirúrgico entero estaba integrado por personas procedentes de la costa asiática o del subcontinente, aunque el cirujano jefe siempre fuera yanqui. O judío. Irlandés, a veces. Zeph era irlandés por ambos lados, pero su padre no fue cirujano, ni médico de ninguna clase, su padre fue un hippie de tres al cuarto que le puso Zephyr, céfiro, a su único hijo y que le legó un bastón y que sin duda alguna contaba galimatazos.

Cuando Zeph hacía su ronda de visitas postoperatorias, unas horas después de la intervención, los pacientes no parecían recordar estas conversaciones, y a veces ni siquiera recordaban al hombre que ahora tenían junto a su cama, clavándoles los ojos en el cuello. Le daba igual que lo olvidasen. También había aprendido a tolerar la siguiente racha de visitas para atender al siguiente grupo de pacientes quirúrgicos, aunque siempre entraba en la habitación como si estuviera hecho de metal y se le hubiera olvidado ponerse aceite en las juntas. Rotaba los ojos hasta hacerlos coincidir brevemente con los ojos de la persona que ocupaba la cama. Decía su tonto nombre. Estrechaba la mano del paciente, si este parecía inclinado a ello. Estaba ahí para contestar preguntas, por fútiles que le pareciesen. Tomaba asiento, preferiblemente en una silla, o en un taburete si no hubiera más remedio, para dejar claro que no tenía ninguna

prisa. Contestaba las preguntas y tomaba dos o tres notas en su tablilla, y cuando ya no había más preguntas (aunque algunas se repetían hasta la saciedad), daba un giro a la conversación, explicando en términos fáciles de entender la naturaleza del medicamento, su duración, sus posibles efectos secundarios, la probabilidad de una intubación nasal y la inevitable necesidad de atar las muñecas del paciente a las barras laterales. «Cuidaré bien de usted», decía. Y luego, costándole un poco menos de trabajo que la primera vez, volvía a mirar a los ojos al paciente. Y le estrechaba la mano, quizá, y le decía adiós.

Ahora, a las seis y media de la mañana, se dirigió con sus zapatillas de papel al quirófono, adonde era el primer médico en llegar, pero no el primero del equipo. La enfermera instrumentista siempre estaba allí esperando. Lo ayudó a ponerse la mascarilla y los guantes y Zeph penetró en el santuario de perla y plata. Pasó revista a los tesoros de su amado carrito. Iban llegando los demás médicos, sin hacer ruido. Luego el primer paciente, supino sobre ruedas. Empezaba la cosa.

El paciente era un hombre con sobrepeso, de cincuenta y siete años, diabético y acuciantemente necesitado de una prótesis de rodilla.

—Ahora voy a insertarle la aguja, como ya le expliqué —dijo Zeph, y mientras lo decía la aguja estaba ya alcanzando el nervio necesario. Zeph inclinó la cabeza hacia el paciente, para poder hablar con él sin perder de vista los monitores y sin estorbar a los cirujanos, que ya se habían abalanzado todos sobre la rodilla, como chacales.

—¿Siente usted algo en el pie izquierdo? —dijo Zeph, y una enfermera se apresuró a rascarle la planta de pie.

—No —replicó el hombre.

La enfermera le pellizcó el muslo.

—¿Nota usted algo en el muslo izquierdo? —dijo Zeph.

Otro no.

Zeph anunció que todo estaba dispuesto, en un tono firme que jamás se le oía fuera del quirófono.

El paciente se puso a hablar de navegación a vela:

—No hay nada comparable, eres el amo, el júbilo se apodera de ti, eres tú mismo y el... el...

—¿Viento? —sugirió Zeph.

—Fuera del cuerpo... fuera de la cabeza... estás hecho de aire y cielo.

—¿Agua?

—Malvavisco... mantequilla de cacahuete.

Zeph redujo el Versed.

—Véngase conmigo alguna vez, doctor.

—Me encantaría.

La paciente siguiente era tan habladora que Zeph añadió diazepam a su gotero y luego compartió sus quejas sobre los hijos y los nietos; cualquiera habría dicho, oyendo sus respuestas, que el trato con retoños recalcitrantes era lo que más le importaba en esta vida. El tercer paciente, un chico con un tumor abdominal supuestamente operable, era de anestesia total. Zeph, incapaz de comunicarse con aquel muchacho sumido en un sueño artificial, observó que el tumor era extenso y no completamente extirpable. La última cirugía fue una tumorectomía, neta y limpia. La mujer allí tendida coqueteó con él y él le dio réplica, manteniéndola tan cerca de la plena conciencia como le fue posible.

—¿Has estado enamorado alguna vez, ojitos azules? —le preguntó ella entre risas.

Después, una ducha muda, su segunda del día, mientras la charla que se le había pegado al cuerpo se iba por el sumidero del hospital.

Un día, tras un breve chaparrón, ocurrió algo muy lamentable. Cuando se deslizaba sobre la espalda por la pendiente de la orilla, en dirección al arroyo, a Acelle se le clavó algo que a ella le pareció un puñal. De hecho, solo era una ramita. No habría pasado nada si hubiese llevado vaqueros, pero aquel día llevaba el vestido de la última fiesta. Bajo la mini de rayas, sus piernas descubiertas y la parte de arriba de los muslos e incluso algo del trasero, eran vulnerables a aquella arma en miniatura; peor aún: la cosa poseía su propia ramificación puntiaguda, que se había hincado en la carne con facilidad, pero que, según le pareció a Joe, iba a resultar difícil de extraer.

—Es como un anzuelo hacia abajo —le explicó Joe a Acelle—. Los anzuelos los hacen así a propósito... para que no puedan salir por donde han entrado, y no se libere el pez.

Acelle estaba tendida boca abajo.

—Sácalo, de todas maneras.

Joe se inclinó para observar de cerca aquel trocito de árbol que parecía estar alimentándose de las ternuras de Acelle.

—No, el anzuelo te hará un desgarrón. Se ha introducido de lado, como una astilla. Está muy cerca de... de la piel, de la superficie. Quizá pueda sajarla la

piel y quitártelo.

—Quizá pudieras dejar de hablar y hacerlo ya.

Joe sacó su navaja suiza de imitación. Ambos llevaban disfrutando de ella todo el verano. Era su regalo de cumpleaños. A pesar de no ser auténtica, era muy cara, y todos los parientes tuvieron que contribuir.

—Habría que esterilizar la hoja.

—Escúpele.

Lo que hizo Joe fue darse la vuelta y orinar en la hoja y en sus manos. Luego le pasó a Acelle su sucio y arrugado pañuelo, para que lo mordiese. Estiró entre el dedo índice y el dedo corazón el área afectada y aplicó un corte rápido con la punta de la hoja, ahondando lo justo para extraer la rama con la parte ancha de la navaja. La ramificación dañina también salió, y quedó depositada en el muslo de Acelle. Joe la apartó con la mano. Ya solo fluía un hilillo de sangre.

—Me sigue doliendo mucho, pero no tanto como antes —dijo Acelle—. Siento haber sido antipática contigo.

Cerca de la entrada principal —la entrada principal de facto, no la originaria por la que penetraba Zeph todos los días con su bastón bajo el brazo— estaba la tienda de regalos de cuya gestión había empezado a ocuparse Victoria Tarnapol recientemente. Victoria había nacido en el Castillo, pero rara vez había regresado a él desde aquel acontecimiento sin complicaciones ocurrido casi seis décadas antes. Volver ahora, aunque fuera para llevar esa ridícula tienda, se le hacía enorme.

La tienda de regalos era un sitio en el que podía entrar uno con las manos vacías y salir con una caja de jabones perfumados o un pañuelo bordado o un paquetito de caramelos para deleite de un paciente moribundo. Lo más útil era el expositor giratorio de libros de bolsillo, y también los juegos y los puzles para niños. Y desde la toma de poder de Victoria habían aparecido dos mesitas redondas de café y unas sillas a juego, donde servía café y té y rebanadas del pastel que horneaba en casa a primera hora de la mañana. Su minicafé se hizo popular: a muchos visitantes no les gustaba la cafetería del hospital, donde oía uno conversaciones entre los médicos en que se trataba de males cuya existencia era preferible ignorar.

El señor Bahande, guarda de seguridad, tenía su puesto cerca de la tienda de regalos, cuyas paredes eran de cristal. Durante los primeros días se limitó a

saludar con una inclinación de cabeza a la nueva encargada. Pero una mañana tuvo que saltarse el desayuno porque su hija mayor —que tenía una carita divina y padecía una deformidad de la columna— no conseguía ajustarse en su banco de trabajo, y la más pequeña, que solía ayudar, llegaba tarde al colegio, de manera que fue él quien hubo de preparar los tres sándwiches de mortadela: el suyo, el de Camilla y el de Acelle. Cuando llegó su descanso de media mañana, en lugar de pasear por el jardín del hospital, como hacía normalmente, se dirigió muerto de hambre a la cafetería. Pero se detuvo a mirar un barco dentro de una botella en el escaparate de la tienda de regalos —tenía ganas de probar a hacer él mismo una de esas cosas— y al levantar la vista vio el interior del establecimiento y las mesas de café, una de las cuales estaba ocupada en ese momento por un hombre abatido por la inquietud; detrás de él, en un pequeño recoveco, estaba la encargada. Llevaba el pelo gris muy corto y muy pegado a la estrecha cabeza. Un abultamiento interrumpía la línea de su nariz, aportando belleza a un rostro ya de por sí muy distinguido. Estaba partiendo algo en rebanadas, y esa visión hizo que Bahande entrara inmediatamente en la tienda. Era una tarta Linzer. Resultó que sabía mejor incluso que la de Marie, a quien Dios tuviera en su gloria.

A partir de entonces acudió todas las mañanas a las diez y cuarto. Probó panes diversos, varios bizcochos de café, varias tartas; también pastel de limón y baklava y un hojaldre en cuyo interior parecía flotar no ya chocolate, sino su divina esencia. Le gustaron todos, pero prefirió los menos dulces. Ella empezó a hacer más de esos y menos de los empalagosos.

Como la tienda de regalos no solía estar muy frecuentada antes de las once, ambos pudieron pasar el tiempo agradablemente. Una mañana —tocaba pan de jengibre con trozos de jengibre dentro— Bahande le pidió a la encargada que se sentase con él a la mesa. Tras un momento de confusión, durante el cual se le fueron las palmas al esculpido pelo, volvió a lavarse las manos, se sirvió una rebanada y se sentó frente al hombre.

Sin discusión, Joe y Acelle acudieron al Castillo, utilizando la entrada antigua, la preferida de Zeph. En la sala de urgencias, Acelle dio su nombre y el número del seguro familiar. Se lo sabía de memoria, por las frecuentes visitas de su hermana. El médico pensó que Joe era hermano de Acelle y le permitió quedarse en el cubículo, pero echó la cortina antes de examinar a Acelle.

—Te voy a poner una inyección de novocaína y te voy a lavar la herida.

Que tu madre te cambie la gasa todos los días, y ponte esta pomada, y no te bañes esta noche. También voy a ponerte la antitetánica, por si acaso.

Tras hacer exactamente lo que había dicho, la colocó de espaldas y la levantó con facilidad —era una chica pequeña— y la puso en pie.

—¿Estás mareada? —le preguntó.

La mano del médico y el hombro de la niña permanecieron en contacto el tiempo necesario.

—Te va a doler al sentarte, durante unos días.

Descorrió la cortina y quedó a la vista Joe, esperando en un taburete, sosteniendo en el regazo una bolsa de plástico con las braguitas de Acelle, manchadas de sangre.

—¿Has hecho tú la incisión, chaval?

—Sí —dijo Joe.

—Muy bien.

—Muy bien —repitió Acelle mientras salían, intentando cogerle la mano al chico, que se la dejó atrapar al cabo de un momento.

Y ahora Zeph se disponía a visitar a los pacientes incluidos en la lista de operaciones quirúrgicas del día siguiente. Se puso un pijama clínico nuevo, porque a la gente le gusta que sus médicos vayan como es debido.

La primera era una anciana viuda sin hijos que padecía cáncer de lengua. Estaba avanzado: la mujer no había hecho caso, se había saltado las citas con el dentista y el médico, había recurrido a llevar un pañuelo puesto hiciese el tiempo que hiciese, se había inventado excusas para no visitar a sus pocos amigos vivos, todos ellos discapacitados, de cualquier forma. Ayer, sin embargo, el destino, en forma de rendija en la acera, la había atrapado. Los auxiliares de la ambulancia, tras colocarle en el muslo la mano hinchada, retiraron cuidadosamente la pañoleta delatora. La lesión era como un albaricoque de grande. En urgencias le entablillaron los dedos rotos y la derivaron a Cabeza y Cuello, donde la examinaron, y hablaron con ella y le dieron hora para cirugía.

Ni que decir tiene que la lengua mutilada le estorbaba el habla. Pero Zeph lo entendió todo, haciéndole ofrenda ocasional de una mirada a los ojos.

—Psé... que pasaría —elaboró la mujer.

Zeph sabía que no, que no había pensado que pasaría; lo que había pensado era que en cuanto se enteraran los médicos le arrancarían de un tirón el

órgano, y que poco después le sobrevendría la muerte, de manera que el secreto le suponía una prolongación de su solitaria existencia.

Ahora quería saber —había recurrido a una libreta y manejaba el lápiz con la mano menos dañada— cuánta lengua le iban a dejar. La cirujana no había querido decírselo.

—No *puede* decírselo, señora Flaherty. Y yo tampoco. Pero le aseguro que los terapeutas tienen muchas maneras distintas de devolver el habla a algunos pacientes.

La mujer tuvo que contentarse con eso, y también con la mirada ya apartada de ella, aunque Zeph sí que le apretó la mano.

—E u ue ico —silabeó ella.

Zeph no se sentía muy buen chico. Dentro de dos días, cuando le hiciera la visita postoperatoria, la señora Flaherty ya no se las apañaría ni con esas sílabas, y si la terapia podía ayudar a esa mujer con media lengua, sería por milagro. Pero él no le había mentado.

Consultó la ficha de la siguiente enferma. Una historia vulgar y corriente. Mujer de raza blanca; treinta y seis años; soltera; buena salud; un embarazo interrumpido. Ningún familiar cercano. Se queja de dolor de espalda desde hace meses, reciente incapacidad para andar sin fuertes dolores. Los rayos X y la resonancia de las vértebras revelaron una masa que oscurecía los segmentos L4 y L5, pero nada más de este secreto. Una punción con aguja fue más explícita: Etapa 4.

Se llamaba Catherine Adrian. Ligeras patas de gallo. Dos surcos verticales no profundos, uno en cada mejilla, le esculpían la boca en agradable paréntesis. Mandíbula fuerte y bien cortada. Zeph hizo estas observaciones con toda libertad, porque la paciente estaba dormida y podía mirarla a la cara cómodamente.

Echó un vistazo a su tablilla de apuntes. Le quedaban tres pacientes por visitar, que tranquilizar para mañana, que convencer de que estaban en buenas manos, o al menos de que el dolor que se les derivase del bisturí podría manejarse satisfactoriamente. Volvería luego con la señora Adrian.

Como alertada, la paciente abrió los ojos. Eran azules, casi tan oscuros como los que él evitaba en su propio espejo.

—Hola, señora Adrian. Soy Zephyr Finn, su anestesista.

—Qué bien.

En la habitación de la señora Adrian había una silla y un taburete. Zeph optó por sentarse en un lado de la cama.

—¿Está usted nerviosa por mañana? —preguntó.

—Digamos que es más bien curiosidad.

—¿Acerca de qué?

—Quiero ver qué pinta tiene ese alien que se me ha agarrado a la espina dorsal. Me gustaría que hubiese una pantalla para observar cómo lo hacen desaparecer.

—Hay operaciones de espalda que se efectúan con anestesia local —dijo, como si estuviera leyendo de un manual—. Los pacientes pueden seguir la operación en una pantalla. Pero casi todos cierran los ojos. En su caso, sin embargo, no conocemos el alcance del crecimiento celular y no podemos arriesgarnos a tocar un órgano estando usted despierta.

—¿Pueden guardarme la cosa en alcohol?

—Lo preguntaré.

Ella suspiró.

—Encuentren lo que encuentren, se habrán acabado mis dolores.

Él supuso que pronto quedaría paralizada.

—Sí —dijo, con todo convencimiento.

Y luego —como si ya la tuviera a su cuidado, como si ya le hubiera aplicado el bloqueo nervioso y el sedante y la estuviera manteniendo ligeramente despierta— se puso a hablar. Los libros que había al lado de la cama eran infantiles —*The House at Pooh Corner*, las novelas de Peter Dickinson, los hermanos Grimm.

—Yo también leo esos libros —dijo Zeph—. Mi único género. Esa pequeña cantidad de magia.

—Placeres castos.

—Los finales nunca son definitivos.

Era profesora de matemáticas en un colegio local de primer ciclo universitario, no muy bueno.

—Más que nada hago recuperación, trato de hacer las cosas interesantes; pero los hay que se duermen, de todos modos. Soy soporífera, juego a lo mismo que usted.

Por *juego* llegaron al ajedrez y el Scrabble y a los Red Sox de béisbol. Zeph se abstuvo de mencionar los deportes participativos; ella seguramente habría jugado al tenis, la pobre. Pasó una hora. Y más tiempo habría pasado si no hubiese entrado el cirujano y se hubiese encontrado a su mejor anestesista sentado en la cama de una paciente.

Robótico otra vez, Zeph se puso en pie.

—Buenas tardes, doctor Schapiro.

El doctor Schapiro saludó con una inclinación de cabeza y tomó la mano de la señora Adrian en las suyas.

—¿Cómo está usted hoy? —empezó.

Zeph se dirigió a la puerta, se dio vuelta, le dirigió una mirada incendiaria a la señora Adrian. Ella le devolvió el incendio.

Luego supo que la masa se había abierto camino hacia dentro, a partir de su agarre en el segmento L4. Una sección congelada hecha en el quirófano confirmó que el tumor era una fiera salvaje; ya había devorado hueso; tenía que haber trozos por todas partes.

Hector Bahande y Victoria Tarnapol fueron poco a poco intercambiando sus historias. Hector habló de las esperanzas que lo habían traído a este país y de las cosas que lo habían ido desalentando, una tras otra —la enfermedad de su hija, la muerte de su mujer, Dios la tenga en su gloria, la necesidad de encontrar un trabajo cerca de su casa—. Victoria le contó que sus hermanas mayores la habían convencido de que abandonara la escuela de bellas artes para ocuparse de su madre enferma. Mamá le ordenaba, una y otra vez, que encontrara un marido capaz de instalarlos a los tres en un piso mejor. *Si fueses mejor cocinera, quizá...*

«No va a durar para siempre», le aseguraron sus hermanas a Victoria, mintiéndole. Aunque ahora sí, mamá ya había muerto. Victoria no estaba muy convencida de pedirle a Dios que la tuviera en su gloria.

—¿En qué ocupa su tiempo tu hija mayor? —le preguntó a Hector.

A él se le iluminó la cara. Era bajito, tenía un poco de tripa (a la que habían contribuido sus recientes licencias), la nariz basta, no mucho cuello, una verruga muy visible en la mejilla.

—Hace tallas —dijo, sin que su prosaico rostro dejara de resplandecer—. Hace tallas de animales y figuritas humanas.

Ay, Dios: dulces corderitos, encantadoras odaliscas. Victoria se arrepintió de haber preguntado.

—¿Te enseño una?

Ya tenía la mano en el bolsillo.

—Casi todas son grandes, pero esta es mini.

Era la figura de un perro —un cachorrito, en realidad—, asomando solemnemente desvalido, sin gracia alguna, de la chaqueta de un hombre. Se

notaba que era un hombre porque tenía los botones en el lado derecho y llevaba una corbata con las rayas delicadamente cinceladas. No tenía cabeza y su rostro terminaba justo debajo de la raída chaqueta.

—¿Hay otras parecidas? —se apresuró a preguntar Victoria.

—Hay muchas, pero más grandes.

—¿Las vende?

Él se encogió de hombros.

—Hay un hombre que viene a verlas, se lleva un par de ellas, vuelve con un poco de dinero.

Un aprovechado, pensó ella.

—Pues quizá pueda yo hacer lo mismo, y daros un porcentaje mayor.

Él se limpió la boca con cuidado.

—Señorita Tarnapol...

—Victoria.

—Yo me llamo Hector. Victoria, perdóname, pero ¿quién va a comprar una talla aquí? La gente lo que quiere son cajas de toallitas decoradas con conchas marinas.

—Sí, por supuesto... pero sigo teniendo amigos en el mundo artístico. También fui una escapatista muy solicitada durante cierto tiempo. Hector... ¿Puedo pasarme por tu casa a ver las demás tallas?

—Mañana te traigo dos.

Trajo un unicornio y una figura redonda que a primera vista parecía una muñeca rusa sin pintar. El unicornio sonreía. El rostro tallado de la muñeca rusa no sonreía, y sus brazos en relieve, apretándose el estómago, sugerían que el parto no iba a ser fácil, que le iba a costar la vida, que las nueve o diez muñecas anidadas en su bulto se desmenuzarían allí.

—Tu marchante te da seguramente el diez por ciento de lo que saca por ellas. Déjame ver si puedo venderlas, y seré *yo* quien se quede el diez por ciento y te dé el resto a ti. Voy a ofrecer el unicornio primero y a poner la muñeca en el escaparate de la tienda como anuncio. Con un cartel avisando de que no está a la venta. Algo que pique la curiosidad.

—A nadie le va a picar la curiosidad por una mujer a punto de morir en el parto.

—Ya veremos.

Colocó el unicornio en una galería que estaba a punto de inaugurarse en su pueblo de Godolphin, justo sobre la línea de Boston. Luego convenció al dueño de una próspera tienda de ropa situada en la zona más de moda del

centro para que expusiera la pieza que le trajo Hector a continuación, un pájaro myna con gorro de lana y todas las costuras visibles. La compró un defensor del medio ambiente, dando quizá sentido a su ambiguo mensaje. Victoria compartió su comisión con el dueño de la tienda de ropa y a partir de ese momento siempre hubo una pieza de Camilla ocupando el lugar de honor del establecimiento. Hubo gente que empezó a no venir por la ropa, sino sobre todo por ver qué había expuesto, aunque todo el mundo solía llevarse como mínimo una falda, cuando no un conjunto completo.

Cuando fue bajando la temperatura y empezó el colegio, Joe y Acelle se pasaron del bosque a la casa de Joe. Tenían que estar quietecitos durante esa hora única que compartían por las tardes. Nadie de su familia habría aprobado su irreprochable actividad: leer el libro de Anatomía de Zeph en el monacal dormitorio de Zeph, que ellos llamaban Castillo 3.

La anatomía no les resultaba totalmente desconocida. En educación sexual habían visto un impreciso diagrama de un espermatozoide lanzándose contra su cómplice el óvulo; y sabían que había momentos en que el espermatozoide no alcanzaría su meta, porque ella estaba con el mes, quizá, o por culpa del destino, quizá. «Pero el destino puede estar en contra», les había advertido la profesora. En el libro de Anatomía habían visto reproducciones de diversos tumores, unos como sacos de lombrices, otros como hongos peludos. Y cuando un popular jugador de fútbol americano se lesionó una rodilla, el presentador de la tele les contó —por separado, porque estaban cada uno en su casa, aunque luego conversaran sobre el asunto— que la rodilla era una de las articulaciones más complicadas del cuerpo. Estaba, desde luego, repleta de ligamentos, meniscos, tendones y cartílago. Un mecanismo que no parecía muy digno de confianza, le dijo Acelle a Joe.

—Interdependiente —corrigió él.

Al padre de Acelle lo traía frito la rodilla. A la chica le habría gustado tomar prestado el libro y llevárselo una noche a casa, para que lo viese Camilla, quien, tras observar los diversos dibujos bidimensionales, pudiera tallar una rodilla a su peculiar manera. Pero Joe de ningún modo permitía que el libro saliese del dormitorio, de modo que Acelle trató de dibujar ella misma sus versiones de la articulación. Joe, mientras, bisbiseaba los nombres de los nervios faciales, para aprendérselos de memoria, seguramente. El libro de Zeph permanecía abierto encima de la cama, con ambos niños arrodillados

delante. Joe seguía repitiendo su cantilena, y ella seguía dibujando. Luego, el chico se volvió hacia ella:

—Lagrimal, lingual, mandibular. ¿Todavía no has terminado? Oftálmico.

—Sí —dijo ella. Ya seguiría luego con la rodilla.

Volvieron unas cuantas páginas y se encontraron con el sistema circulatorio.

Y ahí estaba lo que venían esperando: una cosa abultada, con cámaras y ventrículos y arterias y atrios, en nada parecida a los corazones de san Valentín. Y, sin embargo, en uno de sus ventrículos nacía el amor, y luego saltaba al ventrículo de otra persona, de corazón a corazón, y así era la cosa, ocurría en todos los relatos que Acelle había leído. Ocurría en los palacios y en las ciudades y en el campo y en los barrios. Fuera quien fuera: princesa postrada en una cama del Castillo, o en una silla de ruedas, o guardia de seguridad, o una mujer con pelo de chico. El libro de Anatomía no localizaba en qué cámara tomaba asiento el amor, pero el libro de Anatomía se quedaba corto, como Zeph, como Joe...

—Está oscureciendo —dijo Joe.

—Más vale que me vuelva a casa.

—Ve con mucho cuidado —le recordó él.

Catherine solía recibir sus inútiles infusiones químicas como paciente hospitalizada: ir a recogerla en ambulancia todos los días, tratando mientras de hacer más lento el fallo de los restantes órganos, no resultaba nada práctico ni siquiera para la muy quisquillosa compañía de seguros.

—O sea que me moriré aquí —dijo— de una cosa u otra.

Era su visita de las cinco, la única del día. Esa era su media hora más despierta. Al final de la primera semana ya ambos lo sabían todo del otro; la prolongada y dañina relación amorosa de Catherine; la muy acomodaticia madre de Zeph, que fue en pos del Viejo Bastón Ambulante de comuna en comuna, con su hijo a rastras, hasta morir de extenuación; lo que a él le costaba dirigir la palabra a nadie que no estuviese tendido en la mesa de operaciones; lo insatisfecha que estaba ella de su vida. Zeph le describió lugares raros del Castillo. En el sótano había una tumba conmemorativa con un soldado de la guerra civil dentro, tan grande que se podía dormir en ella — Zeph lo había hecho alguna vez—. El cuarto de dormir de los residentes, donde cualquiera que tuviese un rato libre podía echar una cabezada sin que nadie lo molestase. (Tenía *La isla del tesoro* debajo de la almohada, le contó

Zeph.) La capilla del hospital, tan sencilla y tan aconfesional que, cuando estaba vacía de gente llorando, parecía la sala de espera de una estación de ferrocarril a las dos de la noche.

Zeph siempre le traía pasteles de Victoria, que se los guardaba. Catherine comía algo; al cabo de un rato, Zeph se comía el resto. Una tarde, tras su visita a Catherine, entró en la tienda de regalos y compró la muñeca sufridora. «Preeclampsia», diagnosticó. Victoria, sin decir nada, quitó el cartel de que no estaba a la venta y envolvió la cosa. Zeph la colocó en una repisa de su cuarto.

Llegó el momento en que los órganos de Catherine se empeñaron en fallar: los riñones, el hígado.

—Sin la quimio me encontraría mejor —le dijo a Zeph.

—Puede ser.

—Voy a pedir que dejen de ponérmela, me parece.

Él no contestó.

—¿Qué harías tú si fueras yo?

—¿Si fuera tú? Me casaría conmigo.

Sus padrinos fueron los carritos de gota a gota. Zeph había invitado a Joe y Joe había invitado a Acelle. El juez de paz ignoró la edad de semejantes testigos: sabían escribir sus nombres, ¿verdad? Entrando por las tres ventanas de arco, el pálido sol iluminaba el pálido rostro de Catherine. El novio no se había olvidado de traerle flores a la novia, ni de comprar los anillos para ambos. Su «sí, quiero» fue rotundo, sorprendiendo a todos menos a Catherine. Luego se inclinó y la besó en los labios. El aliento de ella amargueaba.

Se había tomado unas vacaciones empezando ese mismo día, y como miembro de la familia estaba autorizado a dormir en una cama plegable junto a Catherine. El bastón quedó apoyado contra la pared en un rincón. Sí que tenía una espada dentro, y Zeph lo sabía. Una noche, Zeph sacó la espada de su funda y la blandió en el aire, a un lado, a otro. Catherine se rio un poco. Él envainó de nuevo la espada.

Desde la cama plegable la tenía asida de la mano, mientras ambos fingían dormir.

Catherine murió a la semana siguiente, por fallo renal —más o menos en paz, teniendo en cuenta cómo son estas cosas.

Camilla no es que arrasara, pero sí que se ganó una pequeña reputación en la ciudad, y despidió al sinvergüenza que se hacía pasar por marchante. Victoria la convenció de que confiara su obra a una pequeña y respetable agencia, con un buen publicista. Camilla aceptó, poniendo la condición de que su foto no se publicara nunca, ni se mencionara su discapacidad. Victoria esperaba que con el tiempo quedara superado el orgullo. Entró dinero. El piso de los Bahande fue mejorando poco a poco, hasta parecer un verdadero hogar.

—Pero ¿qué pasa con *tu* diez por ciento? —planteó Hector una noche, después de cenar.

Victoria y él estaban ahora sentados en el porche, él con el pie apoyado en un escabel de mimbre, para mantener elevada la rodilla mala. Victoria había preparado la comida para todos en la cocina de los Bahande: pescado, ensalada, fruta, pan de nueces. Joe se había pasado el resto de la velada leyendo a Richard Dawkins; Acelle, haciendo punto: una bufanda para alguien. Zeph observaba a Camilla mientras tallaba una cabeza de gato para la empuñadura del bastón; uno de los ojos felinos tenía una desviación congénita. Camilla era la única que sabía que Zeph pensaba regalarle el bastón a Hector. Cuando Joe dijo que se iba a casa, Zeph interrumpió su concentración silente para hacer compañía al chico en su caminata. Las chicas se habían ido a la cama.

—Tu diez por ciento —dijo otra vez Hector.

—Estoy haciéndome vieja y no soy agente. Me alegra que alguien se ocupe de ese trabajo tan duro. A mí lo que me va es la tienda de regalos.

—Has sido un regalo del cielo para nosotros —dijo él en voz baja.

Qué guapo estaba con su camisa nueva —aunque no más que con el uniforme de guarda de seguridad que se ponía a diario.

—Y lo de vieja... No eres mucho mayor que yo —dijo inclinándose hacia delante, pero sin tocarla aún.

—Tengo sesenta años.

Hector asintió, sorprendido.

—Yo tengo cuarenta y cinco, y las articulaciones me añaden cinco. Cincuenta. Ven a vivir con nosotros.

Ella consideró la propuesta. Sus hermanas no volverían a dirigirle la palabra, y eso sería una verdadera bendición. Tenía mucha experiencia como cuidadora. La nutrición de la familia mejoraría. Podría seguir de cerca los amores del vecindario.

—Podemos ir andando juntos al Castillo —dijo. Y Hector lo tomó por lo

que era, una aceptación.

1 *jabberwocky* en el original. «Jabberwock» es un término inventado que da título a un poema de Lewis Carroll. Jaime de Ojeda traduce «galimatazo» en la versión española.

Piedra

Se vino al sur, desde Nueva York, a vivir con una familia pequeña en una casita de piedra, en una ciudad llana. Había también gran abundancia de vida salvaje. No tenía mucho de naturalista, ni era de las que se mueren por la compañía, ni se le daba muy bien la cocina. Debía de tener algo de tonta, por consiguiente.

La ciudad llana estaba rodeada de montes bajos y contenía un pequeño colegio universitario y un río y un único cine. La familia era un decoroso trío. ¿Y ella, Ingrid? Mujer de cierta edad, dos veces viuda, rica por el segundo marido. Miembro de varios consejos; en casa, siempre a una llamada telefónica de distancia de cualquiera de sus muy interesantes amigos, si deseaba un breve lapso de compañía; poseedora de una pequeña leonera forrada de libros cuando quería estar sola. Admirada por la llamativa angulosidad de su rostro; y por su estatura (era muy alta, y el cuello extralargo le añadía unos cuantos centímetros); y por la melancólica curva de su sonrisa; y por sus ojos dorados, partidos en dos por las bifocales, y que hoy dirigían su mirada hacia los lejanos montes, aunque su visión habitual fueran antes las casas de arenisca de la acera de enfrente de su apartamento del Upper West Side. Vivía en la calle Sesenta y tres.

Vivió en la calle Sesenta y tres. Ahora, en esta ciudad irrelevante, estaba contratada por el hijo de la fallecida hermana de su primer marido fallecido. El cual, durante las últimas décadas, había ido pasando de ser un chico larguirucho y callado a ser un hombre alto, taciturno, con los muslos más fuertes que troncos de pacana. Ahora, Ingrid entablaba conversaciones no del todo confidenciales con Lynne, la esposa demasiado flaca de su empleador. Lynne tenía exactamente la misma edad —treinta y seis años— que la hija de Ingrid, fotógrafa establecida en Seattle con una esposa que también era fotógrafa. Con el equipo colgándoles, ambas acudían a Nueva York de vez en cuando. Galgos inquietos y osados... comparada con ellas, Lynne podía pasar por un conejo. Ahora, Ingrid jugaba al Sorry!, un juego parecido al parchís, con la hija de su sobrino, que se llamaba Chloe y tenía cinco años,

exactamente los que tenía el hijo de Ingrid cuando la enfermedad se lo arrebató... bueno, no tan exactamente. De hecho, el hijito de Ingrid solo tenía cuatro años.

Ingrid echaba de menos el local de Broadway en que más le gustaba comer. Echaba de menos a sus muy interesantes amigos; harían cualquier cosa los unos por los otros, ayudarse a sobrellevar las enfermedades y las crisis y las pérdidas, aportar una palabra que se hubiera perdido en alguna rendija del cerebro y tratar de recomponer los demás deterioros de sus envejecimientos compartidos. Ellos querían que Ingrid regresase a casa; eso decían sus cartas (se había tomado un respiro con el correo electrónico). También echaba de menos a su modista, una genio cuyos modelos no intentaban ocultar el larguísimo cuello de Ingrid con pliegues o fulares, sino que lo promocionaban con larguísimos escotes, haciéndolo parecer algo que a cualquiera le gustaría tener.

Aquí estaba ahora, sin una costurera en kilómetros a la redonda.

La casa estaba al final de un camino de tierra. Destellaban sus piedras grises, y una fecunda enredadera de trompeta se extendía por sus paredes. Había un hastial de pizarra y una chimenea y un jardín pálido del que cuidaba Lynne. El denso bosque presionaba contra el jardín trasero; parecía como si los dos manzanos del frente se hubieran lanzado hacia delante sin permiso. La casa tenía un viejo fogón negro en la cocina —un aparato incómodo que había que encender con mechero—. Chris juraba que algún día proporcionaría a su familia una casa hecha por él mismo: de madera, claro está, porque él se dedicaba a la madera; con porche, para mejor admirar las flores del exterior; con una segunda planta tan amplia como la primera; y, detrás, un cobertizo para sus herramientas, que ahora estaban amontonadas detrás del horno. Y un verdadero cuarto de baño abajo, no un mero servicio al otro lado del cuartito contiguo a la cocina, un cuartito llamado Inútil. Inútil tenía una sola ventana alta y un fregadero en una esquina. Lo más que se podía lavar en ese inútil fregadero era un pañuelo. Algún día, sí, una casa nueva. Entretanto, pensaba Ingrid, las pequeñas ventanas profundas, con sus pestañas de enredadera, le daban a la vieja casa un aire de estar al corriente de todo, como si te oyese los pensamientos.

A Ingrid, lo de vivir en esa casa le había ocurrido de modo accidental. Vino de visita el pasado mes de junio: todas las temporadas pasaba allí

exactamente cuatro días. En ese momento Chris estaba terminando las obras de ampliación de su negocio maderero y de carpintería, para añadir la fabricación de pellas de madera. Estaba convirtiendo una pequeña planta situada a pocos kilómetros de la tienda. Las idas y venidas del suministrador y los distribuidores y la contratación de personal pronto ocuparían todo su tiempo. Necesitaba a alguien que mantuviera el negocio en funcionamiento. Ingrid y su tío habían llevado una pequeña compañía de compraventa de cuero. Y así, como si se le hubiera ocurrido de repente, Chris le propuso que dirigiera temporalmente el negocio; que se incorporara tanto a su plantilla de personal como a su casa.

—Sería cosa de tres meses.

—¿Yo? ¿Por qué diablos yo?

—Porque eres... inteligente.

Ella sacudió la cabeza con tanta violencia que se le cayeron las gafas — muy pequeñas y muy monas, esperaba que no se hubiesen roto— y se le agitó el pelo también, pelo que antaño fue del color de una hoja de arce en otoño, pero que al envejecer se le había puesto de color viruta. Aquí y allá su experto peluquero le había añadido mechás del antiguo color arce.

—Inteligente —repitió Chris, con una de sus raras sonrisas—. Con experiencia...

¿Era *vieja* lo que quería decir? Metió el estómago, y el pecho le aumentó ligeramente. Llevaba una blusa de punto de algodón y de cuello de pico que había cautivado a cierto número de veteranos pretendientes, pero que combinada con los vaqueros que se había comprado ayer podía resultar ridícula. Cuando vio esa blusa por primera vez, Chris apartó brevemente la cara... ¿Pensó que se le notaba demasiado lo disponible que estaba? Seguían interesándole los hombres, a sus setenta y dos años; puede que eso le resultara ofensivo a Chris.

—Y con ciencia —añadió él, dejándose llevar por la rima—. ¿Te vienes?

—Ay, Señor.

Y emitió un gemido exagerado y algo falto de tacto.

—No creo.

Él recogió del suelo las gafas y dobló las patillas hacia dentro sin tocar los cristales. Sujetando el puente entre el pulgar y el tercer dedo, como un anillo, se las tendió. Casi se las tendió, más bien..., a ella le habían dicho que sus ojos sin gafas destellaban como luces de aviso. Así que, avisado, Chris hizo una pausa y juntó sus bien cortados labios en una mueca de decepción...

No, no fue una mueca, estaba impidiéndose decir por favor. Luego le dio las gafas.

—¿Puede que sí? —dijo.

«Por supuesto que no», pensó ella. Y luego: «¿Por qué no? Una casa de piedra en vez de una ciudad de piedra. Una biblioteca pública escasa de fondos en vez de esa pretenciosa leonera. Conejos en el césped en lugar de monos en el zoo...».

—¿Puede que sí? —repitió él.

—Puede que sí —le hizo eco ella. Pero resultó que quería decir sí.

Alejarse de su vida en Nueva York... fue tan fácil como poner el pie en una escalera mecánica. Los miembros de los consejos apenas notarían su ausencia; las verdaderas decisiones las tomaban tres o cuatro personas que se reunían en el armario de las escobas. Traspasó su apartamento inmediatamente: un amigo suyo tenía un primo de Nueva Jersey que se moría de ganas de pasar una temporada en la ciudad. Se ofreció una fiesta de despedida el Día del Trabajo.

A la mañana siguiente fue a ver a Allegra. Allegra aún no estaba postrada en cama, pero no tardaría en estarlo.

—No estés tan triste, Ingrid. Ya me has visto pasar por una larga enfermedad. Hay otros muchos que pueden ayudarme a morir.

—Y yo debería ser uno de ellos.

—A lo mejor aguanto.

Se abrazaron con humedad.

Y así, sin más, como si tal cosa, Ingrid regresó con sus parientes como si la visita fuera a durar los rigurosos cuatro días de siempre, y no unos dilatados tres meses. Tomó un avión de Nueva York a un aeropuerto del Sur con una cinta móvil para peatones que estaba todo el tiempo avisándola, en falso, de que iba a pararse, para montarse luego en un miniavión que la llevó a un aeródromo a cincuenta kilómetros de la ciudad, para subirse luego a un autobús. En la terminal, el conductor extrajo del vientre del autobús su maleta única, llena a reventar.

—¡Vaya invento de cosa! —le dijo Allegra una vez.

—¿Quién? ¿Fido? Es mi segunda mejor amiga.

Lynne quiso instalar a Ingrid en el cuarto de invitados que ocupaba durante

sus visitas trimestrales, una de las tres habitaciones encantadas del hastial — había oído llorar a Chloe de pequeña, oía ahora a los padres de Chloe haciendo calladamente el amor—. El cuarto habría sido perfecto para un segundo hijo, pero la histerectomía de Lynne lo impidió. Ingrid no quiso ese cuarto.

—Ya no estoy de invitada —dijo—. Ahora soy una empleada.

Y desde luego que lo era; Chris le pagaba su salario; ella lo depositaba sin decir nada en la cuenta de ahorros que había abierto a nombre de su hija y de Chloe.

—Soy una empleada de la maderera, con vivienda y obligación de cuidar a la niña en casa. Dormiré en Inútil. Vamos a buscar una cama, una estantería para libros, un armario. De segunda mano, por favor.

Los cuatro fueron inmediatamente a comprar todo eso. ¿Qué más necesitaba? Bueno, no vendría mal un espejo. Chris aportó uno que él mismo había hecho y que seguramente pensaba vender, podría vender cuando ella se marchase. Era oval, con marco de cerezo.

La maderera estaba a unos tres kilómetros yendo por una carretera de dos carriles. Ingrid podría haber hecho que la llevara Chris en su camioneta, pero ¡a las seis de la mañana! Y además le gustaba pasear por el bosque. Se tardaba más. Había descubierto que no estaba interesada en ahorrar tiempo, sino en pasarlo. Escogía un camino más largo entre árboles antiguos y retoños y telas de araña y abejas hacendosas. La maleza la escoltaba.

Luego se desviaba otra vez, por un segundo camino que llevaba a un estrecho río, en pendiente suave. El agua brincaba rápidamente entre rocas nacaradas, y luego se nivelaba. A este pequeño juguete de la naturaleza le puso el nombre de Cataratas. En el borde del arroyo había unos alisos que dejaban caer hojas más finas que el estaño. De sus ramas colgaban cilindros en pequeños racimos, protegiendo el polen de la primavera próxima. Al otro lado del río el terreno era verde por las diminutas verónicas con hojas de yedra que en él osaban crecer. Soportarían el invierno y en abril saludarían al sol. Y a Ingrid también —solía venir de visita en abril, una vez finalizada la temporada de ópera—. Allí cerca, sin que nadie las viera, las orugas tejían sus capullos.

Un día observó que había una piedra negra esperándola en el camino. La recogió. Parcialmente pulida y también dentada, con la nervadura verde, parecía palpar en su palma. Se la guardó en el bolsillo trasero.

Desde sus Cataratas privadas retomaba el camino principal y seguía andando hasta la maderera. Allí, como Chris había previsto, gestionaba con

habilidad el negocio del negocio. Su oficina era un cuarto sin puerta situado junto a la planta principal del establecimiento. Durante sus pocos minutos de ocio miraba trabajar a los hombres. Vio arcas y mesas de comedor y molduras en proceso de fabricación, y a veces un elemento artístico —un complicado arquitrabe que colocar en torno a una ventana sencilla—. Se acordó por un momento de las persianas de láminas que tenía en Manhattan. Admiró las herramientas: taladros y cinceles y gubias y lo que parecían cientos de tipos distintos de sierras. Le encantaban los cepillos que levantaban una fina epidermis de la tabla. No había mucha conversación en la nave, aunque uno de los trabajadores, Danny, mayor que los demás, a veces hacía sus descansos en el despacho de Ingrid, hablando de apicultura. Vivía solo en una cabaña y cultivaba hortalizas. Le dijo que la piedra blanquiverde que tenía encima de la mesa era cromita. La parte áspera podía suavizarse.

—Conozco a un platero que puede hacerlo, y luego la podría usted llevar colgando del cuello.

Mi largo, largo cuello... Pero no dijo eso.

—No quiero modificarla —fue lo que dijo.

Al final del día volvía a casa por el bosque, pisando con fuerza. En el fogón negro de la familia preparaba la cena con Lynne y Chloe. Luego tocaba comerse lo cocinado, y lavar los platos y luego Sorry! o televisión o lectura. No tenían tocadiscos. Ingrid quiso regalarles un piano, pero se negaron a aceptarlo. Podía dejarles su Steinway en testamento y luego arrojarse a las Cataratas, pero solo conseguiría arañarse las rodillas en las rocas.

A veces, a última hora de la tarde, si Chris le había prestado la camioneta a alguien, ese alguien lo traía de la planta de pellas a la maderera. Desde allí, Chris se ofrecía a acompañarla a casa, más serio que un pretendiente. Le señalaba cosas que ella aún no era lo suficientemente lista para captar: la araña cazadora, que no tiende redes, sino que se dedica a acechar a sus presas y atacarlas y saltar sobre ellas. Le mostró un sapo que se arrastraba por el suelo muriéndose, mientras allí cerca toda una generación de renacuajos, algunos de su progenie, bullían en el agua. Sus dedos levantaron una rama baja y allí mismo floreció una planta en miniatura con una diminuta flor oscura: una planta que vive su vida entera debajo de una hoja, rehén de su propia naturaleza, invisible para todos menos para sus expertos polinizadores alados. Su historia podría inspirar una buena ópera, pensó Ingrid; no, no una ópera, un ballet, un ballet pensado para niños. Imaginó hileras de niños bien vestidos, con sus abuelas, haciendo cola para ver *La flor solitaria*. De estar en Nueva

York, se habría visto obligada a llevar a los nietos de Allegra... Aún estaba en cuclillas, observando la flor. Incorporarse no resultaba tan fácil como en otros tiempos. Chris le tendió la mano.

A veces, por las noches, se presentaba Danny en la casa. Le decía que sus abejas estaban enjambrándose. La reina se empareja con unos cuantos zánganos afortunados —son sus hijos, para ser exactos, sus nietos a veces—. La naturaleza no respeta el decoro.

La felicidad prolonga el tiempo. Los días parecían más largos que novelas. Sesión doble todas las noches. Cada semana una vida, una vida apagada, una vida en que la tristeza, siempre calzada en su pecho como un tope de puerta, perdía algo de su mordiente. Cuando regresara a Nueva York tendría la impresión de que una persona diferente había ocupado su cuerpo durante una temporada, y un nuevo vestuario había invadido su armario —ahora solo llevaba camisetas y vaqueros—. La piedra había encontrado un hogar adecuado en su bolsillo trasero. La blusa de cuello de pico la había metido a la fuerza en Fido. Tenía el pelo más largo, claro, con sus mechas de color castaño aparentemente aleatorias —qué estupenda era su peluquera, qué naturales se veían— rendidas ahora a un honesto rubio ceniza. Marrón, amarillo pálido, gris —iba peinada de corteza de árbol, pulpa de madera y polvo—. Las gafas estaban torcidas para siempre, porque Danny se había sentado encima. Cualquiera habría podido confundirla, seguramente, con una mendiga refugiada. O con un castor, que vivía entre los árboles y el agua y con otros castores, y se daba festines de celulosa.

En noviembre volvió durante unos días a Nueva York. Había muerto Allegra.

—Te acompaño en el sentimiento —le dijo la muy bien educada Chloe—. Vuelve en seguida —ordenó a continuación—. Todo es más divertido cuando estás tú aquí.

—Guárdame la cromita —le dijo Ingrid—. Frótala de vez en cuando.

En su harapiento estado, Ingrid asistió al entierro y luego fue al apartamento de Allegra. Todo el mundo la reconoció, menos una mujer que nunca le había caído bien, que la miró como si fuera una gorrana palurda. Pero muchos amigos le preguntaron ansiosamente que cuándo regresaría a Nueva York. «Volveré pronto», les prometió. Visitó una galería que admiraba, y también al oculista.

Y otra vez el avión grande, y la cinta móvil habladora, y el avión pequeño y el autobús. Bajó directamente del autobús a los brazos de la pequeña Chloe; a

los brazos de Lynne, no mucho mayores; al suave y enorme abrazo de Chris. Desde el asiento trasero del coche vio la casa por encima del hombro de Lynne. A última hora de la tarde de aquel día de finales de otoño, las piedras parecían de color malva, de un color tomado de Odile Redon. ¿Debía mencionar ese detalle? No debía. Un conejo del bosque mordisqueaba una zanahoria que debía de habersele caído a Danny.

* * *

El colegio universitario, a veces, recibía a un cuarteto o un cantante, para dar un concierto vespertino. Un primer violinista se balanceó de puntillas. Una soprano mal modulada se proyectó hasta el condado vecino. Pero hubo un buen pianista de segunda fila, y Chloe y Lynne escucharon atentamente, mientras Ingrid, inclinada hacia delante, escuchaba con toda su hambre hasta el último arpegio casi conseguido. Notó la mirada de Chris puesta en ella. Luego fueron al restaurante favorito de la familia. Las camareras andaban todas por los cincuenta y llevaban vestidos azul agua bajo delantales blancos. Las lámparas de las mesas eran de pantalla plisada. En el menú siempre había pastel de carne, y cangrejo, y un especial vegetariano. El pan de maíz era el mejor que Ingrid había probado nunca. Todos comieron de los platos de los demás, como se hace en familia —dos mayores y dos pequeñas.

Cuando comían en casa, era Chris quien servía desde la cabecera de la mesa, pasándole a Ingrid el primer plato, utilizando el pulgar para poner en su sitio alguna hebra de judías extraviada. Después de cenar, Ingrid le leía cuentos de hadas a Chloe; a ambas les encantaba la fantasía, sobre todo habiendo realce por medio.

—Tú eres nuestra reina —le dijo Chloe una noche.

—¿La reina Jirafa?

—¡Sí! Papá es el rey León y mami es una de esas princesas a las que las hacen cautivas o las ponen a dormir un rato.

Lynne estaba ocupándose de lavar la ropa y no oyó este diálogo.

—¿Y tú qué eres? —le preguntó Ingrid a Chloe.

—El ruiseñor sin el que no puede vivir el rey.

Las piedras salían en muchos cuentos, minerales inertes transformados en partícipes activos. Inducían amor, apresaban recuerdos, mataban ogros, se repartían por el camino para que Hansel supiera cómo volver a casa.

Algunas noches, cuando Chris ponía los pies en una otomana de brocado,

especialmente fea, y cerraba los ojos, Ingrid y Chloe y Lynne se afanaban en la cocina preparando una olla de sopa para toda la semana. El jardín de Lynne aportaba las hierbas. Chloe echaba la cromita en el caldo. Ingrid murmuraba unas sílabas.

—Es un ensalmo —inventó.

—¿Eres bruja? —dijo Chloe riéndose.

—No paso de arpía.

—Una arpía glamurosa —dijo Lynne—. Belleza neoyorquina en todo momento.

—No, son las gafas —se apresuró a decir Ingrid—. Ahí va un proverbio chino que mejorará todavía más la sopa. *Cuando cortas tallos a mediodía, gotas de sudor caen en la tierra. ¿Sabes que tu cuenco de arroz, cada uno de sus granos, procede del duro trabajo?* Me lo enseñó un curandero de la calle Mott.

Era solo una leve exageración. El proverbio le había salido en una galleta de la suerte; en Chinatown, lo que aprendió fue que había ancianos cuya impasibilidad se parecía al cariño amistoso. Mientras pasaban por delante de las angostas tiendas, una tras otra, Allegra le iba recitando todos sus síntomas. Los comerciantes abrían pequeños cajones y les mostraban polvos y hojas y los echaban en bolsas y le pasaban las bolsas a su amiga. Allegra utilizaba todo ello para hacer infusiones.

—¿A qué sabe? —le preguntaba Ingrid.

—A rancio. Igual de asqueroso que la quimio.

La sopa de esta noche, sin más adulteración que la piedra, resultó perfecta. Ingrid colocó la piedra en el alféizar de la ventana, lista para la próxima comida.

Cuando Lynne llegaba a casa agotada de enseñar a sus alumnos de cuarto grado, Ingrid la instalaba en el sofá cama del cuarto de invitados y la arropaba en la colcha. Las más de las veces, no obstante, era Chloe quien necesitaba tiempo libre, tiempo libre de ser hija única, tiempo libre del incapaz escrutinio de sus padres. Era cuando Ingrid la animaba a escaparse al bosque.

Caminaban por diversos senderos. Ayer mismo habían seguido una senda que terminaba en un pequeño estanque. Ingrid le señaló a la niña los nudos que había en los sauces. Eran hojas muy plegadas sobre sí mismas, conservándose para la primavera próxima.

—Recogemos lo que sembramos —se oyó decir Ingrid—. La muerte es la puerta de la vida.

—No te mueras nunca, reina Jirafa —le ordenó Chloe.
—Moriré cuando me toque morirme, cariño. Como todo el mundo.
La niña negó con la cabeza.
—Tú eres *nuestra* —dijo, como si eso le otorgara inmortalidad.

Y luego en enero la planta de pellas estaba terminada y en funcionamiento, y Chris pudo volver a su pequeña oficina de la maderera y, por tanto, Ingrid quedó libre de reincorporarse a su vida real.

En uno de sus recorridos de vuelta a casa, hicieron alto junto a las Cataratas.

—Estarás alegre de regresar a Nueva York: teatros, amigos, género, museos...

—¿Género?

—Ropa, quiero decir. Los paseos por los barrios, sé que te encantan, me lo has dicho. Las fiestas...

Ingrid escuchó a Chris contarle lo que según él ella sentía.

Él dijo:

—Una vez estuve un año entero en Nueva York. Aprendiendo a tallar madera.

—Lo recuerdo. Aún vivía tu tío.

Él asintió.

—Me gustaba la frescura de las mañanas, el ruido de los camiones de la basura. Pero a ti hay muchas más cosas que te gustan. Puede que te hayamos retenido aquí demasiado tiempo.

—En absoluto —replicó ella cortésmente, diciendo la verdad sin dar la impresión de decirla. Allá él, si pensaba que le apetecía irse. Que no supiera nunca lo que de veras quería ella.

Que no supiera nunca que ella —con la sabiduría de las arpías, de los hechiceros de la calle Mott, de las piedras cargadas de recuerdo— sabía lo que él quería. No le miraba los pechos, ni el abundante cabello, ni los ojos que estos días estaban a salvo tras unas gafas de nuevo rotas. Él pensaba, ella pensaba que habían nacido con treinta años de separación; y que llevaban toda la vida de él conociéndose. Miraron un árbol que los sobreviviría a ambos. Él quería hundir la nariz en el escote que ella había aprendido a ocultar. Y decirle palabras tiernas.

Lo que hizo fue apretar los labios para que no se le escapara ninguna

palabra. *Quédate con nosotros* era lo único que habría dicho. *Quédate donde yo pueda verte*. Seguir queriendo, sin conseguir nada, era ya de por sí una satisfacción. Ingrid era otra casa que jamás construiría.

No puedo quedarme, habría podido decir ella. *Ay, Chris. Ay, Lynne, ay, Chloe mía, qué dulce suena, qué tierno podría ser. Los cuatro viviendo una vida, llevando dos negocios, sin cruzarnos en el camino de cada cual. Con Danny haciéndonos visitas. Con las abejas enjambrándose.*

Pero yo veo más lejos que tú. Me veo perdiendo las fuerzas, volviéndome una quejica, no inútil, pero tampoco útil. Veo a Chloe haciéndose más alta que la reina Jirafa. Veo a Lynne tratando de ocultar su aburrimiento. Te veo a ti lamentando la pérdida de tus anhelos... Y más allá de ese futuro tolerable hay predicciones menos placenteras; imágenes feas, podríais llamarlas. Hay un infarto, y os apegáis al sanatorio, no dando dinero, porque yo puedo pagarlo; dando la atención que no os atrevéis a negar. No me podéis dejar un día tras otro atada a un sillón, llamando a mi hijo muerto. O quizá móvil, quizá volviéndome una cómica demenciada, vagando de planta en planta y robándoles la dentadura a los vecinos. Desde el hogar te llamarían a ti, como pariente más cercano. Y hay peores escenarios: la enfermedad de los órganos, qué más da qué órgano o qué enfermedad, con tal que no me mate como debiera, sino que me mantenga encerrada en mi cuarto, visitada regularmente por enfermeros de brazos robustos, con las paredes temblando ante mi arduo esfuerzo por no llorar. Aullaré —demasiado tarde— por la cuña. Le arrojaré mi piedra al auxiliar tardón. Nuestra polvorienta calle sufrirá de vez en cuando la invasión de la ambulancia. Mi cuerpo aún vivo pero en visible y audible y olorosa decadencia, junto a la cocina, nos recordará que lamentemos tu invitación, mi aceptación. La casa nos llamará tontos.

A los pocos días la llevaron en coche al autobús. Abrazos a diestra y siniestra, igual que otras familias.

—He metido la cromita en Fido —dijo Chloe.

Ingrid quedó un rato mirándola.

—Gracias —dijo—. La utilizaré. Y te la volveré a traer en mi próxima visita de primavera.

Se subió al autobús. Ellos le decían adiós con las manos. Ingrid, forzando el cuello, los estuvo mirando hasta que la primera curva los quitó de su vista.

Luego supuso que Lynne y Chloe se meterían en el coche, mientras Chris mantenía el brazo en alto, inútilmente.

Su prima Jamie

En su convención anual —ambas eran profesoras de instituto— Fern y Barbara siempre se juntaban una vez como mínimo, a tomarse un café. El año pasado ascendieron a la ginebra. Esta vez, en la noche final, se instalaron en torno a una mesa pequeña del bar del hotel. Hablaron de esto y de lo otro —sobre la decadencia del decoro en las aulas, por supuesto; y sobre los deslices que se habían producido en esta convención, relaciones amorosas de una vez al año que salvaban muchos matrimonios.

—Como medicinas de urgencia —apuntó Barbara.

—Alivio para la flatulencia del matrimonio —amplió Fern.

Fern, en la cincuentena, tenía una frente ancha y sin arrugas, unos ojos grises muy claros, una boca movediza. Estaba en buena forma, y tenía el pelo rubianco, rizado y corto, y llevaba pantalones muy caros y jerséis de colores del bosque: musgo, corteza, neblina... De veras, podría aplicársele el calificativo de guapa; podría incluso haber sido admirada. Pero el modo en que se encogían esos hombros atléticos y el modo en que sonreían esos musculosos labios venían a expresar la expectativa de que no se fijasen en ella. Barbara —ancha de cara y de regazo— era, por su parte, la clase de persona a quien la gente cuenta historias con toda confianza. Y estaba bien: le gustaba escuchar.

Ninguna historia le había llegado nunca de Fern, sin embargo. Y no daba la impresión de que fuera a llegarle ninguna esta noche. Ambas mujeres podrían haber dado fin a la noche en amable silencio —Madre Tierra y Belleza Fallida, copeando juntas— si no hubiera pasado rápidamente por delante del bar una colega, camino de los ascensores.

Fern se inclinó hacia delante.

—¡Jamie! —llamó, quizá demasiado tarde. Volvió a recostarse—. Da igual.

—Jamie —repitió Barbara—. Esta Jamie es la mujer de aspecto más escrupuloso que he visto nunca. Pelo estirado. Gafas redondas. Labios pálidos. Blusa blanca de recambio todos los días... Es algo pariente tuya, ¿verdad?

—Somos primas. Es mi Prima de la Perpetua Penitencia.
Barbara bebió un sorbito. Y otro, y otro y otro. Y acabó diciendo:
—¿Tiene motivo para tanta penitencia?
Fern dijo:
—Ay, no puedo.
Y luego pudo.

Hace décadas, empezó Fern.

¿Recuerdas la efervescencia de aquella época? Aquella era, dicen ahora. Mujeres y negros, para arriba y para abajo, no exactamente de la mano, excepto en ciertas coyunturas. Y esa fue una de las coyunturas. Jamie acababa de salir del colegio universitario, estaba de ayudante en el laboratorio de ideas de Lev Thompson. Ella también había estado en Nueva York, dijo Fern, de estudiante, enseñando a niños que lo mismo eran huérfanos —cuyos padres solo se fijaban en ellos para darles de golpes—. Jamie y ella compartían apartamento.

Lev Thompson. Una figura. Pasaba de los sesenta; había llenado esos seis decenios de admirable actividad. Había sido médico, defensor de los derechos civiles, director de una organización nacional y asesor de otras. Ahora pasaba la mayor parte de su tiempo en el circuito de conferencias. No tenía una de esas voces de bajo acaramelado, no; era una voz suave y granulosa. Tenía la piel color galleta. Su madre era maestra, dijo Fern, como nosotras dos.

Jamie tenía la cara demasiado fina y los hombros demasiado estrechos. Pero sus ojos azules estaban salpicados de destellos dorados; y luego estaba su cabeza, su pelo, muchísimo, de color caoba. Me contó que le encantaba tener sujeta una mecha espesa de pelo entre los dedos. Me lo contaba todo. Se sujetaba el pelo y sus dedos eran unas pinzas, y deslizaba las pinzas hasta el final, y luego volvía a empezar desde la raíz.

Pecho plano; y los dientes delanteros montados. Había hombres que se volvían locos con estos defectos, quién sabe por qué. Jamie y ella provenían de un determinado tipo de familia, dijo Fern. Ya sabes, Connecticut: dinero tan antiguo que ya no queda. Pues eso, Jamie, sin tetas, demasiado aristocrática para someterse a ortodoncia, le gustó a aquel hombre. Era populachero, tenía más de un ramalazo de predicador; pero no había nada grosero en sus inclinaciones. La primera mujer, la mujer con quien se casó cuando era un

médico joven, era una persona con refinamientos. Sus tres hijos decían mucho a favor de ambos. La segunda mujer fue una cirujana gabonesa: tuvieron una hija a quien él consintió demasiado. La tercera fue una tenista alemana: seguía casado con ella cuando se juntó con Jamie. De primera categoría, todas ellas. Ni que decir tiene que había tonteado un poco por ahí, según le dijo a Jamie, según Jamie le dijo a Fern. Pero no mucho: Jamie era solo su segundo lío de este matrimonio. Schmidt, la tenista, pasaba mucho tiempo de torneo en torneo, y a él, a su edad, no le gustaba estar solo.

Fern hizo un alto, pidió otra copa. Barbara también.

El hombre necesitaba compañía, prosiguió Fern. Podría habérselas apañado sin sexo, seguramente. Pero Jamie estaba enamorada, igual que sus antecesoras: enamorada de su voz, de su piel, del modo que tenía de encogerse de hombros y mantenerse a la espera durante las discusiones, con las palmas hacia delante, como si dispusiera de toda la divina eternidad para aguardar a que la otra persona adoptase su modo de ver las cosas. La sonrisa bondadosa: se percibía desde la otra punta de la habitación, estirando su cara morena, y te morías por verla cernirse sobre ti, y tú tendida de espaldas... Tenía el pelo del pecho color plata, informaba Jamie. A veces, hasta que se les ocurrió lamer, a ella le costaba correrse. «Qué más da —le susurraba él al oído—. Soy un morenito muy paciente.» Bueno, ya sabes, una cosa así solo puede decírtela un hombre así.

Su apartamento eran libros y cuero y madera, y había retratos de sus mujeres y sus hijos, incluida una foto tamaño natural de Schmidt devolviendo un revés. Jamie lo visitaba con poca frecuencia, y solo cuando Schmidt estaba de torneo, claro. A Schmidt le gustaban las mujeres, le dijo Lev a Jamie, con esa voz suya tan tolerante —también le gustaban los hombres, por ejemplo cabalgarlo a él como si estuvieran en un circo, ella con las rodillas contra las orejas, con los brazos extendidos en diagonal hacia los cielos—. «¿Quieres probar la postura? Yo hago de caballo viejo y tú de joven amazona.»

Y sí: con él todo valía. Pero a ella lo que más le gustaba era yacer debajo de él, dejar que la envolviera, alzar solo un poco las rodillas, escuchar sus trabajosos gemidos y por fin su respiración aguda, su suspiro final, sentir contra el pecho las palpitations de su corazón. Sus labios, tan suaves en los de ella, se deslizaban por la mejilla de Jamie y acababan besando la almohada blanca.

Juntos acudían a tal o cual acto. Jamie, por lo general con un escaso vestido rojo que él admiraba, le colgaba la chaqueta, le sostenía el maletín, se hacía

con una lata de *ginger ale* si los organizadores solo proporcionaban agua. «Mi Conseguidora de Guardia», decía él más tarde, lamiéndole la parte baja de la barbilla, los labios exteriores, el hueco de las rodillas; y cada vez que él la lamía, donde fuera, sus volatineros interiores se ponían a dar volteretas, sin parar, hasta unirse en un orgasmo estremecedor. La rapidez del efecto era la misma si le lamía el lóbulo de la oreja en un taxi. Jamie dijo que un año más tarde se le ocurrió que su lengua, su propia lengua, también podía desempeñar tan práctico oficio, y, sola en un ascensor, apretó la cara interna de la muñeca contra sus labios abiertos y conoció la sal de su piel y la fibra de sus tendones, mmm, ah.

Podía dar una charla sobre lo que fuese. «La inmundicia que vos sois» era el título de su conferencia sobre Calibán y la naturaleza y la necesidad de proteger a los perjudicados por una modalidad de esclavitud. «Obsérvalo mientras duerme» postulaba un diezmo sobre el impuesto progresivo. Su reputación arrancaba de un libro que equiparaba a la clase baja con la población de una ciudad de finales de la Edad Media durante la peste. Pero estos últimos días hablaba sobre una gran variedad de temas impopulares: del derecho a ser rescatado —eso, en la época en que los hospitales mentales estaban echando a la calle a sus pacientes—; de Dios, del Dios vivo, no de una deidad justa o piadosa, sino de un Dios en el que podía uno arrebujarse como dentro de un abrigo. Se negaba a aparecer en televisión, diciendo que el propio medio, por elevado que fuese su contenido, era un azote. Devolvía las cartas a sus remitentes —incluso las laudatorias— con correcciones gramaticales en los márgenes. Entre sus enemigos estaban la Action for Children's Television —organización dedicada a la mejora de los programas para niños— y varios psiquiatras de renombre. Sus enemigos reconocían que era una buena persona. Lo mismo decían sus mujeres. Los dos primeros matrimonios habían concluido porque una y otra mujeres se cansaron de las causas que defendía, no del marido. Como dijo la médica gabonesa en su nota de despedida: *Tu atención, querido Lev, está para siempre en otro sitio.*

Y aquella noche de verano, en el apartamento de él, su atención, dijo Fern, estaba ciertamente en otro sitio. Las líneas de su rostro se habían vuelto surcos, Jamie se había dado cuenta durante la conferencia que acababa de dar. Tenía la voz rasposa. Sus ojos color ámbar se habían refugiado en su entorno frisado. El público estaba pidiéndole demasiado. En el taxi, luego, Jamie le preguntó: «¿Quieres que me vaya a casa? Pareces cansado». Pero no lo decía de veras: Schmidt estaría pronto de regreso.

—Pues a lo mejor sí —dijo él. Los dedos de Jamie se crisparon contra la mano húmeda de él—. No —dio marcha atrás—. Vamos a mi casa.

Permaneció largo rato en un sillón, repasando unos papeles y bebiéndose varias latas de *ginger ale*, eructando a disgusto. Tardó muchísimo en el cuarto de baño. Jamie estaba ya durmiéndose cuando por fin se metió él en la cama y se colocó de lado, dándole la espalda, en lo que ella supuso una maniobra marital común.

Fern miró a Barbara. Barbara asintió con la cabeza para que prosiguiera.

Pero Jamie no se dejó rechazar, dijo Fern. Tocó el hombro de Lev, tamborileando una pequeña melodía, y él, lentamente, se volvió hacia ella. La diestra mano de Jamie penetró su chaqueta de pijama entre botón y botón y le alteró la tetilla. Con un suspiro, Lev levantó su cuerpo sobre el de ella. Esperó unos momentos. Ella pensó que tendría que perdonarlo esa noche... pero ahí estaba, su erección, abriéndose camino por la portañuela del pantalón del pijama. Se asentó en las rodillas, aún con el pijama puesto, y entró en ella. Un impulso, otro impulso, y se vino abajo... ¡tan deprisa! Ella no había ni empezado; Lev se había olvidado de aplicarle la lengua. Su rostro, como de costumbre, besó la almohada, y su corazón latió contra el de ella.

Solo que no latía. Jamie contuvo el aliento. Podía ser que él también estuviese conteniendo el aliento. Respiró. Él no respiró.

Faltaban cinco minutos para que dieran las doce de la noche.

Mirando al techo, recordó que Lev había tenido un ataque al corazón a los cincuenta y tantos. Su padre había muerto joven, y sus tíos y su único hermano, todos de lo mismo, él se lo había contado. Era cosa de familia, infartos súbitos y fatales. Había peores maneras de morir, decía él con insistencia. Esas píldoras que tomaba de vez en cuando, alejando con un gesto los preocupados aleteos de ella: debía de tenerlas en la chaqueta. Saltó de la cama, encontró el frasco, lo agitó frente a él. Podía meterle las tabletas en la boca. Podía metérselas por el recto. ¿Cuál era el ritmo de reanimación cardiopulmonar? Había seguido un cursillo en la facultad, practicando con un muñeco morado. Apenas recordaba nada. Cuatro minutos para que dieran las doce de la noche.

Lo volvió de espaldas. *Aflojar la ropa*, recordó: le desabrochó los botones del pijama. El pene colgaba, mustio. Le presionó un lado del cuello con los dedos. Nada. Le golpeó el pecho con el puño. Sin respuesta. Le puso la boca en la boca y sopló, y le alzó la cabeza, y la volvió a bajar, y sopló de nuevo. Le olía la boca... ¿No se había lavado los dientes durante esa larga permanencia en el cuarto de baño? Y, sin embargo, había algo estimulante en

aquel olor y aquel sabor tan terribles. Sus bacterias personales seguían vivas. Sopló una vez más, y luego agarró el teléfono y marcó el 911. Tres minutos para que dieran las doce de la noche.

Cuando llegaron la policía y los bomberos, ya se había vuelto a enfundar el vestido rojo. Había arrancado un tirante con las prisas por enfundárselo. Él tenía puestos los pantalones. Tendido de plano en la cama, los pies morenos, desnudos, bajo las rayas diplomáticas, la parte de arriba del pijama toda arrugada, parecía un trovador melancólico.

Los de la ambulancia lo hicieron muy bien, con su oxígeno y sus intentos de reanimación y su camilla. La policía fue muy amable. Uno de ellos era una mujer. Qué oficio tan bonito para una mujer, pensó Jamie. Sí, les confirmó que era ayudante suya. Sí, acababa de dar una conferencia. Se habían vuelto a casa para trabajar en su próxima charla, que sería en Chicago..., que habría sido en Chicago. ¿Qué aspecto tenía? Bueno, preocupado. «En su familia abundan los infartos», les confió Jamie.

La llevaron a casa. Fern dijo que había estado despierta todo el rato, preparando la clase del día siguiente para sus desdichados alumnos, cuando la policía le trajo a Jamie. *Un desgraciado incidente* fue lo que le dijeron. Se marcharon. Jamie se arrojó sobre la cama, sin quitarse el vestido rojo, y le farfulló su historia a la almohada.

«Le di la vuelta —dijo Fern— y le liberé el hombro del tirante que le quedaba y le enrollé el vestido hacia abajo. Estaba segura de que en cualquier momento se iban a presentar los periodistas y se fijarían en el vestido y dirían que era escarlata. Le deslicé por la cabeza a mi prima un inocente camisón. Hice un montón con el vestido rojo y lo arrojé al suelo de mi armario.»

Pero los periodistas no vinieron. Con excepción de un tabloide, todos los periódicos dejaron fuera de la crónica a mi prima. La biografía de Lev ocupaba por entero sus artículos; a los comentaristas les interesaba el trabajo que aún podría haber realizado.

El personal acudió en grupo a las horas de cuerpo presente del velatorio. Jamie había pensado ponerse el vestido rojo, dijo Fern, pero ella la convenció de que no. Se puso un traje negro, con la falta muy corta. En el ataúd, contó más adelante, parecía muy descansado y estaba muy guapo. Claro está que no pudo dedicarle una despedida especial, pero su mirada viajó a través de la ropa y se acurrucó al ladito del noble corazón. Y luego se trasladó a la habitación contigua para darles el pésame a los deudos más cercanos.

Estaban sentados en semicírculo. La madre: moño severo, peltre teñido de

bronce. «Se le puso gris el pelo de un modo excéntrico —le había contado Lev a Jamie—. Nunca hizo nada como todo el mundo.» La primera mujer, majestuosa, a pesar de un atuendo beis que no la favorecía, y sus hijos y sus nueras y sus nietos, todos solemnes, tristes —de luto, podría decirse—. Uno de los hijos era igual que él. ¿Tendrá también un corazón que le falle demasiado pronto?, se preguntó Jamie. La despampanante segunda mujer, con un colgante de plata que parecía un estetoscopio. Su hija adolescente, que se llamaba Thalia, cuyos calcetines altos y noveluchas había visto Jamie alguna vez por el apartamento. Schmidt, sollozando. Thalia la tenía cogida de la mano. Otra mujer mayor... ¿quién era? Ah, sí: la mujer del hermano difunto.

Jamie, deslizando rápidamente los ojos de rostro en rostro, llevando la cuenta contra el muslo con los dedos, subiendo y bajando la lengua tras los dientes cerrados... los contó. Diecinueve. Diecinueve corazones rotos. Bueno, dieciocho: la nuera quizá no estuviese afectada. Dieciocho personas que habían perdido a un ser querido marido exmarido padre abuelo hijo; que lo habían perdido por muerte súbita; que lo habían perdido por culpa de una ayudante a la que toleraron con gusto, porque le perdonaban esos pequeños fallos; que lo habían perdido porque una ayudante recién llegada se le había echado encima, lo había dejado exhausto con sus exigencias, lo había llevado hasta el borde; y luego, muerta del susto, de puro tonta que era, se había dedicado a sacudir las medicinas como si fueran castañuelas, le había dado unos golpecitos flojos en el esternón, le había soplado sin habilidad en la boca y le había metido a la fuerza un par de pantalones por las piernas arriba, por mor de su reputación terrenal, o la de ella misma. Para cubrir la vergüenza de ambos.

La nuera rompió en sollozos.

Diecinueve personas, pues.

—Jamie se marchó de Nueva York a raíz de aquello —concluyó Fern—. Obtuvo un máster en pedagogía por la Universidad estatal y se casó con un profesor de matemáticas bien aburrido, que le dio dos buenos hijos igualmente aburridos. Se planchó el pelo hacia atrás y renunció a las lentillas e hizo provisión de blusas blancas para toda la vida.

Silencio durante un rato. Luego Barbara dijo:

—O sea que ahora está en su habitación con el pelo suelto, sin las gafas, reviviéndolo todo, empapada de culpa.

—Sí —dijo Fern, con la mirada fija en la aceituna del fondo de su vaso—.
Los hay que no dejan buena suerte para los demás.

Bendito Harry

I.

El primer lunes de marzo el señor Flaxbaum recibió el siguiente correo electrónico:

Distinguido Myron Flaxbaum:

Soy Harry Worrell, profesor del campus del King's College en Londres, Reino Unido. Deseamos que sea usted nuestro orador invitado en el Seminario Imprevisto que tendrá lugar aquí este año. Le escribimos para invitarlo y para confirmar su reserva. La localización es como sigue: King's College Campus de Strand, Londres, Reino Unido. Esperamos que asistan unas 850 personas. La duración de la charla es de una hora. La fecha es 31 de mayo de este año. El tema es «El misterio de la vida y de la muerte». Nos hemos informado sobre usted en internet y consideramos que está a la altura. La carta formal de invitación, junto con el correspondiente contrato, le será enviada tan pronto como usted acepte nuestra propuesta. Nos haremos cargo de sus gastos de viaje y alojamiento, así como de la remuneración por la charla.

*Bendito siga usted.
Profesor Harry Worrell
Campus del King College*

El señor Flaxbaum releyó la epístola, retirándose las gafas para el segundo escrutinio. «Me invitan a dar una conferencia», les mencionó a los tres chicos, quienes, aunque estaban saliendo a toda prisa camino del colegio, hicieron un alto para mirar la invitación. «Fabuloso», «Tremendo», «Apasionante», aprobaron, uno tras otro; y uno tras otro, mochila en pos de mochila, dejaron la casa, dando lugar a la pequeña conflagración que su partida solía provocar en

el corazón de Flax. «Fantástico», añadió Felix por encima del hombro, revelando por un momento la nariz abreviada y uno de los ojos azules heredados de Bonnie. Bonnie llevaba ya varias horas en el trabajo —era enfermera de quirófano en un hospital de Boston—, pero más adelante, esa misma tarde, afirmaría que el Seminario Imprevisto ganaría muchísimo con la presencia de su Myron. (Nadie que no fuese Bonnie lo llamaba por su nombre de pila; su propia hermana lo llamaba Flax.) Bonnie acercó a la pantalla su rubia cabeza de mentón potente y pasó revista al tema —«El misterio de la vida y la muerte»—, para luego recuperar la verticalidad, mujer tamaña, con más autoridad que un edil de Roma, aunque llevara pantalones y jersey y zapatos resistentes en vez de toga y sandalias. «Incluso podrías darla en latín, cariño.»

Ahora, en ausencia de Bonnie, y tras la ruidosa marcha de los chicos —en presencia solo de la muy peculiar planta casera de Flaxbaum—, Flax se permitió una práctica poco habitual en él: buscarse en Google.

Su nombre solo apareció una vez, como ya sabía él que ocurriría: en la página web de la Academia Caldicott de Godolphin, Massachusetts, la escuela privada para chicas en que ejercía. En la foto, tomada hacía unos años, el pelo de Flax ya iba en retirada, pero todavía no había volado. En el labio superior aún no le había crecido el fino bigote. Sus mejillas regordetas aún no mostraban los dos pliegues verticales que surgían cada vez que generaba una sonrisa, y sus gafas ocultaban la comprensiva mirada que había llevado a muchas alumnas poco diligentes a sentirse dignas de algo, de pronto, cuando él las llamaba a conferenciar, aunque no estuviese muy claro de qué fuesen dignas. Dignas quizá de una conferencia con Flax; quizá con eso fuera suficiente. Casi todas las alumnas reaccionaban a sus conversaciones con Flax prestando más atención a sus gramáticas latinas, descubriendo algo intrigante en el ablativo absoluto, renunciando a sus chuletas de traducción literal —una de las chicas llegó incluso a quemar las suyas en una pequeña ceremonia en la parte trasera del gimnasio.

El pie de foto decía *Myron Flaxbaum, bachiller en artes por el Brooklyn College, maestro en artes por Columbia, maestro en enseñanza de las artes por Harvard. Profesor de primero, segundo y tercer años de Latín. Entrenador del equipo de ajedrez.* Era todo un tributo al mundo electrónico que esta leve entrada hubiera llamado la atención del director de los Seminarios Imprevistos del King's College de Strand. ¿Qué podía inventarse como remuneración habitual? Lo que era más grave: ¿qué podía contar en la

conferencia? *Pensemos por un momento (pensó). Quizá pueda trabajarme algo sobre la historia de la vida —el Big Bang, el caldo primigenio, el desarrollo de las bacterias, la emergencia de criaturas con algo parecido a un cerebro, algo parecido a un ojo y alguna locomoción—. Releeré a Darwin y Linneo y Mendel y Richard Dawkins; repasaré la Biblia. Quizá tenga que recurrir a un agente...*

Luego, sacudiendo la cabeza con violencia (para ser él), dejó de pensar en su abrumadora tarea. Buscó en Google el King's College de Strand y descubrió que sí existía, pero que no había ningún Harry Worrell en el claustro de profesores. Quizá fuese benditamente modesto, Harry. Flax metió a continuación los hombros en su asendereado abrigo y comprobó en su maltratado maletín que llevaba todos los libros y papeles necesarios para la clase de hoy. Tanteó el botón flojo del abrigo: sí, aguantaría probablemente un día más. Levantó de su percha la boina que sus hijos le habían regalado por su reciente cumpleaños —accesorio que ellos consideraban más elegante que su vieja gorra de *tweed*— y se la encajó en la cabeza medio calva. Recogió la taza de café medio llena que había en la mesa del ordenador y fue con ella a un rincón oscuro familiar, donde vació su contenido en una maceta de tierra y pedicelos, brácteas, pedúnculos y hojas desparejados. Luego dejó la casa abandonada al cafeinado cuidado de esa planta.

II.

Nadie recordaba de dónde venía la planta. Era como si llevara desde siempre instalada en ese rincón mal iluminado e insalubre (tratándose de una planta) del salón, encima de una mesita cuyo origen también estaba olvidado, protegida por el brazo en voluta del sofá marrón de felpa. El hijo de en medio, Leo, sugería que la planta había sido engendrada por el sofá, que se llamaba Jack, por un tío de Flax, muy querido por todos, que vivió con ellos durante algunos años. El tío Jack compartía habitación con el hijo menor, Felix, y nunca se cruzaba en el camino de nadie, más que nada porque lo habitual era que estuviese ocupando el sofá, lanzando a veces la ceniza de sus cigarrillos puros en dirección a Planta. «Un auténtico *schnorrer*» (gorrón, en yidis), dijo de Jack el señor Flaxbaum, aunque no durante el elogio fúnebre.

El joven Felix sospechaba que era él quien había metido a Planta en casa, desde el vivero, con ocasión del reparto gratuito de mercancía moribunda que

hacían todos los años. Flax, devoto de las *Metamorfosis* de Ovidio, alimentaba la fantasía de que Planta había sido en tiempos una ninfa, convertida, como Dafne, aunque no en un laurel de un monte cercano al Olimpo, sino más bien en una pobre cosa enraizada en una maceta de su salón. Quizá se hubiese portado mal cuando aún tenía piernas y caderas. Bonnie, que había recibido de las monjas una formación clásica, pensaba que Planta era un dios doméstico que proporcionaba buena suerte, uno de los lares, o un penate. ¿Por qué no? La familia había tenido buena suerte hasta ahora, a no ser que fuera uno tan tonto como para considerar que las cuentas bancarias bien nutridas y las cocinas con encimeras de granito son señales de buena suerte. Ni siquiera su Leo, que padecía una dolencia neurológica que quizá fuese progresiva, o quizá no..., podía considerarse desafortunado, o aún no, o quizá nunca... Leo lucubraba con la posibilidad de que Planta fuese una suculenta.

En una charla familiar ocurrida poco después de la aparición de Planta, Bonnie comentó que podía ser una variedad de primula emigrada de las vías del tren. Sean, el mayor, recurriendo a una *Enciclopedia botánica* de cuya posesión ninguno de ellos era consciente («Un poco como la propia planta», comentó el tío Jack), dijo que su palidez indicaba que podía ser micotrófica, es decir, que podía «obtener nutrientes del suelo por mediación de los hongos que habitan sus raíces», según leyó en voz alta. Sus floraciones la hacían pariente cercana de la *Anacampteros telephiastrum variegata*, también llamada coprosma.

—*Telephiastrum* —repitió Flax—. Eso es griego, no latín. Arrojar lejos, quizá. Sigue, Sean.

—Como en el caso de la *Arsaenia*, tiene «largas, volteadas y enrolladas las puntas de las hojas».

—Solo una de las hojas —dijo Leo—. La rayada es plana.

—Hay un barrunto de cáudice justo asomando de la tierra —dijo Sean, cerrando el libro.

—¿Qué es cáudice? —preguntó Felix.

—Un manuscrito primitivo —dijo Jack.

Transcurrido un rato:

—Una raíz primaria —dijo Sean.

—Nuestra invitada tiene un montón de características —dijo Felix—.

Algunas crecen a partir de otras.

—Otras se excluyen mutuamente —dijo Leo.

La supuesta raíz primaria de Planta nunca había sido objeto de examen (no

querían matarla). A veces echaba unas florecillas en tonos de lencería. A veces echaba unas ramificaciones que se arrastraban hasta el borde de la maceta y al final se desintegraban. Era seguramente un híbrido. «Y ¿quién no?», se preguntó Sean (una de cuyas asignaturas de mejora para alumnos destacados era la Biología). No molestaba a nadie, ni se granjeaba el cariño de nadie. En eso se distinguía del pequeño terrier que la familia había adquirido en la perrera hacía unos años. A Buddy le encantaba perseguir coches. Era solo un hábito temporal, todos esperaban que se le pasase con la edad. Por lo demás, era cariñoso, identificaba a los chicos por el nombre y también al tío Jack, que le daba golosinas en secreto. Parecía conocer los números; Leo pensó que Buddy podía aprender a contar, o por lo menos a hacer como que contaba, como Hans el Listo. Pero no llegaron a empezar con las lecciones de matemáticas, porque una mañana de niebla le dio un arrebató y mordió el polvo ante un Toyota Camry. Pobre Buddy... Planta perduró, como los propios Flaxbaum, tan atareados: como Flax, Bonnie, Sean, Leo, Felix y la encarnación del tío Jack.

III.

A la mañana siguiente, martes:

—¿Quieres que imprima la invitación del profesor Harry Worrell? —le preguntó Flax a Felix.

—No, gracias —dijo Felix—. ¿Has contestado ya?

—Todavía no.

—Bueno, pues quizá acepte la próxima comunicación, si llega por correo.

Felix era un coleccionista escrupuloso, no de esos que van amontonando todos los cachivaches que les caen en las manos. No le interesaban los documentos, pero le llamaban la atención los sellos. Aunque lo que más le gustaba eran las cosas extrañas como botones de fantasía y timbres de bicicleta y circuitos impresos sin padre ni madre, pero que alguna vez podían resultar útiles; y también le gustaban las cosas dotadas de una belleza peculiar, como los últimos dos centímetros granates de un frasco de medicina para la tos, o su propio apéndice vermiforme, hábilmente eliminado de su ciego y conservado en una botella de formaldehído. Elegía cruces con cadenita en tiendas de segunda mano: le recordaban su infancia, cuando iba a misa con la abuela Reilly, la mamá de su encantadora mamá. Felix nunca habría incurrido

en sus hábitos de recogebasuras —o se habría limitado a coleccionar cartas de Pokémon— si el tío Jack no se hubiera muerto, abandonando su mitad del dormitorio que compartían. A lo largo de los años siguientes el chico se fabricó estanterías, se compró un acuario de cristal, descubrió en un vertedero una pequeña caja fuerte de oficina y le reparó la cerradura con ayuda de Leo. En ella guardaba sus crucecitas. El acuario albergaba ahora unos cuantos peces, dos, tres, cuatro, cinco, su número dependía de su propia suerte y de un destino más amplio que Felix no comprendía y que, según él, era un misterio también para aquellos dependientes suyos. Los peces efectuaban ejercicios repetitivos ante la benévola atención de Felix. Les echaba unos copos que parecían cilantro seco. Les puso nombres de poetas latinos en honor de su padre, pero cada vez que uno de ellos aparecía flotando sin propósito, lo retiraba y reciclaba el nombre. Había sido custodio, pues, de numerosos Virgilio y Juvenales. Al señor Flaxbaum le parecían muy bien los apodos, pero consideraba que el grupo debía recibir su nombre adecuado según la clasificación linneana. Así que Felix colocó un cartelito: *C. auratus auratus*.

Felix jugaba al baloncesto y al fútbol asociación, pero su deporte favorito era andar con la cabeza gacha y pararse a mirar una hoja caída o un humus de lombriz que le llamara la atención, recogéndolo a veces para acercarlo a su franco rostro irlandés —fisonomía infrecuente en la familia Flaxbaum, pero que se daba a menudo en los Reilly—. Lo que más particularmente le llamaba la atención era un bicho muerto atrapado entre las dos hojas de vidrio a prueba de tormentas que había en una de las ventanas del dormitorio de sus padres. El dormitorio estaba nada más salir del salón.

—¿No podemos liberarlo? —se preguntó Felix en su momento—. ¿Cómo se ha metido ahí?

—Es un escarabajo longicornio adulto —dijo Flax, tras habérselo estudiado un poco—. Supongo que su pupa quedó atrapada entre dos hojas de cristal cuando los operarios las estaban juntado en el patio de la fábrica. Tenemos cristales dobles en las ventanas, para protegernos del frío, Felix, y no se pueden separar... Habría que romperlos. Y ¿para qué? Para extraer el cadáver de un insecto común. Sé que te gustaría añadirlo a tus curiosidades, o sea que más vale que le des a nuestro dormitorio la consideración de anexo de tu colección.

—Gracias. Y ¿qué lo mató?

—La insuficiencia de oxígeno. De un modo u otro, eso es lo que nos mata a todos. El tío Jack...

—Tenía una enfermedad de la sangre.

—Sí: al final, su sangre no podía llevar oxígeno a su corazón, y se murió.

—Ah. El bicho no se desintegró —dijo Felix. Flax supuso que el chico estaba pensando en su tío descomponiéndose bajo la tierra. Se obsequió una ponderada mirada a los ojos de su hijo. Si la sinceridad tuviera color...

—También por la falta de oxígeno —explicó Flax—. Quedó conservado en un vacío accidental.

Felix abría todas las mañanas su caja fuerte y sacaba una de las cruces. Luego volvía a guardarla, le obsequiaba a Planta unos cuantos copos de comida para peces y echaba un rápido vistazo al escarabajo para ver si resucitaba de una vez.

IV.

Los miércoles, la primera clase de Leo era a las diez. El instituto de pedagogía progresista de Godolphin exigía la asistencia a clase, pero daba libertad en otros momentos. Los miércoles, Flax no tenía ningún curso. De manera que a las ocho de la tarde ya estaban los dos en casa, solos uno con otro. Y este miércoles, cuando ya era por la tarde en Gran Bretaña, el profesor Harry Worrell debía de estar sentado a solas en algún pub, con jarras acumulándose en torno a su portátil, enviando mensajes a norteamericanos distinguidos.

Mientras pensaba en el bendito profesor, Flax disfrutaba de un mortífero desayuno de panqueques y sirope y beicon, y Leo, de un revitalizante desayuno de muesli con té y unas cuantas cápsulas de colores. Se parecían en algunas cosas, esos dos: pelo castaño lacio, abundante en el hijo y ralo en el padre; voz amable; sonrisa lenta; amor a la enseñanza y talento para impartirla. A sus dieciséis años, Leo ya estaba ayudando a la profesora de noveno grado a explicar los logaritmos, haciéndolo de un modo tan modesto que sus compañeros de clase no se ofendían; y en visitas de última hora de la tarde a la escuela elemental de la localidad, daba clases a unos niños de los que llaman retrasados mentales. Leo detestaba ese término. Eran las propias matemáticas las retrasadas. Había algo que no estaba bien en los números, su reflejo en el papel. Despistaban a aquellos adorables niños, impidiéndoles hacer cualquier cosa que no fuera contar. A los niños se les daba bien contar cuando utilizaban palabras, *uno, dos, tres*; también les encantaba *tropecientos*.

Pero las formas de los números les saciaban los ojos. Y las ayudas visuales inventadas por algún pedagogo sádico: esposas policiales para el 3, garfio para el 5, hacha para el 7; el 4 era una horca cruel... «Me han hecho odiar la forma de los números», decía Leo.

Lavaron los platos. Leo no le dio de comer a Planta, pero se situó a su lado, de pie, mirándola desde lo alto. «Me gustaría saber si Buddy habría podido aprender a contar», farfulló. Flax comprendió que seguía pensando en los números. ¿Cabía la posibilidad de que Planta fuese numerívora? Leo ladeó la cabeza hacia delante y Flax imaginó los desgachados números cayendo en la maceta; adiós, 2, 5, 17; adiós, 9, nudo corredizo.

Luego Leo recogió su mochila, padre e hijo sacaron sus bicicletas del garaje. Bajo el casco, la boina de Flax le aleteaba en la frente. Así, sobre ruedas, con abrigo y protector, tenía buena pinta, observó Leo, aunque diera la impresión de haber perdido un botón del abrigo. Flax observó la angulosidad del hijo y experimentó el frío espanto de que alguna vez su enfermedad latente le introdujera tubérculos en los órganos y lo convirtiese en madera. Tomaron por una calle vacía, Flax por delante, y luego siguieron pedaleando en paralelo hasta el segundo cruce, donde Leo, tras despedirse con la mano, viró hacia el colegio, y Flax, alzando la mano en respuesta, siguió recto, camino de su trabajo de hoy, vender zapatos en Dactyl.

V.

Los días de Bonnie estaban hasta los topes de obligaciones, pero, así y todo, se las apañaba para dedicar una hora todos los miércoles a ocuparse de su hombre. Salía del trabajo y cogía el metro como siempre, del hospital a la estación central, y luego, en vez de desplazarse al sector de Godolphin donde vivían los Flaxbaum —firmes casas de tres plantas casi todas ellas con firmes familias dentro—, se desplazaba hasta el área comercial de Godolphin, la Esquina Jefferson. Dactyl, donde Myron trabajaba los miércoles y los sábados por la tarde, era un sector inscrito en el registro histórico que abarcaba Forget Me Not, tienda de antigüedades; los textiles Roberta; la tabaquería de Dunton, y el Local, restaurante. Esta hilera de establecimientos se hallaba bajo una arcada de ladrillo. Cada uno de los establecimientos tenía una puerta interior que comunicaba con el contiguo. Los historiadores suponían que esta estructura había formado parte del ferrocarril subterráneo. La puerta entre

Forget Me Not y Dactyl tenía una ventana cuadrada de cristal. A las tres de la tarde, Bonnie, llevando un sombrero hongo que guardaba en Forget Me Not y unas gafas antirreflejos sin armadura, tomaba posesión de la ventana, tras haber intercambiado inclinaciones de cabeza con Renata, la propietaria de Forget Me Not. En sus largos años de gerente de tienda, Renata había visto cosas mucho más raras que una mujer observando cuidadosamente a un marido intachable.

Esta costumbre de Bonnie se inició un sábado de un mes de julio. Al salir de la librería de enfrente, con las manos ocupadas, se dio cuenta de que Myron estaba en el interior de Dactyl. Cruzó la calle a toda velocidad y adoptó una postura de espía detrás de una columna y se puso a observar. Ahora lo veía mejor. Myron estaba de pie, con las manos en la espalda. Tenía el mentón ligeramente gacho, como si estuviera mirando al suelo, pero las gafas prendidas en la punta de la nariz indicaban que mantenía los ojos alzados, para mirar por encima de ellas. Bonnie se quedó un rato observando. Y luego, contra todas las reglas de la física y de la fisiología, se metió en él. Se abrió un hueco entre sus costillas; desplegó su abundante yo dentro de la periferia de Myron, más pequeña. Los trozos y fragmentos cognitivos de Myron pasaron a integrarse en la corteza frontal ahora compartida. El interés más atento de Myron empleaba cuatro nervios ópticos. Sus decepciones daban lugar a cuatro caídas de hombros. Bonnie conoció la vergüenza que a él le provocaba tener que vender calzado para incrementar el confort de su familia, y conoció la vergüenza secundaria de que un trabajo extra tan honorable le provocara esa vergüenza inicial. Y, por tanto, cada miércoles que lo observaba —observaba, solamente; a partir de la primera fusión exaltada ya no pudo volver a ocuparlo — podía experimentar de nuevo lo experimentado por su padre hermano esposo sobrino profesor protector vendedor dueño de curiosidad botánica amante de Ovidio...

De manera que esa mujer tan competente, enfermera favorita de todos los cirujanos, pura calma tras la máscara y la bata, siempre con el material necesario a mano, siempre con la compasión retenida, ese parangón de imperturbabilidad, se sometía a su propio interior más blando todos los miércoles y espiaba a su marido desde el ventanuco de Forget Me Not, veía orgullo y decepción y vergüenza y resignación, lo veía postrarse de hinojos como un caballero —¡nunca como un sirviente, Myron!— ante alguna dama en busca de unos zapatos de tacón exactamente del mismo color que cierto vino de Burdeos, exactamente de la misma altura que determinado peldaño de

escalera, no, no, no, más alto, más bajo, más rojo, menos rojo, he dicho en algún momento que lo quería con lazo, con hebilla, un camaleón dorado trepándome por el empuje, los anfibios me ponen la piel de gallina...

—Reptiles —enmendó Flax.

La mujer compró los zapatos.

—¿Puedes leerles los labios? —preguntó Renata.

—No exactamente —dijo Bonnie—. Pongo algo de mi parte.

—Así es como funciona la comunicación, ¿verdad?

—Sí.

Así era también como funcionaba la familia, pero eso no se lo dijo a aquella solterona tan simpática. Todos los comensales ponían algo de su parte, de un modo u otro —comensales, de *com mensa*, comer juntos—. A Bonnie le encantaba la hora de comer, preparar la cena con ayuda de todo el mundo, utilizar los ingredientes comprados con el dinero que Myron y ella ganaban. Las conversaciones de sobremesa estaban llenas de información, no siempre válida, y llenas de citas tan serias como equivocadas; los modales de los chicos, sin llegar a perfectos, eran adecuados, y el espejo del comedor los reflejaba a todos obedientemente, el yo grueso de Bonnie, el yo cada vez más calvo de Myron y los rostros amados de Sean y de Leo, y la nuca de la amada cabeza de Felix, aunque, con tanto moverse, unas veces ofreciera un perfil y otras el otro. «Pásame la sal, por favor», le decía a su padre. (Algún día tenía Bonnie que dejar de poner salero en la mesa.) Myron le pasaba la sal; Myron, el compañero con quien literalmente había tropezado veinte años atrás.

Estaba derrumbado en un sillón de la sala de espera, mientras a su pobre padre enfermo lo mataba el bisturí en el quirófano, sin que nada pudiera evitarlo, y ella, al regresar del triste desenlace de la operación, tropezó con las piernas de él, que asomaban por fuera de la sala. Una mujer pequeña dormía en el sillón contiguo —la hermana de Myron, resultó ser—. Eran las tres de la madrugada.

—Ay, lo siento —les dijo Bonnie a los pies de Myron.

Los ojos se le abrieron en un vuelo. La boca se le abrió en un vuelo. Quiso preguntarle. No era a ella a quien correspondía decírselo. Pero rompió el protocolo con un gesto: le puso una mano en el hombro, y luego escapó. La mujer que había a su lado se movió un poco.

Más tarde, Myron la buscó para agradecerle sus cuidados.

—Papá tuvo una buena vida —dicho con cansancio.

—Y un final terrible —dijo ella, volviendo a romper el protocolo.

La llamó un mes más tarde y unos meses después ya estaban casados.

Y ahora había cinco Flaxbaum, desplazándose todas las noches dentro de un marco rectangular, retrato de familia, incluida una esquina del sofá de la habitación de al lado. Este retrato desaparecería cuando el último de ellos cediera a la necesidad fisiológica de la extinción individual, cuando el último recuerdo del último de ellos se hubiera extinguido. Entonces esas dos generaciones de Flaxbaum se desvanecerían de la historia, llevándose consigo todo lo que dieron y todo lo que recibieron junto con la negación de sí mismas y el disgusto y la gratitud. ¿La vida y la muerte? Eran cosa fortuita, en opinión de Bonnie, aunque, claro está, lamentaba mucho el sufrimiento. Pero lo que contaba era tu comportamiento mientras la muerte te dejaba vivir, y cómo te enfrentabas a la muerte cuando la vida te abandonaba. Eso era lo que había. Su honorable esposo podía instruir a aquellos sobreeducados británicos, a los 850, solo con su propio ejemplo.

VI.

Muy entrada la noche del jueves (el viernes a las cuatro de la madrugada, para ser exactos), en la cocina, Flax en pijama se encontró con Sean en ropa interior. No era un caso raro.

—¿De qué te examinas mañana? —preguntó Flax, aunque lo sabía.

—La evolución. Las preguntas serán sobre el origen de la vida. Contestaré que la vida fue un accidente, provocado por la concentración inesperada de moléculas orgánicas en fumarolas hidrotérmicas, hace cuatro millones de años. Luego me extenderé sobre el tema.

Sacaría sobresaliente, le constaba a Flax. Siempre sacaba sobresaliente. Se sentaron cara a cara, Flax bebiendo leche caliente, Sean ignorando un vaso con algo rojo dentro. Flax dijo:

—En efecto, así empezó la vida. Todos estábamos ya allí: esas moléculas han ido surcando los milenios a la deriva y han pasado a formar parte de nosotros. Y las fumarolas siguen en el océano, y los gusanos de tubo gigantes que viven en sus proximidades.

—¿Piensas mencionarlo en tu... conferencia de Londres?

—Quizá. ¿Quieres dedicarte a la física?

—No... Lo que espero es ser poeta.

—Eso pensaba yo. ¿Para escribir poemas épicos?

—No, lo siento. Quiero escribir lírica comprimida. «Camina por el aire aunque te parezca un disparate.»

—La belleza de las insinuaciones —aportó Flax—. Felix se bautizará para meterse a cura —predijo.

—«Culpa, justicia, el deseo de ser bueno.» Nuestro Felix.

Flax se aclaró la garganta.

—Tengo entendido que los poetas comen.

—Puedo trabajar de físico durante el día.

Sean sonrió, aliviando la grandiosidad.

—*Medio tutissimus ibis* —le dijo el padre.

—«Por el medio irás más seguro» —tradujo el hijo, o más bien recordó, porque todos los chicos conocían bien a Ovidio—. Sí, eso haré.

Aquellos ojos tan oscuros los había heredado del padre de Flax, del que se quedó en la mesa de operaciones y puso a Bonnie al alcance de Flax. Los iris del chico apenas se distinguían de las pupilas. Oscuros, marrón oscuro, mezcla destilada de todos los matices del mundo. Si la resolución tuviera color...

—Hijo mío, me acuerdo de cuando nuestra familia no éramos más que tú, tu madre y yo, cuando Jack aun andaba ganándose la vida en algún otro sitio. Me acuerdo de cuando este frigorífico era una exposición de tus dibujos de guardería. Me acuerdo de cuando ponías tu mano de niño, con toda suavidad, en la mejilla de Leo, seda tocando seda, es tanto lo que recuerdo, te tendría aquí hasta mañana por la mañana si te lo contase, mi querido muchacho, pero tengo que irme a la cama.

Y alargó la mano por encima de la mesa y con su velludo dorso acarició la mejilla de su primogénito.

—¿Qué es esto que no te estás bebiendo?

—Enjuague bucal. Es lo último que tomo la noche antes de un examen.

—No vayas a tragártelo. Es veneno.

—Siempre lo escupo.

Sean se puso en pie, tomó un sorbo, hizo un enjuague y luego, reteniendo el líquido en la boca, pasó del comedor al salón y, con una mano en Jack, le ofrendó a Planta un chorreón rosado. La criatura, como de costumbre, estiró el tallo en su dirección.

Los viernes por la noche los Flaxbaum acudían al bar con parrilla que había en su misma calle, a ver la tele sin interesarse en ella y a charlar de esto y lo otro. Aquella noche Flax llevaba la boina y Bonnie se puso por primera vez el sombrero hongo. Allí coincidieron con la tía Jan Flaxbaum. Era la diminuta hermana de Flax, una dentista muy ocupada y con los dientes torcidos.

—Hoy busqué en Google el King's College de Strand —puso Flax en conocimiento de su familia—. La idea era proponerles un tema más modesto y más tiempo para prepararlo. En el sitio había una ventana rectangular con un aviso. «Según se nos ha comentado, hay personas que están enviando invitaciones en nuestro nombre. Ninguna invitación que no lleve las letras kc.uk al final de la dirección debe considerarse auténtica.» Y, en efecto, había una tira de letras al final de la dirección electrónica de la invitación que llegó el lunes pasado, pero no las mencionadas.

—También había números —recordó Leo.

—No había ninguna *u* —dijo Sean.

—Ni *c* —dijo Felix tristemente—. Habrá desaparecido.

Su atesorado escarabajo estaba por fin descomponiéndose, pronto sería invisible.

—Ninguna *k* —dijo Flax.

—A la mierda el King's College —soltó Bonnie, o eso creyeron oírle sus tres hijos.

—Por favor, ¿de qué estáis hablando? —preguntó Jan.

Leo se lo dijo, mientras Bonnie imaginaba a Myron soportando el derrumbe de una fantasía que tal vez solo se hubiera creído a medias. En algún momento tuvo que haber captado el olor a scam que el resto de la familia sí había olfateado —con la esperanza de equivocarse— desde el principio. Lo vio ahí de pie, junto a la computadora, con la cabeza gacha, las gafas en la punta de la nariz, con un dedo corto y regordete cerniéndose sobre BORRAR.

—Bueno, pues habrían tenido mucha suerte si hubiera aceptado —dijo Jan, ignorando diversas incongruencias—. ¿Es tu abrigo el de la primera percha, Flax? ¿Qué es esa cosa tan enorme de terciopelo negro? ¿Te han dado un premio?

—Es un botón de la colección de Felix. Me lo cosió Leo.

—En tiempos fue de la tía abuela Hannah —identificó Jan—. Iba de adorno en un gorro malva.

—¡Lo recuerdo! —dijo Flax—. Tenía toda una estantería de sombreros raros.

Y la conversación se alejó de los Seminarios Imprevistos y del Misterio de la Vida y de la Muerte para instalarse en la confortable zona de la historia familiar.

VIII.

Ese sábado por la mañana, carente de forma en su bata de franela, Bonnie entró de puntillas en el salón, sin haberse molestado en cerrar antes la puerta del dormitorio. Se sacó una botella marrón del bolsillo. Contenía extracto de la raíz *P. vulgaris*, una variedad de primula. Este líquido era un preparado checo llamado *solutan* —una medicina contra el asma bronquial y la bronquitis—. Le echó un poco de *solutan* a Planta, poniendo en práctica una variante de la homeopatía. «Toma un poco de tu propia medicina.» Su prima de Praga le suministraba el material a Reilly, la farmacéutica, cuyo establecimiento no estaba muy lejos de la torre Zizkov. Los irlandeses están tan dispersos como los judíos; era una observación de Flax. A veces, escondido tras una puerta medio cerrada, observaba a Bonnie cuando le aplicaba su dosis a Planta. Esta mañana la estaba observando desde la cama. «Te amo», le susurró a su mujer, que no pudo oír aquella declaración imbatible en su falta de originalidad. Por necesidad, se la musitó también a *P. vulgaris flaxbaum*, que quizá estuviera desarrollando un tímpano rudimentario en el interior de esa hoja enroscada, cómo saberlo, ni Linneo, ni Darwin, ni Dawkins habían sido capaces de preverlo todo; y Planta, igual que el resto de la familia, tenía derecho a sus propios secretos. A veces se preguntaba en qué ser imprevisible estaba destinada a convertirse Planta. Pero con más frecuencia aún se preguntaba qué podía ser lo que mantenía ese organismo en marcha: ¿el cilantro, el enjuague bucal, los números eliminados, el café, ese producto nutracéutico mitteleuropeo, las últimas cenizas de los puros del tío Jack? Un misterio, ¿verdad, Bendito Harry?

Puck

La estatua —hueca, de bronce, más o menos de un metro de alto y trece kilos de peso— no era una de esas cosas que Rennie solía comprar. Y por un excelente motivo: tampoco era una de esas cosas que podía vender. En el ramo de las antigüedades no puedes seguir las propias ventoleras, si no quieres arruinarte en menos de un mes. En su tienda, Forget Me Not, Rennie trabajaba con relojes franceses y cerámica inglesa y cacharros hechos un siglo antes en una casa de acogida de Boston —un juego de aquellos platos tan sencillos procuraba ahora más dinero del que los alfareros inmigrantes ganaban en un año—. Forget Me Not era conocida por sus teteras de la Regencia y por sus joyas victorianas y por los alfileres de sombrero de los años cuarenta, que en aquellos días adquirirían los coleccionistas o, quién sabe, los homicidas.

Rennie, por su parte, era conocida por su discreción y su templanza. Permitía que determinados clientes utilizaran su teléfono para ponerse en contacto con algún detective o algún abogado divorcista —las llamadas por móvil pueden rastrearse, le comentaban los clientes, muy nerviosos; ¿me permite?...—. Señoras de cierta edad le traían saleros de valor; las circunstancias las obligaban a prescindir de la plata familiar. Los hombres compraban pendientes para mujeres que no eran las suyas. Elegantes matronas derramaban lágrimas por sus hijos encarcelados. Rennie mantenía esos hechos en la cabeza como secretos diplomáticos. Y esta cautela había desembocado, al cabo de los años, en una prudencia general: a ningún cliente le contaba nada de ningún otro cliente. Era una de sus dos reglas fundamentales.

La otra también implicaba no despegar los labios; se negaba a dar consejos. «Los consejos son cosa de psiquiatras y de peluqueros. Yo no soy más que una chamarilera.»

La estatua habría tenido sitio en una exposición de cosas raras. Un varón rotundo (de las hojas de parra cabía deducir que se trataba de un hombre), casi desnudo, con una chaquetilla sobre los hombros y un sombrero de copa sobre

los rizos. Llevaba una lanza en una mano y un espejo levantado en la otra. Tenía un rostro redondeado y alegre.

Ophelia Vogelsang se había presentado en la tienda tres meses antes con ese individuo a cuestas, tambaleándose. «Del piso del tío Henry», alardeó, como quien dice «de la colección Vanderbilt». Dejó la estatua en el suelo y se desplomó en el sofá biplaza a rayas.

Ophelia también era pequeña y redondita. Llevaba el abundante pelo — beis, en su mayor parte, pero con mechass teja y peltre y oro viejo— en la confusa espiral que seguramente adoptó durante sus días de espíritu libre en el Greenwich Village de Nueva York. En aquella época andaba por los veinte años y estaba bajo la tutela, por llamarla de algún modo, de su tío Henry. Ahora tenía setenta y cinco años y llevaba medio siglo viviendo aquí, en Godolphin, Massachusetts, con su amado esposo, Lew. Lew había muerto seis meses antes.

El día en que trajo la estatua Ophelia llevaba su versión del luto por viudez: zapatillas deportivas negras, falda negra a media pierna, una blusa negra abierta por la garganta y unos pendientes muy largos hechos de diminutos abalorios. Se inclinó hacia delante para tocar los rizos de la estatua.

—Se llama Puck —dijo, mirando a Rennie—. Hace cincuenta años custodiaba la trasera del salón del tío Harry. Aunque *salón* no es la palabra.

Se enderezó en su asiento y sacudió los pendientes.

—Aquello era todo alfombras y cojines y flecos diversos. ¡Qué va! Ni una sola silla, ni un solo mueble respetable a la vista. Una habitación para el retozo.

Hundió los dedos en su peinado, tan pasado de moda y tan inmensamente favorecedor, descabalandó unas cuantas mechass rojizas que quedaron flotando en las cercanías de su adorable y arrugado rostro.

—Puck nos vigilaba a mi amor y a mí.

No sonrió como acordándose de algo, como podría haber hecho una persona menos sutil. No sonrió para nada. Y, no obstante, la información quedó transmitida.

—La estatua estaba en su pedestal, en la arcada —prosiguió—. La veíamos desde las almohadas que poníamos en el suelo.

Rennie llevaba veinticinco años al frente de Forget Me Not; había pocas cosas que pudieran escandalizarla. Pero ni siquiera veinticinco años antes la habría hecho pestañear el hecho de que Ophelia hubiera vivido una pasión amorosa en el suelo del salón del tío Henry. Pero hubo algo que sí la

sorprendió: la intensa efervescencia que acompañó la pequeña confesión. Era como si hubieran rociado una fragancia de sentimiento en el espacio entre las dos mujeres.

—¿Vendes la estatua? —preguntó Rennie, con un subidón de romanticismo.

—La vendo.

—Bueno, pues te la compro —se oyó decir Rennie.

—Cuánto me alegro —dijo Ophelia—. Quería dar cumplimiento a los últimos deseos de mi querido Lew, y uno de ellos era que me desembarazase del puñetero Puck.

De manera que al parecer no era con su esposo Lew con quien Ophelia había hecho el amor en el suelo del salón del tío Henry. Y sin embargo era ciertamente Lew —un profesor bajito y brillante— quien la había hecho feliz durante medio siglo. Y era Lew quien había coleccionado pintura moderna —rectángulos grises amontonándose sobre otros rectángulos grises.

—Puck desentonaba en nuestro salón —admitió Ophelia—. Pero, qué le iba a hacer yo, me lo había dejado el tío Henry. Y como por aquí paso tan a menudo, siempre puedo hacerle visitas al muchacho. Mientras no lo vendas, claro.

Rennie pensó que no viviría lo suficiente para librarse de aquella compra impulsiva. No obstante, instaló a Puck en el escaparate. Allí estuvo, blandiendo su lanza y saludando con su espejo durante varias semanas. Los niños lo señalaban con el dedo al pasar, riéndose. Hasta los perros parecían reírse. Rennie lo trasladó al interior y lo puso junto a un rebuscado jarrón chino. Hacían muy mala pareja. Al final lo colocó encima de la caja fuerte. De manera que los clientes, al entrar en Forget Me Not, veían lo de siempre: el sofá biplaza a rayas frente al exhibidor de joyería de cinco palmos de alto; dentro del exhibidor, ornamentos brillantes; detrás del exhibidor, a la impasible Rennie; y detrás de Rennie, la caja fuerte, en lo alto de su mesa. Y una cosa nueva: haciendo cabriolas encima de la caja fuerte, un bronceo muchacho gordito.

El hombre del bigote blanco hizo su entrada un lunes. Era alto y un tanto desmañado, pero llevaba un traje caro. En torno a sus ojos, la bronceada piel se veía arrugada y fruncida, de un modo que le exhibía los ojos.

—Buenos días —dijo—. Estoy en el hotel Devlin, y allí me han recomendado su establecimiento.

—Buenos días —dijo Rennie.

Los ojos azules del caballero se desplazaron en excursión preliminar. Se detuvieron brevemente en Puck.

—Es bonita esa pieza.

—¿Quiere usted verla más de cerca?

—No, gracias.

Y a continuación paseó su apacible persona por la tienda, mirando esto y lo otro. Al final escogió uno de los pisapapeles Millefiori —para su hermana, según dijo—. Pagó en efectivo —de su cartera encantadoramente abultada— y se echó el pisapapeles de cristal al bolsillo de la chaqueta.

—Tiene usted muy buen gusto —le dijo a Rennie, como todo el mundo le decía—. Voy a estar en la ciudad lo que queda de semana. Me dejaré caer por aquí otra vez.

No vino el martes —o, al menos, Rennie no creyó que hubiera venido—. La tienda estuvo especialmente llena, y la gente entraba y salía muchas veces sin decir nada. Cathy Lovell, la pintora, sí que vino. Llegó con las zapatillas, los vaqueros, la bata y el pelo aparatosamente salpicados de pintura, como si se hubiera decorado a sí misma antes de salir del taller. Se probó, como de costumbre, todas las joyas *art nouveau*. Compró un alfiler Lalique. Volvería al cabo de unos días, otra vez igual. Yuri el manitas llegó en busca de radios viejas; quería saquearles lo de dentro. El señor Brown, que tenía un cráneo alto y pecoso, entró a comprar un brazalete para una amiga muy bonita y otro similar pero menos caro para otra amiga no tan agraciada. Rennie sospechó que ninguna de esas dos mujeres existía. Muchos de sus clientes eran presa de inofensivos delirios. Le habría gustado saber qué hacía el señor Brown con las joyas que solía comprar —quizá se las vendiese a un tercero perdiendo dinero—. El señor y la señora Yamamoto... Entró Ophelia.

Ophelia había dado por concluido su periodo de luto, por fin. Llevaba una falda de cuadros rojos, una blusa de lunares naranja y sus pendientes marca de la casa. En Ophelia, la mezclanza parecía un estilo digno de ser imitado: toda mujer debía echarse a la calle y engalanarse en el vertedero más próximo. Se instaló en el sofá de dos plazas, y Rennie, mientras atendía a los Yamamoto, notó que el ánimo le subía varios grados.

—Hola, Rennie —dijo Ophelia cuando los Yamamoto se hubieron marchado. Alzó la mirada por encima de la cabeza de Rennie—. Hola, Puck.

Asió un pisapapeles de la mesa cercana al sofá... uno de los pisapapeles que el hombre del bigote blanco *no había* comprado..

—Era el rey de las hadas, ya sabes.

—¿El tío Henry?

—Sí, el tío Henry era gay, desde luego, ya antes de que el hecho de ser gay pudiese siquiera mencionarse en los círculos más selectos. Pero a Henry le importaban un pimiento los círculos selectos. Era un tierno guardián. Le gustaba Lew. Fue él quien me llevó al altar en mi boda.

Una lágrima le bajó por la mejilla.

—A Henry también le gustaba el otro. Mi compañero de almohadas en el salón.

Y ¿quién era? Pero Rennie no preguntó. Nunca tenía que preguntar. Solo tenía que permanecer sentada en su taburete alto detrás del exhibidor de joyas, con la frente ancha, con el mentón ancho, con el cabello rojo en moño alto, con los hombros rectos en su inevitable chaqueta (las tenía de todos los colores), con un solo y espléndido alfiler en la solapa. Carecía por completo de la suavidad de un terapeuta, de la indulgencia del sacerdote, de la sabiduría acumulada de un antiguo amigo de la familia. Aun así, su rostro inexpresivo tranquilizaba a la gente y la hacía hablar. Ella asentía con la cabeza, sin hacer comentarios, sin sugerir nada, sin romper nunca su regla fundamental número dos. Y la gente se marchaba reconfortada.

—¿Que quién era? —dijo Ophelia, haciéndose eco de la pregunta que Rennie no había formulado—. No, no, nadie que tú hubieras considerado un genio. Era profundo, no hablaba mucho. Su pasión era la geología. Estaba especializándose en ella. Y luego pensaba irse al Oeste, a no sé qué desierto de Colorado. Muy lejos de Nueva York. Lew, bueno, llegó más tarde, pertenecía al mundo del tío Henry: divertido, irreverente. —Hizo una pausa—. Todo un caballero —dijo, y Rennie supo que se estaba refiriendo al otro.

Ophelia lanzó un suspiro y se derrumbó; y por un momento fue una desdichada vieja harapienta. En seguida se recuperó y volvió a mirar desde abajo a la estatua.

—Puck era el rey de las hadas, como iba diciéndote. Le echaba filtros de amor en los ojos a la gente. Provocó malos emparejamientos. Un espíritu malo. Ahora tengo que irme, Rennie. Hoy es el recital de ballet de mi nieto.

* * *

El hombre del bigote regresó el miércoles. Esta vez se interesó en la plata. Explicó que su nuera coleccionaba pastilleros. «Así ahuyenta las enfermedades.» No le atrajo la pieza más cara de la colección de Rennie, sino la más bonita: un pastillero georgiano, grabado, con una diminuta pastorcilla encerrada en un óvalo de cristal. Parte de la caja se deslizaba para dejar al descubierto un compartimento oculto.

—¿Para qué diría usted que es esto? —se preguntó.

—Para filtros de amor.

—Ah, no, filtros de amor, eso es cosa del de la estatua —dijo el caballero, alzando el rostro para intercambiar una mirada con Puck—. Voy a comprar esta cajita misteriosa.

Volvió a pagar en efectivo, de un fajo de billetes de cien.

Lo observó mientras se marchaba, como hacía con todo el mundo, si tenía tiempo. Llevaba una trinchera larga de gamuza. Su pelo, tan blanco como el bigote, rozaba el cuello de la prenda. Tenía un estilo muy de aire libre, aunque le gustaran las cosas de interior como los pisapapeles y los pastilleros. Había comprado regalos para una hermana y para una nuera, no para una esposa. Aunque a su mujer podía haberle comprado un abrigo de visón en el centro. Pero Rennie no creyó que así fuera.

—Un regalo para un bebé —dijo Ophelia, sin aliento, el jueves—. Un bebé muy especial, la nieta de mi vecina de al lado, no llega a dos kilos. En nuestros tiempos no sobrevivían con ese peso. Ahora viven para llegar a jugar en tercera base y tocar la trompeta. ¿Tienes una jarra de plata?

Rennie tenía una jarra de plata; estaba en la misma estantería de la vitrina donde antes estuvo el pastillero. Lo cual le recordó:

—A Puck le ha salido un admirador últimamente —reveló, atolondradamente—. A lo mejor te apetece añadir esta cucharita tan pequeña —dijo, a toda prisa; y ambas inclinaron la cabeza para observar un exquisito e inútil objeto.

—Me llevo las dos —dijo Ophelia. Firmó un cheque, se dirigió a la salida con sus compras auestas, le hizo un pequeño saludo a Puck—. Yo solía colgar mis cosas en el brazo del espejo. Él las colgaba en la lanza. —Estaba en la puerta, pero no se iba—. Tuve un collar hecho con chapas de campanas. En todas ponía *Locos por Adlai*. Él llevaba *Me gusta Ike* en la banda de sombrero. Mil novecientos cincuenta y seis.

Fue una elección muy disputada, la carrera presidencial de Stevenson y Eisenhower. Una vez, en un mercadillo de segunda mano, Rennie encontró una pitillera esmaltada con el mensaje *Stevenson Presidente*. Se la vendió a una coleccionista. La caja residía ahora en una biblioteca universitaria.

—La política... La política nos separó —dijo Ophelia. Entraron dos clientes, esquivándola al pasar.

—Ya —dijo Rennie.

Y al final se fue, Ophelia, y alguien quería echarle un vistazo a esa lámpara turca tan rara que vino con una liquidación de bienes.

—¿Funciona?

—Nunca lo he comprobado —confesó Rennie.

Una anciana espantosamente cochambrosa compró un anillo con un diamante y una esmeralda. Pagó mediante transferencia bancaria. Rodríguez, el afinador de pianos, instaló todo su bulto en el sofá biplaza y se quejó detenidamente de su hijo, que quería ser mecánico en vez de ir a Harvard. El señor Rodríguez, adoptando primero un punto de vista y luego el otro, acabó convenciéndose a sí mismo de permitir al chico que pasara un año como aprendiz en un taller, a ver qué ocurría.

—Gracias por tu consejo —le dijo el señor Rodríguez a Rennie, que no había dicho una sola palabra. Entró Cathy Lovell para devolver el alfiler Lalique.

* * *

—Ya he terminado lo que tenía que hacer aquí —dijo el hombre del bigote, el viernes—. Soy consultor de ingeniería —informó—. Me llevo el Puck.

Rennie nunca mostraba sorpresa.

—¿Quiere que se lo enviemos? —preguntó.

—No. Yo mismo le daré escolta hasta el hotel Devlin —dijo él—. Mañana puedo llevarlo como equipaje de mano. Quizá quepa en los compartimentos superiores. Si no, le pagaré el billete —añadió, como si tal cosa—. ¿Qué pide usted por él? —se le ocurrió al fin preguntar.

Rennie dio un precio más alto del que esperaba obtener —tratándose de objetos artísticos, a la gente le encanta regatear—. Pero él se sacó la chequera del bolsillo, en silencio. Rennie examinó el cheque, domiciliado en un banco de Denver, y a continuación se encaramó a un pequeño taburete situado cerca de la caja fuerte y bajó a Puck. Lo colocó en lo alto de una vitrina que había

entre ella y su cliente.

—Sí —dijo al fin el hombre, y se metió la estatua bajo el largo brazo izquierdo, saludó a Rennie quitándose el sombrero imaginario con la mano derecha y se fue.

Una hora después, Ophelia encontró a Rennie sentada en su taburete, con los codos en el mostrador, mirando el vacío. Había un cheque sobre el cristal

—¿Te encuentras bien, Rennie?

—Sí.

—¡Cielos! ¿Dónde está Puck?

—Lo compró ese hombre a quien le gustaba.

Ophelia suspiró.

—¡Qué pérdida!

—Qué ganancia, querrás decir.

—Qué pérdida para mí. Lo echaré de menos. Espero que su nueva casa sea...

Rennie inspiró aire ferozmente y rompió su norma básica número uno:

—El hombre es de Colorado. Está en el hotel Devlin. Es alto. Setenta y tantos años. Todo un caballero.

—Ay, ay, ay. —Ahora fue Ophelia quien apoyó los codos en el mostrador. Quedaron ambas frente a frente, con el cheque en medio.

—¿Ojos como zafiros? —inquirió Ophelia.

—Azules, digamos.

—¿El pelo como el trigo?

—Como la nieve.

—Puede que la política ya no sea tan importante —especuló Ophelia.

Rennie no dijo nada.

—Hace menos de un año que falta Lew —musitó.

Rennie no dijo nada.

—Pero ya no estoy en mi primera juventud.

Nada.

Ophelia tocó el cheque con dos dedos suaves, le dio la vuelta hasta dejar de frente la firma.

—John Ip... No logro leerlo, Rennie.

—Ippolito. Me enseñó su permiso de conducir.

—Mi gozo en un pozo. Se llamaba Horace Cannon.

Dio un cuarto de vuelta al cheque, para que ambas pudieran ver bien el nombre.

—¿Podemos convertir John Ippolito en Horace Cannon?

—... No creo.

Ophelia se apartó del cheque, y de Rennie, que acababa de romper su norma básica número uno para nada. Se sentó en el sofá biplaza.

—Horace —musitó—. El corazón me brinca en el pecho solo de pensar en él y en Puck. Estaba dispuesta a presentarme en el hotel Devlin... meterme por sorpresa en su habitación... lanzarme a sus brazos. «¡Soy yo, Ophelia!»

—Al señor Ippolito le habrías dado una alegría —dijo Rennie.

Ophelia, en voz casi acusadora, dijo:

—Me has despertado un deseo...

—Soy una cotorra espantosa.

—... que no se me pasará fácilmente.

La segunda norma básica de Rennie cayó al suelo y se hizo mil pedazos.

—Ve por él —soltó—. Prueba con internet. Llama a su asociación de antiguos alumnos.

Los consejos le manaban de la boca.

Partes del pelo de Ophelia se habían soltado de las horquillas de sujeción. Oscilaban sus pendientes. La blusa había conseguido salirse de la pretina. Ante la aguda mirada de Rennie, Ophelia fue convirtiéndose en todo lo que había sido alguna vez, pero en orden inverso: abuela pintoresca, mujer que conoció un largo y feliz matrimonio, chica enamorada por primera vez.

—Contrata un detective —resumió Rennie. Y, dándole la espalda a Ophelia, se subió al taburete pequeño y colocó en el sitio de Puck un centro de mesa de cristal que había comprado ayer —una cosa muy fea y muy absurda; pero seguro que se la llevaba alguien antes de cerrar la tienda.

Vida asistida

¡Menudo sinvergüenza, el Yefgin este! Chaleco de parches, *erres* en catarata y un anillo de pelo gris puesto en lo alto de la cabeza como una peluca, aunque cada vez que inclinaba la traidora cabeza para examinar una joya Rennie podía comprobar que era pelo de verdad saliéndole del rosado cráneo. ¡Doble engaño! Y, luego, esa profesión tan rara: en una oficina color marrón situada en un tercer piso, Yefgin curaba a la gente de adicciones diversas, como el tabaco y los tiques de rascar y ganar, utilizando una combinación de hipnosis y arena. «Mejunje especial», decía, con un guiño. Muchos de sus pacientes abandonaban sus hábitos, aunque fuera para adquirir otros, frecuentemente. Cuando entraba en contacto con una mujer, lo primero que hacía Yefgin era besarle la mano, para en seguida torcer el rostro en una sonrisa que sugería que acababa de concebir una pasión desesperada por ella, aunque no hiciera ni cinco minutos que la había conocido, son cosas que ocurren a cada rato en Turgénev. Sus dientes descoloridos inspiraban más comprensión que asco. Siempre estaba en deuda. Rennie le permitió acumular hasta mil dólares en pagarés —luego, hasta que pagase, se negaba a venderle ninguno de esos teatrales broches y brazaletes de antes de la guerra que compraba para su amante, y tampoco le vendía ningún anillo victoriano de los que le regalaba a Vera, su mujer—. Un bribón.

De vez en cuando Yefgin traía a Vera a Forget Me Not para que pudiera probarse uno de esos anillos. Era una mujer voluminosa con el pelo teñido y unos ojos color granate confortablemente acomodados en la carnosa cara. Los anillos para el dedo anular apenas le entraban hasta el nudillo del meñique. Había que agrandarlos. A Yefgin se le caía la baba con su esposa. También se le caía la baba con la amante, a quien le compró una cacatúa esmaltada y un brazaletes de piezas de oro conectadas por diamantes —y hoy, ahora mismo, un ramito de amatistas para la solapa.

—No se lo digas a Vera —dijo Yefgin, mientras hacía el pagaré.

No habría hecho falta que lo dijera: para Rennie era cuestión de honor no dar información alguna sobre los asuntos de sus clientes. Yefgin le besó la

mano y se largó.

A Rennie le caía bien aquel bandido. Pero también es cierto que le caía bien casi todo el que entraba en su tienda de Godolphin, Massachusetts. Le caía bien la gente con predilección por los diminutos escritorios eduardianos. Perdiendo el aliento, subían los tres escalones de la trastienda y, pasando bajo el ancho arco, penetraban en la zona de luz natural donde los esperaban los muebles —como si fuesen al encuentro de un amante—. A Rennie le caían bien las oficinistas que se autodenominaban administrativas. Se pasaban la hora del almuerzo probándose collares que no podían pagarse. Luego, en su desesperación por regalarse algo, se compraban alfileres que jamás llegaban a ponerse. Y las chismosas que nunca compraban nada, que se sentaban en el sofá rayado de dos plazas, delante del exhibidor de joyería que llegaba hasta la cintura, contándole cosas a Rennie, que permanecía detrás. Y los vendedores charlatanes que trataban de desembarazarse de algún error. Le caían bien incluso los compradores desesperados, personas que solo vivían para comprar, que llenaban sus vidas con una cosa cara detrás de la otra. Pero su adicción la hacía sentirse incómoda. Quizá hubiera tenido que dedicar las horas libres a curar gente, como hacía Yefgin, recurriendo a la intimidación para quitarle las ansias. *La verdad es que no le hacen a usted ninguna falta esos candelabros de peltre*, diría, con acuciante solidaridad. *Ya tiene usted esos de latón que me compró el mes pasado*. Pero por qué ir en contra de sus propias inclinaciones. Su vocación era habilitar a la gente.

Muffy y Stu Willis se pasaban por la tienda no menos de dos veces por semana. Como ocurre con frecuencia en las personas que llevan mucho tiempo casadas, parecían hermanos: ambos de corta estatura, ambos con un cabello fino color vaselina, ambos con un fondo de armario de *tweeds* viejos y jerséis de cachemira color arena. Dos dedos de camisa pálida asomaban por el cuello del jersey de Stu. Perlas adornaban el de Muffy. Llevaban unas gafas de montura tan fina que daba la impresión de que alguien les había dibujado las lentes a lápiz en los viejos y arrugados rostros. Juntos pesaban menos de noventa kilos.

Un cuarto de siglo antes, la compañía de relaciones públicas de Stu iba bastante bien. Pero fue una herencia del padre de Muffy lo que les permitió practicar su afición al mobiliario, las alfombras, las joyas y la ropa tan anodina como cara. Stu era muy tranquilo, Muffy era más tranquila todavía. Stu

soltaba de vez en cuando algo sobre el tiempo, pero lo habitual era que estuviese ahí con las manos en los bolsillos, mientras sus gafas observaban las joyas que Rennie desplegaba sobre el mostrador, a petición de Muffy en voz baja. Y la voz de Muffy... no tenía nada de particular. Era como si alguna vez hubiera estado a punto de asfixiarse y ahora solo le permitiesen vivir si limitaba su vocabulario y respiraba lo menos posible.

Rennie pensó en Muffy nada más ver aquel brazalete de diamantes en una liquidación de bienes. El brazalete era de cuatro vueltas, cada joya de talla cuadrada exactamente igual que la de al lado y que la de detrás y que la de delante, como un tiro de mulas carísimas. Rennie llamó a Muffy a la mañana siguiente, y no había pasado media hora cuando ya tenía delante a la pareja. Cada vez más flacos. El brazalete de diamantes colgaba pesadamente de la triste muñeca de Muffy.

—Oh —suspiró.

En la palma de Stu reposaba el brazalete que Muffy se había quitado antes —similar a la nueva propuesta, pero esmeralda—. Stu se puso a sopesarlo en la mano.

—Stu —murmuró Muffy. *Stu* era una de sus palabras—. Mira, Stu.

Stu otorgó a los diamantes algo entre una inspección y un vistazo.

—Muy bonito.

—¿Puedo dejármelo puesto un rato, Rennie?

—Claro que sí.

—¿Cuánto es un rato? —le preguntó Stu a su mujer.

—Ve a comer algo bueno.

De modo que Stu, echándose al bolsillo las esmeraldas, se marchó de allí, macilento y pasado de moda. Y, sin embargo, en su modo de andar había algo de la ligereza del dandi.

Muffy se instaló en el sofá biplaza de rayas y Rennie se preparó para una conversación a rachas cortitas. Muffy dio en preguntarse de vez en cuando si aquella cosa le sentaba bien de verdad. Y, por supuesto, no le sentaba mejor de lo que le habría sentado un cepillo de fibras vegetales. Solo Dios sabía qué podía sentarle bien. Lo que la habría mejorado hubiera sido una transfusión, una permanente, un niño (su hija única no se había casado, vivía en California y les hacía un par de breves visitas al año); interesarse por algo, cualquier cosa: jardines, un puente, novelas policiacas, un delito...

—No sé si el diseño no será algo monótono —dijo con su voz casi inaudible.

—Pues quizá —dijo Rennie.

Entraban y salían clientes —habituales, ocasionales, desconocidos—. Algunos se iban habiendo comprado algo. Rennie vendió un buen anillo, una mala cajita de Limoges, un juego de cucharillas de café. Los ojos de Muffy iban de una persona a otra, con la muñeca del brazalete inmóvil sobre el muslo. Entre cliente y cliente, emitió algún que otro murmullo. Le habían hablado de una película que no merecía la pena ver. Alguien le había mencionado un programa que no merecía la pena ver. Habían cenado en un restaurante de Worcester que no valía el esfuerzo de meterse en el coche. Los Willis probaban un sitio nuevo todos los sábados, solos, juntos. Las otras seis noches, solos, juntos, cenaban en el Tavern de la avenida Jefferson, adonde llegaban dando un paseo a pie desde la casa de la ciudad en que Muffy se había criado. Pedían el plato del día, fuese lo que fuese, y Stu se bebía un par de copas de vino, y Muffy bebía agua. El Tavern había sido antes una iglesia y lucía con orgullo un vitral policromado. Entre sus clientes había profesores y médicos jóvenes de los hospitales cercanos de Boston, todavía con los pijamas de trabajo puestos, y parejas de mujeres solas —jóvenes, no tan jóvenes, francamente viejas—. Rennie solía cenar allí con su amiga la doctora Elissa Albright, coleccionista de joyería *art déco*. A Yefgin y Vera también les gustaba. Y allí, todos los días, excluidos los sábados, en este local con tanto ambiente y tanto ruido, se sentaba la pareja sin palabras.

—Ese brazalete puede que sea demasiado ancho —dijo Muffy ahora.

—Pues quizá —dijo Rennie.

—Nos va a costar lo que queda de la herencia de papá, si lo compramos. Rennie no dijo nada.

Pasado un rato:

—Los diamantes son como dinero —dijo Muffy.

Más silencio.

—Puede que pese demasiado.

—Pues quizá.

Stu regresó al fin de su almuerzo. Le levantó a Muffy la muñeca que tenía en el regazo.

—Mmm —dijo.

Compraron el brazalete.

Pero no solo el brazalete. Fue como si esta compra de final de herencia

hubiera incluido una participación en el negocio. Muchas mañanas, de camino hacia su oficina —recientemente reducida de dos despachos a uno—, Stu dejaba a su mujer como a una criatura en la guardería. Rennie fingía entusiasmo. Muffy se pasaba la mañana pasando revista a las joyas, y a la porcelana de Staffordshire, y a las lámparas Tiffany. Buscaba compartimentos secretos en los escritorios Pennsylvania. A veces se quedaba el día entero. «No, Rennie, yo nunca como a mediodía», contestaba al ofrecimiento de Rennie. Tras horas de contemplación, acudía a la plata como si fuera un dulce reservado para postre. Jarrones y bandejas y juegos de té estaban en sus estanterías, detrás del cristal; cajones poco profundos estaban llenos de cubertería. «Está muy bien que por fin tenga usted una ayudante», dijo una tarde el señor Gadsby. Acababa de entrar a mirar un barómetro. Cuando Rennie alzó las cejas, le señaló a la figurilla ahí puesta de hinojos, delante de la cajonera baja, con una cuchara en la mano, como aprendiéndose de memoria sus arabescos.

En cierto modo, el señor Gadsby tenía razón. Había muchos días en que Muffy venía con paños suaves y pulidores para la plata. Frotaba los salvamanteles y los tenedores de servir, y luego los sumergía en un cuenco moteado lleno de esmalte, que tenía colocado encima de periódicos en un rincón, y luego subía los tres escalones con el cuenco en la mano hasta llegar a la estancia con luz natural y allí enjuagaba la plata en el servicio cuya puerta ocultaba un biombo chino. Cuando los traía de vuelta, aquellos objetos resplandecían de un modo muy agradable.

Un día, en el Tavern, la doctora Elissa le ofreció a Rennie una descripción de la decadencia:

—Mira, muchacha, los viejos a veces sí pueden tolerar lo que les hacen sus propias células. Incluso pueden tolerar lo que les hacen los médicos. Pero viene el primer resbalón, el primer tobillo torcido... y es el principio del fin. Lo que parece convalecencia es en realidad debilitamiento. Descansar en la cama es entrenarse para la muerte. Vendrá otro accidente, y luego otro. El cuerpo envejecido no puede reparar su esqueleto. Comienza a anhelar su propia ruina, y al final la consigue. Incluso...

—Elissa, por Dios...

Elissa bebió un sorbo de cerveza. Siete broches de alfiler destellaban en su amplia pechera.

—Nada de esto va por ti, Rennie. Tú vivirás para siempre. Nos haces falta a todos.

* * *

Muffy se cayó en Forget Me Not. El trastero con luz natural estaba más bien vacío aquel día. La señora Fortescue, que rara vez compraba algo, había, en el espacio de veinticuatro horas, comprado y retirado una mesa de comedor y seis sillas. Era un regalo para su hijo, por su tercera boda. «Los buenos muebles afianzan las relaciones», le confió a Rennie la buena señora, llena de esperanza. Y, por tanto, había espacio para que los nietos del señor Gadsby montaran una fingida pelea de espadas con tubos de cartón. Se apartaron educadamente cuando Muffy pasó muy despacito entre ellos con una cafetera de plata recién enjuagada en las manos. Pero quizá la desorientaran. El caso es que se saltó el primer escalón y, al inclinarse hacia atrás, resbaló sobre los otros dos. Entró en la parte principal del establecimiento con los zapatos de lagarto por delante. Sin soltar la cafetera. Hizo tan poco ruido que los chicos de Gadsby ni siquiera se dieron cuenta de la insólita bajada, y tampoco su abuelo y Rennie, que estaban concentrados mirando un anillo de sello. Stu, al entrar en la tienda, vio a Muffy tumbada al pie de la escalera, con las piernas separadas como esperándolo. Más arriba, detrás de ella, el duelo estaba de nuevo en marcha, y los chicos aparecían y desaparecían bajo el arco, lanzando y parando estocadas.

—Muffy —dijo Stu, en tono de reproche.

El señor Gadsby apartó la vista del anillo y se acercó de un brinco a la forma silente. Lo mismo hizo Rennie. Stu llegó tercero.

—No la muevan —dijo Rennie.

—¿Te duele algo, cariño? —dijo el señor Gadsby.

—Es mi mujer —aclaró Stu, y le quitó la cafetera para dejarla a sus pies en el suelo.

Los chicos hicieron una pausa.

—Yo no he sido —dijo uno de ellos.

Rennie, mientras llamaba al 911, pensó que no había sido nadie; a eso se refería Elissa, ¿no? Muffy agitó los dedos hasta que Stu le tomó la mano en la suya.

* * *

Estuvo una semana en el hospital: le encontraron roto un hueso pequeño del pie, y resultó que también estaba anémica y demacrada. La devolvieron a su casa en ambulancia. Dos hombres hábiles y fuertes la subieron en camilla por la estrecha escalera, observados por Stu desde la entrada, y también por Rennie —a quien él le había pedido por favor que estuviese allí—. «Eres la mejor amiga de Muffy», adujo; y Rennie le dio la espalda para que no le notaran la sorpresa y el espanto.

Antes de eso había estado en su casa dos veces, ni una más ni una menos; primero para asesorar en el emplazamiento de un paisaje francés todo vacas y barrizal; luego para entregar un reloj de pared reparado. En ambas ocasiones la había impresionado la oscuridad de la planta baja, privada de luz por unas píceas que había delante y por las casas adosadas a un lado y al otro. Toda la parte noble permanecía en la sombra. Pero hoy, yendo en pos de Stu, que iba en pos de los camilleros, descubrió un dormitorio principal muy espacioso y con buena luz. Sus altas ventanas, por encima de las píceas, estaban abiertas a la suavidad de mayo. Frente a la cama de matrimonio con dosel había una cómoda chippendale tan importante, tan pulidísima, que a Rennie le hizo pensar en los espejos que las parejas jóvenes disponían en el techo de sus dormitorios.

Los hombretones se marcharon, pasando junto a Stu de un modo deliberadamente lento. Rennie corrió tras ellos con dos billetes de diez en las manos. En el dormitorio, Muffy, más blanca que las almohadas, pidió un analgésico. Stu lo machacó entre dos exquisitas cucharas de té traídas por la asistente jamaicana. Muffy bebió un sorbito de agua de un vaso facetado.

—Stu, ve a comer algo bueno en algún sitio...

—Pero y tú... y Rennie.

—Agnes nos hará un bocadillo cuando la llame —dijo ella. En la mesa de noche había una campanilla de porcelana. De modo que la asistente y el marido salieron del dormitorio.

—Rennie, tengo que... tengo que hacer inventario de mis cosas. Se me ha metido en la cabeza. En el hospital... no podía pensar en otra cosa.

Era una parrafada bastante larga, y aún la prolongó, pidiéndole a Rennie que abriera el vestidor y que le enunciara su contenido. Rennie obedeció. Dos pares de zapatos de tacón negros de aligátor. Dos pares de zapatos de cordón marrones. El señor y la señora Mocasín Barato —esa misma pareja, o alguno de sus antepasados— quizá arrasaran cincuenta años antes. Y decenas de faldas, cada una de un *tweed* ligeramente distinto; y decenas de jerséis, en una

gama de colores entre vainilla y moca rancio. Y los consabidos abrigos de pieles de hombros anchos, cada uno en su funda de plástico. «Ahora la cómoda, la cómoda de Stephen Badlam, empieza por abajo», dijo la débil voz de Muffy. Había dos cajones de calzones sedosos, plegados en cuadrado, como cuadernos de notas. Pulcras combinaciones, enaguas, pañuelos beis de seda. En los tres cajones siguientes había guantes y calcetines y blusitas blancas. Rennie entonó las descripciones. El segundo cajón empezando por arriba solo contenía perlas, una hilera tras otra, cada una separada de la anterior mediante una vela perlada, qué buena idea. Y por último el cajón de arriba, alto y estrecho. Rennie se subió a un taburete de caoba taraceado con madreperlas. Tiró del cajón. ¿Qué podía haber ahí? Las cosas buenas tenían que estar en la caja fuerte, en algún otro sitio.

Lo que había ahí era una caja de zapatos. Lo que había en la caja de zapatos eran las cosas buenas. Los diamantes, las esmeraldas, los rubíes. Collares, brazaletes, anillos. Joyas valiosas de impecable diseño anodino — algunas compradas en los mejores establecimientos, otras en Forget Me Not —, todas repitiéndose entre sí, como flores de azafrán. Rennie sintió, más que oírlo, el suspiro de Muffy. Puso la caja de zapatos sobre la cama. Muffy fue sacando una por una las joyas para luego volver a meterlas, como si estuviera comprobándolas según una lista mental —este inventario urgente no requería de lápiz y papel—. Al final puso la tapa en la caja. «Mañana, Agnes y tú podéis ayudarme a bajar, y comprobamos los muebles y la plata»... Estaba casi dormida, pero con un movimiento de la mano indicó a Rennie que volviera a meter la caja en su sitio permanente.

Rennie podía marcharse ya. Podía ir abajo y decirle adiós a Agnes y salir a la calle y adentrarse en la tarde primaveral. Podía regresar a su tienda repleta de objetos encantadores y hasta raros, algunos: hacía poco había tenido un Puck de bronce, y ahora un aparato muy gracioso de latón, con un pitorro muy largo y un receptáculo y un mortero en miniatura dentro de un cilindro hueco. Este misterioso objeto se lo había comprado a un señor que dijo ser turco... También podía volverse a casa.

Pero lo que hizo la mejor amiga de Muffy fue quedarse allí, al borde de la cama, escuchando la poco profunda respiración, sintiendo un calor húmedo dentro de su propio cuerpo, como si estuviera sangrando. ¿Era envidia lo que supuraba ahí? Esta Muffy, tan mimada, había sabido lo que quería y lo había adquirido. Qué logro tan raro. Los objetos del afecto de Muffy le devolvían el cariño solo con estar ahí, confiados, dignos de confianza. Un estallido que

llevaba mucho tiempo conteniendo esa mujer tan competente, ahora sentada en la cama, que no amaba las cosas, aunque comerciara con ellas, que no amaba a las personas, aunque las complaciera. «Nos haces falta a todos —le había dicho Elissa—. Tú vivirás para siempre.» Rennie pensó que sí, que se le haría eterno, y se apoyó en el pilar de la cama, con la boca floja.

Stu entró en la habitación a fuerza de toses. Miró desde arriba a su mujer.

—Sigue siendo un encanto, ¿verdad?

Muffy se cayó de la cama aquella noche. Se rompió un brazo. Fue del hospital a rehabilitación y de rehabilitación a una residencia. Pero también allí se las compuso para desmoronarse en el suelo en cuanto se distrajo un momento un cuidador; esta vez se rompió una cadera. Otra vez al hospital...

Stu fue acudiendo desde su casa a donde quiera que yaciese Muffy. Muffy le susurró a Rennie —que la visitaba, que seguía visitándola— que había largas rachas en que él no aparecía por allí. Cerró su oficina, y le vendió algo de plata a un colega de Rennie para pagar los alquileres atrasados. «Eran cosas que no iban a dar mucho —le dijo el colega a Rennie—. Las hemos fundido.» Una joven pareja llena de ánimo compró la casa de la ciudad. Seguro que la destriparían de arriba abajo antes de divorciarse.

—Voy a subastar todo lo que hay dentro —le dijo un día Stu a Rennie fuera del cuarto de Muffy—. Pero primero quédate tú todo lo que quieras. Comprándolo, quiero decir.

Rennie eligió unas cuantas cosas: una silla con bordados, un estuche de costura del siglo XVIII y el comedor entero. «Nunca lo utilizamos —le dijo Stu—. Nos gustaba el Tavern. Mi nuevo apartamento está justo al lado del Tavern.» La mesa y las sillas lucían mucho a la luz natural de Forget Me Not.

Yefgin se interesó inmediatamente en el estuche de costura. «A Vera le va a encantar», dijo, apartando con la mano un alfiler de estrella con piedras rosas. Pero el estuche de costura era demasiado caro, incluso a plazos. Al final acabó pidiendo el instrumento turco.

—¿Te refieres a esa lámpara? —quiso saber Rennie. Era un regalo extraño para cualquiera de sus dos amadas.

—No es una lámpara, es un pipa de opio —le dijo él—. Voy a cultivar adormideras en la ventana.

Pagó al contado e inclinó la cabeza para besar los dedos de Rennie, y también puso los labios en el rollo de billetes de veinte.

El día antes de que vinieran de la casa de subastas a recoger los muebles y los cuadros, Rennie y Agnes empaquetaron los zapatos, los jerséis, las faldas, la ropa interior; a no mucho tardar, todo ello serviría de adorno a las acogidas más pequeñas del asilo local. Agnes llevó las cajas a la planta baja y se marchó. Rennie metió las perlas en un saco de seda y trasladó el taburete taraceado al vestidor y bajó la caja de zapatos.

No la abrió, sin embargo. Por el peso podía calcular que había perdido la mitad de su contenido. Oyó un crujido en el umbral del dormitorio y se volvió; y ahí estaba Stu, con un hombro de *tweed* contra la jamba, con los finos labios forzados en sonrisa —de vergüenza, quizá; de orgullo, quizá; repulsiva, en todo caso—. ¿Podía alguien encontrarle algún atractivo a ese medio hombre? Sí, quizá pudiera alguien, quizá hubiera quien lo encontrase atractivo, el caso era que una pareja había comprado ayer la lámpara más fea que Rennie había tenido nunca en su tienda, y se la había llevado con cariño. Se bajó con cuidado del taburete —la rotura de huesos podía empezar a cualquier edad— y le tendió el saco de las perlas y la caja de zapatos reducida al marido de su mejor amiga.

El árbol recuerda lo que el hacha olvida

I.

El primer indicio de problemas llegó por la mañana temprano. Sonó el teléfono en el escritorio que Gabrielle tenía en el vestíbulo —su mesa acristalada y estratégicamente situada: ella veía a todo el mundo, todo el mundo la veía a ella.

—Soy Selene —ceceando por los dientes de conejo—. Tengo la gripe.

—Vaya por Dios. ¿Has llamado a la clínica?

—El médico me prohíbe salir de casa.

Casa, por llamarla de alguna manera: un techo de tejas marrones en un callejón de una ciudad a setenta kilómetros al norte de Godolphin. Tres niños y un hombre de esos que aparecen de vez en cuando.

—Mi amiga Minata testificará en mi lugar. De Somalia también, y ahora vive en el callejón siguiente. Conoce la tarifa, y sabe que tendrá que dormir en la posada. Ha aceptado ir y contar.

—Y ¿tiene... cosas que contar? —Gabrielle suavizó la voz—. ¿Su experiencia es parecida a la tuya?

—Sí, peor. Le aplicaron pinchos. Y solo aceite de palma como remedio. Tomará el mismo autobús...

Pinchos y aceite de palma y dos matriarcas forzudas, apoyando cada una el talón de la mano en los hombros de la chica, como hiñendo una masa recalcitrante. Alguien separa a la fuerza las rodillas. Relatos de horror; Gabrielle se sabía muchos. Pero esta Minata, ¿llegaría al corazón igual que Selene? *Me alegro mucho de estar en esta ciudad de Godolphin, en el estado de Massachusetts, en los Estados Unidos, Selene siempre cerraba con una humilde sibilancia. Me alegro mucho de estar aquí esta noche.*

Esta desconocida Minata ¿se alegraría también mucho de estar aquí esta noche, testificando ante la sede local de la Sociedad contra la Mutilación Femenina? ¿Caminaría del podio a la silla con mucho cuidado, acordándose de los pinchos en su vulva como clavos de especia en un jamón?

Gabrielle había oído por primera vez a Selene tres años antes, a propuesta de una médica holandesa cuya significativa pechera protuberante parecía una enorme cuña de queso. Gabrielle, en privado, la llamaba doctora Gouda. La doctora Gouda se alojaba en el hotel Devlin, donde Gabrielle era conserje extraordinaria —así la llamaba el propio señor Devlin—. Gabrielle les decía sí a los huéspedes siempre que podía. Le dijo sí a la doctora Gouda. Fue con la maciza mujer a un sótano vacío de una iglesia cercana. Al cabo de un rato llegaron doce rezagados. A continuación se mostraron fotos: tenían un proyector anticuado y una pantalla, y diapositivas que avanzaban a espasmos por el carrusel. De la sombra contigua al proyector emanaba una voz: el relato con acento de la doctora. El pase de diapositivas —las Folies, lo llamaría más adelante el doctor Henry Ellison— presentaba a unas niñas de doce años aterrorizadas en el interior de una choza. Detrás de las niñas había una estantería de muñecas hechas a mano.

La brutalidad practicada en las fotos... para vergüenza suya, hizo que Gabrielle se sintiera deseable. Se alegraba de haber encontrado por fin, entre ella y su estilista, un rico matiz rojo oscuro para su pelo; y de que la sedosa rectitud de su pelo se ajustara a su cabeza de un modo tan parisién, sirviendo así de complemento al nombre parisién que sus padres, naturales de Pittsburgh, tomaron de los periódicos el día que nació. Sabía que a sus cincuenta y dos años seguía siendo bonita, aunque su nariz fuera un milímetro demasiado larga y aunque hubiera un hueco entre un premolar y un molar por culpa de una extracción; qué tontería no haberlo reparado, y ya era demasiado tarde, las piezas de cada lado ya habían efectuado sendos viajes poco entusiastas de acercamiento mutuo. De todas formas, el hueco no la afeaba. Y su cuerpo era tan angosto y flexible como el de un muchacho pubescente. Medía un metro cincuenta sin los zapatos de tacón alto, pero sin sus zapatos de tacón alto solo permanecía en la bañera: las propias zapatillas de andar por casa le proporcionaban diez centímetros extra.

En el sótano de la iglesia no había podio, solo una plataforma improvisada. Después de las diapositivas, un caballero de pelo blanco abrió una mesa plegable sobre la plataforma y fue colocando encima, en abanico, unos cuantos artículos de prensa laminados. La doctora Gouda se situó entonces delante de la pantalla, ya despejada de enormidades. Llevaba una falda azul marino y una blusa pálida y se había quitado la chaqueta, revelando despreocupadamente su imponente pechera. Todo el mundo percibió la anchura de sus caderas. En la antigua China, los compradores de niños constreñían a veces sus cuerpos para

que la parte inferior creciera mucho más que la superior. Gabrielle lo había leído en alguna parte: utilizaban una especie de camisa de fuerza. Los niños así adaptados a un formato de peón de ajedrez solían convertirse en juguetes cortesanos.

Pero la forma de la doctora holandesa era obra de la naturaleza, no del hombre. «Aquí tenemos a Selene», dijo, y le cedió el sitio a una mujer color caoba.

Mi madre era buena conmigo, comenzó Selene aquella noche, comienza siempre, habría empezado hoy, si no hubiera sido por la gripe. Mi madre era buena conmigo. Sí, me llevó a la choza, igual que su madre la había llevado a ella, y la madre de su madre y la madre de la madre de su madre, a lo largo de los tiempos, comprenden ustedes.

Selene testifica envuelta en ropa nativa —un colorido vestido tobillero y un turbante—. Tiene el rostro alargado y liso. Las gruesas gafas, los grandes dientes con su aparatosa maloclusión, los nudillos ásperos... Todo ello sugería la mutilación inicial.

Mi madre me quería.

Aquello se hizo por mi bien y por el de mi futuro marido. Eso era lo que creía todo el mundo. Yo también lo creía. Me sujetaron, sí, el cuerpo se rebela, por naturaleza, nadie me echó la bronca por debatirme. Pero tuvieron que sujetarme. Me frotaron... la zona con algo frío y húmedo. El tajo fue rápido. Doloroso. Con un pequeño cuchillo curvo te cortan una porción de carne, podría ocurrirte por accidente, jugando en el jardín o preparando la comida, un tajo igual de diminuto, quiero decir, pero no en esa zona. Me pusieron un ungüento en la herida. Nada de que avergonzarse. Todas las mujeres de la choza habían pasado por el corte.

Mi madre era buena conmigo. Fue buena conmigo durante toda su vida. Me buscó un buen marido, que no me habría aceptado entera, como cualquiera habría explicado que dar clases de piano había ampliado sus oportunidades de matrimonio. Sentí mucho dejar a mi marido cuando cogí a mis hijos y me escapé.

—¿Tu experiencia de la intimidad? —suele preguntar la doctora Gouda, desde alguna parte de la oscuridad.

Los párpados de detrás de las gafas se cierran, se abren.

—Mi marido no tenía la culpa.

—¿Y los partos?

—Quería morirme.

Los oyentes permanecen inmóviles.

Pero quiero a mis hijos, prosigue ella. Tengo un nuevo marido, afirmación no totalmente cierta, averiguaría más adelante Gabrielle; pero el hombre era tan bueno o tan malo como cualquier marido. La cosa es igual de insoportable. Él me comprende. Nadie le pregunta si le ahorra el mal trago. Pienso en mi madre y no grito. Pero la ablación tiene que pararse. Espero que ustedes pueden hacer que pare. Me alegro mucho de estar en este país. Me alegro mucho de estar aquí esta noche.

La primera vez, la doctora holandesa se situó junto a la mesa y esperó hasta que el silencio se tornó en murmullos. Luego dijo que las lamentaciones eran improductivas. El reto era salvar a las víctimas de hoy, a las de mañana. A tal propósito... A continuación habló de la obra de la Organización Mundial de la Salud, de las asociaciones europeas, de la Sociedad contra la Mutilación Femenina que ella representaba y cuya sede de Godolphin, Massachusetts, esperaba dejar constituido esta noche. El doctor Henry Ellison, célebre ginecólogo, formaría parte del comité asesor. «Y estamos en busca de más ayuda», dijo la doctora holandesa, monótonamente.

Muchos de los asistentes se apuntaron, y otros sacaron las chequeras. Entre ellos, dos ancianas que se parecían mucho, como suele ocurrir entre viejos amigos. Una universitaria pálida y demacrada entrelazaba y desentrelazaba las manos; quizá se sintiera personalmente amenazada por la mutilación. Había un tipo oscuro con pinta de matón. Un aficionado al porno, seguramente. El hombre que había abierto la mesa plegable ahora volvía a cerrarla. Aquel rostro rubicundo tan agradable, esa cresta de pelo blanco... Tenía que ser el célebre ginecólogo, el doctor Henry Ellison.

Gabrielle se acercó finalmente a la doctora holandesa:

—Me gustaría inscribirme —dijo.

—¡Sí, claro!

II.

No, el «sí, claro» no venía a cuento. Gabrielle llevaba medio siglo evitando las Buenas Causas que pudieran profanarla. Lo que a ella le interesaba era la eficacia y el orden, y su enérgico buen aspecto. También le interesaba el hotel

Devlin, un edificio doble de arenisca rojiza situado en la frontera entre Godolphin y Boston. El señor Devlin lo había convertido en una posada de estilo europeo, y había hecho de Gabrielle su conserje extraordinaria, a Gabrielle, la del fondo de armario inteligente, con su capacidad para decir dos o tres frases en media docena de idiomas... Más de una vez lo expresó el señor Devlin con un suspiro: Gabrielle estaba hecha para ese trabajo.

Era al revés: el trabajo estaba hecho para ella. Le dejaba tiempo para leer, para atender las macetas de su balcón, para dar alguna cena, para asistir a algún concierto vespertino. Vivía sola. No tenía que cargar con un automóvil: iba y volvía del hotel en bicicleta, salvo si hacía un tiempo pésimo, con sus confiados tacones altos enganchados a los pedales, con dos *guiches* de pelo señalando hacia delante por fuera del casco. Tampoco tenía que cargar con una familia, si no contamos a la tía medio paralítica de Pittsburgh. La anciana andaba a grandes pasos con una sola muleta, la sucia cinta adhesiva que protegía el agarrador solo se cambiaba una vez al año, cuando la iba a ver su sobrina.

Hasta la noche en el sótano de la iglesia, aquella pariente discapacitada había sido la única responsabilidad de Gabrielle. Y, sin embargo, Gabrielle estaba ahora escribiendo su nombre en un papel pinzado a una tablilla, comprometiéndose a trabajar por unas mujeres que no tenían nada que ver con ella, unas desconocidas, a medio planeta de distancia.

Algo se había movido en su interior. Imaginó que los psicólogos tendrían un nombre para tal sentimiento. Pero Gabrielle estaba tan dispuesta a discutir sus emociones con un psicólogo como con un veterinario: de hecho, mejor el veterinario, pensó, mientras pedaleaba hacia su casa con un paquete informativo en la alforja. Era como si su identificación con esas desgraciadas chicas fuera de mamífero a mamífero, de gata casera a gata salvaje. Aquellas criaturas de la jungla habían sido tratadas cruelmente por otros animales, atacadas con agujas y cuchillos afilados como lenguas de fuego; mientras que a ella, felina doméstica, lo único que le había ocurrido en sus dos breves matrimonios era que la habían dejado fría. Liberada por fin del sexo, también estaba ya eximida de su molestia mensual. En ginecología le habían acelerado la pérdida —no el distinguido Henry Ellison, sino más bien una judía con mal aliento que le aconsejó que se deshiciera de la bolsa de fibromas que empezaba a distenderle el abdomen—. La histerectomía no trajo complicaciones. Y ahora —más flaca que un libro, de cintura para abajo, más seca que el lino, entre las piernas— se apiadaba de las heridas supurantes de

las africanas... bueno, digamos que le despertaban la curiosidad.

III.

La principal responsabilidad de Gabrielle dentro de la sede recién creada era organizar su encuentro semestral: la visita de la doctora Gouda, la visita de la víctima Selene. Lo primero que hizo fue agradecer a la Iglesia la utilización de aquel sótano helador; a continuación optó por reservar el salón de actos del hotel, un pequeño espacio color cacao con tres ventanas alargadas que daban al bulevar. Le sacó una promesa de vino y café y queso al señor Devlin y lo persuadió de que le aplicase a la sede la tarifa mínima por la pernoctación de la doctora Gouda y de la testigo. Realizó otra tarea más. Ella y las dos ancianas —que de hecho eran hermanas y se odiaban— diseñaron un folleto para recaudar fondos. También contribuyó a que pudiera retirarse sin desdoro la chica demacrada, que se había ofrecido voluntaria para servir de enlace con la Universidad local. «El sufrimiento me afecta demasiado», dijo la muy tonta, con una mano en el escaso pecho.

—Claro que sí, cariño —dijo Gabrielle, proyectándole su sonrisa de solidaridad con el afectuoso hueco entre diente y diente.

Y escuchó la aburrida conversación del hombre del cabello blanco. Resultó que no era el doctor Henry Ellison, como su digno porte sugería, sino un vendedor retirado con tiempo libre para dar y regalar. Se le daba muy bien presentar las Folies, aunque a veces colocaba las diapositivas cabeza abajo. Gabrielle también contestaba el correo electrónico por la doctora Gouda, que odiaba la computadora, y escribía cartas en nombre del doctor Henry Ellison.

Henry Ellison era un hombre con pinta de mafioso. Mirándolo mejor, se quedaba en impresentable. Tenía la piel picada, los dientes como cubitos de queso Cheddar. Sus hijos ya eran grandes y su mujer sufría una enfermedad. No la rondaba, sin embargo. Pareció complacerle la indiferencia de Gabrielle al juego amoroso, lo mismo que a ella le complacía su gusto por las veladas tranquilas y el buen vino y el sonido de su propia voz. Le gustaba contestar preguntas.

—¿Es gay la doctora holandesa? —le preguntó Gabrielle una noche, mientras clasificaban una nueva partida de diapositivas en el salón de su casa.

—Lo dudo. Tiene un marido muy musculoso y cinco hijos.

Cirujana con experiencia, podría haberse desempeñado espléndidamente en

La Haya. En vez de eso, ahora llevaba un hospital para la curación de fistulas. Conducía una camioneta por el campo africano, operaba en condiciones primitivas, esterilizaba ella misma sus instrumentos.

Henry miró una diapositiva al trasluz.

—Dios, no, demasiado explícito. Los nuestros quieren doncellas aterrorizadas. Quieren historias de eterna disforia. Esto...

Siguió mirando.

—¿Qué es, Henry?

Y bailoteó sobre sus altos tacones.

Él no soltó el pequeño rectángulo.

—Es una excelente fotografía de la separación de los labios con un espéculo, un espéculo de puñetera madera, por el amor de Dios. Debería estar en un museo.

Al final le pasó la diapositiva a Gabrielle.

Qué extraño misterio se aloja entre las piernas de una mujer. La piel del muslo y del pubis era del mismo color marrón granulado que el viejo instrumento, pero el interior de la abertura era todo granate y rubí.

—Sí, demasiado... explícito.

Henry ajustó el carrusel en la mesita de centro del salón de Gabrielle. Miró otra diapositiva al trasluz.

—¿Qué es, Henry?

—Una traquelectomía, una especie de dilatación y legrado. Espero que utilicen algún analgésico, algo más que hoja de ortiga.

—¿Por qué nos envía diapositivas que no podemos utilizar?

—Ella lo que quiere es recordarnos que, a pesar de nuestros esfuerzos, a pesar de nuestro dinero, la práctica continúa.

Henry apagó las luces. Quedaron sentados a oscuras y Henry encendió el proyector y la pared de encima del sofá de Gabrielle —había retirado su grabado de Dufy— se trocó en pantalla. Gabrielle y Henry observaron manos no visibles manipulando instrumentos visibles.

—Qué emocionante es la cirugía —caviló él—. ¿Te molesta que fume? Estas brujas de pueblo seguro que se excitan haciéndolo. Te distancias de todo menos de lo que estás haciendo con las manos. Efectúas gestos rápidos, como los de un pájaro comiéndose un gusano. La carne responde como tú esperas. Y es otra persona quien se ocupa luego de hacer limpieza.

Gabrielle se imaginó recogiendo sangre en una campana de vidrio.

Clic.

—Excelente ejemplo de partición de la capucha clitoriana. A veces también extirpan los genitales externos, y luego cosen la abertura vaginal. Se llama...

—Infibulación —aportó Gabrielle, que cada vez estaba más enterada. También ella estaba disfrutando de un poco frecuente cigarrillo.

Clic.

—Este procedimiento todavía no es legal aquí.

Un instrumento atacaba algo en el interior de una vagina; hubo un vislumbre de abdomen preñado.

—Están destruyendo el cráneo de la criatura —dijo Henry.

IV.

Con su habitual rigor, Gabrielle fue más allá de su cometido oficial dentro de la sede. En sus días libres, miércoles o jueves, solía visitar a Selene en su pueblo, antaño floreciente por las fábricas, ahora sustentado, según Henry, por la industria de las prestaciones sociales.

También en Pittsburgh había casas en que vivieron obreros: pequeñas, de dos plantas, cerca del río. Pero allí las habían rehabilitado y ahora sus dueños eran jóvenes profesores de la alta burguesía. Aquí pertenecían a los desamparados. Aquí, en sus estructuras y en sus inhóspitos porches se amontonaban los inmigrantes y sus hijos y un chorro de parientes. La estación de ferrocarril estaba a más de un kilómetro y medio. Gabrielle lo hacía a pie, a lo largo de una calle ancha y miserable, sin tambalearse nunca en lo alto de sus tacones, a pesar de que siempre llevaba auestas un par de abultadas bolsas de papel. Torcía a la derecha, luego a la izquierda, y desembocaba en la chabola de Selene. Repartía juguetes y ropa a los niños y exquisiteces a Selene: Gabrielle sabía que se tomarían como un insulto que les llevara cosas de comer, y de todas formas para eso estaban los bonos de comida. Jugaba con los niños, hablaba con Selene, aprendía canciones, admiraba los proverbios que Selene bordaba en lenzuelos para luego clavarlos a la pared. *Pace la vaca donde está atada. Los hombres caen para poder levantarse.* Otros resultaban menos claros, eran como adivinanzas. *El pájaro no vuela hacia la flecha*, «La mujer no busca al hombre», interpretaba Selene.

Cuando daban las nueve, en esas ocasiones, el consorte de Selene llevaba a Gabrielle en su camioneta para que cogiera el último tren. Tenía cara de pala,

como si le hubiera alargado a la fuerza la mandíbula. Un miércoles no volvió a casa a tiempo de llevar a Gabrielle a la estación —y luego resultó que no volvería nunca.

—Quédate conmigo —dijo Selene, encogiéndose de hombros.

Los niños estaban durmiendo. Había sido una primavera suave y húmeda, y el impermeable y la bufanda de Gabrielle colgaban de una percha en el dormitorio de Selene. Se quitó el pequeño vestido y lo colgó de otra percha, y se quitó los zapatos altos de tira cuyo color combinaba exactamente con el peltre de aquel vestido y se metió en la cama de Selene con su ropa interior de seda. Solo necesitaban una manta ligera. Se quedaron dormidas espalda contra espalda. Pero durante la noche refrescó. Despertaron abrazadas, o más bien Gabrielle despertó en brazos de Selene, con la cabeza entre sus cálidos pechos, con los dedos de Selene acariciándole la zona.

V.

—Minata tomará el mismo autobús que tomo yo —había dicho Selene.

Gabrielle fue a esperar el autobús. No tenía modo de reconocer a la nueva testigo: eran muchísimas las personas de piel oscura que desembarcaban. Quizá Selene le hubiera dicho a su amiga Minata que buscara a una *petite femme* muy estilosa y bonita de cara. Caminando hacia Gabrielle venía una rara belleza. Llevaba un impermeable verde tirando a amarillo, hecho de diminutas escamas. Largo cabello marrón peinado hacia atrás desde la amplia frente. Ojos anchos sobre una nariz sencilla.

—¿La señora Gabrielle?

—¿La señora Minata?

Se dieron la mano. *Una blanca bajita y flaca con el pelo teñido*, quizá fuera eso lo que Selene le hubiera dicho a Minata. *Una negrita esplendorosa con un abrigo de lagarto falso*, le podría haber dicho a Gabrielle. Minata llevaba sandalias doradas, con las uñas de los pies del mismo color. Llevaba una sombrerera de cuero con asas de latón.

—Para ir desde aquí cogemos el metro, ¿no?

—Esta noche vamos en taxi —dijo Gabrielle. *Las diosas no viajan en metro colgando de los estribos*. Le explicó que la doctora holandesa y un médico americano y una señora americana vestida de rosa cenarían con ellas en el hotel. En el taxi, Minata seguía con la cabeza las luces de la ciudad.

—¿Has estado antes en Boston? —quiso saber Gabrielle.

—Sí, sí, no es la luna. Es la Cuna de la Libertad. Eso es lo que les enseñan a mis hijos en el colegio.

—¿Has parido hijos? *¿Preferirías estar muerta?*

—Cinco.

Gabrielle permaneció callada durante la cena. Pensaba en Selene, en sus gafas, sus dientes, su aire de martirio. Recordaba los miércoles. Percibía el sondeo de la fuerte mano de Selene, sus dedos abriéndose luego como alas. Ella, en cambio, siempre movía los dedos como dudando, como temerosa de causar daño. A veces, Selene se los guiaba más hacia dentro... Minata tampoco dijo mucho, estaba sin duda guardando sus energías para el testimonio. La doctora Gouda, recién llegada de Nueva York —de su gira estatal de recaudación de fondos—, conversó en tono bajo con Henry. Charla de médicos: el parloteo de los babuinos.

Después del café, el pequeño grupo se trasladó al salón de actos. Allí los recibió un grupo más reducido que el de la sesión anterior. «Fatiga de la circuncisión femenina», susurró Henry. Ella le contestó con una sacudida de los pendientes. Se sintió aliviada al ver que estaban llegando otros miembros de la sede. Quizá quisieran averiguar cómo iba el hospital para fístulas y la apertura de una nueva clínica. Quizá quisieran ver las Folies. Quizá quisieran escuchar a la testigo. Quizá no tuvieran otra cosa que hacer.

La velada se ajustó al proceso habitual.

La doctora Gouda hizo unas observaciones preliminares.

El hombre del pelo blanco pasó las diapositivas. Las había nuevas y las había viejas, pero ninguna del envío que a Henry y Gabrielle les había parecido demasiado gore.

La presentación de Minata fue similar a la de Selene, aunque ella, en vez de cecear, se expresara con un cierto tonillo. Habló del corte, de la creencia de las mujeres en su necesidad, de la desconcertada aceptación de las niñas. Aportó unos cuantos detalles nuevos. «Los genitales de mi prima los pusieron en una roca. Se los comieron los animales.» Gabrielle estaba allí, con los tacones en el travesaño de la silla plegable, igual que en los pedales de la bicicleta. Sus rodillas de crepé negro quedaban ligeramente alzadas por la postura; sus codos blancos de satén se apoyaban en esas rodillas; sus dedos se enlazaban bajo su pequeña barbilla francesa.

—Causa un dolor inmediato —canturreó Minata—. La recuperación también es dolorosa.

Agachó la cabeza.

—Y las secuelas... los efectos posteriores —apuntó la voz de la doctora Gouda, con su acento habitual.

Minata levantó la cabeza.

—¿Perdón, señora?

—Habrás padecido otros sufrimientos... cuando te tocaba tu marido —dijo la doctora en tono más amable.

La cabeza se levantó más aún.

—Nunca he tenido marido.

—Cuando te tocaba un hombre —en tono más suave todavía.

—De esas cosas no suelo hablar...

—Comprendo.

—... con desconocidos. Pero ustedes quizá sean como amigos. Para mí, que me toque un hombre es una felicidad. Puede que el corte lo haya reforzado. También disfruto en los parques de atracciones.

—¡Yo también! —desde el proyector, con entusiasmo.

—Pero los partos —gimió la yerma Gabrielle.

—Ah, uno de mis hijos vino de nalgas: espantoso. Los otros cuatro... sí, ya saben ustedes: empujar y apretar. ¿Dolor? No.

El público permaneció en silencio.

—Es cuestión... de elegir —dijo Minata—. Puedes elegir que te guste o que no te guste. «La sabiduría no vive en un solo hogar.»

La tía de Gabrielle tampoco había tenido hijos. Vivió, en calidad de solterona despreciada, con Gabrielle y sus padres, incorporada a la seca severidad de la familia. En el cuarto de Gabrielle había unos cuantos libros, unos cuantos discos, cortinas con mariposas bordadas, con las alas atrapadas en los pliegues diáfanos. Pensó en su estrujada niñez, sus descuidados maridos, su restringido Henry. Recordó las diapositivas, la vagina enjoyada.

¿Cuál había sido su elección? El divorcio, la autosuficiencia, *un atrevimiento esmaltado* —frase que le había quedado en la memoria de alguna novela—. Lo había logrado todo, ¿verdad? Pero se sentía débil. (Luego le diría Henry que le había bajado la tensión.) Le vinieron mareos. (Henry le dijo luego que empezó a caer desmayada sin poder evitarlo.) Los talones de sus zapatos se aferraron al travesaño de la silla plegable. Gabrielle se derrumbó de lado, con los pies sujetándose a la vida. La silla también se vino abajo, pero de modo detenido, como resistiéndose a seguir a su ocupante.

—Lo normal es que el tobillo se rompa en una caída, por el peso que de pronto se ejerce sobre él. Pero en tu caso la responsable ha sido la propia torcedura. Te las has apañado para desgostarte el peroné izquierdo. Y romperte otras varias cosas, como la articulación del tobillo, que es muy importante, porque sujeta la tibia al deslizarse, y...

—¿El qué izquierdo? —dijo ella, volviéndose hacia él en su cama de hospital.

—El peroné. Un hueso. Pobre Gabrielle.

—Me dolió muchísimo.

—Y con toda la razón del mundo, los nervios del pie...

—Un tipo distinto de dolor —farfulló ella.

—... seguirían doliéndote si no fuera por ese gota a gota tan encantador. Durante una temporada no podrás andar sin ayuda, muchacha.

—Minata —dijo ella. Ahora apartó la vista de él.

—Minata se tomó unas copas luego con la doctora y el proyccionista.

—Minata traicionó a la sede.

—Querida Gabrielle, los cirujanos nunca podemos prever con exactitud el resultado de nuestro trabajo. Las comadronas de Somalia... tampoco.

Gabrielle se echó hacia delante, haciendo que chocasen entre sí unos tubos desmayados. Henry le colocó una almohada en la espalda. Ella le siseó:

—No *puedes* decir que la mutilación mejora el sexo.

—Minata lo dijo por mí.

—Elegir, dijo —recordó amargamente Gabrielle.

—Tener suerte, quiso decir —intentó tranquilizarla Henry—. Rara vez, probablemente.

La recuperación de Gabrielle fue espantosa. Uno de los huesecitos se negó a curarse debidamente. «Tenemos que intentarlo de nuevo», reconoció su médico. Otra vez al hospital, otra vez a rehabilitación, otra vez de vuelta en su apartamento, por fin. Su peluquera no trabajaba a domicilio. Su peinado adquirió una negligencia de tiempo de guerra. Cada vez que se hacía la raya aparecía una franja blanca.

Aun así: «Tengo un aparato maravilloso para andar por la casa», les dijo a sus amigos. Era una especie de escúter infantil con cuatro ruedas. De su plataforma rodante salía un eje, y en lo alto de este eje, a la altura de las rodillas, había un reposadero curvo y blando. Gabrielle podía doblar por la

rodilla la pierna afectada y situar la espinilla enyesada en ese reposadero, y luego agarrarse al manillar del escúter y empujarse con la pierna buena. De tan circense modo se trasladaba de habitación en habitación, de asiento en asiento, de la cama al cuarto de baño. Con su ayuda podía regar las flores e incluso hacerse una tortilla francesa.

Recibió muchas tarjetas deseándole que se mejorara —de amigos, de compañeros de trabajo, de Minata, de su tía—. *Te deseo una pronta recuperación*, le escribió Selene con una letra que se parecía a la de sus muestrarios. Los hombres y las mujeres hombrunas le enviaron flores —el proyeccionista del pelo blanco, la doctora Gouda, el señor Devlin, por supuesto—. Henry le trajo libros.

—El médico me dice que ya podría volver al trabajo —le dijo al señor Devlin por teléfono—. Con el escúter. Puede que a los huéspedes les hiciera gracia.

—Vuelve cuando te consideres en condiciones —dijo él, con voz de estar agobiado—. Ni un minuto antes. Pero ni un minuto después.

Pasó otra semana y el médico le quitó el yeso inmovilizado y lo sustituyó por una funda de paso rápido y una muleta. La funda era de fibra de vidrio, blanca, con unas rayas azules muy anchas. Aquella monstruosidad le subía casi hasta la rodilla. Dentro de su rígido abrazo seguirían curándosele los huesos y los tendones. Pero, claro, en bicicleta no podía montar. Y tenía que tirar a la basura los zapatos de tacón alto, según le dijo el médico, y no comprarse nunca otro par.

Por orden del señor Devlin, el mozo del hotel iba a recogerla todas las mañanas. Al final de la jornada laboral, unas veces era el mozo quien la llevaba a casa y otras el propio señor Devlin, y, cuando no, cogía un taxi, o incluso aparecía Henry por allí. Por lo menos no había ganado peso. Pero su peluquera había alquilado una casa en Antigua para un mes.

—Por qué no te lo dejas gris —dijo Henry el atolondrado.

Ella dejó pasar un par de minutos y luego le preguntó:

—¿Qué ocurre con la sede?

—Ah, pues sigue bien colocada en la lista de buenas causas —le dijo él—. Están aumentando las contribuciones, de hecho.

—Minata...

—No nos perjudicó. Incluso puede que nos haya ayudado. La gente se

ajusta a las contradicciones, ya sabes. Y es más guapa que la cara caballo esa.

—Dio el mentís a lo que nosotros creemos —dijo Gabrielle, furiosa de nuevo.

—Todo lo que creemos puede ser refutado. Piénsalo, Gabby. Las mujeres de Salem estaban poseídas por el demonio. La homosexualidad era una enfermedad. El cáncer era un castigo de Dios. Falsas creencias, todo ello.

—¡La Tierra sigue girando alrededor del Sol!

—Por ahora —reconoció él—. Pero mañana, cualquiera sabe.

VI.

Gabrielle estuvo trabajando hasta muy tarde una noche, sentada ante su mesa acristalada, repasando las tareas del día siguiente. Levantó la vista, como tenía por costumbre: para ver qué pasaba en el pequeño vestíbulo, para sonreír a los huéspedes de modo acogedor pero sin atrevimiento. No podía evitar la visión de sí misma en el espejo situado junto al mostrador del recepcionista —cabeza a rayas como piel de mofeta, pierna torpemente estirada dentro del feo molde, muleta apoyada en una columna, esperándola como un guardaespaldas a sueldo.

Había una mujer delante del ascensor, de espaldas a Gabrielle. No llevaba un impermeable verde, sino una chaqueta naranja, y tampoco llevaba el pelo suelto, sino tendido a un lado como una hebilla dentada; pero Gabrielle supo quién era. La sombrerera era ya una pista. Pero una belleza como Minata, una vez vista, resulta reconocible hasta por detrás —una belleza originada en un lugar donde la piel es oscura y los dientes blancos y el deporte nacional es la ninfotomía—. Gabrielle reconoció también al hombre del tupé blanco que pulsaba el botón del ascensor.

Esto no es una casa de citas... Siguió mirando hasta que Minata se dio la vuelta. Minata le lanzó una alegre sonrisa, y Gabrielle le aplicó la sonrisa profesional con el hueco donde una vez residió un diente.

Minata cruzó el vestíbulo en dirección a Gabrielle. Sus ojos se desplazaron hacia abajo hasta detenerse en el bulto. Se le colapsó la sonrisa.

—¿Tienes que llevar esa cosa? ¿Para curarte? ¿Eso te cuentan?

—Sí. Ya puedo andar a la pata coja. Cuando me lo quiten, podré andar normal.

—No esperes. Ve a ver a Selene.

Gabrielle sintió que se ponía colorada. ¿Vergüenza? No, deseo: el deseo que estuvo esquivando durante cincuenta y dos años, hasta Selene, la mutilada Selene.

—Vete cojeando a su encuentro desde la estación del tren —sugirió Minata—. O toma un taxi —añadió, manifestando una vena práctica que quizá fuese la que le permitía obtener lo mejor de las cosas.

Gabrielle miró con disgusto su tiesa y aumentada pierna.

—Es feo, pero no pasa de molestia —dijo Minata—. La tortuga sabe cómo abrazar a su pareja.

El *Golden Swan*

—El *Golden Swan* es nieto del *Normandie* —dijo el doctor Hartmann con su débil pero rasposa voz.

De qué diablos hablaría ahora. Su ligero acento era alemán, dedujo ella.

—Quiero decir, Bella, que los cruceros descienden de los grandes transatlánticos. Hubo un tiempo, antes de los aviones, en que si querías cruzar el océano te embarcabas en un buque de línea.

Su alumna —porque Bella se consideraba alumna suya, aunque el doctor Hartmann y ella fuesen de hecho compañeros de viaje— se tocó el pelo lacio con los dedos. El doctor Hartmann era lo que se dice profesoral —ayer le había soltado una breve conferencia improvisada sobre semiótica—. A Bella le habría gustado entender algo.

—Y hubo un tiempo, antes de los barcos de vapor, en que si querías cruzar el océano, e incluso cuando no querías, navegabas en una goleta de tres palos.

—¿Incluso cuando no querías? —le hizo eco Bella.

—Si daba la casualidad de que fueras un esclavo.

Su pequeña biblioteca —que no era solo de ellos, pero eran los únicos ocupantes— se hallaba en la más recóndita porción del puente más bajo de los abiertos a los pasajeros. Carecía totalmente de luz natural. Tenía una alfombra estampada, asientos de cuero, lámparas con pantalla de pergamino y cuatro paredes de estanterías totalmente llenas de libros... unos adustos, de tapa dura, otros más animados, de bolsillo.

—Y ahora —reanudó su discurso el doctor Hartmann— estos barcos se construyen exclusivamente para las alegrías del crucero.

Qué voz tan poco alegre tenía.

—Para nadar, bailar, tomar el sol, comer, jugarse el dinero. Los puertos en que se hace escala son, ya lo verá usted, fortuitos. Y me han contado de barcos que no se paran en ningún sitio, renunciando a toda apariencia de objetivo.

Y se le produjo un escalofrío involuntario, y luego hizo como que parpadeaba.

Este crucero era un regalo del Abuelo para Bella y Robin, un regalo para sus queridas niñas, dulces como de caramelo, bonitas como dos estampas. Le gustaban las hembras con un poco de carne, sí. Y, por consiguiente, el pasado mes de junio, cuando ambas estaban a punto de graduarse por la Universidad, les ofreció un viaje. A cualquier sitio razonable, dijo. No quiso decir París.

Ellas no querían París. No querían Europa, de ningún modo; no querían agotarse vagabundeando de sitio importante en sitio importante. Querían sitios estupendos y buena comida, y sabían que un crucero por el Caribe prometía ambas cosas. Fuera de temporada le resultaría menos costoso al Abuelo; de manera que, aun pudiendo haber solicitado el regalo nada más recibir sus diplomas, decidieron esperar casi un año, hasta las tarifas reducidas de marzo. Mientras tanto consiguieron cada una un trabajo, encontraron cada una un apartamento.

—Y ahora más les vale perder peso —le dijo por teléfono la madre de Bella a la de Robin.

—Ya lo perderán cuando a ellas les parezca bien —replicó la comfortable tía Dee.

Bella, que escuchaba por el supletorio, se quedó mirando el aparato con cara de desolación. Su apetito venía agobiándola desde la niñez. En la adolescencia echó una pechera impresionante, pero su cintura permaneció relativamente esbelta. El abdomen se le abultó. Tenía las piernas anchas, pero bien formadas, y los tobillos estrechos —relativamente, también.

Bella era cetrina. Robin era pálida, pero se ruborizaba con facilidad. Tenía la sonrisa siempre dispuesta de una niña y los ojos más verdes que una pastilla de jabón perfumado. El cuerpo le bajaba en cuesta desde los estrechos hombros y los pequeños pechos sobresalientes; no se espesaba hasta el tronco de la cintura; entonces venían unas caderas muy anchas.

Las primas habían ido juntas al instituto y luego pasaron por grandes universidades muy parecidas. Robin estudió desarrollo infantil y se hizo especialista en vida infantil. Su modo de tratar a los niños hospitalizados con quienes trabajaba era informal y reconfortante. Bella estudió empresariales. Ya estaba muy bien considerada como jefa de recursos humanos de una agencia inmobiliaria cuyos clientes se despepitaban por las buenas vistas y los *jacuzzis* y las cocinas con encimeras de granito.

Robin nunca había tenido una relación seria con ningún chico y Bella nunca había tenido ninguna relación con ningún chico. A ambas les gustaba leer: Robin se inclinaba por cualquier cosa que tuviese éxito; Bella leía periódicos

y revistas de negocios y biografías y, un poco a escondidas, novelas escritas para alumnos de secundaria.

En el *Golden Swan* había dos grandes comedores para las cenas. También había dos pequeños restaurantes, uno francés y otro italiano; pero solo a un auténtico manirroto se le ocurriría utilizarlos, teniendo en cuenta que el resto de la comida que se servía en el barco era gratis. ¡Todo lo que pudiese uno comer! Hicieron escala en cuatro puertos, uno cada dos días, en mitad del viaje de doce días. Y piscinas y gimnasio y salón de belleza y tienda de regalos, y la biblioteca, como una madriguera en una antigua mansión. Se podía jugar al tejo y al bádminton. Desde una plataforma de una de las cubiertas se podía lanzar pelotas de golf al mar. Todas las noches se montaba una fiesta; las había temáticas, como el Baile de Disfraces y el Show de Talentos. En la primera fiesta, Conozcamos al Capitán, un escandinavo de pelo gris, con un inglés limitado, estrechaba incansablemente la mano de todo el mundo y posaba para pequeñas fotografías de grupo que luego se exponían a la venta en el salón central de recepción. Robin compró una, Bella, tras pensárselo un poco, también compró una, aunque no sin decirle a Robin que esa persona de uniforme tenía que ser un actor. ¿Acaso no tiene el capitán que permanecer en el puente, pendiente de las ballenas y de los barcos de guerra?

Para Robin y Bella, sin embargo, lo más extraordinario del *Golden Swan* era el bufé de veinticuatro horas. Ocupaba toda la sección de popa de la cubierta de paseo. Podía uno, mientras comía, ver las pelotas de golf de la cubierta inferior proyectarse hacia el cielo para caer luego en un mar que era aquí porcelana de Wedgwood y allí azul marino, y más adelante, al caer la tarde, el púrpura de las clemátides. Quien optaba por sentarse de cara a las mesas del bufé veía una variedad de colores. Los panqueques eran discos dorados. Los cubos de sopa de marisco desprendían un vapor plateado. Había ensaladas de joyas; jamones más rosados que unas mejillas felices; montañas de frutas tropicales. Lenguas malva de vaca yacían en lechos de lechuga. Y panes ocres: había panes glaseados, panes de grano; panes hechos con bayas; panes hechos con aceitunas; y el pan más delicioso de todos, uno denso, duro, cuadrado, cortado en finas rebanadas, que sabía a harina de nueces mágicas recién molida y horneada luego por los gnomos en la cabaña del bosque. Dos hombres de carrillos hundidos se pasaban el día trinchando carne asada. Otro hombre estaba constantemente llenando platos de huevos revueltos espumosos

aumentados con setas, o tomates, o espárragos. Había quesos de todas las variedades... derretidos, escurridizos, gomosos, azules. Suflés, uno color kiwi y otro naranja pálido.

El camarote interior apenas bastaba para contener las dos estrechas camas y sus mesas de noche. Los armarios y cajoneras iban empotrados. El cuarto de baño era un rinconcito bien diseñado. Les hacían las camas y les limpiaban el cuarto de baño en cuanto salían a desayunar, o eso parecía; en todo caso, al volver siempre se encontraban las camas bien estiradas y el cuarto de baño repulido. Una persona pequeña se ocupaba de sus habitaciones y de las demás habitaciones del pasillo. Al principio solo llegaron a ver fugazmente su figura sin sexo definido —un destello de pantalones color mostaza; un codo oscuro reflejado en el espejo de un camarote abierto.

Pero en la tercera mañana a Bella le entraron retortijones cuando se dirigían al sitio donde bailaban claqué. ¡Tantísimos panqueques! Volvió a su cuarto sin respirar y vio que el diminuto cuarto de baño estaba, por así decirlo, ocupado. El uniforme amarillo, dándole la espalda, de rodillas ante el váter. El espeso cabello reunido en denso moño —una mujer, por consiguiente—. Los pies se metían en la habitación.

—Perdone —dijo Bella, pero la devota fregona no se detuvo—. Perdone —repitió Bella, en voz más alta, tocando la amarilla espalda. La mujer dio un salto—. Lo siento —dijo Bella por tercera vez—. Tengo que...

La doncella se puso en pie e hizo una inclinación, sin sonreír. Tenía el rostro rectangular y liso, una edad indeterminada —¿sesenta?—. Se deslizó fuera del compacto retrete, y Bella se introdujo en él y se alivió de una apestosa deposición. Se lavó las manos y se marchó sin volver a mirar a la pequeña mujer. Media hora más tarde, al mirarse en el espejo mientras practicaba el arrastre de pies, recordó de pronto que había olvidado tirar de la cadena. Bueno, a quién no le ha pasado alguna vez, le dijo al abdomen de por encima de las piernas, al pecho... pero la vergüenza persistió, como si hubiera tratado a la sirvienta como a un robot.

El primer puerto era la capital de una nación insular recién independizada. Su ayuntamiento había sido antes el palacio del gobernador, y los parques públicos reventaban de hibiscos y jazmines. Los ciudadanos siseaban en español. Robin había conservado, más o menos, su español del instituto, porque lo hablaban muchos de sus pacientes. Intercambió unas palabras con el

dueño de una tienda de hamacas, que alabó su dominio de las formas corteses. Los guías y los vendedores de suvenires hablaban bien el inglés.

Pero había un tercer idioma, observó Bella, probablemente algún dialecto indio de los nativos. Cuanto más oscura era una persona, cuanto más doméstica era su tarea, mayor era la probabilidad de que utilizase ese idioma para hablar con sus compañeros de trabajo. Una variante de esa misma lengua vernácula era corriente en otros puertos, también —y todos ellos, al cuarto desembarco, se les confundían en la cabeza a las chicas—. Las escalas no eran solo fortuitas, como ya les había advertido el doctor Hartmann; eran también intercambiables. Bueno, había alguna que otra diferencia: la primera remitía a los conquistadores; la segunda tenía una catedral y mil tiendas; la tercera, de reputación filonarcótica, ofrecía viajes por la selva para escuchar a los monos; la cuarta era una ciudad costera sudamericana famosa por su Universidad, su escuela para sordos y su fuerte precolombino. Pero todas ellas eran pintorescas, ruidosas, políglotas y —dijo Bella, con acuerdo de Robin— falsamente acogedoras. Eran sitios en los que no querías vivir nunca y que abandonabas con gusto para subir una cuesta que conducía a una corta plancha que conducía a un hombre encargado de comprobar tu identidad y dejarte embarcar. ¡Por fin en casa! El *Golden Swan* se había convertido en su pueblo —un pueblo con pocas leyes y una desenfadada cordialidad—. En los comedores, todo el mundo se sentaba con todo el mundo, en mesas de diez; siguiendo las instrucciones del jefe de comedor, te sentabas en cualquier mesa en la que hubiera sitio libre, o inaugurabas una nueva mesa que no tardaba en llenarse. Nadie se ponía elegante. Los niños —no muchos, porque en marzo no hay vacaciones escolares— no andaban por ahí sueltos: cualquiera de los rubios oficiales que sí que andaban por ahí sueltos agarraría de la mano al niño no vigilado y se lo llevaría a sus padres. Los pasajeros no tenían acceso a la zona en que dormían los empleados y la tripulación. Pero no había nada más que estuviera prohibido.

Había algunos que estaban convirtiéndose en vecinos. Había una familia de Maine con un hijo retrasado de diez años y una chica muy lista de doce que sabía convertir los nudos en millas por hora y se había estudiado todas las escalas. Melinda dejó de ir al colegio para hacer este crucero y así ayudar a que su hermano estuviera entretenido. Había un estudiante de Farmacia, bajito y con pecas, que se había traído el trabajo de investigación que tenía en marcha. Lo explicó con tedioso detenimiento ante el silencio de Bella y los «¡Qué fascinante, Luke!» que soltaba de vez en cuando Robin. Había tres

mujeres de cincuenta y tantos años, felices de estar juntas, como celebrando una reunión. No eran de la misma ciudad, no eran primas, no eran compañeras de clase...

—No exactamente —rio la que era abogada.

—Algo parecido —dijo la que era trabajadora social.

La que parecía ser un ama de casa muy consentida se limitó a sonreír.

Algunos empleados se hicieron identificables —el de cara delgada que servía el bufé, el instructor de baile, los socorristas y la silenciosa doncella de su pasillo—. También localizaron a otra doncella, o al menos la vieron muy de cerca. Se habían equivocado de camino al volver de una sesión de ejercicio; extraviadas por un pasillo, fueron a parar delante de una puerta con el rótulo de ENFERMERÍA. Una chica de pelo largo, con pómulos de india, estaba barriendo el suelo por allí cerca.

—Hola —le dijo Bella—. ¿Cómo hacemos para llegar a la piscina?

Ninguna respuesta, solo una sonrisa.

Bella repitió la pregunta en español.

La joven dejó la escoba apoyada en la pared y desapareció en la enfermería. De ella salió una pelirroja almidonada.

—¿Sí? —dijo, y luego les dio unas brascas indicaciones mientras la doncella se ponía de nuevo a barrer. Qué bella era.

El anciano doctor Hartmann, con su escrupulosa perilla, disfrutaba de su propia compañía. Bella lo había espiado una vez mientras entraba en uno de los restaurantes donde, por el precio de una cena, se podía sentar solo a la mesa. Pero no parecía importarle que la chica lo acompañase en la biblioteca. En su cultivada presencia a Bella le daba vergüenza leer sus fáciles textos habituales, de modo que se estaba trabajando los relatos de Thomas Mann, unas veinte páginas cada tarde.

Cada tarde... Porque, a diferencia de Robin, Bella necesitaba apartarse de los estímulos del barco. Tal cantidad de ruidos: zambullidas en el agua, risas, música enlatada, el tintineo de las monedas en el pequeño casino. La charla de Luke, repleta de términos complicadísimos. Y lo que era peor: el bufé al aire libre, el único sitio donde se podía desayunar y almorzar, había empezado a ponerla enferma poco después de la primera visión de su esplendor como de galería de arte. Si hubiera sido solamente un cuadro, le habría seguido gustando. Pero era real, tangible; no significaba, *era*. Personas reales con

estómagos reales se daban de empujones y amontonaban comida en sus platos y luego se la comían y volvían por más —lo hacía Robin; también la joven Melinda; también las tres mujeres mal combinadas—. El muy flaco de Luke escuchaba la valoración que hacía Robin de los diversos postres y seguía su consejo y luego se servía más según su propia elección. El doctor Hartmann se insertaba tenedorazos de tortilla francesa en la vieja boca. Quizá necesitase la humedad. Quizá hubiera tomado la decisión de sacarle partido a lo que había pagado. Bella, mientras tanto, se volvía desesperadamente abstemia. Una tostada seca para desayunar era lo único que toleraba, una pieza de fruta para almorzar. Un poquito del pollo en la cena.

—¡Bella! —le dijo Robin una noche mientras cenaban—. ¿Te encuentras bien? La ternera está de chuparse los dedos. Pruébala.

—Estoy bien.

Obedientemente, pinchaba un dado de repelente carne del plato de Robin.

—Muy buena —mentía.

Hubo una noche en que se le coló en el sueño una figura —familiar, pero mucho más conciliadora que de costumbre.

—¡Come, cariño! —le gritaba su madre—. Una cosa es hacer dieta y otra morir de hambre.

A la mañana siguiente Bella creó un edificio de gofres en su plato de desayuno y lo coronó con fresas y nata montada. Pero no pudo tragar más que un bocado.

—Tengo que... —dijo, y dejó a Robin y a Melinda y a Luke y se las apañó para regresar a su camarote.

Y allí estaba la mujer diminuta, estirando las sábanas, alisando las almohadas. Dentro de otras diez horas, durante la cena, ella o alguna de sus compañeras dejarían caer caramelos envueltos en papel de aluminio sobre esas mismas almohadas. Ahora señaló con la mano el cuarto de baño, como queriendo decir que ya estaba limpio y listo.

—No —dijo Bella—. Solo quiero echarme un rato.

Y se echó. La mujer se quedó quieta, quizá desconcertada. Se miraron, una horizontal, otra vertical. Una sobredimensionada, la otra diminuta. Una llevando una agencia inmobiliaria, en preparación para gestionar una empresa complicada, quizá un barco de crucero... la otra especializada en limpiar retretes ajenos. La doncella era más joven de lo que le pareció el primer día. Su rostro anodino daba una impresión inicial de edad, pero no tenía más de veinte años. Al final reanudó su tarea. Abrillantó los pomos de la cajonera

empotrada mientras Bella la observaba. Colgó el trapo en el artefacto con ruedas en que transportaba todos sus utensilios y sacó la cosa del camarote, empujando. Desde la puerta volvió a mirar a Bella, impasiblemente. No dijo adiós, ni en inglés ni en español, ni en el sueco *ahyur*, como gustaban de hacer algunos empleados del barco, imitando a los oficiales de pelo amarillo y a la tripulación que casi nunca se dejaba ver. Su idioma, cuando lo usase, tenía que ser uno de los varios que hablan los indios, quizá chibchan, o kuna. Ayer por la tarde, en la biblioteca, el doctor Hartmann había hablado de los idiomas. Dijo que algunos estaban recuperándose y que otros estaban extintos, como el dodo.

—¡Dodo! —gritó Bella en un arranque de frivolidad; pero la doncella se había ido.

Después de la biblioteca, Bella solía ir al escasamente frecuentado casino y jugaba a la ruleta y entregaba, con toda la lentitud que podía, los diez dólares que había asignado a este desliz cotidiano. Pero en la última tarde del crucero se saltó la biblioteca en favor del salón de belleza, donde soportó un esquiteo demasiado entusiasta que le dejó expuesto el largo cuello. Los lóbulos de las orejas se le veían enormes; los tapó con unos clips turquesa que había comprado para su madre en el puerto colonial. Luego fue al casino. Allí ganó cuatrocientos dólares. Fue un proceso gradual, este cambio de suerte: ganar un poquito, perder un poquito menos, ganar un poquito más, y acabó dándose cuenta de que la estaban ayudando, una y otra vez, unas señas casi invisibles que le hacía el crupier: frunciendo el ceño, diciendo que sí con la cabeza o moviéndola ligeramente.

Encontró a Robin y Melinda y la familia de Melinda junto a la piscina.

—¡Mirad!

Y mostró el fajo de billetes.

Robin alzó el rostro alegre.

—¿Has atracado a alguien?

—Matado, querrás decir —la corrigió Melinda. Luego vio que su hermano estaba inquieto y se sentó junto a él en la tumbona.

—¡Ay, Bella! —dijo Robin—. Cómprate algo maravilloso. Luke se ha comprado una caja de caoba preciosa en la tienda de regalos...

—No. Lo consideraré una compensación por las cantidades que perdí antes. Pero el resto es dinero de la casa, del barco. Que el *Golden Swan* nos

pague una cena de despedida. En el restaurante francés, o en el italiano. ¿Cuál preferís?

—¡El francés!

Se pusieron sus mejores trapos, que hasta ahora habían permanecido colgados en su minúsculo armario. Lo de Robin era un vestido de tubo azul hasta medio muslo, con lacitos en los tirantes. Bella pensó que parecía una tonta, pero muy mona. El atuendo de Bella era una falda negra transparente, larga, pero no tanto como para esconderle los tobillos, y una chaqueta negra. Se puso tacones altos, y otra vez los clips turquesa —era como si se los hubiese apropiado ya—. Robin le dijo que estaba fantástica.

El doctor Hartmann dio la neta impresión de pensar algo parecido: se puso en pie al entrar Les Deux Fleurs y miró a Belle de un modo muy significativo.

—La biblioteca se ha sentido abandonada esta tarde —informó a la chica.

Bella vio que se había puesto el esmoquin y se preguntó si el hombre no habría esperado algo diferente de aquel crucero, algo que no fuera su soledad habitual. También se preguntó si la falta de alimentación no la estaría haciendo fantasear, o quizá agudizando su percepción. Ya había adivinado que el barco había cargado cocaína en la escala narco. Había habido una actividad febril en el muelle, y la persona que llevaba el uniforme de capitán no era el mismo hombre cuya mano había estrechado ella en la fiesta.

Había rostros familiares en el restaurante francés. Y mientras las primas daban cuenta de sus cócteles, entraron las tres amigas, la abogada glamurosamente vestida de rojo, la trabajadora social con un traje sastre de seda. El ama de casa, con lentejuelas, parecía dispuesta, parecía valerosa... parecía terminada. Bella vio que la pobre mujer estaba enferma —otra vez enferma—, y supo inmediatamente que eso era lo que compartían las tres mujeres, la misma enfermedad, seguramente, una enfermedad rara y desesperada. Se habían conocido en un hospital, para un tratamiento atrevido, quizá en un hospital especial, quizá en una ciudad extraña para todas ellas. «¿Compañeras de clase? No exactamente», había dicho la abogada. Bella le confió su intuición a Robin, que dijo, admirada:

—¡Pues claro!

Bella se terminó su sopa de cebolla. Se dejó casi todo el *lapin*. Le dio toda su *crème brûlée* a Robin. Luego —tras haber pagado y dejado propina Bella con su bonito dinero de la suerte— salieron del restaurante solo un poco entonadas, pasando junto a las tres mujeres que tomaban la última cena de su última reunión anual, pasando junto a la silla vacía del doctor Hartmann.

—Qué maravilla de viaje —suspiró Robin. Quería ir a la fiesta final. A Bella le apetecía leer un rato en su camarote, para terminar el relato del mago, y luego ir a buscar a su prima.

En el pasillo había maletas etiquetadas. Recogerían todo el equipaje a las 2.00. Bella y Robin sacarían sus maletas a la hora de acostarse. Ahora, Bella entró en el camarote, se quitó los zapatos, retiró los caramelos de la almohada y los lanzó sobre la de Robin, y se echó. No leyó, sin embargo. Lo que hizo fue pensar en las tres amigas afligidas, en el doctor Hartmann, en la doble vida del *Golden Swan*. Le concedió un momento de compasión al muy desgarbado de Luke. Consideró a Melinda, ya experimentada en solicitud, a tan temprana edad, destinada a ejercer una profesión de ayuda.

Se había olvidado de cerrar la puerta. Pasó la doncella, llevando un cesto vacío —seguramente con los caramelos—. Bella se levantó de un salto y desde el umbral observó cómo se perdía por el pasillo la estrecha silueta, evitando las maletas. Al final del pasillo estaban las escaleras de servicio. La doncella abrió la puerta que daba acceso a estas escaleras. Se cerró tras ella.

La curiosidad... era una nueva modalidad del hambre. Bella, descalza, cerró su puerta y corrió hacia la de servicio, e hizo una pausa —uno, dos, tres, contó en español— y la abrió.

Era una escalera de caracol en torno a un poste central, encerrada en un irregular cilindro de un color amarillo que hacía juego con el uniforme de la doncella. Había un surco a la altura del hombro para apoyar la mano. La cabeza oscura iba una revolución por debajo. Bella se detuvo en lo alto de la escalera, como al borde de una plancha. Luego, con los dedos dentro del surco, se zambulló tras la doncella. El embudo de escaleras las llevó silenciosamente hacia abajo. La doncella ignoró puertas que conducían a otros niveles. De pronto, desapareció. Bella vio que las escaleras habían terminado. Luego se encontró en el fondo, mirando a... un sitio.

Era una habitación amplia, sin ojos de buey. Su luz era la misma, marrón rojiza, de la biblioteca, del casino, del camarote —luz que había sido almacenada, enjuagada en agua herrumbrosa, y luego liberada—. Los matices del azul eran desconocidos aquí. El cielo y el océano parecían a muchos kilómetros. Había una mesa de borriquetas en el centro de la habitación, atornillada al suelo, con dos bancos a cada lado. Había un olor a horno —ese pan celestial que Bella había acabado por detestar—. De las literas adosadas a las paredes llegaban ronquidos. Debajo del recinto, palpitan los motores del buque —de diésel, hoy en día, ya no de vapor, como le había explicado el

doctor Hartmann—. Por lo demás, ningún otro sonido.

En un extremo de la mesa había un cuenco lleno de melocotones, y una jarra con un líquido espumoso. Varias personas jugaban a las cartas cerca de los melocotones. Bella se dio cuenta de que no hablaban, solo hacían de vez en cuando un gesto con la mano libre. Al otro extremo de la mesa se sentaban un hombre y una mujer, haciendo rápidas señas. En una esquina del recinto, donde contactaban en ángulo las literas, había algo muy raro a bordo: una mecedora. La ocupaba una mujer india muy joven, con el pelo largo, con una criatura en brazos, un bebé de seis meses, quizá ocho. Robin le habría sabido calcular la edad.

Bella permaneció en el hueco inferior de la escalera. Se alegró de ir vestida de negro. La doncella se detuvo a colgar la cesta de un gancho. Luego se lanzó hacia la mecedora. Moviendo mucho los dedos, se dirigió a la joven allí sentada, que liberó el brazo que tenía debajo del bebé y le contestó del mismo modo. Luego se levantó y le pasó la criatura a la doncella, y esta se dejó caer en la mecedora, desabrochándose la parte de arriba del uniforme y también una prenda interior. Le dio el pecho al bebé. Inclino la cabeza para mirar a los ojos del niño, pero no sin que Bella viese antes que por fin su rostro había adquirido expresión —una especie de exigua exaltación.

La chica que ocupaba antes la mecedora con el bebé era la misma que vieron barriendo delante de la enfermería el día en que las primas se extraviaron. Ahora cruzó la habitación, evitando la mesa y a los jugadores de cartas y a la pareja animada. Entró en el escondite de Bella. Esta vez no le costó ningún trabajo dar instrucciones. *Váyase*, dijo sin palabras aquella hermosa mujer, señalando hacia arriba con el índice.

Bella se permitió una prolongada mirada final a los sirvientes sordomudos, cuyo empleo aquí era una bondadosa iniciativa paternalista de la naviera o una astuta medida de los narcotraficantes. Detuvo aún más la mirada en el hambriento bebé, el polizón cuya presencia todos los de aquel recinto, y ahora también Bella, estaban obligados a proteger. Tras estas miradas informativas, subió por las escaleras helicoidales —viaje algo menos difícil de lo que habría sido dos kilos y medio antes.

Algo más tarde había terminado de hacer su equipaje y había colocado la maleta vacía de Robin sobre la cama de Robin. Por supuesto que podía empaquetar los regalos de Robin, los bañadores... La llave giró en la

cerradura y entró su prima, con manchas en la pálida piel, con el pelo torcido, con uno de los tirantes del vestido roto.

—¡Bella! ¡No tienes por qué! —rio. A toda prisa, extendió ropa en la maleta, junto con la hamaca que había comprado, y una pequeña caja de caoba. Lo hizo sin dejar de tararear, como si no quisiera preguntarle a Bella qué era lo que había estado haciendo. Y, por consiguiente, Bella se reservó los secretos del *Golden Swan*, y el secreto de dentro del secreto. Y su súbita desazón —por no decir envidia— también se la guardó.

Las primas estibarón sus maletas en el vestíbulo y se desnudaron y se metieron en la cama, sin un gesto, aunque Bella mirara de vez en cuando a Robin, y, supuso, también Robin la mirara a ella de vez en cuando.

Calle sin salida

I.

Daphna invadía primero y luego explotaba cuando le parecía bien. Nunca en viernes, sin embargo. El viernes por la noche ya era *sabbat*, y su marido esperaba una cena como es debido; los preparativos de Daphna eran un poco chapuzas, pero la mantenían ocupada. Los martes y jueves por la tarde enseñaba hebreo en una sinagoga local. En cuanto a los lunes, cuando el fin de semana ya había perdido su tirón afirmativo... los lunes eran días de pérdida de energía incluso para Daphna.

Así, pues, los miércoles eran, por defecto, los más probables para sus visitas inesperadas. Los miércoles su marido daba dos clases en la Universidad —un seminario de tarde para estudiantes de posgrado, un repaso nocturno para adultos—. Cenaba en la cafetería de la Universidad, de modo que Daphna podía olvidarse totalmente de la cocina, podía plantar un plato con atún y rodajas de tomate encima de la mesa de la cocina, ya cargada de deberes y manzanas mordidas y periódicos de Israel. La mesa estaba tan llena de porquerías que las niñas cenaban en el suelo algunas veces. Los periódicos tenían días de retraso. «Las noticias pasadas —decía Daphna—, las noticias que han quedado desbancadas o incluso desmentidas en su falsedad, me elevan a una altura mareante, como las obras del realismo mágico. ¿Has leído a García Márquez, Ann? ¿A Saramago?» No se detenía a esperar respuesta; podría haberme escabullido sin problema.

Las niñas solían comerse el atún directamente de la lata. Tres niñas muy listas y muy bonitas —once, trece y quince años cuando se mudó aquí la familia—. Estaban adaptadas a las costumbres de su madre, habían aprendido a hacer las cosas por ella. Eran ellas quienes fijaban las fechas de las reuniones con los profesores y quienes luego se las recordaban a su madre, eran ellas quienes organizaban las salidas a comprar ropa para el colegio, ellas quienes se ponían al frente de la limpieza de la casa, los domingos por la mañana. A veces hacían añadidos a la cocina del miércoles por la noche —

zanahorias crudas, alforfón en grano—. Mientras dejaban hervir el alforfón en el viejo fogón, la niña mayor salteaba las cebollas. La vi hacerlo una noche en que Daphna me convocó a consulta sobre el extractor de la cocina —que, me dijo, estaba en huelga—. La niña llevaba el oscuro pelo recogido de cualquier manera en el cogote. Su encantador perfil de nariz larga se inclinaba hacia la tarea. Cuando sonó el teléfono en el salón, la más joven lo cogió y a continuación gritó el nombre de la mayor, y la mediana pasó a ocuparse de las cebollas sin decir palabra.

—¿Y este facineroso extractor? —dijo Daphna, nunca sin decir palabra.

—Llama a un electricista —fue mi consejo, y me fui.

Y, por consiguiente, los miércoles, a última hora de la tarde, Daphna, no necesitada ni de picar ella misma las cebollas, estaba libre para apelar a sus cuatro recalcitrantes vecinas.

Cada una de nosotras tenía un modo de evitarla.

Lucienne —unos setenta y cinco años, viuda, pasada de kilos— era capaz de esconderse debajo de la mesa de la cocina con más rapidez que una muchacha. Con las gruesas piernas dobladas, con los gruesos brazos en torno a las rodillas, con todo su rotundo yo haciéndoles compañía al cubo de la basura y a una caja de hortalizas, Lucienne permanecía en su cueva provisional hasta que dejaba de sonar el timbre de la puerta. Luego salía a rastras y se ponía en pie como podía, para volver a ajustarse el pañuelo romántico de gasa que llevara ese día.

Connie, que trabajaba por las mañanas en una clínica, tenía una defensa de miércoles más pensada. A las cuatro de la tarde metía en el horno un pollo, para la cena familiar, y luego subía corriendo al nicho que tenía por despacho, donde podía estar sin que la viera nadie. Abría su maletín y se pasaba dos horas ocupada en papeleo; a veces le quedaba un poco seco el pollo, pero qué más daba.

A mí me resultaba más fácil que a Lucienne y Connie. Estoy divorciada y los chicos ya no viven en casa. Puede que una vez a la semana le poche un lenguado a mi amigo Rand, pero por lo demás es rara la vez que la cocina me reclama. (Los sábados por la noche me lleva a comer a su club: ventanas altas, retratos altos, larga velada.) En la agencia inmobiliaria que lleva mi nombre puedo quedar cuando quiera para enseñar una finca, de modo que en las peligrosas tardes de los miércoles siempre estaba tratando de convencer a alguien de que comprara una casa, la mayor parte de las veces sin hablar. Puede bastarme con la estatura y el buen tipo para hacer una venta, según

dicen mis empleados; o con el pelo dorado, añaden, cuando pretenden que les suba el bono.

Pero Sylvia, la solterona de nuestra calle, era una presa fácil. Siempre empezaba con los sorbitos de alcohol después de comer, y unas horas más tarde le podía ocurrir que abriese la puerta trasera en un error de borrachuza. Para entonces ya se le había salido la blusa de la falda. El pelo gris, que había empezado el día en forma de moño, era ya un sacacorchos lacio colgando por debajo del elástico.

«Ay, Sylvia, cuánto me alegro de encontrarte en casa. ¿Tienes tiempo para una taza de té?» Pero no era eso lo que decía Daphna. Eso no nos lo decía a ninguna de nosotras, cuando lograba una captura —de Lucienne, totalmente expuesta a la vista en la ventana de delante del fregadero, olvidada de que era miércoles, clavada allí mismo por la mirada de Daphna; o de Connie, si se atrevía a bajar a lardear el pollo en el momento equivocado, detenida en seco por una llamada en el cristal de la puerta corrediza de la plataforma delantera; o mía, regresada a casa demasiado pronto, una vez cerrada la venta, interceptada en el recorrido del garaje a la puerta trasera.

Lo que Daphna decía era alguna variante de esto: «Shalom, querida amiga. Escándalos aquí, escándalos allá en Jerusalén, y al ministro francés de botes de lata lo han pillado en la cama con su biógrafa. Toda política es local, dijo el caballero. ¿Local? Menos aún: casera, si quieres saber mi opinión, aunque nadie quiera saberla. Tengo los canalones atascados de hojas. No puedo estar mucho rato, tengo arándanos rojos grandes en el fuego». Los arándanos rojos eran frecuentes en su fuego, donde a veces quedaban olvidados. A veces, en los días de recogida de basura, encima del montón de periódicos de Daphna había una cacerola de aluminio con el interior vidrioso e irrestregablemente púrpura. «Todos los años se producen más de dos millones de búsheles de arándanos rojos grandes —quizá prosiguiera—. La planta se cultiva en suelos ácidos de turba o moho vegetal. Qué reciclaje tan escrupuloso de los elementos naturales... Es como si lo hubiera decretado el Talmud. Arándano rojo se dice *hamutsit* en hebreo. *Canneberge* en francés. El término linneano es...» Una brevísima pausa en este punto, quizá; en tal oportunidad, yo, aún en mi jardín, afirmaba haber oído sonar el teléfono; o, recostada en el quicio de la puerta, Sylvia eructaba suavemente; o, en su ventana, ajustándose el pañuelo, Lucienne mencionaba que era su hora de echar una cabezadita; o, deslizando la puerta corrediza de la plataforma para abrirla, Connie indicaba en su plano acento de Wisconsin que el monólogo podía continuar en el

interior.

Dentro continuaba, de todas maneras, hiciésemos lo que hiciésemos nosotras, porque Daphna me perseguía hasta el interior de la casa, observando el callado teléfono con la cabeza ladeada; o se acercaba a Sylvia; o ignoraba el cansancio inventado de Lucienne hasta que la pobre mujer se arrastraba hasta su puerta trasera y la abría. «*Vaccinium macrocarpon*, el arándano rojo linneano.» Para entonces Daphna ya estaba sentada a la mesa de desayuno de Sylvia, o de Lucienne, o de Connie, o mía. Y Sylvia, Lucienne, Connie o yo permanecíamos sentadas frente a ella, con los dedos separados sobre la madera o el mantel. Nos mirábamos el dorso de la mano. Evitábamos el contacto ocular con ella, como lo habríamos evitado con un perro rabioso.

«¿La política, me decías? —observaba Daphna—. Las cosas que el marido le dice a la mujer durante el desayuno, la mujer al marido, determinan el transcurso del día, del año, del país; influyen en todo, desde el error nervioso que comete el mozo de una tienda de comestibles hasta la idiotez que manda en nuestros destinos.» Se inclinaba hacia delante. «Influyen en el policía de servicio.» Se inclinaba más aún hacia delante. «Mi hija pequeña posee el talento matemático más elevado de todos los niños de once años de la ciudad de Godolphin.» Otra de sus jactanciosas hipérboles. «¿Qué puedo hacer con las hojas de los canalones?»

Tenía enormes cantidades de pelo castaño muy rizado y un rostro perfectamente rómbico: frente estrecha, barbilla estrecha, pómulos curvos como almendras. Sus grandes ojos grises eran tranquilos como el agua, sus labios carnosos a punto de espuma. Prefería las faldas tobilleras y las blusas sueltas, llevaba sandalias en invierno e iba sin zapatos el resto del tiempo. Parecía sacada de las páginas de una versión infantil ilustrada del Antiguo Testamento, igual que su marido podría haber salido de una fotografía de Hester Street tomada en 1890: un marinero inmigrante, con pantalones negros, chaleco negro, camisa blanca y barbita. Sin kipá, sin embargo. Daphna me aseguraba que no eran piadosos: su cena de los viernes era una simple representación de la vida jerosolimitana. «Todas las familias, las sindiós, las *frum*, se sientan juntas para el Erev Shabbat, la transición del *sabbat*. Y se hacen preguntas entre ellas. Es nuestra tradición.»

Ellos eran jerosolimitanos de pura cepa, decía, todos nacidos allí: Avner durante el Mandato, Daphna durante la crisis de Suez, las chicas mayores durante la primera intifada, la tercera durante la Conferencia de Madrid. Vivieron en la parte bonita de la ciudad: «Las piedras son tan doradas que

resultan casi de color rosa, como una especie de polvo facial muy caro». Luego Avner aceptó la oferta de venirse a enseñar Ciencia Política a la Universidad de aquí, y en agosto llegaron todos juntos y en desorden, y alguien les dio mi nombre, y yo les vendí una casa de estuco que se estaba viniendo abajo, en mi propia calle, que tiene forma de tampón. Sus propietarios anteriores estaban enfermos y, tras incurrir en el atrevimiento de instalar una caldera nueva, se metieron en una residencia de ancianos. Pedían poco por la casa y los muebles, y poco fue lo que obtuvieron.

Avner tenía sesenta años. Daphna, cuarenta y cinco. ¿Cómo, una vez en el tiempo, se las había compuesto el pequeño profesor para conquistar a tan alta beldad? No tuvimos que imaginárnoslo por nuestra cuenta. «Ay, mi Avner, su mente me hace pensar en un hotel de muchos pisos, donde no hay planta en la que no esté pasando algo. Yo tenía veintiséis años. Se me declaró en el monte Gilboa. Habíamos subido a ver los lirios. Corrí por los campos. Él corrió detrás de mí. Volvió a declarármeme en la calle Ben Maimon, debajo de un eucalipto. Y otra vez en la calle Rav Kook. Le pidió mi mano a mi padre, en casa de mi padre, en el despacho de mi padre con las paredes llenas de libros en siete idiomas, no, nueve, once, habla diez idiomas, mi amado Abba, hay uno que solo lee. ¿Y cuál es ese otro?, quieres saber —podía preguntarle a cualquier vecina que en ese momento estuviera estudiándose detenidamente los nudillos de la mano, sentada ante su desayuno—. El persa.»

Daphna parecía considerarnos a las cuatro una misma persona —un mismo oído, en realidad—, aunque admitía ciertos atributos individuales. Lucienne, por su madre francesa, sabía de salsas. Connie, la trabajadora social, podía recomendar alguna medida que tomar ante el breve desafío de una hija. (De hecho, Connie no hacía recomendaciones; mantenía la boca igual de cerrada que su maletín.) Cuando no bebía, Sylvia pensaba. Se había criado en el campus del Swarthmore College, donde su padre enseñaba Filosofía; le era familiar el significado. Seguramente también le era familiar la pena.

¿Y yo? «Tú eres realeza americana —decía Daphna—. Tú descienes directamente de John Adams, eso lo tengo por seguro.»

Eso es seguro. También es seguro que los descendientes de John Adams se cuentan por miles. Y hay un tercer hecho seguro, sin relación con los demás, raro: yo evitaba a Daphna igual que mis tres vecinas, porque, como decía Sylvia, le ofreces un sorbo y te traga entera; porque, como decía Lucienne, está *dérangée*; porque, como decía Connie, su intensidad hace que te sientas chamuscada —una observación muy inspirada, aunque brotara sin énfasis

alguno de la boca de Connie, como si fuera un comunicado de rutina recién llegado por fax...—. Yo la evitaba, pero disfrutaba a medias —digamos a cuartos— las veces que caía prisionera. Su parloteo incesante incluía cotilleo de celebridades (sabía algo de todos y cada uno de los moradores del universo); trozos sueltos de información, como lo del «arándano rojo»; y comentarios sobre su reseca patria. «Estamos achicharrados, adoramos el agua, nuestras flemáticas consonantes son consecuencia de nuestras laringes mal lubricadas.» Un cambio, este material tan *dérangée*, con respecto a mis habituales conversaciones sobre tipos de interés hipotecario y crédito a corto plazo y planos de casas y reglamentos urbanísticos. Un cambio con respecto a los solemnes pronunciamientos de Rand sobre la decadencia de la urbanidad en Occidente.

«Cada vez que miramos en torno, están convocando a Avner a los concilios de los grandes. Es uno de los grandes.» Era cierto que el sastrecillo viajaba con frecuencia. Lo suponíamos en conferencias académicas como de otro mundo. Cuando él no estaba, sus mujeres comían atún directamente de la lata todas las noches. «Ha malversado mis sueños», me dijo Daphna. «Soy su favorita», me dijo. «Su espina favorita», me dijo. «Su demonio favorito», me dijo, me dijo, me dijo.

Los sábados nos librábamos de ella. Avner y Daphna desdeñaban el culto en la sinagoga, pero la familia dedicaba las mañanas de *sabbat* a estudiar las Escrituras en casa, y las tardes, a las compras comandadas por las hijas. Los sábados por la mañana todos limpiaban la casa. Pero el resto de la semana estábamos en peligro. Los domingos por la tarde —también en otros momentos— Daphna se entretenía barriendo vigorosamente los siete peldaños de su entrada. A veces también les pasaba la fregona, y luego volvía a barrer. Dependiendo de la estación, entablaba conversación con el viudo que podaba su seto en una esquina o con el viejo soltero que paleaba la nieve en la otra esquina. La conversación se desarrollaba por aullidos, de la mujer al anciano, del anciano a la mujer. Daphna, sin embargo, nunca tardaba mucho en cruzar la calle en diagonal para acercarse al podador del seto, o bajaba la calle hacia el de la pala, arrastrando su escoba como un rabo de pesadilla. El elegido acababa refugiándose en el interior de su casa, seguramente para ponerse una copa de algo fuerte. Luego, Daphna elegía a una de nosotras. Quizá a Lucienne, en la casa contigua a la suya («de un bonito estilo Tudor», diría yo, si alguna vez tuviera que venderla). Quizá a Sylvia, en la descuidada casa de la acera de enfrente («estilo victoriano, necesitada de restauración»). Quizá a Connie,

al lado de Sylvia («colonial con plataforma, en excelente estado»). Quizá a mí, al fondo de nuestro callejón sin salida, como una azafata («encantadora distribución en niveles»).

Pero Daphna sabía que el sábado era mi día más ocupado y que no era probable que me encontrase en casa. Cuando daba la casualidad de que sí estaba en casa, la espiaba por las rendijas de la persiana del cuarto de baño de arriba, mientras hacía sus rondas —sinuosas, porque nunca llamaba a la puerta delantera, siempre a la trasera—. Descalza, llevando ahora la escoba en vertical, pero al revés, desaparecía y volvía a aparecer, cruzaba y volvía a cruzar la calle. El cepillo horizontal de la escoba quedaba situado a la misma altura que su cabeza. Parecía una campesina que acabara de conseguirse un pretendiente militar, o quizá del cuerpo de policía.

* * *

Todos los jueves por la tarde me encuentro con Rand en un café del Centro Godolphin. Primero paso por casa para refrescarme un poco. Un jueves de octubre —era el segundo año de Daphna en la ciudad, de modo que ya conocía sus horarios—, eché un vistazo a la calle y salí de mi casa a pie. Ni que decir tiene que, para mayor seguridad, fui por el lado opuesto a la casa de Daphna, andando a buen paso.

—¡Shalom! —me gritó. Estaba de pie en el peldaño más alto de su entrada, con la escoba en la mano. Seguramente había estado acechando desde una ventana, esperando para mostrarse—. ¿Adónde vas?

—A tomar un café... con un buen amigo. —No alteré el paso—. Llego tarde —dije por encima del hombro.

—¿El café Marigold? —aulló.

Asentí con la cabeza, que en ese momento ya miraba hacia delante, mientras la mano derecha iba hacia atrás, como un ala. Pensé que ojalá hubiera sido un ala de verdad.

—¡Te acompaño!

La tuve al lado en un segundo. Llevaba la escoba cabeza abajo, agarrada por el palo. Sus pies descalzos se ajustaron a mi paso.

—¿No tienes clase los jueves, Daphna?

—Hoy es la Fiesta de los Tabernáculos; no hay clase.

Claro: en varios jardines traseros judíos habían surgido estructuras de ramas de la noche a la mañana.

—¿Te está gustando el libro que llevas ahí debajo del brazo? Mi hija mayor se lee todo lo que le cae en las manos. Lee al levantarse, lee cuando se va a la cama, lee mientras pica las cebollas, lee en la ducha...

—Una notable proeza.

—Lo hace. La profesora de la de en medio me dice que es la mejor alumna de ciencias que ha tenido nunca. Será médica, no me cabe ninguna duda. Trabaja en una reserva india con víctimas de síndrome de alcoholismo fetal.

—Mi marido era un borracho.

—¿Ojibwa?

—Episcopaliano.

Pasábamos por una hilera de casas de dos plantas.

—En estas casas es aconsejable dedicar dos tercios del terreno a la hierba, o a algo verde —dijo—. Pero las hay que tienen muchísimo asfalto. ¿Por qué? Por el coche.

Su familia no tenía coche; utilizaban el tranvía y de vez en cuando cogían un taxi. Tampoco tenían televisor.

—¿Viste la puesta de sol de ayer? Púrpura majestuoso, como los lirios del monte Gilboa. Yo la vi desde el altillo de casa. Tiene una ventana al oeste. Sonó el teléfono varias veces, pero me negué a abandonar mi puesto. Bueno, de todas formas, las llamadas son siempre para Avner o para las niñas. La mayor tiene dieciséis años. Ya tiene más de un chico enamorado de ella. Ese es su destino.

Ya habíamos llegado al Centro Godolphin. El café Marigold es un sitio más bien chato, con espejos en las paredes para añadirle una impresión de profundidad. Rand estaba a una mesa del fondo, contra el espejo, con el pelo plateado y los distinguidos hombros reproducidos a su espalda.

—Hasta luego, Daphna.

—Todos quieren perforarse las orejas. ¿A ti qué te parece? Sí, yo también las tengo perforadas, pero cuando yo era joven de ahí no pasábamos. Temo que tras los lóbulos vengan los labios, tras los labios el ombligo...

—Hasta luego, Daphna.

Se me quedó mirando, con los pies descalzos en la acera, con las cerdas de la escoba junto a la cabeza.

—¿Cuándo vas a venir a cenar a casa?

Era una pregunta que hacía con frecuencia.

—Pronto —prometí en falso, como hacía con la misma frecuencia. Me di la vuelta con brusquedad, como si me hubiera ofendido en algo. Era el mejor

método para alejársela. Entré en el Marigold y me incliné sobre la mesa de Rand para besar su mejilla tan agradablemente pulida. Me senté frente a él, dejándome caer en la silla.

—¡Cielos! —dijo él, aparentemente al observar mi agotamiento. Luego, mirando por encima de mi oreja—: ¿No es tu vecina esa que está ahí fuera estorbando el paso de la gente?

Miré por encima de su oreja en el espejo. Vi, por la cristalera del café, que Daphna seguía en la acera y que los viandantes tenían que evitarla para pasar. A algunos parecía molestarles. Otros se paraban a hablar. El nudo humano que la rodeaba se fue espesando, lo que hizo enfadarse aún más a quienes querían pasar. *A ver si te haces daño en los pies, cariño*, debe de estar diciendo esa anciana señora. *Qué escoba tan bonita*, un gracioso. *¿Quiere usted que la lleve al asilo?* Daphna movía la cabeza en dirección a unos y otros. Al final, un policía se incorporó a la pequeña multitud y le ofreció el brazo.

Luego me contó el marido de Connie que los había visto llegar a ambos, y la escoba, por nuestra calle, Daphna hablando y el policía escuchando; y que él, el marido de Connie, no sabía decir si su vecina iba detenida o si estaba, por fin, consiguiendo la plena atención de alguien.

II.

El policía se llamaba Sam Flanagan.

Era alto, de pelo caoba rizado, de nariz respingona y de sonrisa ancha; si me lo hubiera traído a casa alguna vez, mi padre lo habría puesto en la puerta de la calle. Papá toleraba a los judíos, más o menos; despreciaba a los irlandeses. Sam había nacido veinticinco años antes en la calle Magazine, en la zona de la ciudad que nosotros, los agentes inmobiliarios, todavía llamamos Whiskey Point. Era un godolphinita tan de pura cepa como Daphna era jerosolimitana, y vivía en la costrosa casa de sus padres con ocho de sus nueve hermanos y hermanas. La mayor se casó con un hombre de Bután y se marchó de casa.

—¿Te imaginas el caos que tendrán montado ahí? —me dijo Daphna—. Los hermanos, los amigos de los hermanos, un surtido de tíos y tías, todos bebiendo y viendo la tele y armando un follón tremendo. Como árabes. Vaya ambiente para un erudito.

Sí, Sam era un erudito, por así decirlo. Se había graduado en la academia

de policía y también había obtenido un grado en Ciencias, y ahora estudiaba Derecho en sus ratos libres. Nuestro municipio les paga por cosas así a sus funcionarios públicos, pero, claro, no les proporciona un lugar para estudiar, ni siquiera una mesa individual. «En nuestra familia una persona puede reflexionar, dedicarse a la contemplación; y las chicas tienen cientos de esos marcadores amarillos.»

Y, por consiguiente, Sam y su Vespa roja acudían a aquella casa tan espantosa («dimensiones de antes de la guerra; caldera nueva») casi todos los días de la semana, unas veces por la tarde, otras veces por la noche.

—A veces por la mañana —informó Lucienne, con las mejillas más sonrosadas que su pañuelo del día.

—Los policías tienen turnos variables —le dije yo.

—Saca a pasear a una de las chicas antes del colegio.

Eso ya lo sabía yo. Cuando Sam doblaba la esquina del viudo con una chica en el asiento trasero, siempre me acordaba de Patrick, mi espléndido caballo. Era hannoveriano, diecisiete manos de alto. Lo tenía estabulado en Prides Crossing. Durante mi adolescencia lo montaba tres tardes a la semana, iba en tranvía de Godolphin Sur a la Estación del Norte, y desde allí en tren hasta Patrick. Y, de paso, también me acordaba de mis padres, del valor que le echaron para mantener aquella mansión de Godolphin Sur («villa de estilo italiano en terreno de dos acres; piscina y cochera»), me acordaba de la bancarrota de mi padre y de la ocupación de su compañía por dos italianos muy bien vestidos. «Malditos extranjeros.» Y me acordaba de mi extraviado matrimonio, en el que me metí coincidiendo con el infortunio de papá. Tantos recuerdos, provocados por un chico y una chica en motocicleta. Lucienne con su pañuelo suave y Sylvia empujando el codo y Connie, la empática resuelta, tendrían seguramente sus cosas juveniles que recordar. No sé qué cosas podían ser, porque entre nosotras no hablamos de añoranzas ni de triunfos. Y desde luego no tengo la menor idea de lo que Avner pudo pensar concretamente la mañana en que bajaba por su escalinata frontal al mismo tiempo que llegaba Sam en la moto, con Daphna detrás sujetándose a su cazadora de cuero con ambas manos, con el pelo a raudales. Solo sé que los saludó con la mano.

A Daphna se la veía ahora con frecuencia en el supermercado, en compañía de su hija pequeña, que examinaba cada artículo y calculaba el precio por onza y escogía lo más barato, actualizando al mismo tiempo el total de la compra en la cabeza —me constaba que hacía eso; la notable intuición de Connie veía ruedas de cifras girando tras la frente de la chica—. Daphna

empezó a cocinar casi todas las noches —también eso me constaba; Lucienne le facilitaba muchas de las recetas—. Sam y la familia cabían seguramente en torno a la mesa de la cocina, sobre todo si retiraban los desperdicios. Pero la cena del *sabbat* siempre se había servido en el comedor, sobre el que pesaban con toda su oscuridad los muebles que estaban ya de antes en la oscura casa. Los viernes, al pasar con el coche, aminorando la velocidad, veía a seis personas en torno a la mesa, veía los descarados rizos de Sam a la luz de las velas.

Los miércoles se hicieron seguros. Todos los días se hicieron seguros. Daphna se había refugiado en su familia ampliada. Les deseé una buena escucha a todos.

III.

Fue un miércoles cuando llegó el paquete —el miércoles por la mañana, unos días después de Año Nuevo—. El cartero me lo entregó alargando los brazos al máximo. Era un paquete cuadrado y llevaba sellos israelíes e iba dirigido a Daphna en inglés. «No hay nadie en la casa, ni siquiera Flanagan» (los carteros lo saben todo). «¿Me lo firma usted?» Como buena ciudadana de Godolphin, se lo firmé.

Se me olvidó durante un día. Pero el jueves, al entrar en casa procedente del café Marigold, lo vi encima del aparador Stephen Badlam, el único mueble que salvé de casa de papá. Con el paquete en la mano, eché a correr calle abajo, sin haberme quitado el abrigo de nutria, que ya tenía doce años, pero que fue deslumbrante, ni las botas de tacón. Había un poco de niebla, pero la noche estaba lo suficientemente calurosa como para desabrocharme el abrigo mientras caminaba. Rand se me había declarado aquella tarde. Me lo estaba pensando. Me gustaba navegar con él a lo largo del faro de Wings Neck. Me gustaba la idea de tener dinero otra vez. Podía vender el negocio. Y nunca olvidaría a Patrick, pero podría comprarme otro caballo...

Subí los siete peldaños húmedos. Nadie contestó al timbre. Di la vuelta, a lo largo del acceso al garaje, pasando junto a la Vespa roja. Llamé al timbre de la puerta trasera.

¿Quién me abrió? La más pequeña, creo, levantándose del suelo en que ambas, ella y la mediana, estaban sentadas, cada una con un cuenco de estofado —receta de Lucienne, seguramente—. Una de ellas comía con

cuchara, la otra no. El resto del estofado estaba en una sartén esmaltada de buen tamaño, encima del fogón, y su fragancia casi eliminaba el olor a arándanos quemándose en otro cacharro. Había otras cosas cocinándose en otros fuegos de la cocina. Algo dulce se cocía en el horno, fuera de la vista. El extractor, que nunca se reparó, no bastaba para disipar estos aromas. Había vapor en el ambiente y solo había luces en puntos dispersos, como en una taberna de Rembrandt. La luz procedía en parte de una lámpara que se bamboleaba encima de la mesa; también del disco color caramelo, *circa* 1930, empotrado en el techo; también de una bombilla en lo alto de un poste con la pantalla hecha jirones; también de un débil tubo fluorescente imperfectamente agregado al mueble de la cocina. Daphna estaba de pie ante el fogón, removiendo y probando, para luego alzar la cuchara de madera en el aire como un cetro. Las chicas y ella llevaban aretes dorados en las orejas — aparentemente, las hijas se habían salido con la suya en el asunto de los lóbulos—. Llevaban sueltas las largas cabelleras lustrosas. La mayor estaba sentada en un taburete alto, leyendo. Avner y Sam, a la mesa, debatían pacíficamente, gesticulando ambos con una copa de vino en la mano. La mesa estaba tan llena de basura como siempre, pero había algunos platos puestos.

Me acerqué a Daphna.

—Esto es para ti.

El ajo y el romero trataron de abrumarme. Los hombres se pusieron en pie con retraso. Sam tiró su copa. Yo le pasé el paquete a Daphna.

—¡Es de Abba! —exclamó. Arrancó el tieso papel de envolver y extrajo tres libros del cartón corrugado en que venían envueltos. Vi que uno era francés y otro alemán. La cubierta del tercero llevaba grabadas en relieve unas letras muy bonitas y muy rizadas. Se llevó los tres al pecho. Le indiqué a Avner que se sentara, y lo hizo, y también se sentó Sam, y reanudaron su amigable disputa, que guardaba alguna relación con la Declaración de Derechos Humanos. Hablaban en inglés, claro. Las dos hijas menores hablaban en hebreo. La mayor, marcando con el pulgar la página del libro de bolsillo que tenía en la mano izquierda, se dejó caer del taburete y recogió del suelo el cartón corrugado y el papel de envolver (Daphna ya estaba leyendo uno de los libros) y los hundió en una rebosante papelera y levantó la copa de vino que había tirado Sam y la volvió a llenar y se la tendió, apartando los ojos de la página por un breve momento. La imaginé en la ducha, con un brazo fuera de la cortina de plástico para que no se le mojara el libro.

En mitad de ese desastre de cena, sentí que las ideas me daban vueltas.

¿Cómo iba a apañármelas para vender la casa cuando se fueran? ¿Dónde iba a encontrar una gente tan despreocupada como esta? La caldera quizá fuese nueva, pero el fogón era más viejo que la casa. La instalación eléctrica era tan defectuosa que no aguantaba ninguna bombilla de más de sesenta vatios. Me constaba que en otras habitaciones, como en esta cocina, la moldura del techo estaba desprendiéndose y el yeso se resquebrajaba. Había una grieta especialmente profunda en el techo del dormitorio principal. Avner y Daphna habían aprendido a ignorarla, seguramente. Sam estaba demasiado atontado para darse cuenta. Algún día esta casa me iba a derrotar.

Pero la familia ya me estaba derrotando... esta gente, ocupando una cocina en claroscuro, esta gente de muchos idiomas, esta gente indiferente a los modales en la mesa considerados normales, esta gente sin restricciones. De esta gente emanaban vapores de felicidad.

Daphna dejó el libro.

—Quédate, Anne —ordenó. Y luego—: Nos gustaría que cenaras con nosotros.

¿Quedarme? ¿Cenar con ellos? ¿Quitarle el taburete de un empujón a la mayor y apoderarme de su libro? ¿Sentarme a la mesa con Avner y Sam y hacer girar una copa de vino? ¿Derrumbarme en el muy estropeado linóleo y comer estofado con cuchara o con los dedos? Si cenaba allí alguna vez, podía ser que me mudara a vivir con ellos, que no me marchara nunca, que me casara con todos al mismo tiempo. Justo lo que Daphna quería.

—He quedado.

—Ah —trágicamente.

Fui retrocediendo.

—Por la puerta principal, por favor —dijo Daphna. Me escoltó desde la cocina, pasando por el comedor, que solo se utilizaba los viernes (había una grieta espantosa, en zigzag, del techo al suelo, como de un rayo), y el pasillo, todo sin tocar ningún interruptor, de modo que avanzamos medio a oscuras hasta el vestíbulo delantero. La escoba estaba apoyada contra la pared, como un fusil. Daphna abrió la puerta. Permanecimos en lo alto de los siete escalones resbaladizos.

—Este breve calor estacional se llama deshielo de enero. La corriente del Golfo envía globos de aire caliente, y los vientos del Ártico se retiran. Ni siquiera los locatis del calentamiento global recurren al deshielo como prueba; es algo que ya ocurría en el jardín del Edén.

Fue lanzándome una frase tras otra contra el yo en fuga. Pero en la cocina,

con la admiración y el cuidado de sus hijas, su marido y por fin de un cortejador, no había dicho más allá de media docena de palabras, quizá menos. Me volví hacia ella desde el pie de la escalinata.

—Pásate por aquí alguna vez —me apremió.

—Regresa —le dije yo, y eché a andar a toda prisa calle abajo.

IV.

No me he casado con Rand. No pude decir que sí a su ofrecimiento. La cocina de Daphna echó a perder todo el encanto que pudiera haber en ello. Tampoco pude decir que sí al ofrecimiento de Daphna. Es una pena que no me casara con mi amado Patrick hace treinta años. Ahora sería viuda de un caballo, recordaría con satisfacción esa risa suya cuando saltábamos una valla.

De manera que, no habiéndome deshecho de mi negocio, ahora tengo que deshacerme de la casa de Daphna. Poco después de aquella noche, Avner aceptó un cargo en el más reciente gobierno israelí —parece ser que se mueve entre los poderosos— y no había pasado una semana desde su nombramiento cuando la familia entera se trasladó a Jerusalén. Dio igual el contrato con la Universidad —de hecho, la Universidad presumía de esta relación entre el claustro y el gobierno—. Tampoco importó la casa que tenían en propiedad: afortunadamente, encontré dos médicos pakistaníes que la alquilaron amueblada para unos cuantos años; trabajan muchas horas en el hospital y nunca los vemos. Y qué más daba que las chicas tuvieran que interrumpir sus estudios. La familia permaneció en la ciudad el tiempo suficiente para ver a la de en medio recibir el primer premio en la feria de las ciencias.

Daphna se despidió dejando una breve nota en cada una de nuestras rendijas para el correo: *Nos vamos al Gabinete. Shalom*. Seguramente ya se había dado cuenta de que había rebasado nuestra tolerancia de su locuacidad. Y, total, ya regresaba a Jerusalén, donde, según me dicen, todo el mundo habla al mismo tiempo, fanfarroneando sin parar.

Pero Sylvia estaba en casa cuando la nota se deslizó por su rendija de la puerta. Era por la mañana; aún tenía todo el pelo dentro del moño. Abrió la puerta. Más tarde nos contó lo que había sabido. Avner había aceptado ahora un cargo ministerial, en efecto, pero podía haberlo hecho muchas veces en el pasado; son muchos los partidos que valoran su sabiduría. Si esta vez había aceptado, no fue por la crisis parlamentaria de costumbre, sino por una crisis

doméstica.

No, no había llegado a casa y se había encontrado a Sam y a Daphna calentitos bajo el resquebrajado cielo techo del dormitorio.

—Los de Godolphin somos tan pecadores como el que más —observó Sylvia—, pero nunca abusamos de la hospitalidad.

—Ah —dijo la decepcionada Lucienne.

Sam se había enamorado, sí... de la hija mayor. Y ella de él.

—Son totalmente demasiado jóvenes —le dijo Daphna a Sylvia. Pero Sylvia, con su fina y muy adobada inteligencia, vio, más allá de esa pequeña verdad, la grande que había detrás. Avner y Daphna querían dar la impresión de ser muy liberales, pero no podían acoger de todo corazón en su estirpe a un policía irlandés.

—A ver cuáles son vuestros sentimientos cuando volvamos —aconsejó Avner a los enamorados.

—Escribid todos los días —añadió Daphna—. ¡Prometed que vais a recordaros!

Qué lista: empezaron a olvidarse uno del otro antes de que Daphna acabara la frase.

Sam Flanagan nunca visita nuestra calle sin salida. En las esquinas, según la estación, prosigue sin cambios la poda de setos y el apaleo de la nieve. Y una vez cada varios meses Connie y su marido nos invitan a cenar a Lucienne, a Sylvia y a mí, en un comedor verde muy agradable, con vistas a la plataforma delantera. No me costará ningún trabajo vender *esta* casa.

—¿Echamos de menos a Daphna? —se preguntó Sylvia en una de aquellas ocasiones. Ya estaba bien metida en vino; le caía sobre el hombro una hélice de pelo gris.

—Sí, no —dijo Lucienne—. Tenía demasiadas ganas.

Connie dijo, despacio:

—Quería... ser importantísima para nosotras. Era... incorrecto.

—Y condenado al fracaso —añadí yo.

—Sin duda —dijo Sylvia—. Nos importamos tan poco unas a otras.

Liberación

El comité de contratación —las tres miembros de la plantilla y el del Consejo, el rabino Stahl, quien rogaba encarecidamente que lo llamaran Steve— se sorprendió por un momento ante el aspecto de la candidata. Donna percibió una onda de confusión. La mujer se llamaba Mimi. Llevaba el pelo liso teñido del color cristalino que los viejos cinéfilos llaman platino. Tenía una sonrisa ancha de lápiz de labios. Cuando se les fue acercando por el amplio comedor del sótano, se hizo evidente que era muy guapa. Había dejado claro en la carta de presentación que estaba divorciada y tenía tres hijas mayores. Debió de parirlas muy joven. Llevaba un abrigo largo de ante y botas de tacón. Un casquete de piel reposaba sobre la media melena platino.

El hábito no hace al monje, como bien sabían las de plantilla. Algunas de las acogidas más chifladas del Cucharón de Donna bien podían ponerse a escarbar en un montón de trapos donados, elegir unos pocos, y con esos pocos convertirse en copia idéntica de una directora ejecutiva, o, si queremos expresarnos de un modo verdaderamente elegante, una *escort* de precio elevado. Esta Mimi, por hechiceramente chic que fuese, podía tener un corazón de oro.

Los componentes del comité de contratación, sentados uno al lado del otro tras la larga mesa, se fueron turnando en preguntarle a Mimi sobre el servicio («un comedor de beneficencia para mujeres e hijos») y la naturaleza del trabajo («cocinar, desatascar váteres, mangonear a los voluntarios, pasar el rato») y las relaciones, a veces difíciles, con la Iglesia Unitaria cuyo sótano ocupaban.

Fue a Donna a quien le tocó definir concretamente las obligaciones de la nueva empleada.

—Cuando llegue mi bebé, dentro de tres meses, voy a tomarme una baja indefinida por maternidad, aunque haré trabajo voluntario en la cocina una vez a la semana. Pam, aquí presente —afectuosa mirada—, pasará a ocuparse de mis tareas administrativas y de la recaudación de fondos, y, por consiguiente, su antiguo cargo de coordinadora de recursos queda vacante.

—Conseguir suministros de gorra —explicó Pam—. Hacer la pelota para conseguir donaciones, comprar barato la comida. Mirar con ojos tiernos a los fontaneros que no cobran.

Mimi tenía los ojos azules, tras las pestañas negras.

—¿Implorar a los restaurantes? —preguntó.

—Sip.

—¿Han pensado ustedes en las comidas de avión que se quedan sin abrir al final de cada vuelo?

Nadie había pensado en eso.

Mimi había trabajado de voluntaria en un hospital infantil; se le daban bien los trabajos ligeros de carpintería; era, según ella misma reconocía, muy sonriente, algo más que buena en la cocina. Ahora tenía el sombrero en el regazo. Hizo unas cuantas preguntas sobre las peleas entre las acogidas y el agotamiento de los trabajadores.

—Me temo que no tengo teléfono móvil —dijo al final de la entrevista; ya había confesado no tener coche.

—Comunica usted por medio de sus familiares —le dijo el rabino con una sonrisa.

Mimi se la devolvió, resplandeciente.

—Y viajo en el palo de una escoba, lo ha cazado usted muy bien.

Y a continuación se marchó, llevándose el sombrero, caminando con facilidad y sin prisa, con el esplendoroso pelo perdiendo brillo según se alejaba su figura.

—Seguro que tiene unos vaqueros —dijo Donna.

—Me ha gustado —dijeron las otras dos de la plantilla, casi al unísono.

El rabino se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que puede no gustar de ella? Por el sombrero me recuerda a una de mis abuelas. Era la típica histérica de Brooklyn, decía que las pieles de animal eran fundamentales para la tranquilidad.

—¿No era de visón falso la cosa esa? —preguntó Pam con ansiedad.

—Era auténtica marta cibelina —dijo Donna—. La tal Mimi no tiene muy en cuenta los derechos de los animales. Carece de experiencia con personas en horas bajas y en situación de exclusión. Carece de experiencia en trastornos mentales y en consumo de drogas.

No. Pero lo que Donna pretendía era proporcionar a sus acogidas un remanso de paz, lejos de fariseos y metomentodo de la salud mental —gente que imponía el cambio—. Una mujer que comiera en el Cucharón no podía

seguir con sus hábitos, pero tampoco se le daba la lata para que los dejase. No le podía pegar un puñetazo a nadie, pero tampoco tenía que escuchar rollos sobre la antiviolencia. No podía tirar los calcetines al váter, pero podía avisar a sus amigas de lo peligrosos que son los calcetines radiactivos, mientras lo hiciera en voz razonablemente baja. Podía ser ella misma.

Las rivales de Mimi que más se le acercaron durante el proceso de selección fueron una negra clara que cantaba en un coro y a quien sus nietos tenían muy al corriente de lo que sucedía en las calles y una trabajadora social que funcionaba como asesora de un senador estatal de los radicales. Cualquiera de estas dos candidatas habría resultado muy fácil de justificar ante el Consejo. Pero las de plantilla captaron una veta de propensión al castigo en la primera y una fatigada superioridad moral en la segunda. Mimi quería que a la gente le fueran mejor las cosas, pero no parecía experimentar el menor deseo de mejorar a la gente.

—O se lo guarda bajo el sombrero, ese deseo —dijo el rabino—. A mí me gusta más la abuela cantante.

Y a continuación dio su acuerdo a la contratación de Mimi.

—Eres muy amable —dijo Donna—, Steve —logró añadir.

En principio, Mimi no le dio a Donna ningún motivo para arrepentirse. Era de verdad algo más que buena en la cocina. Cogía una escasa cantidad de bacalao, regalo de alguna pescadería del mercado cuando le faltaba media hora para estropearse, y lo convertía en la base de una abundante sopa.

—Tira eso —le dijo a la voluntaria que iba a meter en el refrigerador lo que había sobrado—. Si nos comemos eso por la mañana estaremos muertos antes de que se ponga el sol.

Mimi podía convertir unos pocos trozos de cordero en un esplendoroso pastel de carne.

—Patatas, eso es lo único que hace falta, patatas —le explicaba a Donna con su resplandeciente sonrisa—. Con patatas puedo hacer hasta postres. Hasta batidos, con un poco de whisky. Tengo sangre irlandesa, sabes.

—Y la no irlandesa ha estudio en Cordon Bleu —dijo Donna.

—La no irlandesa, una parte de la otra parte, es romaní. Vengo de una larga stirpe de ladrones de caballos.

Podía ser. No era astucia lo que le faltaba. Cuando la junta de salud pública decretó que los trabajadores culinarios se cubriesen las manos, Mimi

consiguió una gruesa de guantes quirúrgicos de una casa de productos para odontología. Cuando se hundió un restaurante de New Hampshire, le pidió prestado el coche al rabino Steve, se fue al norte y volvió con cientos de salvamanteles de acero inoxidable comprados a muy buen precio. Acudía rápidamente a todas las ventas de garaje de la localidad y compraba juegos de mesa defectuosos a 25 céntimos la unidad. Tras varias semanas juntándolos, convenció a unas pocas acogidas para que pasaran un viernes lluvioso haciendo juegos completos con las partes. Al final del día tenían tres juegos de Monopoly, dos de Cluedo, dos de Conecta Cuatro y varios juegos de damas completos. Mientras trabajaban las mujeres, Mimi montó a golpes un estuche para Lego, una caja de tres palmos de altura con particiones. Valló los compartimentos con nailon, hasta la mitad, y les puso etiquetas: DOS POR OCHO; OCHO POR OCHO; PIEZAS PLANAS, VENTANAS...

Donna, al salir, se paró a mirar esta construcción: una verdadera bendición para los niños cuyo único espacio de juego era el pequeño cuarto infantil del Cucharón. «El barril en que guardábamos antes los Lego me estaba volviendo loca», dijo Mimi. Estaba de rodillas en el suelo, dándole aún al martillo. Tenía aserrín en los vaqueros, en la camiseta, incluso unos pocos granos amarillos en el traslúcido pelo. Escupió el último clavo. «Los niños tenían que volcar el barril cada vez que querían construir una torre.»

Como premio por el trabajo de la tarde, Mimi se llevó a las mujeres a tomarse una pizza y una botella de Chianti. El lunes, Donna le ofreció reembolsarle el gasto con dinero de la caja chica.

—Ay, Donna, el vino, no debería, no querrás que cualquiera del Cucharón se considere autorizada para...

—Era mosto; lo sé de muy buena tinta. ¿Vale con treinta y cinco?

—Es un poco demasiado. Pero sé dónde puedo conseguir ruedas de Lego.

El bebé de Donna iba a nacer en diciembre. A principios de noviembre una sensación de maternidad inminente pareció cernirse sobre el Cucharón. ¿O era de locura inminente? La gente se volvió más quisquillosa que de costumbre, desafiante, enfrentándose con los trabajadores sociales, teniendo problemas con los oficiales de la policía. A algunas se los llevó la policía por comportamiento amenazador. Donna se sabía parcialmente responsable del enredo: estaba proporcionando un nuevo abandono a unas almas que ya habían sido abandonadas con demasiada frecuencia.

La señorita Valentine y O-Kay se vieron cruelmente importunadas. Unos visitantes mal recibidos habitaban el ancho cuerpo negro de la señorita Valentine. Unas voces le decían qué hacer y qué decir, incluso cuando lo que hacía y decía daba lugar a que su casera llamase a la policía y a que la policía le sugiriese que dejara quieta la inimputable lengua. A la señorita Valentine le habían quitado a todos sus hijos, con excepción de los que ella misma había abandonado en la isla donde nació. Cuando las voces estaban calladas, la señorita Valentine rezongaba para sus adentros, como para que no decayera la conversación.

La pálida O-Kay le hablaba en voz alta a todo el que quisiera escucharla. Alardeaba de tener a su cargo innumerables niños, unos suyos y otros adjudicados por el Estado. Era la pequeña jovencita que vivía en un zapato. El zapato era su viejo automóvil. De hecho, los niños de O-Kay eran ilusorios. Dormía sola en su coche. Tenía un tic inquietante; muchas veces le temblaba el cuerpo entero.

Mimi solía hablar con la señorita Valentine y con O-Kay. Donna veía las tres cabezas juntas sobre sendos cuencos de sopa enfriándose. No captaba la conversación, pero veía que a O-Kay le temblaba un hombro y que la boca de la señorita Valentine se movía, y percibía la suavidad sacerdotal con que les hablaba Mimi. ¿Se les había infiltrado en el Cucharón una monja disfrazada? La asesora jurídica cuya contratación consideraron era, por lo menos, y a pesar de sus altisonantes ideas, tan atea como el resto del personal.

—La señorita Valentine está poseída —puso Mimi en conocimiento de Donna con su voz normal—. O-Kay también está poseída.

—Supongo que *yo* también estoy poseída —dijo Donna, a la ligera. El bebé se revolvió.

—Literalmente, sí que lo estás. Y quedarás liberada cuando des a luz un bebé encantador. Pero la señorita Valentine y O-Kay no pueden desembarazarse de sus demonios, no sin ayuda.

—La señorita Valentine y O-Kay se están saltando su medicación.

—No sin ayuda —repitió Mimi con una ronca intensidad—. Esos demonios se aferran a las entrañas con sus garras rojas.

—Nuestra misión consiste en aceptar a estas mujeres como nos llegan...

La mirada azul de Mimi la impactó como la luz de un faro.

—... sin interponer nuestros propios valores —concluyó Donna, pestañeado sin remedio.

A principios de noviembre, en la tarde de viernes previa a un fin de semana largo, el hijo de una acogida —el segundo de tres— entró tambaleándose con los brazos en torno a una caja de madera y con malla. Había ganado un sorteo: tenía que llevarse a casa los jerbos de clase.

—¡A casa! —bufó la madre—. No tenemos sitio ni para la tele. Ha habido que venderla. Y tu tía va a tener otro bebé, ¿te has olvidado?

Se volvió hacia Donna.

—Dejamos aquí estos bichos, ¿vale? Y tú vienes a verlos los lunes —le dijo a su hijo, que guardaba silencio. Estaba habituado a las desilusiones, y no se atrevió a buscar el apoyo de Donna, porque sabía que ella sabía que muchas veces salía del Cucharón con Legos en los bolsillos.

La madre se marchó con su progenie, muy enfadada.

—De acuerdo —le dijo Donna a su espalda en retirada. Ella misma podía pasarse por allí el fin de semana a darles de comer a los animalitos. La madre del chico se avendría seguramente a padecerlos el lunes por la noche.

Pero no. No vino el lunes ni el martes. Luego, una de las voluntarias se enteró de que toda la familia, incluida la hermana embarazada, se había marchado a Misisipi. ¿Sabía alguien a qué sitio de Misisipi? Y ¿sabía alguien en qué zona de Boston habían vivido? Era política del Cucharón no hacer preguntas. ¿Sabía alguien qué clase de tercero de qué colegio estaba de luto por la pérdida de sus jerbos?

En la reunión de personal, Mimi sugirió que los jerbos fueran oficialmente declarados mascotas. Donna propuso que les buscasen otro sitio donde estar. Comentó que las mujeres desfavorecidas primero se quejan de los animales, pero luego se identifican con ellos; el Cucharón no tardaría en inundarse de autocompasión.

El razonamiento obtuvo silencio. La abuela cantante habría estado de acuerdo con Donna —seguramente, ella también se habría deshecho de alguna camada de gatos callejeros—. Donna mencionó a la pobre acogida que, por haber puesto especial cuidado en dejarles comida envasada a las ratas del callejón, había hecho que la ira de la iglesia cayera sobre sus cabezas.

Mimi se inclinó hacia delante.

—Los jerbos son un entretenimiento —dijo, con calma—, y quizá les encontremos algún uso fuera del común —añadió, mirando primero a Donna y luego a Pam, que dijo:

—Vamos a intentarlo. —Y la gerencia del Cucharón pasó en ese mismo momento de Donna a Pam, como estaba previsto, como era intención de

Donna, como había temido que sucediera desde el día en que observó que se le retrasaba el periodo.

Donna, tragando saliva, se recordó la fidelidad de Pam a los valores del Cucharón, la no intervención, el no hacer preguntas y la tolerancia.

Al principio, los dos jerbos no parecieron valorar su buena fortuna. Se limitaban a olisquear sus juguetes, girar en su rueda, tragarse sus bolitas de comida, mordisquear el cartón de los rollos de papel higiénico. Luego, un fin de semana, Mimi construyó una plataforma para la jaula, y el lunes la plantó en pleno comedor. «Ahora están integrados en nuestra comunidad», dijo O-Kay. A Donna le parecieron por encima de la comunidad, como altos sacerdotes pequeños. A veces se ponían de pie, con las garras en las rejas, y oraban en silencio, con trozos de cartón colgándoles de la boca como cigarros puros.

—Tienen don de lenguas —aseguró la señorita Valentine—. *Français* —aclaró.

La nueva posición de los jerbos en el centro de la habitación contribuía a que las acogidas cayesen en la tentación de darles de comer. Pam hizo la advertencia de que los jerbos no tardarían en rechazar su comida habitual. «Se harán unos tiranos.» Pero algunas mujeres no pudieron superar la tentación de mimar a los animales, y hubo días en que la confusa vivacidad de los jerbos, seguida de torpor, fue indicio de que les habían dado alcohol, además de ensalada. Tras unas semanas de sobrealimentación, empezaron a aburrirse de su rueda. En vez de mordisquear los tubos de cartón, se metían dentro. «Se están pinchando», dijo O-Kay.

En diciembre, mes muy húmedo, casi todo el mundo estaba ya compartiendo la comida con los jerbos. Pam dejó de reclamar contención, porque los animales ya torcían el morro ante cualquier cosa que no fueran verduras frescas. También ocurría que la constante lluvia estaba poniendo más irritable que nunca a la gente; más valía no fijarse en las pequeñas infracciones. Delante de la iglesia, la calle fluía como un río. Los periódicos utilizaban la palabra *diluvio* todos los días. «El Todopoderoso quiere deshacerse de las tertulias radiofónicas», explicó el rabino Steve.

El subcomité de acción social de la iglesia, chorreando, procedió a una inspección sorpresa del local. La moderadora, expresándose en nombre del comité, sugirió que la presencia de roedores tan cerca de la comida era antihigiénica. Mimi le aplicó a la portavoz su mirada fija; la presidenta pareció inquietarse, como si se diera cuenta de que su aquelarre podía desaparecer por un guiño de aquellos ojos de zafiro. Luego Mimi bajó los

párpados y permaneció como una penitente con el resto del personal, con las manos, metidas en los guantes quirúrgicos que se acababan de poner a toda prisa, cruzadas sobre el pecho o plantadas en la cintura, menos Donna, que las mantenía apoyadas en el vientre.

Una de las voluntarias rompió el tenso silencio sugiriendo café. La señorita Valentine, hablando para sí misma, apareció con una bandeja de paquetes de comida sin abrir que acababa de entregarles un asistente de vuelo de Sabena porque le pillaba de paso en su camino a casa. La visita del local se convirtió en fiesta.

Prosiguieron las lluvias. De la noche a la mañana aparecieron hongos en los céspedes. O-Kay les echó unos cuantos a los jerbos.

—Disfrutad de vuestra muelle existencia mientras podáis —les dijo—. Porque algún día, pronto...

—Cierra el pico —le dijo la señorita Valentine, y le dio un golpe en la sien con su libro de bolsillo. Inmediatamente, el personal le prohibió la entrada a la señorita Valentine durante veinticuatro horas. Una voluntaria rodeó con el brazo a O-Kay. O-Kay se escabulló del abrazo, abrazó a Pam y empezó a temblar incontrolablemente. Pam sugirió que se tendiera en el suelo. La voluntaria rompió a llorar. Donna sugirió que ella también se tendiera en el suelo. Los jerbos se desmayaron, para despertarse media hora después sin señales aparentes de malos efectos.

Siguió lloviendo. Los escaparates resplandecían fríamente en los breves intervalos de pálido sol. En el callejón de detrás de la iglesia burbujaba el barro, y delante de la escalera de entrada al Cucharón se formó un lago negro.

Donna no tardaría en verse también inundada. Su saco de líquido amniótico estaba reventando. El miércoles de la segunda semana de diciembre sintió un leve tirón. Tenía cita con el médico esa misma tarde. Al salir, tuvo la temeridad de decirle a un grupito de acogidas que serían ellas quienes tendrían que ponerle nombre al niño. Era niño.

—Ay, joder, Donna —gruñó Pam, pero su voz quedó ahogada en sugerencias: Achille, Nelson, Steve...

La tocóloga pareció satisfecha durante el examen.

—Cualquier día de estos —dijo.

Donna volvió al Cucharón. El Cuisinart había vuelto a estropearse; quizá pudiera arreglarlo antes de que viniese el bebé. Y al coche de O-Kay le salieron unas cuantas goteras nuevas. Tendría que hablar con ella para que pasase un par de noches en un albergue.

En el callejón, Donna hizo una pausa soñadora delante del gran charco. Había dejado de llover, seguramente por poco tiempo, solo para tomarles el pelo. El cielo era de un color malva cada vez más oscuro. El charco era granate. Al otro lado de esa joya de charco los tres escalones de piedra bajaban mojados hacia la puerta del Cucharón, que estaba ligeramente entreabierta, como por descuido. Pero una puerta tan pesada no podía quedarse entreabierta por descuido. Donna se fijó mejor. Había un ladrillo de Lego insertado entre la puerta y la jamba. Evitando el charco, se dirigió a la ventana más cercana de las que había a nivel del suelo y se acomodó en el hueco, con las zapatillas deportivas hundiéndosele en hojas secas. Observó el comedor.

O-Kay y la señorita Valentine y Mimi estaban sentadas a una de las largas mesas, muy cerca una de otra. Había un abrigo colocado en el respaldo de cada una de sus sillas: la parka de colegiala de O-Kay; la gabardina negra de satén de la señorita Valentine, que pilló en un día de suerte con los donativos; la prenda de ante de Mimi, con el sombrero de piel puesto en un hombro. La jaula de los jerbos había sido retirada de la plataforma y ahora ocupaba una gran parte del centro de la mesa.

Las tres permanecieron un rato con la vista puesta en la jaula. Luego Mimi levantó la puerta. Los jerbos salieron. Mimi bajó la puerta.

Desde el hueco de la ventana, Donna lanzó un gemido audible. Esas criaturas irían directamente a la despensa. Se meterían en el arroz o en la harina de maíz. Habría que llamar de nuevo a los exterminadores, y tirar la mitad de los productos secos.

Pero los animales la sorprendieron. No se lanzaron hacia la cocina, sino hacia el pasillo que conducía a la puerta trasera. Donna los perdió de vista. Se apartó del hueco de la ventana a tiempo de ver cómo saltaban por encima de la pieza de Lego. A toda prisa, zigzagueando, con el empeño de la demencia, subieron los escalones de cemento y se metieron en el lago. Allí se ahogaron.

Donna se sentó de nuevo. Mimi estaba volviendo a poner la jaula en su plataforma. O-Kay y la señorita Valentine se enfundaban en sus prendas de abrigo. O-Kay temblaba y la señorita Valentine tenía la boca cerrada. Ni con la medicación habían tenido nunca un aspecto tan plácido. Ambas desaparecieron, igual que los jerbos, de la vista de Donna, quien transfirió la mirada a la puerta y vio que la señorita Valentine la estaba abriendo. La señorita Valentine y O-Kay subieron la escalera. Evitaron el charco y, como buenas compañeras, se metieron en el coche de O-Kay y se marcharon.

Mimi, con abrigo y sombrero, se agachó a recoger la pieza de Lego. Se la metió en el bolsillo, terminó de abrir la puerta y subió la escalera mientras la puerta se cerraba tras ella. Se inclinó a mirar el charco en el que se habían zambullido los animales. Los cogió con la mano derecha, protegida con un guante quirúrgico. Levantó la tapa del cercano contenedor de basura con la mano sin guante. Arrojó dentro los cadáveres y bajó la tapa.

—¿Qué pasa ahora con la jaula vacía? —le preguntó Donna desde el hueco de la ventana.

—Steve nos va a traer una nueva pareja de jerbos mañana —dijo Mimi. Se arrancó el guante y volvió a levantar la tapa del contenedor. El guante trazó un pálido arco al caer en la basura. Mimi se acercó al hueco de la ventana.

—Si permaneces aquí un momento más, el bebé te va a nacer estornudando —vaticinó.

Donna alargó la mano y Mimi se la tomó para ayudarla a levantarse del hueco de la ventana. Así permanecieron de pie durante un momento, cogidas de la mano, como amigas que hace mucho tiempo que se conocen pero que nunca han intimado y que ahora tienen que despedirse.

—Tengo muchas ganas de hacer de voluntaria bajo tu supervisión —se obligó a decir Donna. Así descubrió que una vez dicho sonaba cierto y quizá lo fuera—. Este asunto de los animalitos... un método inventivo de curar la locura, por transferencia de los demonios. Aunque, claro, hay que tener animales siempre a mano.

Se fue alejando.

—Los tendremos —dijo Mimi.

Agua con peces

*La belleza yace dentro de un
pequeño y cierto confín.*

VIZCONDE DE BOLINGBROKE

A la tía Toby le costó veinte años ganar lo suficiente con la ficciohistoriografía para dejar la enseñanza, liberarnos a ambos de Nueva York y cumplir con su sueño de comprarse una casa en lago Piscataqua de Nueva Inglaterra. Pero, por fin, a la vuelta del siglo, pudimos permitirnos precisamente la casa que ella tenía pensada. Empaquetamos el pequeño apartamento de la calle Ocho: muebles y unos pocos tesoros: la alfombra turca, la menorá holandesa. Toby mantuvo lo que podríamos denominar una entrevista de despedida. El entrevistador era un joven periodista de una revistilla literaria. Yo estuve presente.

—¿Rápida y fácil? ¿Yo? —le repitió Toby sus palabras—. ¿Con los hombres o con las mujeres?

—Con los datos. Se ha sugerido. Lo he oído por ahí —dijo el hombre en su aturullamiento.

—No. No a espaldas de nadie —dijo la tía Toby—. Nunca he dicho que fuera cierto nada que yo supiese que no lo era, ni he afirmado la verdad de nada que luego resultara falso.

—Hablan de tergiversaciones...

—Ah, tergiversaciones. Literalmente, sí. Me monto cosas en el aire... Eso es fabricar, en sus dos acepciones. Primera: «hacer; crear». Segunda: «construir mediante la combinación o ensamblaje de partes diversas, como fabricar pequeñas embarcaciones». Sin embargo, la tercera, «urdir para engañar, como en fabricarse una excusa», eso yo no lo hago nunca, cariño mío. —El hombre se ruborizó—. Yo urdo —prosiguió—, pero solo para arrojar luz. ¿Cómo podría escribir un relato sobre, pongamos, la ingeniosidad eslava empleada en la batalla de Salónica sin añadir alguna cosilla de mi propia cosecha adivinatoria?

La batalla de Salónica dejó sus trazas en las antiguas historias. Todo lo demás —los mercenarios alados, sus amarras fabricadas con tela, el muchacho espía llamado Dimitry y su amigo Vladimir, uno a hombros del otro— es obra de Toby, imaginación de su entregado intelecto, indemostrable, también indesmentible. Ella ha perfeccionado el arte de la ficciohistoriografía, sin el cual el mundo sería un lugar más pobre. Eso decía siempre el señor Franz Szatmar, su firme admirador. Franz Szatmar, el de los ojos profundos, la nariz principal, el pelo transparente aleteando a ambos lados de su estrecha frente.

Yo siempre lo llamé tío Franz, aunque a su pobre y frágil esposa la llamara Madame Szatmar.

«Lance, tu tía es la generosidad en persona», declaró un día Madame Szatmar, dirigiéndose a mí mientras Toby, de una sola zancada, pasaba de nuestro salón del Village a la cocina, para preparar un té azul profundo que quizá alcanzara a prolongar la triste y estéril existencia de la buena señora. «Y también la discreción en persona. Guarda los secretos como si le hubieran arrancado la lengua.»

Yo soy Lancelot. Toby me heredó de su hermano y su cuñada, mis padres, fallecidos trágicamente pronto. No tengo ningún recuerdo de ellos. He sido el adoptado de Toby y luego su ayudante durante dos decenios, durante los cuales sus libros, sin pretender nunca ser hechos históricos, presentándose solamente como una verdad posible, hallaron favor entre la gente joven, aunque nunca amenazaron con superar en las listas a las sagas de brujas y brujos.

La versión que propone Toby de la historia depende del principio de la parsimonia. Esto es: sus crónicas son el modo más económico de explicar lo que no se puede explicar de un modo más breve. La derrota de Salónica requirió subterfugios e ilusión óptica. En cuanto al alquimista de Róterdam, su existencia es postulada por el pinchazo metafórico de la infame burbuja de tulipán. Ahora sabemos que los tan apreciados tulipanes deben a un virus su colorido. El inductor del virus es creación de Toby, es un científico que comprendió que los organismos invasores podían obrar a su voluntad dentro de una planta. Fue infectando un bulbo tras otro, con una jeringa rudimentaria. Bellísimos eran estos tulipanes. La segunda generación murió.

«Presente usted pruebas de la existencia de este protobioquímico», dijo cierto historiador riguroso.

Pero, escribió el crítico que más admiraba a Toby, la autora no llena sus libros a fuerza de datos y de un falaz sentido del pasado. Su genio consiste en ser capaz de imaginar el tiempo y el lugar y la persona de un modo tan

pleno, que valen tanto como la realidad, o más. La Historia como diversión.

Compramos la cabaña del lago Piscataqua con los continuados derechos de autor de *El espía de Salónica* y *El alquimista de Róterdam*, y con los honorarios por la participación de Toby en paneles y mesas redondas. Un devoto pretendiente invirtió brillantemente el dinero.

Toby tenía ahora sesenta años —y yo veinte—. Era más alta que un árbol joven, fina como una lanza. Su pelo, que antaño fue rubio, mi pelo, que antaño fue rubio, habían ambos oscurecido hasta el cobrizo de un dracma griego antiguo. Llevaba pantalones y camisas de tono similar. Tenía la barbilla partida, igual que yo. Sus ojos eran del color del peltre. (Los míos, según me decían ciertas chicas, eran chocolate oscuro.) Sus relatos se desarrollaban tras una frente ancha como una pala jardinera. (Mi frente, en cambio, es estrecha, como un plantador.)

En Piscataqua reparamos la casita de piedra y encalamos su interior, y en mitad de una habitación (los dormitorios eran buhardillas, una cocina mínima ocupaba un rincón) desplegamos la alfombra turca que inspiró *¿Quién incendió Esmirna?* En el relato, los incendios eran causados por turcos disfrazados de armenios y por armenios disfrazados de turcos. Nadie podía distinguir el enemigo del amigo, según el narrador judío de doce años que observó toda aquella conflagración, corriendo y escondiéndose, corriendo y escondiéndose, sin dejar un momento de garrapatear...

Tras la casa de piedra cultivábamos hortalizas y empezamos a cavar para los cimientos de un pabellón —allí escribiría Toby su siguiente obra, lo que fuese—. Nos hicimos habituales de la estafeta de correos —cartas de Toby a los Szatmar, junto con fotos mías, salían dos veces a la semana—. Trabajamos amistad con los pescadores. Todas las mañanas, a las cuatro, llegaban con sus relucientes capturas a los puertos del mar, a quince kilómetros de nosotros.

Bajo la luz del sol, nuestro liso lago se parecía al té de Toby para la inmortalidad. A la luz de la luna, agitado, el lago se parecía al papel carbón que yacía arrugado en nuestras papeleras. Toby desdeñaba las computadoras y los procesadores de texto, escribía en una vieja máquina Hermes. El papel carbón para las copias siempre lo había comprado en la tienda de máquinas de escribir de segunda mano del tercer piso de un edificio del East Side, muy cerquita del establecimiento del tío Franz. El tío Franz era numismático, también relacionado con la Historia. Pero él *era* la propia Historia, como dijo

Toby más de una vez; era la encarnación de un siniestro horror: un colegial que fue el único entre todos sus conocidos en no ser ejecutado. Los ojos de Toby se ponían más oscuros, el mentón se le endurecía cuando mencionaba esto.

—¿Sacarás alguna vez al tío Franz en un libro, su milagrosa fuga? Ya va siendo hora de que me la cuentes *a mí*, de todas formas.

* * *

Pasó un día antes de que me respondiera. Luego:

—Voy a contarte cómo se salvó Franz. Un numeroso grupo de judíos, incluida su familia, había sido trasladado a pie desde su pequeña ciudad a un pueblo situado cerca de un bosque, a unos kilómetros de Budapest. Los amontonaron en un edificio de madera de tres plantas. Sabían que cualquier día los llevarían a otro lugar cruel y permanente. Franz y su familia estaban en el tercer piso. La nieve cubría la tierra dura. El edificio carecía de vigilancia.

»—Salta por la ventana —le susurró su madre aquella primera noche.

»—Mamá...

»—Salta.

»—Mamá.

»Ella abrió la ventana, lo cogió en brazos —tenía doce años y no pesaba mucho— y lo apretó contra su macizo pecho. Luego, sus manos de hierro lo asieron por las axilas. Lo sacó por la ventana a la heladora noche y lo mantuvo en el aire como si fuera una manta que sacudir. Él había dejado de decir “mamá”. Ella lo mantuvo y lo siguió manteniendo en el aire. Luego, de pronto, se dobló sobre el alféizar y soltó al niño. Cayó sin hacerse daño sobre la nieve, y caminó dando tumbos hacia el bosque, y siguió adelante. Se encontró con otros. Allí sobrevivieron a la guerra, algunos de ellos: harapientos, muertos de hambre, enfermos. Si pones el oído en el pecho de Franz, aún oirás el ronquido de una vieja enfermedad pulmonar.

»¿Puedo ofrecerle esta historia al mundo, Lance? ¿Qué puedo añadirle que no la degrade? Soldados con alas, holandeses clavando agujas en las flores, bribones en los muelles de Esmirna... Esos son mis materiales, la historia como diversión, como dijo aquel. Son mi antídoto contra un pasado intolerable». Añadió con esforzada voz: «Franz fue el único miembro de su familia que sobrevivió, el único alumno de su colegio».

—Franz y Madame... ¿Se conocieron de refugiados?

—Sí.

—¿No pudieron tener hijos, Franz y Madame?
—No.
—El tío Franz es el último del linaje de Szatmar.
Silencio. Luego:
—Podría decirse, sí.

Asistimos a la reunión anual de asuntos comerciales de la sociedad histórica del bajo valle.

—¿Piscataqua? —preguntó Toby durante la hora de confraternización social que vino luego.

—Es un nombre antiguo, que data de los siglos en que la zona estuvo poblada y gobernada por sus habitantes originales —dijo el señor Jennings, el presidente, curvando la cabeza hacia la hermosa mujer del cabello metálico—. Está averiguado que el nombre del lago y del río proceden del idioma abenaki, y que la palabra es una probable combinación de una sílaba que significa «rama» y otra que significa «río de poderosa corriente».

—¿Cómo de antiguo es el abenaki?

—Bueno, se hablaba antes de Colón.

—El latín se hablaba antes del cautiverio de Babilonia.

—Así y todo.

—Así y todo —repitió ella con su dorada voz—, la economía lingüística indica que no fueron los abenaki quienes dieron nombre al río y el lago, sino los arribistas britanorromanos.

—Mi querida señora Bluestein —dijo él, cayendo enamorado ante mis ojos, y no era el primero a quien le sucedía—, los romanos no arribaron aquí hasta el siglo XIX, cuando llegaron en tropel. Sobre todo zapateros y cultivadores de árboles frutales.

—Mi querido señor Jennings, usted se refiere a los italianos, como bien sabe. Los britanorromanos llegaron aquí en el año 500 de nuestra era.

—¿Cómo demonios... cómo britanos, jajajá... hicieron el viaje?

—En drakkares romanos, descendientes de las galeras romanas, que a su vez descendían de la quinquerreme romana. Los drakkares tocaron tierra y luego se desmoronaron.

—Luego no hay prueba de su existencia.

—No hay prueba de su existencia.

El señor Jennings sacó a relucir una sonrisa embelesada.

—¿Cómo cree usted que eran esos barcos que surcaron el mar antes de la navegación a vela?

—Sí que tenían velas. Y remos, claro.

—Los últimos romanos abandonaron Gran Bretaña en 410 —dijo el señor Jennings—. No navegaron por el Atlántico, entonces llamado Thalassa. Solo navegaron hasta el continente, y luego hicieron a pie el resto del viaje a casa. Según creencia popular, el primer europeo que alcanzó el norte de América fue Leif Erikson. Desembarcó en la costa de lo que ahora llamamos Terranova en 980.

—Respeto la creencia popular —dijo Toby—, que está hecha de figuraciones, como mis propios empeños. Señor Jennings: hay cosas que sabemos sin saber que las sabemos.

—Sí, pero...

No terminó la frase. Sabíamos, tanto él como yo, que no habría modo de parar a Toby.

De manera que empezó su libro siguiente antes de emprender la construcción del pabellón. Escribía en su dormitorio abuhardillado. El protagonista del libro era Tito, un joven del puerto de Londres.

A Tito, en el astillero, trabajando con roble, el mar lo llamaba siempre. Lo llamaba con el retorcido dedo de la muerte, porque las olas se habían llevado a su padre, sus hermanos, sus tíos y un primo. Cualquiera, con sus antecedentes, habría huido tierra adentro para dedicarse a la labranza, o se habría instalado en un pueblo, o metido a monje. Pero el agua era la pasión de Tito.

—¿Cómo va la escritura? —preguntó el señor Jennings, con los pies plantados en la alfombra turca. Se había presentado con un cesto de calabacines; yo estaba cortándolos en rodajas sobre la diminuta encimera.

—Viento en popa —le contestó Toby.

Tito estaba a cargo de la construcción de la falúa. La falúa romano/británica, que se les pasó por alto a los historiadores, era elegante, estrecha, ligera, de poco calado, para aumentar su velocidad y permitirle navegar en aguas de solo un metro de profundidad. La falúa llevaba remos a todo lo largo. Era de un solo palo, con una vela rectangular a la que se recurría en sustitución o refuerzo de los remos, sobre todo en viajes largos como el que ahora se proyectaba.

La vez siguiente trajo vino.

—A toda vela —puso Toby en su conocimiento.

Zarparon de Londres, con Tito en el séptimo remo —él era el dueño y capitán del barco, pero no estaba previsto el rango: todo el mundo remaba—. Era un joven de corta estatura, musculoso, con una cabeza romana injertada en un cuerpo sajón, y tenía el pelo oscuro... Meses más adelante, su maltrecha embarcación avistó la costa de lo que un día se denominaría Estados Unidos.

—¿Te apetecería dar una charla en la biblioteca? —le preguntó el señor Jennings en una de sus ya cotidianas visitas.

—Me encantaría.

Una costa de acantilados y barrancos y peñascos resulta poco acogedora. Los recién llegados siguieron remando. Los romanos tenían conciencia de la premonición: la sensación de que un desastre inminente se oculta detrás de cada nube, de cada ola. Vivían en un permanente estado de ansiedad. Tito se hacía el osado, pero estaba constantemente dándole vueltas en los dedos a la moneda de la buena suerte que le había regalado su amada y que llevaba colgando del cuello. ¿Dónde demonios iban a desembarcar?

Desembarcaron en el estuario que formaba en el mar un río sin nombre. Que ahora se llama Piscataqua, claro.

—¿Por qué no me lees un poco de tu obra? —dijo el señor Jennings, abuhardillado en la silla que yo le había traído.

—De acuerdo.

»... Tras el valeroso principio vinieron las muertes por enfermedad, por desconocidos venenos de las plantas, por algún animal; vinieron las guerras con los nativos, la paz con los nativos, los hijos. Vinieron huracanes, enviados quizá por Dios. Vino la enfermedad final, una prolongada fiebre sin piedad; y luego vino el derrumbe interior y la conversión en polvo de todo lo recordado, de todo lo que podía recordarse, una erradicación tan completa como la de...

—¿La Atlántida? —quiso saber el señor Jennings—. ¿Troya?

—Estoy pensando en una comunidad húngara de 1943.

Él guardó respetuoso silencio.

Ella prosiguió:

—Tito había tomado esposa, era el jefe, como tenía destinado. Quemó a sus hijos muertos, uno por uno, en balsas enviadas al mar (el funeral vikingo no lo

inventaron los vikingos, que se limitaron a añadir el perro a los pies del difunto). Él mismo cayó víctima de la fiebre, y los pocos pistacuenses que quedaban, también moribundos, decidieron enterrarlo, no quemarlo. Pasó a formar parte del polvo del campamento situado junto al lago Piscataqua.

Bien, pues todo el mundo sabe lo que pasa hoy en el mundo editorial, condenado a la extinción, igual que las falúas. El editor habitual de Toby se había fugado a otra actividad laboral; la editorial que había patrocinado al editor quedó inmersa en una compañía más grande, y esta en otra más grande aún. El conglomerado asignó a su editor más novato la nueva propuesta de una autora que, a sus ojos, pertenecía a la generación anterior, aunque *¿Quién incendió Esmirna?* siguiera en catálogo.

Nos vimos en el despacho del joven editor.

—Es que todo resulta jodidamente inverosímil —dijo. (No dijo «jodidamente», pero la palabra iba básicamente impresa en su curvo labio)—. Sus otros relatos... Tenían alguna defensa. Este no.

Toby dio un golpecito en el manuscrito con dos dedos.

—Mucho de esto podría haber ocurrido.

—Se ha desenterrado una gran abundancia de artefactos vikingos en la zona de Piscataqua. —Había hecho los deberes—. Pero romano no hay ni un anzuelo. Sus otros protagonistas, sus otros hijos, por así llamarlos, acostumbran a buscar fortuna y a encontrarla. Eso sigue vendiendo libros. Pero este pobre Tito lo único que encuentra es el olvido. Tiene que cambiar de onda, por favor. Escriba algo diferente... Y, señora Bluestein —añadió, cuando ella ya se alejaba con el mentón partido muy alto—, deje de lado el papel carbón, se lo suplico.

Quedamos con el tío Franz en nuestro sitio húngaro favorito. Llevaba una cinta negra en la solapa; hacía unos meses que se había quedado viudo.

—Hay otras editoriales —dijo.

—No para mí. La ficciohistoriografía ya no se lleva. Todo ha dejado de llevarse, menos el sexo —el tío Franz se puso colorado— y el dinero.

—Con respecto a eso último...

—Tenemos de sobra para vivir.

Silencio.

—Cuándo —dijo él.

—Ya.

—Tengo que dar aviso en la tienda.

Mientras Toby iba a Penn Station a comprarle el billete, yo acompañé al tío Franz. Estuvo unos momentos ocupado con sus expositores. Junto a la puerta había una bolsa pequeña, ya cerrada. Nos encontramos con la tía Toby en el tren. Dejamos atrás bosques, campos de cultivo, atisbos del mar.

Habíamos aparcado el coche cerca de la estación. El tío Franz se instaló con su bolsa en el asiento trasero. Fuimos por la autopista de dos carriles, luego por una carretera menor, luego por un camino de tierra. Y finalmente nos dieron la bienvenida el agua, azul púrpura en la tarde, los pinos verdiazules que la rodean.

—Tal como lo describes —dijo el tío Franz—. Una economía de colores. —Su suspiro se estremeció—. Muy bello. Muy bello, da igual quién lo descubriera primero.

Cuando llegamos a la casa de piedra, Toby arrojó el manuscrito sobre el sofá y el tío Franz colocó su bolsa al lado. Fuimos al lago a bañarnos. A pesar de su edad, el tío Franz estaba en forma y era buen nadador, aunque se negara a zambullirse desde nuestra pequeña balsa y prefiriera deslizarse a los brazos del agua. Sus pantalones de baño revoloteaban como una falda. Debía de haberlos comprado justo después de la guerra, cuando el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta se lo trajo a Nueva York.

Durante la cena dijo:

—El huerto requiere atención inmediata.

Al día siguiente, los tres allanamos, rastrillamos, creamos surcos, plantamos tomates y lechuga y pepinos. Desenterramos artefactos: hebillas, clavos de 6 peniques.

Un día, el tío Franz entró en la casa con un objeto cubierto de barro y lo puso sobre un periódico, encima de nuestra mesa de borriquetas. Lo lavó con agua y un trapo y detergente de su bolsa. De la cual también emergió una lupa.

Nos pasó la cosa para que la viéramos y luego se la colocó en la palma de la mano para inspeccionarla. «Es cobre», conjeturó. Quizá hubiera sido verde alguna vez, pero ahora era igual de pálida que las alas capilares del tío Franz. «Una mujer en una cara, un rumiante en la otra. Esta moneda data más o menos del año 400 de nuestra era. Tuvo origen en Roma, viajó por el Imperio, quizá pasase una temporada en Gran Bretaña, cómo saberlo»...

En cierta ocasión, el tío Franz me había dado una conferencia sobre

falsificaciones. «Algunas veces, las falsificaciones están retocadas... son auténticas, pero mejoradas con herramientas de retoque. Pueden ser monedas imaginarias, o monedas modernas que se hacen parecer antiguas.» Pero esta no era una falsificación. Levantada del suelo de Nueva Inglaterra con sus amorosos dedos, era una moneda metálica de Roma. «Está deformada por el paso del tiempo, pero la única alteración voluntaria es ese agujero cerca de los cuernos del animal. Seguramente la llevaban como amuleto.»

—Puedes enseñársela al burro del editor ese —le dije a Toby.

—Se la enseñaré al señor Jennings.

Eso hizo. Y el señor Jennings, sin poner en duda el origen ni la autenticidad ni la edad, aceptó la moneda en nombre de la sociedad histórica, con la elegancia de un rendido enamorado. La colocó en un expositor con patas, con una tarjeta que rezaba: MONEDA ROMANA *c.* 400 D.C. Alguien tomó una foto en color para el semanario de Piscataqua con el señor Jennings, Toby, el tío Franz y yo, todos mirando la moneda. Y entonces vi lo que ya sabía sin saber que lo sabía: yo quizá tuviera el pelo y el mentón de la tía Toby, pero también tenía la frente cilíndrica y los ojos color chocolate del tío Franz, esos que preferían mirarme a mí en vez de a la moneda, aunque no creo que él se avergonzara de ninguno de los dos.

Llevaba mucho tiempo pareciéndome que la muerte en accidente ferroviario que Toby había aportado para explicar la ausencia de mi padre no estaba a la altura de su imaginación.

El tío Franz (siempre lo llamaré así) vendió su tienda y se despidió de Nueva York. Se vino a vivir con nosotros. Toby abandonó la ficción historiografía y se puso a escribir libros de aventuras francamente inventadas. De modo que nunca contó el heroísmo de una madre que se desprende de su hijo para salvarlo. Y jamás reveló la historia de una mujer de cuarenta años y un hombre considerablemente más viejo que ella que se combinaron durante un breve tiempo para dar perpetuidad a una familia húngara, con su secreta connivencia alentada por otra heroína, que habría querido cumplir ella misma con esa tarea, pero que no pudo.

Y yo, identificado por fin mi origen, juntos por fin mis padres, seguí adelante en busca de mi propia fortuna, como están destinados a hacer los hijos de Toby.

Espera a ver

I.

Lyle está mirando fijamente un limón.

¿Qué aspecto ofrece el limón a Lyle? La rugosa piel es del color que le han enseñado a llamar amarillo, y él conoce muchos modificadores de esta palabra: pálido, brillante, mate; también conoce sustituciones metafóricas: oro, mantequilla, diente de león, incluso limón. Lo que ve en el humilde fruto, sin embargo, y lo que a estas alturas ya sabe que otros chicos no ven, es una maraña de cientos de matices, hebras de luz metidas a la fuerza en el interior de un huevo.

¿Y el aceite de bebé? Su madre, Pansy, se aplica aceite de bebé tanto en el pálido rostro de satén como en el cuello, antes de meterse en la cama, y una gota se le desprende inevitablemente de la punta del dedo: transparente, translúcida, sin color, o eso diría cualquier otra persona. Para Lyle, sin embargo, la gota es una esfera viscosa y rosada. El tono de *su* piel —caramelo o *butterscotch* o café con leche, en el ámbito de la alimentación, mulato para quienes se interesen en la mezcla de razas— incorpora también el movimiento: en su antebrazo bullen todos los matices del cajón en que Pansy guarda su revuelta ropa interior.

¿Y el rótulo de neón que se proyecta desde el centro de ejercicios del segundo piso de un edificio de Godolphin Square? El plasma de neón tiene la descarga lumínica más potente de todos los gases nobles. Para un ojo humano normal es rojo anaranjado; también contiene, oculta, una línea verde muy fuerte, solo visible con un espectroscopio. Lyle ve la línea verde sin ayuda, su flujo molecular. Es como si el rótulo, PONTE EN FORMA, le regalara algo.

Pero es que a Lyle le han hecho muchos regalos, incluido el amor de Pansy. Bañado en ese amor, Lyle a su vez es amable con los demás chicos, especialmente con aquellos a quienes fastidia su propia chulería, chicos más asustados que un conejo cuando la sombra de un halcón le oscurece el mundo. La presencia de Lyle, flaco como es, los afirma, y ello hace que lo busquen,

aunque no exactamente como amigo. Lyle es más bien como Anansi, la araña servicial de sus cuentos favoritos: un aliado tranquilo y embaucador que prefiere estar a solas, pero que acude dando saltos para estar contigo cuando lo necesitas.

Otro regalo es el dinero. En nuestros días, el dinero está en los bits electrónicos; Pansy tiene muchos bits heredados de su abuelo de Alabama. Y hay, o hubo una vez, el regalo de una pequeña cantidad de fluido amarillento rico en encimas, ácidos y lípidos. O sea, de semen, para no ponernos exquisitos.

El desconocido donante del semen había llevado una existencia extrema. Llegó de África con un tropel de niños perdidos: no los famosos de Sudán, sino los menos famosos, los menos numerosos de cualquier otro sitio; pero la situación era similar: guerra civil, matanzas, unos cuantos muchachos que salen corriendo de sus pueblos destrozados y no paran hasta llegar a los Estados Unidos.

Uno, en concreto, de estos chicos terminó en Massachusetts, vivió en una casa con otros niños perdidos, superó el instituto de enseñanza media, y cuando hizo el regalo estaba empleado en un laboratorio de la zona. Pero era pobre. Y por tanto hizo lo que mucha gente hace en su situación: vendió su sangre. Se le pasó por la cabeza vender también semen, pero lo consideraba demasiado valioso para convertirlo en mercancía: era orgulloso y era libre y quería engendrar libremente un millar de hijos norteamericanos. Es decir, que no vendió su esperma, sino que lo regaló a un banco —más bien un cuartucho de hospital provisto de revistas facilitadoras.

II.

Y luego está un regalo submicroscópico, consecuencia de una mutación genética que ha quedado más bien sin expresar a lo largo de los milenios. Era un don que la evolución no le había hecho directamente a Lyle, sino a un primate, remoto antepasado suyo. El regalo era un gen travieso, que, si coincide con su gemelo, puede afectar a la visión.

—La visión de los primates, sin adulterar, es tricromática —dijo el doctor Marcus Paul—. «Tri» significa «tres» y «croma» significa «color».

—¿Ah, sí? —lo animó Pansy desde el lado opuesto del escritorio.

—Bueno, señora Spaulding...

—Señorita.

—Señorita...

—O llámeme señora, si le parece mejor.

—Señora —dijo el hombre, nervioso, y buscó refugio en una disquisición—. Ya sabe usted, la retina, en el fondo del ojo, lo que captura la luz y el color y los despacha al cerebro. La retina solo utiliza tres tipos de pigmentos fotoabsorbentes para la visión en color. Tricromatismo, ¿comprende?

—Comprendo —dijo ella, aún sonriente.

—Bueno, pues casi todos los mamíferos no primates son dicromáticos, con solo dos tipos de pigmentos ópticos. Algunos mamíferos nocturnos tienen un solo pigmento. Pero también hay pájaros, peces y reptiles que tienen cuatro.

—¿Ven más colores que nosotros? Maldita sea.

—Seguramente sí. Y algunas mariposas son incluso pentacromáticas. Las palomas también. Y hay una rama del *Homo sapiens* cuyos individuos, una pequeña parte de ellos, se cree que son también pentacromáticos: la tribu de los himba. Los himba sufren sus vidas, normalmente muy cortas, en Namibia... Lyle parece ser de raza mezclada.

—Sí. Le pedí al banco de esperma que el donante fuera negro. Estoy convencida de que la miscegenación es la mejor respuesta a los males del mundo. Todos del mismo color: tostado.

—Ah —dijo el médico, cuya piel era de color berenjena—. ¿Su donante era africano?

Ella encogió sus esbeltos hombros.

—No pregunté, y no me lo dijeron.

—Bueno, pues creo que Lyle es pentacromático. Por los colores que describe.

Ella asintió. Se puso seria de pronto.

—Sí. Pobrecillo, no me extraña que le duela la cabeza.

Luego hizo una pausa, en parte para permitir que ese joven jamaicano le echase un buen vistazo, como era evidente que estaba deseando hacer —a sus rizos de tinta, a su pequeña nariz recta que subía en ángulo un grado más de lo habitual, desposeyéndola de belleza y haciéndola en cambio irresistible; el regalo de la fisonomía a Pansy, podríamos decir—. El médico también pudo ver su boca ancha, sus hoyuelos, su cuello largo y sus largas manos. Sus largas piernas se las tapaba el escritorio, pero seguramente ya se habría fijado en ellas antes. Eso esperaba Pansy. Oh, sí, y cuando separaba los labios, ahí venía el destello blanco de sus perfectos incisivos. Los hombres solían

decírselo... Ahora prosiguió:

—¿Qué se siente siendo pentacromático?

Aunque ya lo sabía, o tenía idea; Lyle le había hablado de los numerosos puntos de color que detectaba en un simple sobre de papel manila. Ella le había enseñado una nueva palabra: *puntillismo*.

—¿Eh, doctor?

¿Qué se siente teniendo una cara como la tuya? Él dijo:

—No tenemos palabras para describirlo, ni ellos tampoco. ¿Cómo le describiría usted el color a alguien con ceguera cromática? Lo que nos consta es que los tetracromáticos y los pentacromáticos hacen distinción entre matices que a los demás nos parecen idénticos. Por ejemplo, he leído un trabajo sobre una mujer de California, ya fallecida...

—¿Por hipercromatismo?

—De vieja. Según el artículo, era costurera. Observaba tres muestras de tela gris topo del mismo rollo y detectaba un trasfondo dorado en una, un atisbo de verde en otra, una pizca de gris en la tercera. Mirando un río era capaz de distinguir las profundidades relativas y la cantidad de cieno en zonas diversas del agua, basándose en diferencias de matiz que nadie más percibía... De modo que seguramente no nos equivocaremos mucho diciendo que los tetracromáticos y los pentacromáticos poseen una experiencia visual del mundo más rica que los demás. *Pero mi experiencia personal se ha enriquecido durante el último cuarto de hora gracias a esta mujer que tengo sentada frente a mis muy normales ojos tricromáticos. Ojalá le gusten mis rastas.*

III.

Lyle había sido un niño nada irritable, aunque durante cierto tiempo confundiera el día con la noche. Pansy se pasaba los días durmiendo a su lado. Le daba el desayuno al anochecer y lo sacaba a dar un paseo, a veces por la otra orilla del río, en dirección a Boston, pero normalmente por Godolphin. Lyle iba recostado sobre una almohada en su cochecito pasado de moda, mirándola a ella o con la vista puesta en el verde oscuro de los árboles, el cielo carbón. Volvía la cabeza para mirar los lustrosos libros del escaparate de la librería, siempre abierta hasta muy tarde. Había un espejo de cuerpo entero empotrado en la puerta del salón de pedicura. A veces, volviendo otra

vez la cabeza, miraba al niño y la madre del espejo, y ella hacía lo mismo. Ahí estaba, con sus pantalones de cuero negro y un poncho blanco resplandeciente; ahí estaba él, un bebé cuya piel aún no había empezado a oscurecerse. La piel de Pansy nunca se había oscurecido, aunque fuera indudable que sus antepasados del Sur se habían mezclado con sus esclavas y luego habían acogido en la mansión a la prole de color aligerado. Cada una de sus células podía llevar incrustado un gen de epidermis oscura. Desde muy pequeño, Lyle fue pasando de fase en fase esperada: se opuso a alguna canguro alguna vez, consideró que el váter estaba muy bien para otros, no toleró las zanahorias. Jugaba con sus tacos como aburriéndose. Decía distraídamente que le dolía la cabeza. El pediatra no hallaba motivo para ello.

Continuó con su costumbre de quedarse mirándolo todo. Él, por su parte, ya resultaba raro de ver: los brazos flacos, el fino rostro beis, la mirada sin sonrisa. Cuando daba un paseo con su madre ponía una mano en la de ella, a modo de garantía, mientras su mente vagaba por sitios a los que ella no podía seguirle, y Pansy tenía que renunciar a la socorrida noción de que madre e hijo son una sola persona.

No le gustaban los libros ilustrados: tantísimos colores primarios, ni siquiera los miraba. Ello dio que pensar a Pansy.

El psicólogo al que lo llevó dijo que no, que no entraba en ningún cuadro.

—No le interesan los libritos esos de cartón. Y qué. Le intriga el ancho mundo. Está esperando a ver algo que capture su fantasía.

Pansy le dio las gracias y se puso en pie, una auténtica visión, con su vestido veraniego a rayas y su negra pirueta. Echó a andar hacia la puerta.

—Y lo mismo le digo a usted —dijo el psicólogo—. Espere a ver.

Pansy esperó varios años. Un día aparecieron unas rayas borrosas e irregulares en la pared de su dormitorio. Se fueron rellenando los espacios entre unas y otras y acabaron convirtiéndose en manchas. Luego en continentes. El fontanero localizó el escape original y lo arregló todo. Pansy contrató a un pintor y se trajo a casa una rueda de colores. Era un muestrario hecho con unas trescientas tiras largas de espeso papel laminado, cada una de ellas con un orificio en un extremo, lo que permitía que todas pendieran de un anillo metálico, para sostenerlas juntas en una sola mano, cerradas o abiertas en abanico. Cada tira presentaba siete recuadros contiguos de matices similares, con nombres, unos dos mil colores en total. Dejó caer la cosa, con descuidada gracia, junto a Lyle, que estaba boca abajo en el suelo. El chico dejó su libro —ahora leía relatos de aventuras, imitando a sus compañeros de clase, aunque

retomaba con frecuencia sus viejos cuentos de embaucadores.

Lyle inspeccionó su nuevo juguete. Sabía lo que tenía delante: muestras de pintura. Supuso que aquellos dos mil colores eran el máximo que los seres humanos podían crear —en sus laboratorios, en sus fábricas de pinturas, en sus talleres de electrónica—. Había soportado años de sentirse distinto, de poseer algo que era un secreto para los demás y también para él. Ahora la rueda de colores se lo aclaró todo... La gente les ponía a las tonalidades unos nombres tan optimistas. Había un recuadro llamado Espuma de Naranja y a continuación Flor de Naranja y a continuación Naranja de Florida. Lyle veía cómo se adensaban los glóbulos del Espuma de Naranja hasta casi igualarse con Flor de Naranja, pero no del todo, y el Flor de Naranja, por su parte, iba adquiriendo cierto lustre mientras se acercaba, sin alcanzarlo, al Naranja de Florida.

—Mamá —llamó.

—Sí, cariño —desde la habitación de al lado.

—Tengo... —dijo, e hizo una pausa. En los cuentos de Anansi, los secretos eran algo que se amontonaba en el corazón y nunca se extraía; en caso contrario podían producirse consecuencias inesperadas.

Entró Pansy.

—¿Tienes algo que decirme?

—Pues...

Y luego vino la visita al doctor Marcus Paul; y luego vino el intento de diagnóstico de un estado que no llegaba a enfermedad y era desconocido de casi todos los científicos, quizá por su escaso potencial de obtener beca. Y luego vino la historia de amor. ¿Fue amor a primera vista? Puede ocurrir. Suele haber mucho palabrerío por medio.

—No te quiero solo porque seas bella —le dijo Marcus a Pansy unas semanas después de haberse conocido—. Te quiero por tu admirable sentido político, por tu deseo de que la población mundial sea toda ella del mismo color. Porque friegas suelos en un comedor benéfico. Porque cocinas como un chef de cuatro estrellas.

Entonces la besó, y ella le acarició la cadera con la rodilla, gesto que no puede efectuarse si ambos participantes no están acostados de lado y frente a frente. Y estaban acostados de lado y frente a frente —con Lyle en el colegio — y por tanto la caricia imposible en otras circunstancias ahora sí era posible, probable, necesaria, inevitable, aunque quién habría querido evitar el profundo estremecimiento que ambos sintieron cuando se saludaron sus

articulaciones. Luego, Marcus entró en aquella encantadora mujer.

Más tarde, ella reanudó el coloquio.

—Yo te quiero por lo sencillo que eres —dijo—. Por tu voz. Por tus rastas. Te quiero porque percibo nuestro emparejamiento como una obra del destino.

—Dispuesto por Anansi.

—¿Anansi? Lyle lee cuentos de Anansi.

—Es una araña muy poderosa que antes tenía su hogar en África, aunque ahora vive en Jamaica. Pero también anda por otros sitios.

—Pues dale las gracias si la ves... Y te quiero porque juntos pertenecemos a Lyle.

—Y Lyle nos pertenece a nosotros —dijo Marcus. En un estado de lucidez poscoital comprendió que había encontrado el amor de su vida y la tarea de su vida en una sola cita oftalmológica.

—Somos los cuidadores de Lyle, sus guardianes, los conservadores de su secreto.

—Es como cuando el ama de llaves se casa con el mayordomo —dijo Pansy.

—Si tú lo dices.

Él se sentía como el mozo de cuadra que se casa con la princesa.

Hubo una corta luna de miel para tres personas. Visitaron Italia, donde los rechonchos limones ofrecían aún más amarillos de los que Lyle conocía. Fueron a Iberia, donde los azulejos de Lisboa y el aeropuerto de Madrid le presentaron alegrías cromáticas, muchos colores nuevos y esplendorosos para Marcus y Pansy, multiplicados por doce, más o menos, para Lyle.

La consulta de Marcus era fácil de traspasar a un colega. De todas formas, a lo que más se había dedicado era a la investigación. Al regresar de la muy coloreada luna de miel se construyó un laboratorio detrás de la espaciosa casa de Pansy e invitó a su primo David a que se incorporara. El muy retraído David, oculista, estaba interesado en los cambios que el cristal curvo o biselado, el cristal dentro de cristal, las lentes prismáticas, todo eso, podían producir en la visión cuando se colocaban delante del ojo. Los primos ya habían proyectado varias gafas que ayudaban a las personas con enfermedades oculares a ver mejor.

De su pequeño laboratorio de óptica —sociedad anónima, pasado un tiempo— salieron muchos artilugios mejorados. Gafas telescópicas para uso diario. Lentes microscópicas y serpientes quirúrgicas con diminutas cámaras en la cabeza, e instrumentos ahumados para astrónomos. Estas herramientas

tuvieron mucha demanda.

La compañía floreció, y Pansy obtuvo un sustancioso rendimiento de su inversión. Estaba orgullosa del éxito de los primos. Aun así, cuando Marcus y David se metían en su laboratorio día tras día, a ella le gustaba imaginar que, además de sus restantes productos, estaban trabajando en un superinvento que otorgaría a todo el mundo la visión de Lyle. Una mejora del rendimiento, podríamos decir. Una vez perfeccionada, sería objeto de regulaciones; cuando se produjera, inspiraría imitaciones inferiores. Aun así, no dejaría de ser un vehículo para el bien público.

Pero tras cuatro años aún no había ocurrido. De manera que llegó el día en que la muy paciente Pansy preguntó.

—No creo que podamos hacerlo —admitió Marcus—. Lo hemos intentado, ese era uno de nuestros propósitos originales. Pero no podemos duplicar una labor que a la naturaleza le llevó millones de años completar. No podemos inventar un instrumento externo que produzca una variante interna. La mariposa tiene un genoma, la paloma también. Pero ¿dónde se esconde el gen pentacromático? No sabríamos decirlo. Y si supiéramos, y pudiéramos extraerlo, y lo pudiéramos transferir a una célula humana, ¿sobreviviría esta célula? Y si sí, sí, sí, sí, ¿con qué propósito? ¿Para provocar dolores de cabeza a la gente?

—No sería más que una atracción de feria —reconoció lentamente Pansy—. Un juguete para ricos. Pero ay, Marcus. Nadie podrá nunca llegar a ser como Lyle. Está atascado en ser único.

IV.

Y ¿cómo le fue al único Lyle durante aquellos años? Bueno, pues tuvo cosas en que ocuparse: el colegio, el violonchelo, el béisbol, los paseos nocturnos con Marcus o David o Pansy. La música era una bendición sin colores. Cuando ocupaba el jardín central, jugando al béisbol, el cielo le mostraba su millar de azules y el terreno sus cientos de verdes, pero nada de ello lo distraía del vuelo de la esfera, pájaro sin cabeza ni alas, una pelota blanca y blanquecina y blancoblanquecina. Nada lo distraía de la tarea de predecir el destino del pájaro y situarse debajo, con el guante preparado.

Tocaba en la orquesta del colegio. De vez en cuando iba a alguna fiesta y hablaba con todo el que parecía quedarse aparte —hablaba con torpeza pero

reconfortantemente, o quizá reconfortantemente por la torpeza.

Se le pasó por la cabeza llegar a ser médico algún día. Le gustaba mirar las láminas de anatomía, vívidas cuando empezaba con ellas, chillonas cuando las inspeccionaba. Se preguntó si su visión, con el debido entrenamiento, no podría desarrollar un componente de rayos X. Marcus lo dudaba. Hablaron de enfermedades de órganos distintos del ojo —diagnóstico, tratamiento, fracaso del tratamiento.

Pero a pesar de sus impecables estadísticas de béisbol y a pesar de la suave amistad de sus pares y a pesar del consuelo de la oscuridad nocturna en compañía de una de las tres personas a quienes quería, Lyle, cargado de su secreto, solía sentirse muy tristemente solo.

Cuando tenía dieciséis años empezó a pasar las mañanas de domingo con su profesora de biología del año anterior. Se acercaban en coche a una reserva natural y luego recorrían a pie los senderos. Y luego un domingo, durante un imponente chaparrón, la profesora le propuso que olvidara la naturaleza por un día. La mujer tenía cuarenta años, la edad ideal para aliviar a un chico sensible de su virginidad, satisfaciendo de paso su curiosidad. Lyle observó que sus aréolas no eran sepia, como decían las novelas, sino de un palpitante rosa rojizo malva... Esta generosa mujer sería despedida sin juicio si su generosidad llegara a conocerse —Lyle lo sabía, y se daba cuenta de lo desmedidas que eran las normas que pretenden protegernos a unos de otros—. Pero Lyle estaba acostumbrado a callarse las cosas, y desde luego que nunca traicionaría a la señora Lapidus. Sus expediciones domingueras continuaron —por la reserva natural, si hacía sol, y en la cama, si no.

Compartió su secreto con ella, que tampoco lo traicionaría a él.

—Pues qué guay, oye... —dijo ella, volviéndose a mirarlo, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y el codo en el colchón.

—¿Guay? Es una desgracia.

—¿Sí? Para mí es una oportunidad. Piensa en las cosas que puedes hacer con esos ojos tan especiales. Detectar falsificaciones artísticas.

Él le pestañeó.

—Podrías ver la diferencia entre la pintura de Rembrandt y la falsa pintura de Rembrandt —le explicó ella.

Y en otra ocasión le dijo:

—Podrías identificar sustancias alteradas. Trazas de pesticidas prohibidos.

—O localizar las fallas de una roca —aportó él con todo entusiasmo.

—O percibir una huella de maquillaje en el hombro de *tweed* de un

hombre.

—¿Cómo?

Ella le explicó que los adúlteros, por lo general, trataban de mantener ocultas sus actividades, y que sus engañados cónyuges solían contratar detectives a tarifas muy elevadas. Y durante otro domingo lluvioso la profesora sugirió que Lyle podría identificar el pescado que incluyeran con otro nombre en la carta de un restaurante tramposo.

—Y a veces sirven sesos haciéndolos pasar por mollejas, o al contrario, quizá. Podrías llevar malhechores ante los tribunales.

Él no contestó. Estaba mirándole los pechos otra vez. Las aréolas eran malva, sí, pero más bien por contraste con lo que él había percibido como piel amarillenta; y cuando alzó la mirada vio que las escleróticas estaban cuajándosele. Prever la llegada de un desastre..., no era para eso para lo que él quería utilizar su don.

—¿Harías una cosa por mí? —logró decir.

—Cualquier cosa —confesó ella.

—¿Podrías pedirle a tu médico que te hiciera una resonancia magnética del abdomen?

—¿Para qué? No me pasa nada.

—Y una biopsia del páncreas —dijo él, y se echó a llorar.

V.

Otro año. Y, luego, una tarde de agosto, Marcus salió del laboratorio y se encontró a Lyle practicando el tiro a canasta él solo.

—Tengo una historia que contarte —dijo Marcus.

—De acuerdo.

Cuando Lyle estaba leyendo, las letras negras a veces se estremecían en la página. Pero cuando escuchaba, sus ojos cerrados hallaban una especie de descanso tras los retazos cereza de sus párpados.

—Es un cuento jamaicano —dijo Marcus.

—Ah, bueno, de Anansi.

—Anansi interviene. Pero es sobre un hombre joven.

Se sentaron en el suelo, sujetándose las rodillas con las manos y apoyando la espalda contra el tronco de un haya, como si estuvieran en un pueblo del Caribe recostados contra un guango.

Marcus empezó:

—Había una vez un joven que nunca era feliz si no estaba entrometiéndose en cosas de las que otras personas no sabían nada. Cosas que ocurrían de noche, sobre todo. Quería que los secretos se desvelaran ante sus ojos. Fue de hechicero en hechicero, rogando a cada uno de ellos que le abriera los ojos, pero no encontró ayuda en ninguno de ellos. Al final llegó a Anansi. Tras escuchar al joven, la araña le advirtió:

»—Hijo mío, la mayor parte de los descubrimientos no traen felicidad, sino infortunio. Son muchas las cosas que permanecen adecuadamente ocultas a ojos de los hombres. El exceso de conocimiento mata la alegría. De modo que piénsate bien lo que estás haciendo, o algún día te arrepentirás. Pero si no quieres aceptar mi consejo, yo puedo enseñarte los secretos que tanto deseas poseer.

»—¡Por favor!

»—Mañana por la noche debes acudir al sitio donde, una vez cada siete años, el rey de las serpientes reúne su corte. Yo te diré dónde es. Pero recuerda lo que te digo: la ceguera es el mayor bien del hombre.

»Aquella noche el joven partió hacia el páramo vasto y solitario que pertenecía al rey de las serpientes. Vio una muchedumbre de montículos inmóviles bajo la luz de la luna. Se agachó detrás de un arbusto. De pronto, un resplandor luminoso surgió en mitad del páramo. En ese mismo momento todos los montículos empezaron a retorcerse, y de cada uno de ellos salieron miles de serpientes que se encaminaron directamente al resplandor. El joven vio una muchedumbre de serpientes, grandes y pequeñas y de todos los colores, juntándose todas en una gran piña alrededor de una serpiente enorme, de cuya cabeza brotaban luces y colores. El joven vio una brillantez normalmente negada a los ojos mortales. Vio iridiscencia, bioluminiscencia, adularescencia, opalescencia. Luego la escena se desvaneció. Él volvió a su casa.

»Se pasó el día siguiente contando los minutos que faltaban para que fuera de noche y regresar al bosque. Pero cuando volvió al lugar especial, encontró un páramo vacío; gris, gris y gris. Volvió muchas noches, pero no vio los colores. Tendría que esperar otros siete años.

»Pensaba día y noche en los colores. Dejó de preocuparle cualquier otra cosa del mundo. Enfermó por lo que no podía poseer. Y murió antes de que transcurrieran los siete años, sabiendo que en fin de cuentas Anansi le había dicho la verdad al afirmar que la ceguera es el mayor bien del hombre.

Pasado un rato, Lyle dijo:

—Pero, papá, no la ceguera total...

—No. No hay que entender las fábulas literalmente. Estar libre de supervisión... sobrevisión... hipervisión...

—Libre de segunda vista —añadió Lyle—. ¿Puedo yo tener esa libertad?

Se volvió hacia Marcus. Sus particulares ojos, de un marrón no particular, parecieron aumentar un poco de tamaño: le habían entrado lágrimas procedentes de los conductos.

Marcus le puso el brazo en el hombro al chico, arañándose profundamente el codo en la corteza del árbol.

—Creo que sí.

A la semana siguiente Marcus se presentó a cenar con un par de gafas —sin montura, con patillas de alambre—. Las lentes estaban compuestas de cientos de poliedros diminutos.

—Prismas —dijo Pansy, y siguió sirviendo el *lapin aux pruneaux*.

—Prismas intrincados —refinó David, que ya vivía con la familia. Había acabado por sentirse a gusto con su condición de soltero y su introversión; era incluso locuaz, a veces.

Marcus se volvió hacia Lyle.

—Son para ti —dijo, y le tendió las gafas al chico—. Póntelas cuando quieras.

—Te proporcionarán un tipo de visión diferente —dijo David—. Y, Lyle, no pasa nada ni no te gustan.

Lyle no se las puso dentro de casa. Salió al césped, con su imponente haya y sus arbustos florecidos. Miró en derredor y vio la habitual escena veraniega de mil colores —normal para él, en cualquier caso, aunque tenía claro que era suya en exclusiva—. Ahora quizá conocería una normalidad conflictiva. Se puso las gafas.

Fue como si alguien hubiera apagado la luz o como si una nube muy espesa estuviera pasando por delante del sol. Casi todas las criaturas ven las cosas con menos brillantez en la oscuridad, eso le constaba. Él veía las cosas con menos brillantez. La casa, hecha de piedras planas, era gris. Puede que ese gris contuviera algún dorado. En el revestimiento verde del laboratorio, cada listón presentaba un verde ligeramente más oscuro que el de debajo. El haya era una combinación de marrón y rojo. Los geranios eran de una tonalidad magenta —una sola tonalidad magenta—. Se miró la piel. Tostado uniforme. Miró el cielo. Azul, oscureciéndose lentamente —venía ya el crepúsculo—.

Azul oscuro.

Entró en la casa.

—Me gustan las gafas.

—¿Y los colores? —preguntó Marcus.

—Más apagados. Muchos menos. Sin movimiento. La perspectiva se percibe peor. Las cosas solo parecen tener un ligero toque de tercera dimensión. Me gusta la... disminución. Ahora tengo dos modos de ver. Gracias, papá. Gracias, David. Me habéis hecho un regalo maravilloso.

—Te hemos proporcionado elección —dijo Marcus—. Un regalo siempre ambiguo.

Lyle dijo de pronto:

—¿Y las arañas? ¿Cómo es la visión de las arañas?

David dijo:

—Las arañas, en general, tienen ocho ojos situados en dos filas en la parte frontal del caparazón. Los ojos presentan un aspecto plateado. Las retinas son mosaicos de células receptoras de teselas relativamente gruesas, y su resolución de las imágenes es...

—Pobre —dijo Marcus, poniendo fin a la conferencia de David y contestando al mismo tiempo a la pregunta de Lyle.

Lyle llevaba puesto su regalo todos los días, todo el día, hasta que se iba a la cama; e incluso entonces solo se quitaba las gafas cuando ya había apagado la luz. A sus compañeros de clase no les llamaron la atención las gafas —al fin y al cabo eran adolescentes no interesados en mucho que no fuera ellos mismos—. Pero la nueva y común visión de Lyle le proporcionó nuevos y comunes modos de comportarse. Ya no se quedaba mirando al vacío, su conversación se hizo menos dificultosa. Las chicas lo llamaban por teléfono. Participaba en más actividades. Marcus y David le hicieron gafas de sol, y de natación, y de ciclista, y protectores para el laboratorio de química. Le hicieron un par de quevedos que se puso para una fiesta de Halloween, junto con un cuello duro y una levita y una barba postiza. «Chéjov», explicó. Se apuntó al club de ajedrez. El club se reunía los domingos por la mañana. Él tenía libres los domingos por la mañana. La señora Lapidus acababa de fallecer.

En el laboratorio, Marcus y David estaban ahora construyendo grandes angulares microópticos. Las lentes podían implantarse —y se implantaron, tras las pruebas adecuadas— en el ojo del paciente. Hicieron nuevas herramientas para fotografía y tomografía. Hicieron injertos corneales. Pansy llevaba los

aspectos comerciales de la empresa, con cinco personas a sus órdenes. Lo mucho que había aprendido sobre los trucos del juego doble entre el ojo y el cerebro la convirtió en una experta en ilusiones ópticas convencionales, para luego diseñar unas cuantas de su propia cosecha, con las cuales engatusaba a los gemelos que habían tenido Marcus y ella. («Tienen el cutis color Bisque Vidriada», dijo Lyle de sus hermanos, recordando la vieja rueda de color.) Pansy puso en marcha un proyecto paralelo de venta de juegos que ella misma creaba. Algunas de sus complejas invenciones las utilizaba en las fiestas de cumpleaños de los gemelos, que montaban en una sala añadida del laboratorio. Los amigos de los chicos penetraban en un universo ilusorio durante media hora, para luego devorar el helado de boniato que hacía Pansy y que sí era real.

VI.

A los dieciocho años Lyle fue admitido en St. John. Tenía muchas ganas de leer a los Grandes. El día anterior al de su partida hacia Annapolis, una espesa niebla otoñal envolvió Godolphin y solo Godolphin —en Boston lucía el sol—. Lyle pensó que era un regalo de graduación que le hacía Anansi. Bajó al río. Ahí descansaba la niebla, suave y descolorida. Lenta, decididamente, se quitó las gafas.

Niebla. Seguía siendo niebla. Luego, gradualmente, volvieron los colores, llenando los trozos sueltos de la humedad. Según las leyes físicas, cada gota debería haber contenido un arcoíris —pero no, en esta víspera de su marcha, las gotas, dirigidas por la araña, infringían las leyes, generando una tonalidad singular para placer de Lyle, creando en conjunto un universo de colores—. Púrpura más profundo que el de los lirios, con encajes de yema de huevo. Bronce rayado de latón. Vio un índigo de carne infectada, vio el reluciente fucsia de las bacterias atacantes, vio el naranja de las arrugas de viejo que esperan invisibles en los brazos jóvenes y tersos. Sí, todos los colores, en todas sus jaquecosas variantes, colores como habían sido antes.

Sus gafas de fábrica humana, sus anteojos trucados, le habían hecho la vida menos penosa, pero a un precio. Le habían arrebatado este viso de azul azul violeta calando el azul azul violeta violeta apretándose en azul violeta violeta violeta con ansias de trocarse en sombra. El color vainilla hostigando los papiros vecinos. Había musgo que ocultaba como una madre sus retoños

de verdes múltiples. Había serpientes nacaradas retorciéndose, ligeramente nauseabundas. Son muchas las cosas que permanecen adecuadamente ocultas a ojos de los hombres, le había dicho Anansi... Una cuchillada de verde amarillento le recorría la visión desde arriba a la izquierda hasta abajo a la derecha, con ambos cortes quedándosele en las retinas, tan malditas, tan benditas. En la intersección de ambas diagonales en este quiasma verde amarillento descansaba un óvalo, en lo más hondo del cruce, porque claro está que la niebla en que estas formas y colores residían estremecidos era tridimensional o quizá tres y medio dimensional, y también se movía, con las gotas de color lanzándose unas contra otras en una orgía cromática. El óvalo de dentro de la X verde amarillenta tenía escamas de hexágonos superpuestos de un turquesa casi transparente —tenía que haber habido cientos de turquesas, cada uno diferente del anterior en muy poco, tan poco, sí, pero en lo poco, diferente—. *¿Cuál es tu color favorito?*, solía preguntar la gente, como siempre les preguntan a los niños. Rojo, contestaba él, adivinando ya entonces que la gente no tenía ni idea de la cantidad de rojos que había: una nube en la puesta de sol, una nube en la salida del sol, sangre de un rasguño, sangre de la nariz, un gato atropellado, la piel moteada de un tomate, con todos los rojos nadándole dentro... Se preguntó, no por primera vez, que quién habría sido su padre original.

Se puso otra vez las gafas. La niebla volvió a la niebla, niebla corriente, niebla en cada una de cuyas gotas se curvaba lo que la gente llama el espectro, una mísera cantidad de colores. Esta visión no era una realidad más auténtica que el esplendor de unos minutos antes; tampoco menos auténtica. La verdad no tiene nada que ver con el testimonio de los ojos. Lo que él veía no era simplemente lo que los demás veían. Lyle eligió la visión limitada; pretendía vivir en este mundo como un hombre corriente. No volvería a quitarse las gafas.

Flores

En una luminosa mañana de febrero, Lois y Daniel estaban leyendo en su salón monocromático —paredes grises, alfombra gris, muebles grises—. Era la típica habitación que podía calmar un ataque de pánico, o causarlo. Scriabin lanzaba desde el estéreo un gatuperio de notas.

El timbre de la puerta interrumpió al orate ruso. Daniel estaba aún en bata y zapatillas —era su día sin seminarios que dirigir ni horas de despacho que cubrir—. Lois atendió la llamada. Ya estaba vestida: pantalón tubo, camiseta, chaqueta, todo negro. Variantes de este uniforme en diversos colores oscuros colgaban en su armario como una cola de hombres pacientes. Aún no se había puesto los zapatos. Pero incluso descalza le sacaba un palmo al adolescente desgarbado de la puerta, aunque la ofrenda de gladiolos que le puso en la mano se alzara por encima de ambos.

—«Señora de Daniel Bevington» —leyó el muchacho de un sobre amarillo. Lois asintió—. Hay una nota —dijo el chico, y se retiró corriendo a una furgoneta que había aparcada encima de la acera, con el rótulo de la floristería.

Daniel, tan silencioso como siempre, había seguido a Lois hasta la puerta.

—¿Tenemos un jarrón lo suficientemente grande?

—No.

La verdad es que en los gladiolos no se puede hundir la nariz, pero ella lo intentó. Mientras, con las botas puestas, por la nieve, Daniel se encaminó al garaje. Ella lo siguió, aún descalza, con las varas moradas en la mano. Él recorrió con la vista el pulcro interior del garaje, escogió un cubo de goma alto y color tierra y lo puso bajo un grifo exterior para lavarlo. Luego lo llenó hasta la mitad de agua. Lo situó en el suelo y volvió al salón, con Lois todavía detrás, con los pies poniéndosele azules. Daniel desplegó en el suelo la sección de automovilismo del periódico, delante de la librería. Regresó a buscar el cubo de goma. Lois pasó a la cocina.

Colocó las flores en la mesa de la cocina y aflojó el envoltorio. Sacó la nota de entre los tallos. *Feliz día de San Valentín, decía. Te quiero, Daniel.*

Volvió al salón, ahora con los gladiolos en horizontal, en los brazos.

—¡Daniel! Qué adorable de tu parte. Qué adorable.

Metió las flores en el cubo de goma.

—Me alegro de que te gusten —dijo él, mirándola desde abajo, sonando joven por un momento, más joven que sus gemelos ya en la Universidad, más incluso que el repartidor, que seguramente habría pensado huir de una casa de luto.

—¿Gustarme? Me encantan —dijo Lois. *Sobre todo porque no estoy muerta de verdad*, añadió en silencio. Se acercó a donde estaba sentado Daniel y le dio un beso. Era la primera vez que le había enviado flores desde el parto.

Daniel notó que Lois tenía los ojos extrañamente brillantes.

Volvió a sonar el timbre.

Esta vez, la furgoneta era de la floristería de una localidad vecina. Otro adolescente dijo: «¿Lois Bevington?». Le tendió doce rosas altas, color sangre, en su propio recipiente.

Lois colocó este regalo en la mesa de centro. Daniel se situó de pronto a su lado.

—Cielos —dijo.

—Cielos —dijo ella haciéndole eco. Palpó el pequeño sobre rosa antes de abrirlo. Él interpretó la tardanza como una invitación a situarse aún más cerca. Ella al final sacó la tarjeta. *De alguien que ama*, decía. Sin firma. Las palabras estaban impresas por ordenador.

—Century Gothic —identificó él—. A mí también me ofrecieron el teclado. Podría haber elegido esta tipografía o cualquier otra. Pero utilicé mi pluma.

—Prefiero la escritura a mano —dijo Lois en tono serio.

Volvieron a sus asientos, pero no a sus lecturas.

La tercera camioneta pertenecía a una conocida floristería de Boston. La repartidora era una mujer de mediana edad.

—¿Bevington? —dijo.

De nuevo a la cocina, ambos. Estas flores brotaban en erupción de un cuenco poco profundo. La complicada cinta y el celofán brillaban como lágrimas y al principio estorbaron la identificación, pero cuando Lois cortó la cinta y quitó el celofán, una avalancha de esplendor les alcanzó los ojos. Las flores eran casi todas lilas blancas, pequeñas, con añadidos sueltos de brezo y de algo muy azul. Lois llevó el cuenco al salón y lo colocó encima del piano. Un sobre cayó al suelo. Lo recogió Daniel, como si el regalo fuera para él.

Pero era para *Lois*, en letra redonda, quizá para disimular la caligrafía, quizá para mayor legibilidad.

—Ábrelo —dijo Daniel en un ladrido improbable—. Por favor —corrigió. Ella extrajo la tarjeta.

En esto consiste el amor: en que dos soledades se protejan y se toquen y se acojan.

Ninguno de los dos supo identificar la cita. Juntos en el sofá gris, consultaron su diccionario de citas de Bartlett. El origen era una carta escrita por Rilke.

—No puedo creer que Rilke te haya enviado estas lilas —dijo Daniel—. Ni los tulipanes.

—Son rosas —musitó ella.

—Rosas. No vienen de un poeta muerto.

—No —dijo Lois, pero si con ello quiso expresar acuerdo o desacuerdo, o vamos a dejarlo... quedaba a juicio de cada cual.

Para comprender este súbito florecimiento de un salón sin adornos, hemos de retroceder un mes en el tiempo y medio kilómetro en el espacio: hasta la noche en que McCauley Bell eligió el menú para la fiesta de quincuagésimo cumpleaños que le iba a ofrecer a su mujer, Andrea. A Lois la habían contratado para atender el cáterin. Aguardaba en la desmesurada cocina, intimidada ante la entrevista. McCauley Bell era cardiólogo y, por consiguiente, no toleraría la carne, los quesos blancos, el paté. Pondría el veto a su tiramisú, marca de la casa, del que bastaría un bocado para matar a cualquiera genéticamente predispuesto. Seguramente pediría ensalada de frutas y galletas sin sal.

Pero resultó ser un sesentón panzudo con una voz tan rica como la *frivolité* de siete pisos que preparaba Lois. Le ofreció una rebanada de *frivolité*, y luego otra. Él señaló que deseaba servir a sus invitados exactamente lo que a ella le gustara más hacer, como encargada del cáterin. Aceptó todas sus letales sugerencias, excepto el queso brie *en croûte*; explicó que tenía relación con un productor de queso que de vez en cuando le suministraba unas ruedas muy especiales de Camembert.

—¿Y le raspa usted las arterias de vez en cuando? —le preguntó Lois.

Él le sonrió.

—Eso es cosa de los cirujanos.

Curiosamente, al cardiólogo le caía muy bien aquella mujer tan huesuda. Parecía costarle trabajo sonreír —¿era quizá por la ligera maloclusión? ¿Nadie le había contado lo atractivos que resultaban sus dientes de conejo?—. Sabía que estaba casada, pero sospechó que no suficientemente atendida.

—Sí —dijo Andy más tarde, en casa. Había seguido un curso de cocina dirigido por Lois (Sopas Dulces y Tartas Picantes) y había entablado una de sus amistades de poco calado con la larguirucha profesora. Habían ido juntas a *Los piratas de Penzance*. «El marido anda por ahí de pesca y ella no sabe cómo amarrarlo. O eso me parece a mí. Es profesor de álgebra, o algo parecido.» De hecho, Daniel Bevington era un matemático mundialmente famoso, pero McCauley no molestó a Andy con esa información. «Lois sabe cómo sacar partido de los ingredientes, hace combinaciones que nunca se le ocurrirían a uno. Melón con chiles, por ejemplo.»

La noche antes de la fiesta, los Bevington llevaron aperitivos y pastas a la permanentemente desordenada cocina de los Bell. Lois abrió el frigorífico que McCauley y Andy acababan de vaciar aquella misma tarde. Los Bevington dispusieron las bandejas en el interior del frigo, por turnos, sin tropezarse nunca. Luego, Lois y Andy recorrieron la planta baja comentando entre ellas el mejor emplazamiento para el bar, las varias rutas desde la cocina a otras estancias, el hecho de que el pianista podía tocar casi cualquier cosa con tal de que lo mantuvieran suficientemente borracho.

McCauley observó cómo conferenciaban ambas mujeres, con la blanda belleza pecosa de Andy frente al perfil de Lois. El dulce toldo de su labio superior no le cubría del todo los dientes sin corregir a la encargada del catering. Su marido seguía en la cocina, mirando por la ventana. Era probable que hubiese conejos en el jardín trasero; incluso coyotes. Los conejos, con sus rapidísimos corazones, 335 pulsaciones por minuto en algunos casos, pueden entrar en *shock* cuando se les acerca un coyote: muy cómodo para el predador. Pero McCauley comprobó, al aproximarse él también a la ventana, que ahora mismo no había conejos. El matemático estaba mirando alguna otra cosa, los abedules, quizá, blancos como la nieve... El pulso del hombre se sitúa normalmente entre las setenta y las ochenta pulsaciones. McCauley calculó que serían más lentas que rápidas.

Se posicionó en el comedor para poder ver al mismo tiempo al marido en la cocina y la mujer en el salón. Él ya sabía que la encargada del catering era

competente y digna de confianza, y que seguramente sería una verdadera maestra de la renuncia, algo que suele observarse en las personas que cocinan para ganarse la vida: sabía que su obligación era no probar sus creaciones más que en la cantidad suficiente para verificar su mérito, sin dar plena satisfacción al apetito. Pero sí poseía esa veta inventiva que Andy había comentado. McCauley sacudió su gorda cabeza. ¡Los demás! ¡Los matrimonios de los demás! También a él podría considerársele imperfecto como marido: nunca se fijaba en la ropa, y no hacía una cama ni por asomo. En cuanto a Andy: se sepultaba en novelas vacías de todo contenido, estaba siempre hablando por teléfono, le hacía trampas a la gente. *Todo perdido. Vuela:* en una ocasión le telegrafió este mensaje a su primo, importador de vinos; y el tipo se ausentó de la ciudad durante una temporada... Se olvidaba de comprar papel higiénico y de recoger sus camisas y de quejarse a la compañía eléctrica por la factura. Pero McCauley apreciaba su carácter tolerante y sus brazos siempre dispuestos y su generosa pechera y su risa ligera cuando él alcanzaba su máximo —aún era capaz, aunque las pulsaciones poscoitales se hubieran hecho más irregulares y tardara mucho más en recuperar el aliento—. Luego, Andy volvía a reír, de nuevo con ligereza, mientras la lenta detumescencia de su marido la llevaba hasta su propio placer. Todas las parejas tienen sus peculiaridades. De pronto le entraron ganas de deshacerse de ese par de flacos que lo habían invadido para desempeñar su tarea con toda competencia, como dos bailarines que conocen los movimientos del otro.

—Cariño —les dijo a Andy y Lois—. Creo que os estáis obsesionando con el pianista; basta con asegurarse de que los esbirros le tienen la copa llena.

Y luego, se deslizó hasta la cocina, con la barriga temblándole solo un poco, y le dijo al matemático, que seguía mirando por la ventana:

—No dejes de pasarte por aquí en primavera, a ver los trescientos tulipanes que planté el pasado mes de octubre, como el octubre anterior, como el octubre anterior al anterior. Muchos de los antiguos siguen saliendo. Cosas que nos hace la naturaleza.

Daniel no estaba mirando nada en el jardín trasero. Lo que hacía era recordar un episodio del que acababa de ser testigo. Fue corto e insonoro e invertido: lo había visto en el espejo negro de la ventana, superpuesto a la geometría del jardín. En aquel momento se hallaba en el mismo sitio que ahora, ahí de pie. Ya estaba acarreado todo el material. Su papel de burro de carga ya había terminado y ahora se encontraba en libertad. Lois estaba recolocando una bandeja de zanahorias esculpidas y varios cuencos pequeños

con condimentos. Los Bell estaban en el comedor, detrás de Daniel. Es decir: en realidad estaban detrás de él, sí, pero a hacer puñetas la realidad; estaban plantados ante sus ojos en mitad del jardín trasero. El brazo izquierdo de McCauley se deslizó sobre los hombros de Andrea. La mano derecha de Andrea también estaba ocupada, fuera del campo de visión, introduciéndose, sin duda, en el bolsillo trasero del marido, curvando los dedos en torno al puf que tenía por trasero. No se miraban, pero ella desplazó la cabeza un par de milímetros para rozarle las pestañas con el pelo, y él adelantó la cabeza para garantizar el resultado de la operación. Eso fue todo, un decoroso preliminar erótico reflejado en una ventana, pero él se sintió como si estuvieran hurgándole las entrañas con uno de los cucharones de madera de Lois. Se le nubló el entendimiento, primero por los celos y luego por un doloroso alivio, ya que ¿por qué envidiarle la despeinada mujer al gordo del cardiólogo, teniendo él su propia compañera, esa persona de suave voz que había pintado de gris todas las habitaciones de la casa y había agrisado también el resto de su vida, tal como él había querido, perfecta para ser contemplada? Había llegado incluso a desarrollar un interés por Scriabin. Pero esta consideración tiene que ser conmutativa, o debería serlo: ¿qué había añadido él al lado *de ella* de la ecuación?

Así, pues, tres días antes de San Valentín encargó los gladiolos.

Ah, ¿las rosas? Lois se las había enviado ella misma —por si encendían una llama, para avivarla...

¿Y las lilas? Se pagaron al contado en la floristería de Boston —Daniel y Lois, cada uno por su parte, le sonsacaron la información a la dueña—. Pero la buena señora no dijo nada más, seguramente porque no sabía nada más. Así, pues, Lois tuvo que conformarse con el descubrimiento de que el engaño que ella misma había urdido se había duplicado. Tenía, aparentemente, un admirador. No sería la primera vez.

Las entrañas de Daniel volvieron a retorcerse de ansiedad. ¡Otros dos ramos! Su mujer era tan deseable que personas desconocidas —desconocidas para él, en todo caso— le enviaban flores. Había que estar atento. Y si algo podía decirse de él era que tenía buena memoria, una voluntad fuerte y una decidida capacidad para seguir prestando atención cuando algo se la despertaba. Ciertas características no pueden modificarse —los números le interesaban más que ninguna otra cosa—, pero un afecto plantado de antiguo

en su corazón florecía ahora tardíamente. Cosas que nos hace la naturaleza.
Pasado un tiempo, Lois halló que le resultaba más fácil sonreír.

Al día siguiente de la fiesta de cumpleaños los Bell se fueron al Caribe, y allí seguían el día de San Valentín. Esa mañana, muy temprano, mientras Andy seguía durmiendo, McCauley se dirigió sin hacer ruido al despacho del pequeño centro turístico y recogió las camelias que había encargado y se tomó su píldora. Volvió a la cabaña y esparció los pétalos sobre la forma desnuda de Andy. Las cosquillas de esa ducha de seda la hicieron abrir los mismos avellanados ojos que a tantos hombres habían puesto de rodillas, algunos literalmente, y sonreír al que ella había elegido, y bajarse de la cama para ir al cuarto de baño, desplazando solo algunas flores. Volvió y se tendió sobre los pétalos y se abrió a su marido. Mientras él entraba, recordó las lilas que siguiendo un impulso había dispuesto que se le enviaran a su proveedora de cáterin y se preguntó si habrían hecho algún daño o algún bien o nada en absoluto, y luego —ah, amor mío cariño mío, jadeaba McCauley— dejó de pensar en las flores y se entregó a su tarea actual.

Comodidades

Amanda Jenkis estaba teniendo un poco de problema con su artículo, «Connubis».

—*No cannabis* —le explicó a Frieda, la chica de abajo—. ¿Crees que aún queda alguien dispuesto a leerse otra disertación sobre la hierba? A ver si creces.

—Hasta ser como tú, es lo que me gustaría —dijo Frieda, que tenía quince años, contra los veinte de Amanda—. ¿Qué es *connubis*?

Amanda dudó. Ben Stewart, con la oreja pegada desde el dormitorio, estuvo unos momentos sin poder oír más que el ruido que hacían colocando la vajilla. Amanda y él habían acordado que los platos le tocaban a ella y la colada a él. Ahora, a las cinco y media de la tarde, Amanda y su joven amiga estaban fregando los platos de la noche anterior, que llevaban todo el día apestando en el fregadero.

—*Connubis* —prosiguió Amanda—, un neologismo, se refiere a estar casado. O a estar como casado.

—Como Ben y tú —dijo Frieda.

—Más o menos.

Ben se preguntó por qué era tan cautelosa. No había duda de que estaban viviendo como casados, un arreglo convencional de lo más frecuente en estos tiempos. Lo único excepcional era la diferencia entre sus edades. Pero la diferencia eran unos meros diez años...

—De hecho —dijo Amanda—, yo no soy amante de Benjamin, sino hija suya.

—Para ya —suspiró Frieda.

—Su sobrina —se corrigió Amanda con suavidad—. Por matrimonio —siguió inventando—. Su relación con mi tía se deterioró considerablemente cuando se enamoró de mí. Nos fuimos. Ahora vivimos en el temor de que nos localicen. Si algún día se presenta aquí una mujer grande y con el pelo gris, llorando... La mujer de Ben, mi tía, tiene muchísimos más años que yo... Si se presenta aquí, le dices...

Hizo una pausa. Frieda quedó a la espera. Ben también quedó a la espera.

—¿Le digo qué? — dijo Frieda al fin.

—Que se vaya a esparcir sus vapores a otro sitio —dijo Amanda, en triunfo.

—¡Mandy! —gritó Ben.

Ella apareció en la puerta del dormitorio, con todos sus rizos, y ardorosa. En su camiseta ponía AUTEUR.

—Por favor, deja ya de meterle tonterías en la cabeza a la pobre Frieda — dijo Ben—. ¿Qué va a pensar?

Amanda se echó también en la cama y quedó tendida a su lado, apoyada en un codo.

—Descartará las tonterías y pensará lo que ya piensa. Que somos unos libertinos.

—Ah. Y ¿es eso lo que somos?

—No sé. ¿Qué es lo que somos, Benjy?

Ben se pensó la pregunta. Él, por su parte —oscuro, rechoncho, nacido en Brooklyn—, era una persona respetuosa. Respetaba especialmente a Amanda, a cuya honrada familia de Maine también respetaba. En tiempos, años antes, había amado a su hermana mayor, ya casada en este momento. Ahora amaba a Amanda, pero como por casualidad. Y esta descarada Amada... ¿qué era? Como mínimo, una excelente estudiante de Literatura. Le habría gustado que todos los chicos a quienes él daba clase hubieran sido igual de listos.

—Yo soy un conformista —dijo él, e ilustró sus palabras encestándole un pecho en una mano. Amanda se rio. Ben le puso la camiseta por mordaza, luego le hundió la barbilla en los rizos y se dio cuenta de que la réplica de Amanda estaba en el umbral. En la camiseta de Frieda ponía INSTITUTO DE GODOLPHIN, PROMOCIÓN DEL 82.

—Pero, Frieda, si tú ni siquiera vives en Godolphin —le lanzó Ben por encima de la cabeza de Amanda.

—La camiseta es de mi primo —dijo Frieda, con su habitual sonrojo.

Godolphin era la ciudad —una tajada de Boston, en realidad— donde Ben, que trabajaba en Nueva York, y Amanda, que cursaba sus estudios en Pennsylvania, habían decidido pasar el verano. Habían subarrendado un acogedor apartamento en lo más alto de una casa de tres plantas. En el primer piso vivía una pareja de ancianos, y en el segundo vivía la tía de Frieda, Rennie, una joven divorciada con un hijo en el campamento de verano. La tía agotaba sus fuerzas, día y noche, en su tienda de antigüedades. Frieda, por su

parte, era hija de Manhattan. Sus padres, especialistas ambos en historia del arte, estaban pasando el verano en Italia, y Frieda había preferido Godolphin a I Tatti, la villa que la Universidad de Harvard ponía a disposición de sus profesores en Florencia.

—Pues tu primo no reconocería su camiseta —le dijo Ben a Frieda, muy serio.

Amanda estaba otra vez de pie.

—Vente a la cocina con nosotras, Ben —dijo plácidamente—. ¿Te has pasado la tarde durmiendo?

Ben se levantó de la cama.

—Estaré con vosotras en un minuto.

Utilizó el cuarto de baño, luego se detuvo en el comedor. Amanda y él se habían acostumbrado a comer en la mesa redonda de la cocina, reservando la pesada mesa de roble del comedor para el trabajo. Sus dos máquinas de escribir, una a cada lado, parecían combatientes. Ambas máquinas estaban rodeadas de papeles y libros, en orden los montones de Ben, desordenados los de Amanda. No tenía intención alguna de ponerse a trabajar a esas horas, pero se sentó ante su máquina para quejarse.

Frieda tenía afición a las jambas de las puertas. Ahora permanecía en ángulo entre la cocina y el comedor.

—¿De qué escribes ahora?

—Hawthorne —dijo él—. La primera novela —amplió—. Titulada *Fanshawe* —resumió.

Frieda esperó un poco.

—Ah —dijo—. No he leído nada de Hawthorne.

—Hazlo cuanto antes.

—*Fanshawe*. Un libro con pretensiones de gótico —informó Amanda desde la cocina—. Pero la ambientación es excelente. Y hay un par de personajes más o menos cómicos. No me parece un mal escritor, Hawthorne.

—Muchas gracias de parte de Hawthorne —farfulló Ben.

—¿Qué piensas decir de *Fanshawe*? —preguntó Frieda.

—Ojalá pudiera contártelo —dijo Ben. Y era verdad que le habría gustado saberlo—. Pero la desconfianza es esencial en el estudioso. Las ideas tienen que nutrirse en el silencio oscuro de la mente, antes de poder sobrevivir a la luz resplandeciente del discurso. Cuando estén en condiciones de resistir tu inteligente análisis, te las revelaré.

Siguió en esta vena durante cierto tiempo, incapaz de detenerse. Al final,

Amanda lo llamó a cenar.

—¿Te quedas, Frieda? —dijo con su hermosa sonrisa—. Tu tía está en la tienda esta noche.

A Frieda no había que pedírselo dos veces.

En la cocina colgaba una planta que había estado en magnífica forma unas semanas antes. Los cuadros de labores de costura que había enmarcados en la pared eran obra de la señora Cunningham, a quien habían subarrendado el apartamento Ben y Amanda, por mediación de la tía de Frieda. El señor y la señora Cunningham, profesores ambos, se habían ido a Iowa a pasar el verano.

—¿Qué pinta tienen los Cunningham? —preguntó Amanda mientras servía la ensalada de atún.

—Yo llegué solo una semana antes de que se fueran —dijo Frieda, cautelosamente.

—Cuéntanos tus impresiones.

Frieda se aclaró la garganta.

—Pulcros y organizados y tradicionales.

—Con todos esos gatos de porcelana en el salón —manifestó su acuerdo Ben. Se sirvió una zanahoria—. ¿No podrías haber rallado esto, Amanda? Yo siempre rallo las zanahorias cuando me toca hacer la cena.

—Se me olvidó.

—Yo nunca me olvido.

—Pero sí te olvidas de tirar de la cadena del váter, muchas veces —le recordó Amanda con ternura.

Ben se dirigió a Frieda:

—Estoy convencido de que los Cunningham nunca discuten...

—No lo sé.

—... porque ella tiene su costura y él tiene su *Time*. Cuánta reciprocidad. El suyo es un matrimonio de dos mentes. ¿Te acordaste de coger unas cuantas fresas, Amanda?

—Cómete un pepinillo —dijo Amanda—. La reciprocidad es exactamente lo que yo trataba de poner en claro anoche. La reciprocidad no tiene la menor importancia en el matrimonio, Ben. Solo cuenta en los enamoramientos. En el matrimonio no tiene pitos que tocar esa aduladora gratificación mutua que acabas de ensalzar por... por...

—¿Inferencia?

—Inferencia sarcástica. La idea de mi artículo, «Connubis», es que...

—¿Aguantará esa idea el análisis? —preguntó Frieda—. ¿Sobrevivirá a la

luz del día?

—Ni que decir tiene que estoy empezando a comprenderlo: lo que generalmente se cree saber sobre la motivación del matrimonio se ha quedado anticuado. Como casi todo lo generalmente admitido. La gente ya no se casa por seguridad. La seguridad ya la pone el Estado de bienestar.

—Pero vivimos bajo el capitalismo —dijo Frieda.

—Eso os pasa a vosotros, los del instituto Brearley. El resto del país vive de las prestaciones sociales. De un modo u otro. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, la seguridad. La seguridad ya no cuenta. Y la gente tampoco se casa por el estatus, porque el matrimonio ya no lo otorga. Tampoco se casa en busca de satisfacción sexual, porque eso lo puede conseguir cualquiera en cualquier momento...

—Pues no me había enterado —dijo Ben, mirándola fijamente.

—... tanto en el matrimonio como fuera de él —siguió ella, con poca decisión.

—Entonces, ¿por qué se casa una persona? —preguntó Frieda.

Amanda sopesó la pregunta. Ben, mientras tanto, pensaba en la alegría conyugal de Hawthorne. Amanda contestó al fin:

—Hay dos razones aceptables para casarse. La financiera y la dinástica.

—¿Financiera? —dijo Frieda—. Acabas de decir que ya todos tenemos seguridad.

—Seguridad no es prosperidad.

—¿Dinástica? —se preguntó Ben.

Amanda orientó hacia él una de sus deslumbrantes miradas.

—¡Piénsalo! Para sacar adelante una familia la pareja no necesita pasión. Ni siquiera necesita ser compatible.

—¿Tienen que ser de distinto sexo? —preguntó Ben.

Ella hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Tienen que ser, como pareja, completos. Lo que quieran para sí mismos y su progenie tienen que aportarlo uno u otro. Si mi familia tiene influencia, más vale que la tuya tenga dinero. Si yo soy una persona de mundo, más vale que tú seas empático...

—Empático —dijo Ben.

—... y así sucesivamente. Nos escogemos unos a otros según las necesidades de la futura familia, más que por nuestros deseos personales. Esos los satisfacemos en otra parte... ¡el *mariage de convenance*! Es eso, en una palabra.

—En una frase —corrigió Ben—. El antiguo *mariage de convenance* no tenía nada que ver con el amor.

—Ni lo tendrá el nuevo —dijo Amanda.

Ben puso una larga mirada en su preciosa amante. ¿De veras pensaba todo eso? ¿O estaban ella y su compinche practicando algún profundo juego femenino? Él sabía que no iba a casarse con ella. Estaba orgulloso de ella, y disfrutaba con su compañía, pero no era lo que tenía en mente como *pareja* para toda la vida.

Amanda, por su parte, sostenía olímpicamente que lo estaba utilizando a él para que la guiase por los placeres terrenales. Del verano emergerían como amigos entrañables, nada más. Después de la Universidad pensaba embarcarse en una profesión aventurera. Viviría de palacio en palacio, pero también en el estiércol.

—«La vida está hecha de mármol y estiércol» —le había citado él en una ocasión, con suavidad.

—¿Hawthorne?

—Hawthorne.

—Pues tenía razón Hawthorne.

En algunos aspectos Amanda estaba tan verde como Frieda. Ahora, Ben, desde su lado de la mesa, miró aquellos dos rostros tan tiernos, el de Frieda, aún no definido, bajo una nube de pelo, el de Mandy, excitado. El baile de sus ojos indicaba que su nueva teoría era verdad revelada para ella. Ben comprendió que no descansaría hasta revelársela a los demás. Había sido una bajeza por su parte sospechar de falsedad inteligente en ella. ¡Ay, esa honradez de ella, tan yanqui! Y, ay, esa desconfianza de él, tan de Brooklyn. Qué mala alianza. Y ¿qué diablos estaban haciendo aquí, los dos, revolviendo el hogar de los Cunningham y sobreestimulando a la muy reverencial Frieda? Le hizo ruido el estómago, como protestando.

—¿Qué tenemos de postre? —preguntó formalmente.

—De postre —le dijo Amanda— no tenemos nada.

El verano siguió avanzando. Amanda iba todos los días a su trabajo de mecanógrafa en el semanario de Godolphin, la *Gazette*. Luego volvía a casa a trabajar en su artículo, que iba mejorando. Ben daba sus dos clases en la Universidad y luego volvía a casa a trabajar en *su* artículo. Frieda seguía merodeando por sus puertas.

«Connubis» pasó a titularse «Mariage de convenance». Amanda lo tenía planteado como una guía de costumbres matrimoniales de todos los tiempos para chicas inteligentes. Pero ya era un manifiesto, una llamada al sentido común.

—Si el matrimonio no otorga una ventaja —declaró una noche—, no debe emprenderse. La mujer nueva no ha de casarse por razones sentimentales.

—Creo que se está quemando la cena —dijo Frieda.

Mandy quitó la olla del fuego y sirvió las judías. Cuando ya estaban todos comiendo, prosiguió:

—La costumbre romana de la *concubinitas* quizá degradara la institución matrimonial, pero no degradaba a los partícipes. La *dignitas*, sin embargo, a pesar de su nombre, era explotación. De la mujer se esperaba que tuviera hijos, y tanto ella como los hijos quedaban bajo la *potestas* del varón. En cuanto al matrimonio fideicomisario de la Alta Edad Media, está reviviendo hoy en la muy mentada «familia extendida». Pero los currantes de la familia extendida no se dan cuenta de que el sistema fideicomisario implicaba venganza de sangre, compra de la novia y en algunas ocasiones el robo de la novia.

Silencio de sus compañeros de mesa. Al final, Ben dijo:

—Quita *currantes*.

—¿Por qué? Era por decir algo, sin más.

—Estás citando sin parar.

Una mano trazó una onda sobre su pelo.

—¿Ah, sí?

—Estas judías son un espanto —dijo Frieda.

Unidos por una vez, sus comensales la fulminaban con la mirada.

—Era hablar por decir algo —protestó Frieda—. Mirad, mañana por la noche cocino yo.

Pronto estuvo preparándoles el desayuno, además de la cena, levantándose temprano por la mañana para encender la cafetera. A Amanda y Ben les gustaba levantarse tarde. Frieda también hacía la limpieza. A Ben le gustaba que el apartamento estuviese limpio cuando él llegaba del trabajo. Todas las tardes se sentaba ante su polvorienta máquina de escribir con una sensación de vigor. Valiosas páginas empezaron a apilarse sobre la mesa junto a la máquina. Cada vez era mayor su benevolencia ante la primera novela de Hawthorne. El

propio gran autor había repudiado *Fanshawe* —incluso había arrojado a las llamas todos los ejemplares a su alcance—, pero él, el doctor B. Stewart, rescataría esa obra, pondría de manifiesto su condición de precursora, aunque fallida, de las obras maestras que luego vendrían. En las tardes aquellas era una ayuda saber que había un cuenco de fresas en el frigorífico y un buen trozo de tarta en la encimera. Frieda en persona nunca se metía por medio.

—Todas las hijas deberían ser como tú —dijo Ben una noche.

Frieda se ruborizó. Amanda le puso mala cara.

—Todas las hermanas pequeñas, quiero decir —dijo, y obtuvo la misma respuesta—. ¿Compañeros silenciosos? ¿Te consideras tú una muñequita mantenida?

—Una colaboradora —dijo Frieda.

—¿Igual que Phoebe en *La casa de los siete tejados*?

—Sí.

Había hecho los deberes.

Todos los viernes salían los tres por pizza y una película. Todos los martes Frieda iba con su tía a visitar a otra tía, y Amanda y Ben quedaban solos con sus propias diversiones. Se tomaban las ausencias de la chica con la misma buena disposición que su presencia. A veces hablaban de su devoción por ellos.

—Te adora —dijo Amanda.

—Te adora a ti —replicó Ben cortésmente.

—Nos adora a los dos. Mi exuberancia. Tu ingenio erudito. Es maravilloso que lo adoren a uno. Pero ¿qué va a hacer Frieda cuando vuelva a la avenida West End con los dos estetas que tiene por padres?

—La llamaré de vez en cuando —dijo Ben—. Me acercaré desde el Village y la llevaré a algún concierto. Luego la invitaré a tomar un té, como si fuera su tío.

—¿Dónde? —preguntó Amanda.

—En el Patio de las Palmeras del Hotel Plaza —dijo el efusivo Ben.

—¿Harías verdaderamente eso por Frieda? —le preguntó Amanda, sin celos.

Eran las doce de la noche. Acababan de hacer el amor. Mandy, en camisón largo, estaba sentada en el balancín del porche, contemplando el paisaje callejero a la luz de la luna, casas de tres plantas, cada una con su arce. Ben le dio un beso, luego se puso en pie de espaldas al panorama y se apoyó contra la barandilla.

—No sé si verdaderamente haré algo por Frieda.

Bostezó.

—No veo más allá de este momento.

Pero no era cierto. Estaba mirando más allá de este momento en este momento. Mirando a la joven repantigada frente a él, veía claramente otra versión de la misma joven, con gorra y *blazer*, como correspondía a una alumna de colegio universitario. Los arcos amarilleaban. Amanda decía adiós con la mano. También se vio a sí mismo, adecuadamente trajeado, regresado a Nueva York y a la trabajadora social intensa y exoftálmica que el destino sin duda le tenía en reserva. Gimió.

—Siempre seremos amigos —le prometió Amanda conmovedoramente.

* * *

Le llegó a Ben el turno de dar conferencias a la hora de cenar.

—Hawthorne poseía una visión sorprendentemente lúgubre de la vida, teniendo en cuenta lo muy convencional de su aposentamiento. Esa esposa tan servicial, esos hijos tan devotos. Pero su punto de vista no deja de ser trágico. Sobre todo en *El fauno de mármol*, con su argumento de asesinato y paganismo, su tema de pecado y sufrimiento, acaso...

—¿Esposa servicial? —resopló Amanda—. Sophia Hawthorne era una maricona, si quieres que te diga la verdad. Dejarlo regodearse en el amor libre en Brook Farm mientras ella lo esperaba tan soltera en Salem.

—No hay indicación de irregularidad sexual en los documentos de Brook Farm.

—Lo leo entre líneas.

—Nathaniel se consideraba salvado por su matrimonio.

—Sophia se sabía hundida.

—Estuvieron en Italia, ¿no? —dijo Frieda—. Qué par de memos. Por favor, poneos un poco más de bullabesa.

A Ben se le pasó por la cabeza seguir discutiendo, pero optó por la bullabesa. Los insolentes comentarios de Mandy servían para arrojar luz sobre las novelas, en las que los plácidos acuerdos del interior de la casa se veían amenazados por la turbulencia exterior. El orden moral solo podía verse alterado lejos del hogar. Ello parecía especialmente cierto en *Fanshawe*, que ahora se le manifestaba como un cuento moral: el constante triunfo de la continuidad doméstica sobre la pasión desbocada. Por las tardes, instalado en

el comedor de los Cunningham, Ben percibía lo acertado de su posición. En su lugar confortable le resultaba posible contemplar a los demonios de Hawthorne con detenimiento y dureza. La limonada de Frieda también contribuía.

El verano tocaba a su fin. Ya tarde, una cálida noche de agosto, Ben y Amanda estaban en el porche bebiendo vino y mirando las estrellas por encima de las casas de tres plantas. Amanda ocupaba el balancín, Ben la tumbona.

Se mantuvieron en silencio un rato. Luego:

—Hemos sido felices aquí —empezó Amanda.

—Últimamente no hemos sido desgraciados —concedió Ben.

—Tan felices —volvió a decir ella.

Él se abstuvo de más comentarios.

—Pero ¿te molestaría muchísimo si yo me marchara antes de lo que teníamos previsto? ¿Digamos antes del fin de semana del Día del Trabajo? Porque tengo una invitación.

Él se examinó el corazón. Tenía que sentir una punzada en alguna parte.

—¿Una invitación? De ese borrico egocéntrico con quien te ves en clase, supongo. ¿Ha vuelto del extranjero?

—Su familia tiene la casa más preciosa de Martha's Vineyard. ¿Te molestaría mucho, Ben?

Bueno, ¿le molestaría? Los ojos de Amanda le lanzaron destellos. Ay, qué encantadora.

—Me importaría un poco —dijo Ben sin mentir—. Pero yo también tengo una invitación para Fire Island —mintió—. O sea que vete, cariño.

—Siéntate aquí a mi lado —le llegó la suave voz de Amanda.

Él halló su camino hasta el balancín. Le pasó un brazo por los hombros.

—«Lo que hicimos tenía su propia consagración» —musitó, de *La letra escarlata*.

—Pobre Hester.

—Sí que hemos sido felices aquí —dijo él.

—Como un matrimonio de toda la vida —dijo ella.

—O un hermano y una hermana.

—Es lo mismo. Los mejores matrimonios tienen un acusado componente incestuoso.

—¿Ah, sí? —le murmuró él a un lado del cuello.

—Sí. Los mejores matrimonios tienen complementariedad en lugar de

similitud. Los mejores matrimonios tienen un sentido del pasado además del futuro. Los mejores matrimonios...

—Los mejores matrimonios —dijo Ben, súbitamente inspirado— tienen doncella.

Frieda detestaba llorar. En vez de hacerlo, estaba preparando un pastel Reina de Saba.

—Yo pensaba que os casaríais —se lamentó en voz alta—. Y ahí estáis, separándoos. Me habéis fastidiado el verano.

—Chist —dijo Amanda—. Ben está intentando trabajar.

Ben, desde el salón, agitó las llaves para manifestar su acuerdo. Luego siguió pendiente de lo que decían ellas.

—... locas en la familia, y determinados trastornos hereditarios en la de Ben —explicaba Amanda—. Gingivitis, cosas por el estilo. No, no, habría sido imposible. Por no decir ilegal, dado que Ben ya está casado con mi tía.

—Que te den por saco —dijo Frieda.

—El apartamento está estupendo —prosiguió Amanda—. Espero que los Cunningham lo agradezcan. Nosotros, desde luego, sí. Te echaremos de menos.

—¿No os echaréis vosotros de menos?

—Ay, sí, demasiado —dijo Amanda, obligando a Ben el enseñante a gritar:

—¡Más allá de toda medida!

Tras lo cual se precipitó a la cocina y con promiscua alegría abrazó a ambas primas.

El truco del sombrero

—Los chicos son tan chicos —se lamentó Marcie—. Adolescentes, apresados en la latencia, infantiles.

—¿Neonatales? —dijo Sallyann.

Marcie la ignoró.

—Ay, un hombre experimentado. Edad mínima, veinticinco años. Los demás que vayan haciendo méritos.

Estaba tendida en el suelo, mirando la lámpara del techo. Su resplandor hacía que el porche pareciera un cubo ámbar, flotando solo en la noche. La madre de Sallyann deseaba que el cubo se desprendiera de la casa; de la ciudad de Godolphin; del estado entero de Massachusetts; del globo. Deseaba que el porche y sus cinco pasajeras, ella incluida, zarparan en dirección a Ningún Sitio, o al menos a Algún Otro sitio...

—Me encantaría un pianista —decía June, haciéndose vibrar el muslo desnudo con los dedos. Ella, por su parte, tocaba el chelo—. Las sonatas para piano y violonchelo de Beethoven —explicó—. Y Dvořák...

Desde el crujiente y viejo balancín habló Helen.

—Yo quiero que... me cuiden —dijo. Su voz era titubeante: la dependencia estaba ya pasándose de moda.

—Mi pareja ideal —dijo Sallyann, haciendo una pausa para mayor efecto, quitándose las gafas, volviendo a ponérselas— hablará francés, criará caballos, resolverá paradojas matemáticas en sus ratos libres y escribirá poemas poniendo especial atención en la métrica.

La madre de Sallyann pensó que estaban embriagadas. Eran invasoras. Las había a cientos, a miles...

Pero de hecho eran cuatro, su hija entre ellas; y estaban bebiendo té helado sin adulterar. Ella misma había preparado el té. Estaban comiéndose unas galletas que también había hecho ella, aunque Marcie se limitaba a mordisquearlas, habiendo antes declarado que la materia grasa era un invento del demonio y que podía echarle a perder la cintura para siempre. La cintura de Marcie medía cuarenta y seis centímetros.

Helen, estrecha de hombros y ancha de caderas, se iba comiendo una por una las galletas, lentamente, sin quejas.

June masticaba y masticaba.

Sallyann solo bebía a sorbitos.

Su madre suspiró. Por supuesto que tan núbiles criaturas no estaban borrachas —no de bebidas espirituosas, en todo caso—. Habían caído por allí procedentes de una película de verano que terminaba en boda, y venían embriagadas de su renovada fe en el Amor: el amor que ennoblece, el amor que se precipita hacia el bendito matrimonio, el amor que perdura más allá de la tumba. Un hombre perfecto esperaba a cada niña en algún lugar, y a ella correspondía la grata tarea de encontrarlo.

A cada niña, sí. Se llamaban niñas: estábamos en los cincuenta y tenían diecinueve años. Dentro de unos pocos años prescindirían de semejante apelativo, todas menos Marcie. Marcie sería un encanto. La pobre Helen buscó refugio, sin duda, en imaginaciones malas.

June tenía cara de hada: ojos color avellana, muy vivos, pequeña barbilla firme. Su esbelta complexión de un metro setenta y cinco era toda ella piernas, o eso hacían pensar los *shorts* que llevaba. Había tocado un solo en la graduación del instituto, dos años antes, haciéndole casto amor al chelo con sus largos miembros.

Sallyann tenía el pelo rojo y revuelto, la boca larga, la nariz pequeña. Sallyann... prometía, esperaba su madre.

¿Y Marcie, con su cintura en peligro? Piel dorada, ojos entre azules y verdes, un estandarte de pelo negro y una sonrisa que invitaba a no tomar esos rasgos demasiado en serio: maduraría como todo el mundo, ¿verdad?; echaría arrugas y señales de fatiga, ¿verdad? Sí, claro, replicaba la sonrisa: dentro de un siglo o dos. Marcie era la belleza de la localidad. Pero a muchos chicos les producía temor reverencial, y no se atrevían a pedirle salir.

De manera que su intención era volver esas joyas que tenía por ojos hacia los hombres de mundo.

Y Helen esperaba un par de hombros muy fuertes.

Y June requería diez dedos con talento.

Y Sallyann, Dios la ayude... deseaba un hombre del Renacimiento. Seguía parloteando:

—No me molestaría nada un perfil noble.

—Ay —exclamó la madre de Sallyann. Todas tragarón saliva, temiendo sin duda un ataque al corazón—. Ay —repitió en voz baja, para tranquilizarlas—.

Qué tontas sois y cuánto os quiero. Soñáis con hombres musicales, sesudos, magistrales, refinados... Dejadme que os diga: de noche, todos los gatos son pardos.

Respetuoso silencio. Luego:

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó June.

La madre de Sallyann se golpeó la palma izquierda con la derecha.

—Quiero decir que, en líneas generales, quitados los delincuentes y los débiles mentales y los psicópatas... los hombres son intercambiables.

—Eso no puede ser cierto —dijo Helen en tono de consternación; y June dijo en tono de curiosidad:

—De veras.

Y Sallyann dijo en ningún tono concreto:

—¡Madre!

Y Marcie gritó desde el suelo:

—¡Señor!

Se incorporó:

—Voy a permitirme disentir. Hay hombres divertidos, hay hombres instruidos, los hay altos, los hay bajos y los hay que no pueden parar de morderse los padrastrós; y los hay...

—Escuchadme —dijo la madre de Sallyann.

En esos tiempos, las niñas prestaban cortés atención a las mujeres.

Marcie se abrazó las pantorrillas. Helen detuvo el balancín mediante un prudencial desplazamiento del talón. June, en su asiento, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas desnudas. Sallyann se quitó las gafas.

—Sois cuatro...

—Cuatro tontas preciosas —murmuró Sallyann.

—... y hay veinte muchachos muy agradables revoloteando por Godolphin. Algunos revolotean a vuestro alrededor, me he dado cuenta. Y vosotras podéis ingeniáros las con cualquiera de ellos. Sí, sí que podéis, Marcie. —Cuatro testarudos silencios—. Os propongo una idea —añadió precipitadamente—. Elegid entre todas, no sé, digamos doce chicos como Dios manda. Yo escribo sus nombres en papelitos y los doblo y los echo en un sombrero. Cada una de vosotras elige un papelito. Leéis los nombres...

—¿En voz alta? —inquirió la explícita June.

—No, en silencio. Y luego vais por el que os haya tocado. Tenéis encanto, tenéis decisión. Lo atraparéis.

—¿Y luego? —preguntó Marcie.

—Os casáis con él.

—¿Y luego?

—Sois muy felices. Bueno, felices. Bastante felices.

—¿*Bastante* felices?

—Bastante felices —repitió la madre de Sallyann para la princesa—. Es más de lo que se concede a mucha gente. Mirad —dijo, con acuciante convicción—, serán como matrimonios concertados.

Cuatro miradas sin expresión ahora. Ay, quizá tuviera que bostezar, o frotarse los ojos, o arrastrarse escaleras arriba hasta su lecho desocupado.

—Sin ningún tira y afloja —prosiguió—. Sin entusiasmos dudosos.

Hablémoslo en otro momento, quizá fuera eso lo que debería decir ahora.

—¡Sin corazones rotos! —dijo—. Y la mejor casamentera del universo concertará los matrimonios...

—¿Quién? —preguntó Helen en voz baja.

—... la suerte.

Silencio durante un rato, roto al final por June.

—¿Qué sombrero?

¿La boina de Sallyann? ¿Su propio casquete?

—... El flexible de mi difunto marido.

—¿Cuántos nombres sacamos? —dijo Marcie, extendiendo su graciosa mano.

—Uno. La bigamia es ilegal.

Las tres amigas de Sallyann asintieron.

—Y papá, ¿fue así como lo elegiste? —dijo Sallyann, arrastrando las palabras.

Se conocieron en un tren rápido de Boston a Nueva York, y durante muchos años, en el aniversario de este encuentro, alzaron sus copas por los Ferrocarriles de New Haven.

—Más o menos —le dijo la madre a la hija.

Helen cogió un bloc de papel de encima de la mesa situada junto al balancín. Extrajo un lápiz del bolsillo de su falda. Le pasó ambas cosas a la madre de Sallyann, con esa gracia que tanto complacía a su familia. Practicaba pequeños hurtos, supo de pronto la madre de Sallyann, y decía mentirijillas negras; todo por aliviar la carga de estar tan sobrevalorada.

Sallyann volvió a ponerse las gafas y anduvo como sin rumbo hasta salir del porche y cruzar el salón y llegar al vestíbulo. Allí abrió el armario. Dos impermeables colgaban como ajusticiados: el suyo y el de su madre. Los

abrigos de su padre, empaquetados con el resto de su ropa, los habían regalado; pero, sin discusión, la viuda y la huérfana retuvieron el sombrero flexible. En el estante alto —ahí estaba—. Cada vez que veía el sombrero — con gafas o sin ellas— reconstruía la cabeza de debajo, la frente grande y la nariz grande, la sonrisa; y su ancho cuerpo de hombre con abrigo y bufanda, bien puestos los pantalones bajo el abrigo; y después de los pantalones, los zapatos, ay, esos zapatos tan grandes. De niña se ponía de pie en esos zapatos, de pie encima de los pies de su padre, y bailaban juntos.

Volvió al porche. June, que seguía sentada, estiraba las piernas; parecían haberle crecido dos centímetros durante la ausencia de Sallyann. La madre de Sallyann también seguía en su asiento. Su mano derecha sostenía el bloc y el lápiz. Los delgados dedos de su mano izquierda tocaban su pómulo, su oreja. El anillo de bodas destellaba. Su pelo, que otrora fue canela, como el de Sallyann, había oscurecido hasta el castaño. Seguramente volvería a casarse, pensó Sallyann con blanda repulsión; había mujeres de cuarenta y cinco años que conseguían casarse. Quizá sacara el nombre de su marido de un sombrero... Helen seguía ocupando el balancín, con su máscara de serenidad. Marcie, bajo la lámpara, parecía lista para que alguien la arrancase y se la pusiera en el ojal; o quizá para que se la comieran.

Sallyann le entregó a su madre el sombrero, boca arriba, y su madre lo colocó en el suelo, entre sus arqueados pies. Sallyann se retiró hasta la puerta y se recostó en la jamba.

—Helen, cariño —dijo la madre de Sallyann—. Nombra un marido potencial.

Helen no dijo nada. Le habría gustado nombrar a Jim Fitzwilliam, que no había terminado la enseñanza media y ahora trabajaba en el taller de automóviles de su padre. Su tío estaba en la cárcel. Tenía una musculatura extraordinaria.

—¡Biff Gray! —lanzó Marcie.

Ganas de perder el tiempo, pensó Sallyann. El guapo de Biff Gray acababa de terminar Derecho. Salía con chicas que ya habían salido del colegio universitario. Las cuatro del porche no eran más que unas niñas para él.

—Biff Gray —repitió la madre de Sallyann, con el lápiz en acción. Arrancó la primera anotación del bloc y la dobló por la mitad y la dejó caer en el sombrero.

—¿Tú, Helen? —volvió a decir.

Y Helen volvió a callar. Además de Jim Fitzwilliam le habría gustado

mencionar a Jorge Leibovich, un judío argentino que tenía una fábrica de relojes. En verano llevaba trajes blancos y sombreros jipijapa y camisas azules a juego con sus ojos. Andaba sobre la almohadilla de los pies. No bajaba de los cincuenta años y tenía mujer y cuatro hijos.

—Maurice Armand —propuso Sallyann, con la esperanza de que le saliera a June. Maurice Armand era hijo de emigrados y tocaba varios instrumentos.

La madre de Sallyann escribió, dobló, lanzó.

—Steve Folkster —dijo June. El muy tímido de Steve Folkster, ahora tercer nombre en el sombrero; qué contento se pondría si lo supiese.

—Larry Reimer —dijo por fin Helen. Era primo segundo suyo. Su nombre fue al sombrero, como luego el de Larry Stubblefield y el de Larry Mady. Y otros chicos agradables, no llamados Larry.

—¿Alguno más? —preguntó la madre de Sallyann.

—Supongo que no —dijo Sallyann—. Yo los remuevo.

Dio un paso adelante y levantó el ligero peso del sombrero con sus papeles doblados. El ala se notaba caliente. Agitó la cosa suavemente, de lado a lado, sin apenas alterar las profecías del interior. Marcie se levantó de un brinco y le quitó el sombrero de las manos a Sally y lo agitó vigorosamente. June también lo sacudió. Y Helen también, aún sentada.

—¿Vale ya? —dijo Marcie.

La madre de Sallyann se puso en pie. Tomó el sombrero en sus manos. *Marchaos a casa, cariños, podría haber dicho aún. Las viudas tienen fama de malas brujas.*

—Sentaos, niñas —fue sin embargo lo que dijo, aunque Helen nunca se hubiera levantado del balancín. La madre de Sallyann, sosteniendo el sombrero en las palmas abiertas, se lo presentó a June. La mano de June se zambulló como un bebé de foca. Salió a la superficie, desdobló el papel entre el pulgar y dos dedos.

Helen después.

Marcie.

Sallyann.

Luego las cuatro niñas se retiraron cada una a una esquina del porche. La madre de Sallyann se llevó el sombrero adentro. Siguiendo el camino que antes había recorrido su hija, fue del porche al salón y del salón al armario, que ahora tenía la puerta cerrada. Prosiguió hasta la cocina. Puso el sombrero en un fregadero vacío y encendió una cerilla y la dejó caer en el montoncito de novios no solicitados. Ardieron rápidamente. Echó agua en el sombrero antes

de que la pequeña hoguera pudiese hacer más que chamuscar el forro de seda.

Al regresar al porche se encontró sola a Sallyann.

—Todas te dan las gracias, mamá.

—Qué encanto de niñas —dijo ella, con voz ligera, o quizá temblorosa. Ambas se fueron a la cama.

La muy ambiciosa de Marcie había tenido la habilidad de extraer dos billetes de ida a la felicidad. El primero llevaba el nombre de uno de los Larry, un chico alto y torpón. Sentada ante su recargada mesa de tocador, se miró en el espejo. Larry se quedaría atónito si ella le prestaba atención. Pero respondería: había cierta confianza dentro de su torpeza. De hecho, pensó, estudiando ahora su nombre como si lo estuviera estudiando a él —el pecho delgado, la boca frecuentemente aquejada de pupas, los sueños, la ambición de llegar a ser médico como su padre—, tenía un excelente futuro. Lo consideró durante varios minutos. Luego volvió a mirar el otro papel. Biff Gray.

Biff. Había coqueteado con ella en algunas fiestas de fin de curso, y una vez en la playa. En otras ocasiones no se había fijado en ella. Para cautivarlo haría falta algo más que alegría —alguna cualidad que Marcie aún no hubiera conseguido—. Se dedicaría a fondo a conseguirla.

Así, pues, la primera vez que se encontró con Biff, en las pistas de tenis, le dedicó una breve inclinación de cabeza y volvió a concentrar toda su atención al partido que estaba disputando con June. Jugó mejor que de costumbre, y ganó. June, acostumbrada a ganarle a Marcie, arrojó la raqueta a la cesta de la bicicleta y salió de allí a todo pedal: tenía que hacer de canguro, dijo. Marcie se compró una Coca Cola y se sentó en una de las sillas de listones. Terminado su partido, Biff se sentó junto a ella. Marcie le dedicó una sonrisa; pero no la suya habitual, más amplia: no le mostró los dientes, con los perfectos que eran; mantuvo el mentón bajo; se atuvo a una secuencia mental de libro de cuentos. El insólito verde-azul de mis ojos indica que hay un alijo de esmeraldas oculto en algún lugar de la casa paterna. Algunas de ellas pueden haber sido añadidas a mi persona. Solo los valientes merecen lo mejor. Concentrándose, no dijo nada, ni siquiera hola. Él empezó a hablar.

Así fue su cortejo: Biff hablando, Marcie escuchando con los ojos. Su elevado ánimo, su saludable optimismo, su inteligente conversación... lo restringió todo para perfeccionar el nuevo talento. En otro tiempo había sido

una coqueta irreflexiva. Ahora era una seductora.

Dos años después estaban casados. Al final de la ceremonia, Marcie les dio la espalda a sus damas de honor y lanzó el ramo por encima de su hombro color mantequilla. Era un ramillete ancho y más bien plano, todo de flores amarillas, y más bien parecía un sombrero de jardinero. Lo atrapó Helen.

* * *

Helen había sacado el nombre de Steve Folkster. Lo conocía desde tercer grado. Era un alumno diligente, buen deportista, un tipo como de todos los días. Pero, cumpliendo con el elegante guion de la madre de Sallyann, se convirtió en una persona original, un joven con intereses que manifestar —una añoranza de las montañas, digamos, o una pasión por las abejas.

Helen hizo algo nada frecuente en aquellos tiempos: llamó por teléfono a Steve y, sin más averiguaciones, le propuso ir al cine.

—No sabía que yo te gustara —dijo él aquella noche, con vapores de asombro en el rostro.

—Siempre me has gustado —respondió ella con mentirijilla.

—Yo siempre he estado loco por ti —dijo él. Esa afirmación seguramente tampoco era cierta, pero qué más daba. Ahora a ella le gustaba él y él estaba loco por ella. Y resultó que el chico era un ebanista apasionado y que adoraba a sus tres sobrinitos y que era lento enfadándose y que era capaz de perdonarle a Helen los arranques de crueldad.

Así, pues, Helen agarró el ramo de Marcie y se apartó de las demás damas de honor y fue a entregárselo a Steve. Él la atrajo a sus brazos como a un puerto.

Helen permaneció bajo su protección durante los cuarenta años siguientes, pasando por todas las desgracias: quedarse dos veces sin trabajo; un hijo con malformaciones que vivió una semana; la incurable depresión del hermano de ella; la prolongada adolescencia desafiante de todos y cada uno de sus hijos sobrevivientes. Incluso cuando ella lo abandonó durante breve tiempo, echando a correr tras una mujer que no se interesaba a largo plazo en ella, pero a quien le gustaba que la atasen y que la tomasen por detrás... él soportó gravemente la desertión, y gravemente la acogió a su regreso.

No había nada escrito en el papel de Sallyann.

En la esquina del porche, lo volvió a doblar y luego lo desdobló, lo miró repetidas veces por ambas caras, se quitó y se puso las gafas. Lo levantó para situarlo a contraluz de la luna.

¿Era un accidente? ¿Era una intervención del destino? A lo largo de los años siguientes recordó muchas veces haberse quedado perpleja. En el momento, sin embargo, solo se sintió muy afortunada. Se le había concedido una demora: un aplazamiento secreto.

Muchos decenios más tarde le mencionó el incidente a su madre.

—¡No!

Su madre alzó la cabeza y los hombros con tan súbita fuerza que sacudió el gota a gota.

—Quédate acostada, cariño —le dijo Sallyann, echando un vistazo al monitor.

Su madre se dejó caer en las almohadas.

—Di por supuesto que te había tocado Maurice.

—Me salió en blanco.

—Te casaste con Maurice —le recordó la madre.

—Entre otros —le recordó ella a su madre—. Franco y Nils... Entonces ni siquiera sabíamos que existían. Sus nombres no estaban en el sombrero.

—Franco —murmuró su madre; y su voz, aunque debilitada por el engorroso asunto de morir, logró transmitir el desagrado que le provocó en su momento el segundo marido de Sallyann.

Sallyann le alisó las almohadas.

—Mi guapísimo Franco tenía muy mal carácter, pero era la pasión hecha carne. No todos los gatos son pardos de noche... ¿Lo pensabas de veras?

El corazón de su madre estaba fallando sin remedio, pero no padecía ningún dolor y tenía la cabeza clara.

—Creía, y sigo creyendo, que las personas son más parecidas que distintas. Creo que cualquier pareja razonable puede... inventar su propio amor... hacerse su propia felicidad. Mira cuánta razón tuve con Helen y Steve, con Marcie y Biff.

—Marcie y Biff andan ligando por ahí, los dos, según dicen.

—Mira quién va a hablar —dijo su madre. Su afectuosa mano localizó la de su hija.

Sallyann llevaba lentes de contacto en aquella época. Su pelo, aún altivo, se mantenía enroscado a la cabeza. Había cumplido con todas las promesas posibles: se había hecho despampanante, se había sofisticado, se había

convertido en una antropóloga importante, había vivido en sitios diversos, se había casado y se había divorciado y había tenido hijos interesantes. Ya se iba acercando a la setentena, pero seguramente volvería a casarse otra vez. El matrimonio se le había trocado en una costumbre gratificante, cada vez más placentera; pero el hombre del sombrero flexible seguía ocupando un lugar de privilegio en su corazón. Ahora había regresado a Godolphin para cuidar de su anciana madre, dos veces viuda.

—O sea que fuiste tú quien sacaste la papeleta en blanco —musitaba en aquel momento su madre—. Siempre creí que había sido June.

Nadie conocerá nunca el nombre del adjudicado a June. Se metió en el bolsillo el papel que había extraído del sombrero. Mientras las otras tres niñas leían los suyos —o, en el caso de Sallyann, trataban de leerlo— June no hizo más que cavilar. Una vez en su casa, se metió en el cuarto de baño y, volviendo la cara, rompió el papel en varios trozos que arrojó al váter, y luego tiró de la cadena.

Ella también se sintió aliviada, más profundamente que Sallyann. Lo suyo no sería un aplazamiento, sería una retirada. Podía hacer como si Soltería fuese el nombre que le había correspondido; ahora era libre de convertirse en algo tan adorable como una solterona.

En el colegio universitario de Maine estudió Historia de la Música, lánguidamente. Luego se pasó a la Biología; y en posgrado se especializó en Morfología Fúngica; y allí, entre hongos, halló el interés que nutrió su existencia. Fue un orgánulo concreto que individualmente se denominaba parentosoma, aunque siempre venía en pares. Estuvo todo el posdoctorado investigando sus propiedades y, con una sucesión de muy apreciados ayudantes de laboratorio, se pasó los años sucesivos descubriendo sus muchos usos. Ella, y ellos, obtuvieron premios y títulos *honoris causa*. A los cincuenta años se compró una cabaña en lo alto de una colina. Cultivó rosas y dalias y amapolas. Fue chelista en un cuarteto de cuerda amateur que se reunía fielmente todas las semanas y daba recitales de vez en cuando. Se mantuvo en contacto con las viejas amistades.

—¿Tú sabías que había una papeleta en blanco? —le preguntó Sallyann a su madre.

La anciana alzó brevemente la barbilla:

—Sí.

—¿La metiste tú en el sombrero?

Un movimiento lateral apenas esbozado:

—No.

—Pero la dejaste ahí.

Esto último no fue pregunta; y la madre de Sallyann no tuvo fuerzas para contestar; y de todas formas había demasiadas respuestas. Porque ella había sido intermediaria, no ejecutora: tan pasiva como el sombrero. Porque la suerte se concede colaboradores ocasionales. Porque Helen necesitaba una oportunidad de descargar su malicia. Porque el papel en blanco hacía más interesante el juego. Solo era un juego, a fin de cuentas. Quién iba a imaginar que las niñas lo jugarían tan en serio. Quién iba a prever que una mujer confundida por el luto pudiera ejercer tanta influencia en cuatro pequeñas hadas con toda la vida por delante, con una multitud de elecciones a sus pies.

Sallyann vio que su madre ya no podía hablar. Se inclinó sobre aquel rostro tan querido.

—Hiciste algo maravilloso —dijo—. Todas somos bastante felices.

Sonny

De todos los libros que recibió durante su enfermedad y convalecencia, el favorito declarado del padre de Mindy era *Legends of the Jews*, Leyendas de los judíos. El rabino Goldstone, gordo y verrugoso, acarreó la recopilación hasta la habitación del enfermo en una de sus poco gratas visitas, y de un solo golpe divino descargó los seis volúmenes sobre la cama, como si la sabiduría que llevaban dentro pudiera vencer las enfermedades de la carne. La madre de Mindy, Roz, dedicó al rabino una de sus ambiguas sonrisas; esta, bien lo sabía Mindy, significaba: «Que me aspen si llego a abrir uno solo de esos libracos». El libro que Roz escogió de un montón enviado por los pacientes fue *B. F.'s Daughter*, La hija de B. F., el primer J. P. Marquand desde la guerra. Le caían muy bien los personajes de Marquand, tan finos.

Mindy y sus dos hermanas, por su parte, prefirieron el libro de ilusiones ópticas, *Masters of Deception*, Maestros del engaño, que trajo a la puerta la doncella de la señora Julius Barrengos, residente en una grandiosa casa de la calle de al lado. Entre las ilustraciones de *Masters of Deception* había cuadros y grabados de Dalí y Magritte y Escher. Cosas imposibles hechas posibles: un sombrero flotando entre nubes como un pájaro, un reloj derritiéndose como la cera. El juego consistía en transformar: justo lo que las chicas Margolis andaban buscando.

Retransformar, de hecho. Su padre ya había sido transformado de hombre sano en inválido. Así que Mandy y sus hermanas querían regresar a lo que todos ellos habían sido últimamente: una familia razonablemente satisfecha, de seis miembros: dos padres; una tía soltera, Cecile —que había escogido del montón lo último de Perry Mason—, y tres princesas, también llamadas hijas.

—En los cuentos de hadas siempre hay tres hijas —observó Thelma—. Las dos mayores son malas, la pequeña es la buena. —A sus doce años, Tem era la más pequeña—. Aunque las hermanas de la Bella no son tan malas...

—Las tres hermanas son endémicas en el teatro —dijo Talia, la mayor—. Chéjov escribió una obra con ese título, y si pensamos en Lear...

—Yo nunca pienso en Lear —dijo Mindy.

—¿Qué es Lear? —preguntó Tem.

Talia, a sus dieciséis años, era la intelectual de la familia. Estaba en el primer tramo de dos semestres del oncenno grado de su instituto. Mindy, dos años menor que ella, estaba en el primer tramo de noveno grado. Tem aún estaba en la secundaria sin tramos.

Talia insistió.

—Lear era un rey y tenía tres hijas: Regan, Goneril y Cordelia.

—En lo que respecta al sexo, nuestra familia no cuadra —dijo Mindy, sin hacer caso de aquellos nombres inventados.

—Papá y mamá tenían la esperanza de que tú fueras un niño —le dijo Talia.

—Y después de mí tuvieron la esperanza de que Tem fuera un niño —dijo Mindy.

—Yo soy un niño —dijo Tem—. A veces.

Fuese lo que fuese lo que el doctor y la señora Margolis hubieran deseado, solo expresaban satisfacción ante la sesuda y flaca Talia, ante la bonita y rizada Mindy, ante la robusta Tem. Tem tenía talento para el dibujo —sobre todo las caras— y lo practicó con especial vehemencia durante la recuperación de su padre. Fue Tem quien recibió la primera inspiración de *Masters of Deception*. Pronto aprendió a reproducir las ilusiones ópticas del principio del libro. Su favorita era el esquema común y corriente de un perfil enfrentado a otro perfil a juego, con un espacio entre ambos. Todo el que miraba el dibujo quedaba súbitamente liberado de los perfiles y en su lugar veía la silueta de un jarrón creada por las frentes inclinadas, las narices prominentes, los labios redondeados y los mentones sobresalientes. Tem dibujó pares de perfiles a juego con un neto jarrón entre ellos, y luego pares de perfiles discordantes que generaban jarrones gravemente asimétricos, en peligro de caerse.

En cuanto a *Legends of the Jews*, las tres chicas podían observar al doctor Margolis, por la puerta entreabierta del dormitorio, recostado en la cama con uno de los volúmenes abierto en el regazo. De vez en cuando volvía una página. De modo que Talia dejó *Deception* y escogió un tomo de *Legends* para ella sola y lo leyó en el salón, sentada en el reclinable de cuero de su padre. Copió frases en un cuaderno de espiral. Sin que nadie se lo pidiera, le leyó en voz alta algunas páginas de *Legends* a su madre —que, según observó Mindy, solo *parecía* escuchar—; a Tem, que la miraba como si su enfado pudiera convertir a Talia en estatua de sal, y a Mindy, a quien le gustaba la idea de que Dios se ablandase, se derritiera como un reloj, y salvara a Isaac, y salvara a

Jonás.

Pero a Mindy lo que más le gustaba eran los cuadros de Arcimboldo. El libro le contó que era un famoso pintor italiano del siglo XVI. Sus retratos estaban hechos con frutas, hortalizas y flores. Es decir, que pintaba representaciones de frutas, hortalizas y flores dispuestas de tal modo que componían un parecido con una persona grotesca. Los títulos ayudaban: al cabo de un rato, se veía que, por ejemplo, el retrato titulado *Otoño*, un rostro de perfil, tenía una calabaza por sombrero, uvas por pelo, una patata por nariz, una cereza a guisa de lobanillo. La mejilla era una manzana, y la oreja, una rodaja de limón. *El jardinero*, un conjunto de hortalizas sobredimensionadas, tenía un lamentable parecido con el rabino Goldstone. Cada verdura, entera o en parte, se reproducía con tanta precisión que a Mindy le entraban ganas de comérselas de la propia página, o, por higiene, poniéndolas a hervir primero.

La fruta también desempeñaba su papel en *Legends*, según le dijo Talia; la manzana de Eva, claro, pero también otros muchos frutos bien sabrosos, como la granada. «Moisés recibió orden de hacer un vestido para Aarón —leyó—. Y harás en sus orlas granadas de cárdeno, y púrpura, y carmesí, por sus orlas alrededor; y entre ellas campanillas de oro alrededor... Y estará sobre Aarón cuando ministrare; y se oirá su sonido cuando él entrare en el santuario delante del Señor y cuando saliere; para que no muera.»

En la clase de Mindy habían estudiado mitología el año anterior.

—En la Grecia antigua la granada simbolizaba la muerte.

—Callad —les dijo Tem a sus dos hermanas.

No había granadas en la obra de Arcimboldo, pero sí muchísimos productos conocidos. A Mindy la hacía pensar en Louie el Hombre de las Hortalizas.

Louie el Hombre de las Hortalizas no estaba compuesto de frutas ni hortalizas. Se componía de una gorra, una cara con ojitos y una narizota y una boca con dientes de menos y un montón de ropa variada procedente de una tienda de cosas usadas. Lo llamaban el Hombre de las Hortalizas porque tenía una camioneta con frutas y hortalizas.

Antes de Louie, los Margolis tuvieron otro hombre de las hortalizas: Paci, nacido en Nueva Inglaterra, en su ciudad de tamaño medio, pero de origen

italiano, como casi un tercio de la población. Otro casi un tercio era irlandés. El tercer casi un tercio era yanqui. Había negros, también, maltratados de tantas maneras —vivienda, servicios municipales, escuelas, empleo— que era asombroso que no se rebelasen. Para Roz, instruida en jerarquías por su querido Marquand, los grupos étnicos de la ciudad integraban una escala: arriba los yanquis, luego los judíos, luego los italianos, luego los irlandeses, y luego otros varios, como armenios o negros. También clasificaba a los judíos dentro de su propia categoría. En la escala judía los tramos iban por oficios: los profesores en lo alto (había un profesor judío en el colegio universitario de la localidad), luego los médicos, luego los abogados, luego los hombres de negocios (si no tenían mucho éxito; los que sí lo tenían se colocaban por encima de los abogados). Por debajo de los hombres de negocios de mediano éxito iban los profesores de instituto, inevitablemente solteros que vivían con sus madres o instalados en casa de un hermano menor, como la sosa de Cecile; y luego la gente que trabajaba con las manos, como los podólogos, y luego los sastres, que trabajaban de rodillas. Por debajo de los sastres iban los hombres de las hortalizas. Como en el caso del profesor solitario, solo había uno: Louie.

Estas clasificaciones eran flexibles; características personales como la belleza, el talento musical y la tragedia podían mejorar el estatus de una persona. Los pasados turbios, los parientes pedigüños, los hijos decepcionantes y la incapacidad para encontrar con quién casarse podían empeorarlo. Talia informó a sus hermanas de que esta ordenación de la gente venía a ser como las divisiones del cielo, donde...

—¡No nos lo cuentes! —dijo Mindy.

A Talia se le humedecieron los ojos. Mindy había observado que Talia era menos sabelotodo últimamente, aunque las gafas nuevas la hicieran parecer genial. Lo cual resultaba *paradójico*, pensaba Mindy (estaba mejorando su poderío verbal).

—De acuerdo, cuéntanoslo —transigió Mindy.

—Vosotras no sois materia celestial —replicó Talia, recobrándose—. Aquí en la tierra, las clasificaciones de mamá ponen de manifiesto lo incómodas que le resultamos.

Como hijas de médico, las tres hermanas ocupaban la posición siguiente a la primera, explicó Talia, pero siempre existía el peligro de que alguna amistad desafortunada diese lugar a compromisos inadecuados o —Dios no lo quisiera— matrimonios inadecuados.

—Mamá lo ha visto suceder en esta vida, lo ha visto en...

—Yo me casaré con el príncipe adecuado —dijo Tem, a quien aparentemente hoy le tocaba ser chica.

—... Marquand. De manera que quiere mostrarnos el lugar que a cada uno corresponde.

Su madre impartía estas enseñanzas de modo aleatorio: murmullos por encima del esbelto hombro estando delante del fregadero, sin llegar a mostrar la cara de perfil: los rizos oscurecían en parte la suave frente y la mejilla, y lo único que se veía era la breve nariz. O quizá durante un viaje a la heladería: la guapa señora Margolis con sus hijas. Del señor Shapiro, que vendía seguros, les contaba: «Los hombres que trabajan en compañías de seguros no pueden ganarse la vida haciendo ninguna otra cosa». De una enfermera del hospital, una belleza de ébano: «No sé si los chicos blancos pueden enamorarse de ella». El *sex appeal* podía conducir directamente a la miscegenación. De la señora Barrengos, que había ido a un colegio universitario de fuera de la ciudad y no jugaba a la canasta y llevaba ropa de antes de la guerra: «Es como yanqui». Una malversación podía hacer que un negociante de éxito pasara al nivel de los delincuentes (por debajo del hombre de las hortalizas). El descubrimiento de que un aparente aristócrata era en realidad judío situaba a este por encima de los mismísimos yanquis entre los que se había infiltrado. A Roz Margolis le gustaba Houdini, o al menos la idea que de él se había formado.

En realidad le gustaba prácticamente todo el mundo. La posición en la escala no era indicativa del valor humano. Le gustaba Louie. También Paci le gustó en su momento, aunque hubiera abandonado el negocio de las hortalizas por un puesto en una empresa no especificada. Había una mafia activa en la ciudad.

Louie llegaba al recibidor trasero todos los jueves por la tarde, a eso de las cuatro. Solía acompañarlo su hijo, que estaba en la misma clase que Mindy, pero en el grupo dos, con casi todos los italianos. Era el vivo retrato de Louie, aunque un poco más bajo. Le habría resultado difícil ser mucho más bajo. Poseía la misma nariz curvada y llevaba ropa de segunda mano parecida a la de su padre. Louie le llamaba Sonny, hijito, pero Mindy sabía que se llamaba Franklin. Sonny había heredado o hecho suyos los modales deferentes de Louie.

—Vergonzantes —definió Tem.

—Preocupados —dijo Mindy. Ella pensaba que Sonny tenía cosas en la cabeza, aunque su mente no fuera superior... o no todavía, de todas formas. Talia sabía de varios chicos que habían empezado en el grupo dos y los habían trasladado al uno y habían terminado en Harvard. Talia, por su parte, tenía previsto ir a Harvard.

—Sonny tiene los ojos verdes —dijo Tem.

Mindy no se había fijado. El jueves siguiente sí se fijó. Sí, unos ojos muy grandes, color papel secante. Tenían que venirle de la señora Louie.

A pesar de la pinta de pobres de Louie y Sonny, su camioneta era una maravilla majestuosa. La mercancía de Paci iba colocada en plan revoltijo, montones de remolachas confraternizando con montañas de patatas solo más o menos separadas de las manzanas. Lo magullable se arrumbaba en cajas ennegrecidas por los años y la intemperie. Puede que alguna vez alguien barrierá el vehículo de Paci, pero lo que se veía de su suelo estaba siempre cubierto de tierra y ramas y los restos aplastados de cosas pisadas.

En la camioneta de Louie, en cambio, las cajas llenas de mercancía iban fijas a los costados, las grandes debajo, luego las medianas, luego las pequeñas, en jerarquía por tamaños. Louie mantenía las lechugas plateadas de humedad —Sonny las rociaba en las paradas de su recorrido—. Había ocasiones en que Sonny llenaba la regadera en el grifo exterior de los Margolis; Mindy, observándolo desde el rincón de desayunar donde hacía los deberes, admiraba su destreza, aun tratándose de una tarea de tan escaso mérito. No desperdiciaba movimientos, pero sí hacía un alto para decir hola.

—Hola —le decía ella.

Y él rociaba la lechuga. Detrás, dentro de la camioneta, las patatas lucían las manchas de tierra de cuando las arrancaron. Las zanahorias venían en formas traviesas. Los calabacines amarillos y los verdes yacían unos junto a otros, como guantes en un cajón. Había un pasillo provisional entre las cajas para comodidad de Louie y Sonny. Se estrechaba considerablemente según iba acercándose a la parte trasera (delantera, en realidad, justo detrás de la cabina), distorsionando la perspectiva; el pasillo parecía prolongarse más de un kilómetro. Muy al fondo, un tesoro entre tesoros, había flores de temporada metidas en cubos. De vez en cuando, una vez concluida su tarea comercial, Louie se metía en la camioneta y volvía con un ramo de flores que le ofrecía a la señora Margolis, con la gorra todavía puesta.

La obra de Arcimboldo hacía pensar a Mindy en el hombre de las

hortalizas, y las abundantes existencias del hombre de las hortalizas la hacían pensar en Arcimboldo. A veces, plantada ante la trasera de la camioneta, Mindy localizaba calabazas como narices bulbosas o fresas que, puestas en hilera, habrían compuesto una perfecta boca. Se podría intercalar estas cebollitas como perlas entre las cerezas, le dijo a Talia. Dientes.

—La Naturaleza imita al Arte —le explicó Talia—. Es un aforismo —añadió. Volvía a haber súbitas lágrimas tras sus gafas—. Ojalá se ponga bueno papá.

Los jueves Mindy seguía observando a Louie o Sonny o ambos mientras llenaban varias cajas de madera y las trasladaban a la cocina y las dejaban allí. A la semana siguiente, vacías, estarían esperando en el recibidor. El sistema de Louie era atento, su camioneta estaba orgullosamente en orden, y no habría podido ganarse la vida como agente de seguros, pero sí que era un excelente hombre de las hortalizas.

Y Sonny, a pesar de estar en el segundo grupo, era un excelente aprendiz. Tras otorgarle su salutación de una sola palabra, tras admirar silenciosamente la camioneta, Mindy siempre regresaba al rincón de desayunar. Tenía una buena visibilidad del recibidor. Allí estaba Louie, en audiencia con su madre. Mindy los observaba a ambos, Louie recomendando, su madre pensando, y diciendo Sí, medio kilo; o Sí, dos buenos; o No, hoy no. Louie anotaba los pedidos en un cuaderno de espiral. A su lado, Sonny hacía lo mismo, en su propio cuaderno. Cuando el pedido ya alcanzaba el volumen necesario para que una persona lo trajese de la camioneta, Louie le hacía una señal con la cabeza a Sonny y Sonny salía. El resto del pedido de la familia Margolis solo quedaba anotado en el cuaderno de Louie. Luego Louie se marchaba en pos de su hijo y al cabo del rato regresaban ambos a la cocina, cada uno con una caja.

Mindy imaginaba que le daría mucha pena cuando tuviera que dejar de observar esta rutina. Pero al año siguiente esperaba tocar su viola en la orquesta del instituto, que ensayaba por las tardes. O quizá saliera de casa a jugar al baloncesto. Y en algún momento del futuro podría haber cierta incomodidad entre Sonny y ella. Mindy estaba destinada a ser deseable —las tres hermanas lo estaban—. Su madre, como una bruja buena, les había prometido encanto uno de esos sábados por la tarde de ir de compras sin resultado. Talia resolló, como si supiera que las chicas altas y flacas y con gafas rara vez experimentan transformaciones. «¿No podría yo ser un chico encantador?», preguntó Tem. Pero Mindy se creyó el vaticinio, porque ella ya se parecía a su deseable madre. Estaba destinada a ser la hija más bonita de un

médico aclamado —de un difunto médico aclamado, en el peor de los casos—. Sonny estaba destinado a seguir siendo hijo del hombre de las hortalizas. Si se enamoraba por encima de sus posibilidades, si se enamoraba de Mindy o de alguna otra chica de elevada posición, su amor estaba condenado. Pero esta predecible decepción parecía tan alejada en el tiempo como el remoto fondo de la camioneta; ahora, todos los jueves de este año, Mindy seguiría sentada en el rincón de desayunar, tomando silenciosa parte en la representación doméstica.

Un jueves no vino Sonny.

—Está enfermo —contestó Louie a la inevitable pregunta.

Lo mismo el jueves siguiente, y el otro, y también parecía ausente del instituto. Mindy estaba acostumbrada a ver a Sonny con los demás alumnos del grupo dos cuando marchaban por los pasillos. Ahora no lo veía.

La ausencia de Sonny coincidió con la reaparición del doctor Margolis. Un sábado por la mañana bajó al salón en bata. Tem, como si tuviera cuatro años, se lanzó a sus pantorrillas. Talia permaneció inmóvil, con la boca en acción. Mandy deslizó la mano bajo la de su padre y le apoyó la cabeza contra el corazón. Al día siguiente bajó en pantalón y jersey, con *Legends* en las manos. Unos cuantos días después ya cenó con todos; luego ayudó a la tía Cecile con el crucigrama. Retransformación, por fin... Pronto estaría de regreso en su consulta.

Louie seguía trabajando sin ayudante.

Pero una semana, igual que el padre de las chicas, Sonny dejó de estar enfermo. Estaba en el instituto un lunes, y el jueves se presentó con su padre en la puerta trasera de los Margolis. Llovía. Louie y el chico llevaban sendos impermeables amarillos, observó Mindy desde su rincón —¿qué se creían que eran, pescadores?—. Su madre completó la primera mitad del pedido. Sonny salió hacia la camioneta.

—Me alegro de que esté mejor —dijo la madre de Mindy.

Silencio. Louie alzó la cabeza. Luego dijo en tono apagado:

—No está mejor. No se ha puesto bueno. No va a ponerse bueno.

Eso fue todo. Su madre no dijo *Qué* ni *Cuánto lo siento* ni *Los médicos pueden equivocarse*, ni siquiera *Ay, Louie*. Siguió ahí de pie en el recibidor mirando desde arriba al hombre de las hortalizas y él siguió mirándola a ella desde abajo, y el espacio entre ambos perfiles disímiles componía un jarrón deforme. Luego su madre se apartó. Louie salió. El jarrón desapareció.

La chica también salió. Había dejado de llover. En torno al jardín trasero

pendía una neblina. El impermeable de Sonny estaba pulcramente plegado sobre la hierba. Mindy, como desde dentro de la ilusoria profundidad de la camioneta, observó al chico condenado, a quien en seguida se uniría su padre, en silencio, llenando cajas de calabacines, manzanas, melones —narices, mejillas, barbillas—, trabajando ambos con su rara eficacia, como seguirían haciendo mientras pudieran, hasta que ya no pudieran.

A Mindy le dolió la garganta. Sonny, concentrado en su tarea, estaba quedándose sin futuro, sin *su* futuro, quizá raquíptico y sin amor y de segundo grupo, pero suyo.

El viernes por la noche, Mindy y Talia estaban sentadas juntas en la cama de Talia, con las piernas colgando como de una balsa en un lago. Juntas, pero no cadera contra cadera; las separaba una extensión de colcha de nudos. Así, pues, para mirarse de frente tenían que torcer sus esbeltos torsos. Los perfiles no hacían juego: la nariz de Talia era larga y dominante, la de Mindy era recta y agraciada. Los rasgos no judíos de Mindy quizá contribuyeran a que su madre la situara aún más arriba en su escalafón imaginario, quizá incluso hasta el nivel yanqui, en un escalón yanqui, al lado de un chico yanqui. Sus padres se mesarían los cabellos, pero no la declararían muerta.

—Sonny tiene una enfermedad letal —dijo Mindy.

—Mortal —corrigió Talia—. ¿Sonny?... Ah, sí, el hijo del hombre de las hortalizas. ¿Qué enfermedad?

—No sé.

Mindy repitió la conversación que había oído.

—Qué mal —dijo Talia.

—Es terrible.

—Bueno, qué terrible.

—Quiero decir... Imagínate que fuéramos nosotras.

—Una de nosotras. Seguro que estás pensando en ti misma, como siempre.

Mindy pensó que *Imagínate que fuéramos nosotras*, aunque poco gramatical, podía considerarse un necesario primer paso hacia ponerse en el lugar del otro, porque bastaba con cambiar el predicado para decir *Imagínate que nosotras fuéramos Sonny*. Imagínate que nos tuviéramos que enfrentar al dolor y luego a la oscuridad; dolor, cómo es para Sonny; oscuridad, cómo será. Pero estaba segura de que Talia, no muy lejos de ella en la cama, la estaba insultando, y lo que podría haber sido un momento de cercanía entre las

chicas se convirtió en una especie de riña.

—Lo siento —murmuró Talia, pero demasiado tarde; Mindy se puso en pie y dejó a su hermana a solas con su duro corazón.

¿Duro corazón? Talia habría dicho *de mentalidad distinta*. Tenía a Sonny en la consideración de mera hortaliza, pero sabía que era un ser humano y, por consiguiente, digno de salvación, como todos los seres humanos a quienes le tocaría salvar en cuanto terminase de estudiar Medicina. Bien podría ser que algún día inventase ella una cura para su enfermedad. Pero hoy lo que Sonny necesitaba era un remedio para su pasado mítico. Algún funcionario del Reino de la Enfermedad había trasladado al padre de Talia al Reino de la Salud y había puesto a Sonny en su lugar. Tenía que existir una magia nueva, quizá divina. Quizá el veleidoso y exigente Dios de *Legends* dejaría vivir a Sonny si Louie le ofrecía una túnica con granadas bordadas en las orlas. O quizá su madre redimiese al chico sacrificando a una de sus hijas, como Ana sacrificó piadosamente a Samuel en aras de Elí, como el padre de la Bella sacrificó sin querer a su hija en aras de la Bestia. La hija elegida —¿Mindy?— se casaría con Sonny, y en la noche de bodas él se convertiría de rábano en príncipe; y Mindy sería princesa. Talia se libraría de ella.

El sábado por la tarde Mindy y Tem estaban jugando al gin rummy. Su padre había estado haciendo de mirón un rato, pero ahora estaba arriba echando una cabezadita. Mindy comunicó las últimas noticias.

—Los niños no mueren —alegó Tem—. A veces se ahoga alguno, pero ya está.

Qué inocente podía ser una chica de doce años.

—También mueren por enfermedades.

—En los libros. No aquí. Deja ya de hablar. Gin.

Mindy, la mejorada, pasó bajo el arco para llegar al comedor justo cuando su padre bajaba por las escaleras hasta la entrada. Tem recibió como regalo una visión trasera de su hermana, toda gracia y angora, y una visión delantera de su padre —qué cabezadita tan pequeña había echado, cómo habría podido servirle de descanso—. Le cosquilleó en la mano el deseo de lápiz; utilizaría el lado del grafito para esos surcos de las mejillas, el sombreado de líneas cruzadas para la zona de debajo de los labios fruncidos. *Dr. Margolis, ¿salud recuperada?* No: *Dr. Margolis, haciendo como que no le duele*. Su recuperación había sido tan corta. Se sintió cruelmente engañada. Pero le

sonrió, y él logró devolverle la sonrisa y se sentó en el sillón reclinable. Tem llevaba un mono de trabajo que le había comprado la tía Cecile en una tienda de segunda mano, y era consciente de que parecía un obrero de la construcción, y lo lamentaba, porque su padre era un hombre a la antigua usanza, de los que preferían que las mujeres pareciesen mujeres. «Ahora mismo vuelvo, papá», le dijo, y fue al piso de arriba y se puso una de esas faldas plisadas que colgaban en su armario y una blusa blanca que su madre acababa de planchar. Ahora estaba vestida —travestida, como le había explicado Talia: era un chico haciéndose pasar por una chica—. Bajó corriendo y se dejó caer en el suelo junto a las pantorrillas de su padre y le puso la mano en la rodilla y él se la tomó. Tem se acercó la mano de su padre a la mejilla. Mañana, otra vez con el mono puesto, le haría un regalo: un retrato a lo Arcimboldo, creado no con frutas y hortalizas, sino con las cosas que él llevaba en el maletín: vendas por pelo, frotis por nariz, algodón empapado en mercurocromo por bigote y, por ojos, cápsulas de aceite de hígado de bacalao.

* * *

El funeral tuvo lugar en una sinagoga que no conocían, mal iluminada, con las paredes de yeso cayéndose en pedazos. Esta congregación ocupaba un puesto bajo en la escala. La señora Louie resultaba inidentificable dentro del nudo que formaba su familia. Louie estaba encogido y arrugado como un pepino desatendido. Un rabino de barba roja trataba en vano de decir algo con sentido. Roz recordó el funeral de Cassie Mae, que había trabajado para los Margolis. Allí la congregación se puso en pie y gimió y agitó sus cientos de brazos negros. ¿Por qué no podían todos estos judíos desfavorecidos dejarse ir un poco, hacer el tonto sin decoro?; qué alivio supondría. Habrían podido tomar la *bimah*, la mesa de lectura, por asalto y matar al togado representante de un Dios incompetente.

Roz vio lágrimas deslizándose desde debajo de las gafas de Talia. Mindy sollozaba. Tem estaba petrificada, como reservándose el dolor. El doctor Margolis se había quedado en casa. Cecile sí había venido; el colegio estaba cerrado por vacaciones. Ocupaba el extremo de su banco, con el traje de las grandes ocasiones: marrón, mal entallado, con una blusa horrible de otro marrón. Parecía desaliñada y al mismo tiempo envidiable. Nunca tendría que enterrar a un hijo. La muerte de un hijo era el único dolor insoportable; eso

había dicho Talia, a quien se lo había dicho Aristóteles —como si tuviera que molestarse alguien en decirlo, como si no lo supieran bien todos los padres y todas las madres—. Este dolor insoportable podía estarle destinado a Roz, cómo saberlo.

Pero ¿y las hijas? Con los labios apretados y la mirada clavada en el arca desconsoladora, Roz rezó por ellas. No pidió que vivieran libres de toda pena —¿qué Dios iba a atender semejante petición?—. No; hizo una súplica inteligente: rezó por que las tres resultaran estériles.

El linaje de la felicidad

Tenía yo ocho años: edad suficiente para que me llevaran de visita, siempre que no me metiese en el dormitorio o en la habitación donde fuera a efectuarse el examen. A los niños más pequeños los examinaban a veces sobre la mesa de la cocina cubierta con una colcha. En esos casos yo me escondía tras una puerta abierta o quizá me acurrucaba fuera de la casa, al pie de una ventana, para poder oír la conversación, todas las partes de la oración, como habría señalado mi profesora, que intercambiaban como a raquetazos mi padre y los padres del niño. Pero mi padre visitaba hoy a un adulto, el señor Workman, paciente y amigo. El señor Workman estaba mal del corazón, no tan mal como él creía, según me había dicho mi padre, pero lo suficientemente mal como para hacerle caso cuando llamaba por teléfono.

—¿Oyes la síncope por el aparato? —gritaba.

—No. Sam. ¡Sam! Apártate el teléfono del pecho. —Pausa, mientras el señor Workman presumiblemente obedecía—. Vuelve a ponértelo en el oído y escúchame. Voy para allá con el estetoscopio.

—Muy bien —decía el señor Workman—. Y cuando termines de escucharme el corazón con esa cosa, yo la utilizaré para llamar a mi tía Mary.

Así que seguramente no se sentía demasiado mal.

Mi padre era lo que podríamos denominar un médico rural, si lo entendemos en el sentido sociológico: un médico que ejercía tanto en una pequeña ciudad como en la zona de campo que la rodeaba. O también podemos entenderlo de modo más artístico, más a lo Norman Rockwell: un médico con un coche tan viejo que seguramente se moriría antes que sus pacientes, un médico cuyos dedos regordetes, que olían a cigarro bajo el olor a jabón, parecían pegados con velcro a un vetusto maletín negro, si no fuese porque esto ocurría hace setenta años y el velcro acababa de inventarse y ninguno de nosotros lo habíamos oído mencionar. En el maletero de su astroso coche guardaba una caja de medicinas, algunas de las cuales transfería a la nevera de la casa nada más entrar y nunca se olvidaba de recogerlas al marcharse. Yo llegué a pensar que nunca se olvidaba de nada. Pero al cabo de

los años he descubierto que todo el que restringe sus respuestas conversacionales a lo que sabe —a lo que sabe que sabe— siempre dará la impresión de poseer una cabeza extraordinariamente bien amueblada. Mi padre sabía mucho, pero no todo. Conocía la medicina de mediados del siglo y la historia de los Estados Unidos y algo de botánica. Sabía algo de química y mucho de anatomía. No conocía el mundo de los animales ni el mundo de la narrativa —dos mundos que yo consideraba uno solo, porque solo leía libros sobre caballos—. Conocía a mi madre. Me conocía a mí. Conocía al señor Workman y también a todos los demás pacientes que tenía.

Nos metimos en aquel coche moribundo un sábado de octubre y fuimos por carreteras secundarias hasta el bosque donde se encontraba la casa del señor Workman. El otoño había sido implacablemente húmedo, pero el día anterior había dejado de llover. En el claro húmedo donde aparcó mi padre, las hojas amarillas parecían encoladas a los abedules, y las hojas marrones caídas de los arces habían dejado el camino desde el claro más resbaladizo que el hule. Un viento racheado hacía caer gotas de las ramas, como si una lluvia nueva nos estuviera dando la bienvenida.

Entre los árboles veíamos atisbos de la casa de elfos del señor Workman. Me encantaba esa casa, con sus ventanitas picudas que se parecían a los pequeños ojos del dueño y el tejadillo sobre la puerta delantera, que se extendía ampliamente, como un labio superior. Había un banco de carpintero a un lado de la puerta y una mesa hecha a mano al otro lado. Cualquiera habría pensado que el señor Workman era eso, un *workman* de la madera, un trabajador de la madera, y de hecho su *hobby* era fabricar muebles, pero su profesión era la de abogado. Tenía el bufete en un despacho de una sola pieza, no lejos de los tribunales. Era soltero y vivía con un perro que no me gustaba nada —un híbrido grande y estrepitoso llamado John Marshall—. John Marshall tenía el hocico puntiagudo y las encías negras. A mí me parecía un lobo —o no: parecía un perro que había recuperado su condición lupina y luego había retrocedido aún más, hasta la especie que precediera a los lobos—. Yo de Darwin no sabía nada entonces, salvo lo que me había contado mi padre: que hubo una vez en que nada en la tierra era como es ahora, en que todo lo que veíamos tenía origen en otra cosa —los sicómoros en los helechos, los gorriones en los dinosaurios voladores, el señor Workman en algún chimpancé (pero esto último no lo decía mi padre). Había algo llamado evolución y otra cosa llamada selección natural.

John Marshall les ladraba a todos los visitantes del señor Workman,

conocidos o no conocidos. Se les abalanzaba y les ponía las patas en los hombros y, absteniéndose delicadamente de lamer, ofrecía al visitante una vaharada de su espantoso aliento. Actuando así no se parecía a sus antepasados los lobos, sino a los bailarines en que se convertiría su especie dentro de unos cuantos siglos de evolución añadida.

—Está diciéndote hola —solía explicarme el señor Workman—. Se pasa de amistoso, pero es inofensivo.

Pero a mí me asustaba: me daba cuenta de que se hacía el inofensivo, de que era una trampa, como la que hacía yo cuando fingía estar jugando fuera y en realidad estaba escuchando al pie de la ventana. Y, por consiguiente, el señor Workman, haciéndose cargo de mi timidez, tenía a John Marshall atado a un poste cuando estaba prevista mi llegada.

Pero hoy se había olvidado de atar a John Marshall. O quizá fuera que John Marshall hubiese aprendido a deshacer nudos. El caso fue que oímos ladrar al animal nada más aparcar el coche, y sus ladridos fueron en aumento según nos acercábamos, mi padre por delante, con su maletín adherido a la mano y su caja de medicinas debajo del brazo derecho. Sabía que si no me alejaba de él me protegería de John Marshall; pero me inquietaban esos ladridos cada vez más fuertes —ese crescendo nunca había ocurrido antes—, y en un acceso de terror di media vuelta y eché a correr en dirección contraria. Llegaría al coche antes que John Marshall; me subiría de un salto al curvo techo, convirtiéndome de paso en gato; arquearía la espalda y bufaría, y sería yo quien lo asustara a él. Pero con las prisas por cambiar de especie se me olvidó desarrollar las imprescindibles patas delanteras. Sobre dos piernas, resbalando primero con una y luego con la otra, notando que se me soltaba una zapatilla, caí sobre mis demasiado humanas rodillas y luego seguí cayendo hacia delante, para acabar de bruces en el mojado camino. Me deslicé al frente unos cuantos centímetros más, coleando como un pez primitivo. Luego me quedé inmóvil. John Marshall les ladró a mis inútiles pies.

Era el final. Sabía que hay un final para todo —había perdido abuelos por vejez y a un compañero de clase por accidente, y había visto vegetación enferma, y había llorado en más de una ocasión por la muerte del caballo Black Beauty—. Pero esto era mi final. John Marshall escogería el modo: me clavaría los colmillos en la nuca y me separaría la cabeza del tronco; o arrojaría su cuerpo sobre el mío y me roería hasta la extinción; o sencillamente me mordería en cualquier parte disponible y me transmitiría una rabia mortal que a él le hubiera contagiado un murciélago.

Me lo tomé con calma. Si tenía reservado alguno de esos crueles destinos, no había nada que hacer. John Marshall había dejado de ladrar. Lo oí jadear, primero detrás de mí y luego a mi lado. Me jadeó al oído, cantándome quizá una canción de cuna canina o incluso un vals, a lo mejor «La viuda alegre», el preferido de mis padres, aunque no daba la impresión de dominar el compás de tres por cuatro. Quizá fuera una extremaunción canina.

Luego dejé de tenerlos en cuenta, tanto a él como a sus sentimientos. Por el modo en que había caído, estaba tocando una hoja de arce con la nariz. Seguí su periferia, viajé por sus nervios, recordé que las plantas caducifolias evolucionaron más tarde que las plantas primitivas, bueno, claro, después de lo primitivo es siempre más tarde, estaba disparatando, la rabia estaba ya afectándome al cerebro...

—¡Emma!

Y sus fuertes manos con esa fragancia de jabón con tabaco me agarraron por las axilas y me levantaron y me dieron la vuelta, todo al mismo tiempo, de modo que mi pecho quedó contra el suyo, mi mejilla contra la suya, latiendo al unísono nuestros dos corazones. Creo que había un vals de ese nombre.

—Por qué corriste. Sabes que John Marshall nunca te haría daño.

Y sí, ahí estaban John Marshall, con mi zapatilla en la sonrisueña boca, y Sam Workman, jadeando él también, pero solo un poco; seguro que tenía el corazón bien en ese momento, como solía tenerlo. Había echado a correr porque tenía que... era algo que no podía explicar, de modo que no lo hice. Había echado a correr porque quería que me agarrara alguien, no John Marshall, sino el médico rural que era mi padre, que siempre me rescataría del peligro.

Nunca olvidaré ese día. Nunca antes había sido tan feliz. Nunca he vuelto a ser tan feliz.

Miel del desierto

La Academia Caldicott, colegio externado femenino, llevaba decenios sin expulsar a una alumna. Había pocas prohibiciones. Beber y drogarse y practicar el sexo allí mismo, en el campus, podía supuestamente dar lugar a que te dieran la patada; igual que si te quedabas preñada; eso era lo más. Existía una regla en contra de bajar por el barranco del lado oeste del colegio, donde había habido un suicidio un siglo antes, pero el castigo no pasaba de un buen rapapolvo.

Alice Toomey, directora, habría acogido con mucho gusto una regla en contra de la delgadez excesiva. Todos y cada uno de los cuarenta kilos de Emily la sacaban de sus casillas y, lo que es peor, la hacían sentirse incompetente —a ella, Alice, ganadora por dos años consecutivos del premio a la Dirección Más Eficaz que otorgaba la Asociación de Externados Privados—. Que ese manojito de palos secos, por alta que fuese, osara creerse una chica... A Alice le picaban las palmas de las manos con las ganas de darle unos buenos azotes.

Emily; oncenno grado, todo sobresalientes, miembro activa de varios clubes extracurriculares, dispensada de deportes por obvias razones. Iba al psiquiatra una vez al mes, y semanalmente a un médico nutricionista que le hacía sacarse las piedras de los bolsillos e insistía en que orinase antes de subir a la báscula. Solo la habían hospitalizado dos veces. Pero, según su madre, Emily nunca estaba a más de dos miligramos del servicio de urgencias.

Mostraba otras señales de trastornos. Caída del pelo. Piel estirada como una membrana sobre los huesos de la cara. Voz más áspera que un serrucho. Pero su conversación, siempre que el tema no fuera su masa corporal, era inteligente y razonable. Alice había sobrellevado una serie de dolorosos encuentros con el doctor Richard Knapp, médico y profesor de Anatomía, y su mujer, Ghiselle. Se reunían los tres en el trasnochado despacho de Alice. El ambiente era de indefensión.

En una de aquellas ocasiones Alice osó decir:

—Me preocupa la muerte.

—Su muerte, si ocurre, será accidental —dijo llanamente el padre de Emily.

Ghiselle se lanzó contra él:

—Estás refiriéndote al historial clínico de alguna extraña, ¿verdad?

Llevaba veinticinco años en Massachusetts, pero conservaba el acento francés y la sintaxis francesa, por no mencionar el chic francés y la belleza francesa.

Richard dijo:

—Siempre es bueno mantener una distancia profesional.

Marido y mujer intercambiaron ahora una mirada que Alice, soltera, consideró de enemistad. Luego Richard colocó los dedos en el brazo de raso de Ghiselle, pero mirando a Alice.

—Emily no quiere morir —dijo.

—¿Es verdad eso? —se mofó Ghiselle.

—No quiere que le hincen una aguja en la vena. No quiere un gota a gota por compañía.

—¿Es verdad eso?

—No quiere volvernos locos a todos.

—¿Qué es lo que sí quiere? —dijo Alice. Y hubo un breve silencio, como si las cargadas preguntas sobre el estado de Emily y el estado de otros enfermos parecidos estuvieran a punto de hallar respuesta, ahora, aquí, en Godolphin, Massachusetts.

—Lo que quiere es estar muy, pero que muy delgada —dijo Richard.

No jodas, pensó Alice. «Achupf», tosió Ghiselle, o algo parecido. Ella también era muy delgada, de nuevo al modo de las mujeres francesas —hombros encantadoramente huesudos, cuello ligeramente alargado—. Sus piernas, bajo la breve falda —¿demasiado breve para sus cincuenta años? No en este caso—, eran para morir, como habrían dicho, sin echarle mucha imaginación, las alumnas de Caldicott.

—Quiere convertirse en bicho y vivir del aire —añadió Richard—, más dos gotitas de néctar. Piensa, porque a veces piensa, que debería haber nacido insecto.

Alice se estremeció bajo su vestido pasado de moda. Llevaba blusones, muy largos, para apartar la atención de su trasero y sus caderas celtas; y siempre azules: pizarra, aciano, cielo antes de una tormenta. Le habría gustado saber si ese estilo distintivo se haría motivo de burla. Tenía cuarenta y tres años, estaba de seis meses —y en unos pocos meses más los administradores,

conmocionados, tendrían que pedirle que dimitiese—. Quizá resultase más honroso expulsarse ella misma.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Podemos encadenarla a la cama y embutirle comida por la garganta abajo —dijo Ghiselle, perdiendo el acento con la furia. Alice se imaginó asegurando la cadena en el cabecero. Ahora los dedos de Richard se deslizaron por el raso hasta llegar a los dedos de Ghiselle. Cinco uñas altivas lo apartaron con un gesto. Las dos hijas pequeñas de los Knapp, de peso normal, eran buenas estudiantes, pero les faltaba la brillantez de Emily y su devoción por todo lo que le interesaba.

—Emily tiene que encontrar su propia manera de seguir adelante —dijo Richard, aportando por fin algo útil y cierto; pero a estas alturas ya no lo escuchaban ninguna de las dos mujeres.

* * *

Caldicott no era un internado, pero a Emily sí que le habían adjudicado una habitación para ella sola. Se trataba en realidad de un armario con una sola ventana, que daba al barranco prohibido. El muy manitas del señor Da Sola había cubierto dos de las paredes con estanterías. El señor Da Sola era un profesor de Ciencias renegado de la enseñanza pública, que no veía nada malo en enseñar diseño inteligente además de evolución, y había pagado por ese pecado.

—No me hace falta otro profesor de Ciencias —le había dicho Alice, preguntándose de dónde habría sacado la cara suficiente para sentarse en una esquina de su mesa. Qué cejas tan oscuras tenía, con esos ojos color topacio.

—Me parece muy bien. Yo no quiero ser profesor de Ciencias —le dijo él. No le dijo que ningún otro colegio privado había aceptado entrevistarlo—. Quiero volver a mis primeros amores, la carpintería y la jardinería.

De manera que Alice lo contrató.

En las estanterías del señor Da Sola, Emily había colocado las herramientas para su colección de especímenes; los propios especímenes, recogidos del barranco y sus orillas; y unos cuantos libros, incluida la biblia del rey Jacobo y un atlas de América del Sur. Había también una caja de crackers, una caja de ciruelas pasas y varios litros de agua embotellada.

Emily tenía permiso para hacer allí sus frugales comidas y también sus horas de estudio, porque el aula de estudios le daba náuseas, por su olor a

comida recién ingerida y procesándose, y a veces a gases residuales largados por accidente o travesura. Comía con sus insectos, admirando sus exoesqueletos quitinosos mientras se metía en la boca una de las tres zanahorias. La quitina no entraba en la fisiología de los mamíferos, aunque había leído que tras la muerte y antes de la descomposición la epidermis de un humano muerto desarrolla una dureza curtida —quitinosa, podríamos llamarla— que empieza a parecerse a los escarabajos que se atiborran con el cuerpo en descomposición, defecando al mismo tiempo, trocando la carne en abono. Eran muchos los usos de la mierda. El más delicioso era el maná. A Emily le encantaba la historia de Moisés cruzando el desierto al frente de los israelitas famélicos. Los insectos acudieron al rescate. El maná, que el Éxodo describe como una fina escarcha que cubría el terreno y que sabía a miel, se consideró un milagro de Dios, pero en realidad era excremento de *coccidae*. Las *coccidae* se alimentan de la savia de las plantas. El líquido azucarado les corre por las tripas y les sale por el ano. Un solo insecto puede procesar y expeler muchas veces su propio peso en una hora. Apartan el material con las patas traseras y este cae planeando hasta el suelo. Los nómadas siguen comiéndoselo —les encanta—. Lo llaman miel del desierto.

Ay, las *coccidae*. Emily las dibujaba —le encantaba dibujar a sus parientes—, pero desgraciadamente el insecto en su madurez viene a ser una bola escamosa: una tripa dentro de una valva. Era más divertido dibujar una hormiga: su probóscide, la faringe, dos antenas. A veces trataba de reproducir el ojo compuesto, pero el resultado se parecía demasiado a una de las faltriqueras con abalorios que usaba su madre cuando salía de noche. Sí podía conseguir un respetable diagrama del cuerpo, sin embargo: el tórax, la zona del pecho y el segmento posterior, segmento a su vez, en que se contenían el abdomen y, justo al lado, el corazón.

Richard se estaba sacando el jersey por la cabeza. El escalonado gesto iba revelando, un rasgo tras otro, la barbilla, la boca, la nariz, los párpados cerrados contra el picor de la lana, las cejas ligeramente revueltas, la ancha frente y, al final, el pelo gris brevemente alzado en forma de cono.

Alice y otros dos profesores de Caldicott vivían en los terrenos del colegio. Sus tres pequeñas casas daban al campo de hierba en el que se celebraban importantes convocatorias. La parte trasera de las casas daba al barranco. En la estación húmeda el barranco llevaba unos centímetros de agua,

suficientes para aquel rotundo suicidio de hacía un siglo. En esos días suministraba receptáculo conveniente para una lata vacía de cerveza y algún condón de vez en cuando. En el lado de fuera del barranco había una carretera que separaba Godolphin de la población siguiente. Los Knapp vivían en una bocacalle sin salida de esta carretera. Saliendo de la casa, cruzando la carretera, deslizándose por su lado del barranco y subiendo con paso firme por el lado de ella... de tal atlético modo, Richard llevaba visitando a Alice dos y hasta tres veces por semana, a última hora de la tarde, desde hacía dos años. De vez en cuando preparaba por el camino un ramillete de florecillas. Alice las encajaba en cualquier vaso viejo —el de encima de su mesa de despacho, hoy—. Estaba desnuda antes de que el jersey liberara la cabeza de Richard. Y así, recostada, con los muslos desnudos cruzados contra su propio deseo, observaba el resto del desnudamiento, el cuidadoso plegado de las prendas. A veces lo de cruzar los muslos no le funcionaba, y había de rendirse a una primera delicia mientras él se afanaba colocando la chaqueta en el respaldo de la silla. No hoy, sin embargo. Hoy se las apañó para mantenerse distante, como buena profesora que era, y esperó hasta que su cuerpo quedó cubierto por el igualmente disciplinado cuerpo de él; abrió las piernas; y a continuación la profesora solterona y el médico erudito se descargaron de sus personalidades exteriores, se juntaron, rodaron, volvieron a rodar, luchando cada cual por incorporarse en el otro, por hacerse uno solo, por integrar un nuevo organismo que solo deseara hacerse el amor a sí mismo durante todo el día. Quizá alguna tarde les mudara la piel, a ellos o al nuevo organismo, les salieran alas, echaran a volar y, concluido su tiempo en la tierra, murieran entrelazados en sus propios miembros y se descompusieran en polvo antes de la medianoche.

Emily no tomaba drogas a menudo. Su sustancia preferida —su única sustancia, de hecho— era el *bicho de la taquara*, una larva de mariposa nocturna que se encuentra en los tallos de las plantas de bambú brasileño, pero solo cuando están floreciendo. El señor Da Sola tenía bambú en un rincón de su invernadero de Caldicott. Cosechaba las larvas, les arrancaba la cabeza, las secaba, las molía y almacenaba el polvo resultante en un frasco con la etiqueta RATICIDA. Cada año producía unas seis cucharillas de material; tres veces al año, Emily y él se tragaban una cucharada cada uno...

Los malalis de la provincia de Minas Gerais, Brasil, han informado de un

sueño extático similar al estado de inconsciencia que produce el opio, aunque más corto, y lleno de aventuras visuales. Emily podía dar fe de ello, pero no compartía sus visiones con el señor Da Sola, que disfrutaba de su coma privado junto a ella, en el suelo de su pequeño cuarto. En sus repetitivas ensoñaciones, Emily asistía a un banquete en el que se veía obligada a arrastrarse de mesa en mesa, catando la brillante comida: rosados jamones resplandecientes, pajarillos crocantes en lecho de pétalos comestibles, pescado ahumado de todos los colores, desde el naranja intenso del salmón al amarillo pálido de la palometa. Y luego: lechuga entre cuyas hojas acechaban ostras vivas recién separadas de sus valvas, ansiosas de que Emily las probase; las manitas de cerdo moradas, ligeramente sazonadas; cabeza de jabalí, la fragancia de la ternera todavía desprendiéndose de su fuente. Y hortalizas: berenjena guisada con flores de calabacín; una calabaza con el copete quitado, rellena de crema fresca y horneada. Y los postres: melones del color de los melocotones, y melocotones del tamaño de los melones, confitura de higos en copas avellana; y, para finalizar, una celestial versión del brie *en croûte*, con la *croûte* hecha de alas de mariposa nocturna, porque el señor Da Sola dejaba que nacieran y madurasen unas cuantas larvas, para que depositasen sus larvas antes de aplastarlas con delicadeza y arrancarles las alas nuevas, y también capturaba mariposas, en el jardín exterior, y las cosía ala con ala para hacer con ella varios feéricos tapetes redondos, que luego azucaraba y cocía al vapor, para colocarlos sobre la mesa de carpintero y verter en cada uno de ellos un queso ligero apenas cuajado; y moldear luego unas cuantas *croûtes* y hornearlas. El señor Da Sola hacía todo eso fuera de la ensoñación. Emily se zambullía en los pasteles. A veces se despertaba con una exudación blanca en los dientes, que se quitaba con el índice. Luego se secaba el índice restregándolo contra el suelo sin barnizar de la habitación, mientras miraba al señor Da Sola despertarse de su propia aventura esplendorosa, la que fuese. Emily sospechaba que Alice era su heroína.

El resto del tiempo que pasaba en su pequeño cuarto Emily se dedicaba a estudiar. Ya era una verdadera maestra en el corazón de las hormigas —un tubo primitivo, como el de todos los insectos— y ahora trasladaba su atención al complicado estómago.

Pronto iba a dar una conferencia sobre el estómago de las hormigas en un colegio de enseñanza media, a cualquiera que deseara escucharla.

Se alentaba a las alumnas de Caldicott a que compartieran sus intereses. Wolfie Featherstone había hablado recientemente sobre las sociedades utópicas, y su compinche, Adele Alba, había analizado las figuras retóricas y el poder de la sintaxis.

Y así, un martes, Emily se aupó a una plataforma junto a la cual había un caballete que sujetaba sus diagramas. «El abdomen es la zona segmentada de la cola de las hormigas —dijo en tono ronco, señalando con el bastón de senderismo de su padre—. Contiene el corazón y, créase o no, aunque en realidad no sea tan difícil de creer, también los órganos reproductivos, y la mayor parte del aparato digestivo. Está protegido por un exoesqueleto. Y, ojo a esto —se lamió los labios y dejó que el señalador colgara verticalmente entre sus piernas de escobilla limpiadora, hasta tocar el suelo, confiriéndole todo el aspecto de una ilustración del libro infantil *Song and Dance Man*, pero con hambre—, las hormigas no tienen un solo estómago, sino dos.

—Igual que las vacas —dijo una chica gorda con voz cansina.

—Los dos estómagos de la vaca solo la sirven a la vaca.

—Solo le sirven a la vaca —corrigió Adele.

—Lo que sea. El mayor de los dos estómagos, llamado buche, está al servicio de las demás hormigas. Cuando una compañera hormiga recoge alimento y se lo come, el nutriente se disuelve en un líquido y se almacena en el buche. Cuando otra hormiga tiene hambre, pone sus antenas en contacto con la cabeza de la contenedora de alimento. Luego ambas hormigas juntan las bocas, juntas, juntas, juntas —controló su inoportuna excitación con ayuda de la mirada relajante que el señor Da Sola le envió desde el fondo del recinto—, y el líquido alimenticio pasa de la una a la otra. Y además del generoso buche, las hormigas también tienen un estómago más pequeño, su «estómago personal».

Alice, que llevaba un vestido de tejido vaquero desteñido, dijo:

—O sea que el estómago más grande pertenece a la comunidad.

—¡Sí! —dijo Emily—. Y si los filósofos tuvieran cerebro en sus cabezas se darían cuenta de que esta bolsa colectiva de las hormigas es el mecanismo más avanzado que se ha inventado la evolución, o, si se quiere, Dios.

—Un comedor de beneficencia —dijo la chica gorda.

—Y la hormiga que alimenta a sus camaradas con su propio estómago, por la boca, constituye el acto fundamental de que se derivan la vida social, las virtudes, la moral y la política del formicario, que es como se denomina a las hormigas en cuanto sociedad.

Alice vio que Emily no utilizaba apuntes.

—Comparada con este auténtico colectivo, Wolfie, Brook Farm es un cajón de arena.

Unas cuantas chicas estaban teniendo arcadas, o haciendo ruido de tener arcadas.

—La hormiga es explotada por sus semejantes —dijo la irritante gorda. Los vaqueros talla 28 americana la hacían más voluminosa, y llevaba una camiseta de su hermana pequeña. Entre ambas prendas surgía una franja de carne rosada, como una cinta de satén—. ¿Qué es lo que come *ella*?

—No puede decirse que haga lo que nosotros entendemos por comer —dijo Emily seriamente—. Recoge y almacena y regurgita. Es la fuente de vida de su mundo.

—O sea que nosotros hemos perdido nuestro segundo estómago con la evolución —dijo Wolfie—. En su lugar tenemos cerebro. Un buen cambio.

—¿Qué es lo que tiene de bueno el cerebro? —dijo Emily—. El cerebro ha evolucionado hasta convertirse en dinero y guerra.

—¡Zeugma! —gritó Adele.

Quizá fuese por el solo moderado éxito de su conferencia, quizá por la trompa que se agarró en el banquete... el caso fue que esa semana Emily se presentó en la consulta del nutricionista con un peso inaceptable. La hospitalizaron. No la alimentaron a la fuerza, pero el cuarto de baño de su habitación no tenía puerta, y mientras consumía los guisantes, uno por uno, permanecía bajo la vigilancia de una auxiliar sanitaria con unas curvas muy barrocas.

—Come, que está muy bueno —le metía en la cabeza la auxiliar.

—Como miel del desierto —se burlaba Emily. Pero accedió al régimen; su trabajo la estaba llamando.

No tardó en ganar el peso suficiente para que le dieran el alta, aunque con obligación de ir al nutricionista dos veces a la semana durante un tiempo. La soltaron un día antes de lo previsto. Su madre acudió al hospital en coche, bajo un chaparrón. Traía un regalo: un impermeable negro, largo y con capucha.

—Gracias —dijo Emily, sin sorprenderse ante la generosidad del regalo. Su madre era todo lo que un humano tenía derecho a ser: franca, apegada a sus hijos, desconocedora del tacto. A Ghiselle no le interesaba nada el superorganismo, pero, a fin de cuentas, desde el desarrollo de la columna

vertebral, el individuo se había hecho primordial, con desprecio del grupo. Ghiselle no hacía más que seguir la cuesta abajo de su especie.

—Hay una chocolatina en el bolsillo del impermeable —dijo Ghiselle.

—Ah.

—Que se la repartan Wolfie y Adele. *Veux-tu rentrer?*

—*Pas encore. Laisse moi à la bibliothèque, s'il te plaît.* —Emily era el único miembro de la familia, Richard incluido, que había aprendido el francés suficiente para conversar con su madre en la lengua natal de ella.

Ghiselle aparcó y Emily se bajó del coche. La lluvia había cesado. El nuevo impermeable ocultaba la demacración de Emily, que además se había subido la capucha como protección contra la niebla en suspensión de después de la lluvia, de modo que también su cabello irregular quedaba oculto. Ghiselle se dijo que tenía el mismo aspecto que cualquier chica moderna y seria: destinada a la Facultad de Medicina, quizá, o alguna carrera científica.

Emily cruzó el modesto campus y se metió en la biblioteca. Ghiselle se sonó la nariz y se marchó en su coche.

—Emily es la heroína del momento —le musitó Alice al hombro de Richard.

—¿Sí? ¿Se han enamorado todas de los insectos?

—No, le envidian la monomanía...

—Más bien polimanía. Las redes de metro, por ejemplo... Puede hacer el esquema de la red de metro de cualquiera de las grandes ciudades del mundo.

—Y ellas asocian eso con la falta de apetito, la falta de apetito con el libre albedrío. «Saltándote una comida ganas tiempo para un montón de cosas», me dijo Wolfie Featherstone. Richard, no comer va a hacerse novedad y luego moda y luego un culto.

—Bueno, pues tendrás que grandar a las chicas antes. Que la cocinera sirva cazuelas de nata en vez de esas ensaladas tan escasas.

Alice se quejó:

—Estás socavando la fama de buena nutrición que tiene Caldicott.

—Que le den a la nutrición. El cuerpo tiende a cuidar de sí mismo, si abusamos de él. Todas estas chicas, menos Emily, son lo bastante fuertes como para sacudir alfombras.

—¿Sacudir alfombras? Las criadas lo hacen una vez al año.

—Ghiselle lo hace con más frecuencia.

—¿Ghiselle? No te creo. Ghiselle es una gran dama.

—En la superficie. Por dentro es una campesina.

Retiró suavemente el brazo de debajo del hombro de Alice, se encajó la mano en la nuca. La luz acuosa de la ventana sin cortina destellaba en él —en ambos, supuso Alice, pero había perdido todo sentido de sí misma excepto en cuanto receptáculo con unos músculos ansiosos y una boca hambrienta—. Solo su amante estaba iluminado. Su pelo peltre le barría la frente, le brotaba de las axilas, se enroscaba en torno a las tetillas, suministraba un nido reconfortante a su pene, demasiado reconfortante quizá... Se inclinó hacia delante y sopló en el nido y las cosas volvieron a ponerse en marcha.

Y después... bueno, esta mujer había accedido con retraso a la pasión y aún no había aprendido a contenerse.

—¿A quién quieres, a Ghiselle la gran dama o a Ghiselle la campesina?

—Te quiero a ti, Alice.

—¿Me quieres?

—Sí.

También quería a Ghiselle, pero no abrumó a Alice con esa información. Había llegado a la conclusión de que la monogamia no era natural. Le habría gustado practicar la poligamia, la bigamia como mínimo, pero Ghiselle se habría vuelto a París, llevándose a las niñas...

—Ay, Richard.

Alice destellaba amor. Luego permanecieron en silencio, y la habitación antes tan calurosa se quedó fría como un arroyo del bosque, y Alice se sintió tan feliz como nunca se había sentido. Permanecieron tendidos uno junto a la otra, en silencio.

—Así que vas a dejarla —aventuró Alice pasado un rato.

—... No.

—¡No! —se incorporó—. Vas a seguir con la guarra esa.

—No es una guarra. Hacemos mala pareja, eso es todo: fuego y acero, podríamos decir.

—¿Mala pareja? ¡Sois un desastre!

Richard le besó el pezón izquierdo, y el derecho, y el ombligo; y ella, si hubiera tenido sentido común, habría dejado el tema y se habría vuelto a tumbar de espaldas. Pero:

—Vas a quedarte con ella por el bien de las niñas, en lugar de divorciarte de ella por tu propio bien. Y por mí —lloró—. Pero, Richard, los hijos sobreviven a estas cosas. A veces pienso que las esperan. Me he dado cuenta en los *bat mitzvah* a que me invitan, y me invitan a todos, que las chicas con

dos juegos de padres y una colonia de hermanastros... son las más listas. Richard, vente a vivir conmigo, vente a vivir conmigo y mi...

Él le cubrió la boca con la suya.

—Lo nuestro es estar juntos —dijo ella cuando recuperó el aliento; y él volvió a hacerlo—. ¡Estás jugando con la honradez! —dijo, y esta vez no la interrumpió Richard—. ¡Eres un pusilánime!

Empezó a llorar en serio. Él la tuvo abrazada hasta que los sollozos se hicieron menos frecuentes, y volvieron a tenderse, y ella se quedó dormida, y él siguió abrazándola durante un rato.

A las cinco la despertó. Se vistieron sombríos, dándose la espalda. Richard se puso la ropa que antes había plegado; Alice se metió en unos vaqueros y un jersey azul porcelana. Luego se dieron la vuelta. El pómulo de ella tocó la barbilla de él. *Volveremos a vernos*. Richard salió por la puerta trasera, caminando con cuidado, porque el suelo estaba resbaladizo con la lluvia. El aire era frío ahora. Alice, de pie en el umbral, cruzó los brazos a la altura de la cintura y se sostuvo los codos con las manos. Las mujeres llevan siglos preocupándose en esta postura. Siguió con los ojos el deslizante camino de su amado hacia el fondo del barranco. Tal vez Paolo Da Sola se casara con ella. Podía subirle el sueldo.

Emily estaba ahora en el mismo lado del barranco que Alice, no lejos de casa de esta. Se apoyó en un abedul. Acababa de salir de la biblioteca, donde había estado documentándose sobre los círculos de fuego de las hormigas. Las hormigas, a veces, sin motivo aparente, forman una espiral y corren por ella continuamente, hasta morir de cansancio. ¿Qué clase de comportamiento era ese para una criatura tan evolucionada? Ay, era mucho lo que le quedaba por averiguar. Por el momento, sin embargo, lo único que quería hacer era observar a su padre comportarse como un muchacho. Si se torcía un tobillo, añadiría un rizo a su vida amorosa. Lástima que no tuviera seis tobillos. Pero con dos solamente se las apañó para saltar sobre el pequeño arroyo del fondo del barranco, aterrizar sin incidencias y emprender la subida del lado opuesto. No se volvió a mirar por encima del hombro derecho, porque en tal caso habría visto a Alice en su umbral, y tampoco se volvió a mirar por encima de su hombro izquierdo, porque en tal caso habría visto a Emily y su árbol; iba mirando al frente, por esos ojos binoculares que llevaba encajados en el cráneo. También Emily tenía ojos compuestos, al menos a tiempo parcial: las imágenes que veía eran combinaciones de numerosos omatidios, unidades sensoriales, localizadas en la superficie de la órbita. Estas unidades de visión,

cuando las cosas funcionaban bien, señalaban todas en direcciones ligeramente distintas. En un espejo veía múltiples Emily, todas ellas reventonas, todas ellas asquerosas.

Alice arrancó su mirada de la forma ascendente de Richard y la desvió a un lado y vio a Emily, de soslayo contra un árbol blanco, espiando a su padre. Estaba bajo la cobertura de un caparazón negro y con casco. Daba la impresión de haberse pegado al árbol en busca de nutrición. Era una mutante, un monstruo de la naturaleza, habría que rociarla con algo, aplastarla con un pie, recogerla, meterla en un ataúd... Luego se le aflojó y se le marchitó la rabia, y Alice, en un nuevo modo maternal, emprendió el acercamiento a la hermanastra de su futuro bebé. Incapaz de caminar en el barro, tuvo que recurrir también a las manos. Se traería a su casa a Emily. Le ofrecería una hierba. No mencionaría la comida. Le susurraría a aquella descarriada muchacha que la vida puede ser moderadamente satisfactoria incluso habiendo nacido en el orden incorrecto.

Una vez superada la ladera opuesta del barranco, Richard se dio la vuelta y miró con los ojos amugados el artístico trozo de naturaleza de más abajo: dos laderas de árboles inclinados hacia dentro, como tratando de alcanzarse, unos con pálidas hojas amarillas, otros con hojas marrones, otros sin hojas; con una espesura de hojas en las raíces; y niebla por doquier. Era una vista que a Ghiselle le complacería, le encantaba el puntillismo, aunque hubiera decorado la casa a base de abstractos brillantes, sin motivo aparente. Sin motivo aparente, una de sus dos prometedoras hijas pequeñas se pasaba las veladas delante del televisor, y a la otra parecía que le habían grapado el dedo al Blackberry. Quizá fuese que las personas, por naturaleza, tendiesen a actuar en contra de su propio interés. Ahí teníamos ahora, por ejemplo, como para dar validez a su idea, ahí teníamos a su querida Emily —Señor, consérvale la vida—, ahí estaba Emily, pegada cuan larga era a un árbol, como una colonia de larvas parasitarias; y ahí teníamos a Alice, metiéndose donde no le importaba, como la directora que no lograba dejar de ser, empeñada en gatear hacia Emily, no con las manos y las rodillas, sino sobre los dedos de los pies y de las manos, con los miembros tan largos como los de una ninfa de cigarra. Y balanceándose en lo alto de su cuerpo, de su cuerpo entrometido, podríamos decir, aquel magnífico trasero.

Parte de lo que Alice deseaba se cumplió. Emily y ella crearon una curiosa

alianza. Emily subió un poco de peso, aunque su futuro siguiera siendo inquietante. Paolo Da Sola dijo: «¡Desde luego que sí!» a la proposición de matrimonio de Alice. «Y no quiero conocer las circunstancias. Estoy loco por ti desde que nos conocimos.»

Richard acabó sustituyendo a Alice por una patóloga nada exigente que ya tenía marido e hijos. El bebé que le nació a Alice tenía las cejas oscuras y los ojos dorados de Paolo —sorprendentemente, quizá, si no tenemos en cuenta que todos los seres humanos se parecen bastante—. Y cuando la anticuada gobernanta de Caldicott pilló a Wolfie y Adele abrazándose desnudas en el cuartito de Emily, y no consiguió mantener cerrada la vieja boca, Alice convocó una reunión de administradores y les dijo que esta expresión de devota amistad no contradecía ninguna norma que ella conociese. Ajustó a su bostezadora criatura al hombro azul pálido. En todo caso, les recordó a todos y se recordó a sí misma, las normas más importantes de Caldicott, aunque no estuvieran escritas, eran la tolerancia y la discreción. Todas las demás eran miel del desierto.

Título original: *Honeydew*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown & Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: 2017

Copyright © 2015 by Edith Pearlman

© de la traducción: Ramón Buenaventura, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-600-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com